

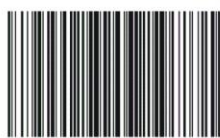
rídano

Suplemento N° 26 de Alfa Eridiani



Ciencia Ficción Peruana 2

Varios Autores



ISSN 1696 6538

CIENCIA FICCIÓN PERUANA 2
Varios autores

CIENCIA FICCIÓN PERUANA 2

Varios autores

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José J. Ramos, Graciela I. Lorenzo, Francisco J. López, Enrique Alamillo y J.A. Menéndez Lucas.

Compilador: Carlos Enrique Saldivar.

Ilustrador de portada: Pedro Belushi.

Conversión a epub y mobi: Luís Dawson.

Infografía portada: Sergio Bayona.

ÍNDICE:

A MODO DE PRÓLOGO: DEL BOOM A LA MARAVILLA: UNA ÉPOCA PRODIGIOSA

por Carlos Enrique Saldivar 4

LA NAVE OLVIDADA

por José Güich Rodríguez 7

ELECCIONES SEGÚN EVERETT

por Luis A. Bolaños de la Cruz 17

LA MIERDA ES MIERDA EN CUALQUIER PARTE DEL UNIVERSO

por Luis Freire Sarria 19

EL FINAL SEGÚN MALAQUÍAS

por Sandro Bossio Suárez 21

CIBERNÉTICOS

por Benjamín Román Abram 23

EL ÚLTIMO GRITO

por Nastia T. 24

LA FORMA DEL TIEMPO

por César Klauer 28

MUNDO DYSON

por David Anchorena 29

LOS CASTORES

por Dennis Arias Chávez 32

EL TESORO DE LOS ANTIGUOS

por Pino Calambrogio 35

DESEO CUMPLIDO

por Marcia Morales Montesinos 37

EL TRANSTERRÁQUEO

por José Manuel Balta 39

UN MUNDO MUJER

por Alejandro Neyra 49

COLISIÓN

por Jeremy Torres-Montero 62

EN EL MONTE

por Giuseppe Albatrino 66

LA PESTE

por Haydith Vásquez del Águila 69

SACUDIDA

por Tadeo Palacios Valverde 72

EL WEB SITE PERDIDO

por Sarko Medina Hinojosa 73

PIEL

por Francisco Joaquín Marro 84

AL AMANECER

por Carlos Vera Scamarone 88

SUI GENERIS

por Alejandra P. Demarini 92

MENDIGO

por Gonzalo Del Rosario 98

RAMÓN EN COLONNA

por Luis J. Torres 100

DAMA Y CABALLERO

por Jorge Ureta Ureta 104

EXTRAÑA ESPECIES

por Edinson Mucha Soto 110

PAGO A LAS TINIEBLAS

por Aurora Seldon 114

ULTRAPOSAPOCALÍPTICA

por Jorge Ramos Cabezas 135

ARRIBA, LOS HOMBRES

por Arturo Mustango 136

PUTANDROIDES

por Carlos Echevarría 141

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

por Aland Bisso 149

INVERSIÓN

por Katherine Medina Rondón 151

TIEMPO DE HUIR

por Gabriel Canessa 153

MUDEZ PLANETARIA

por William Guillén Padilla 155

SON POCOS PERO SON

por Carlos de la Torre Paredes 156

LIBÉRENME

por Jorge Luis Obando 172

MENSAJERO DEL APOCALÍPSIS

por Carlos Enrique Saldivar 174

Subido a la red el 20 de febrero de 2016

Aviso Legal Importante:

El autor de los contenidos del presente e-zine cede únicamente el derecho a publicarla en este fichero para difundirlos por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto del mismo y su logo su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani. Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este fichero.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir e-zine siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier personaje o evento aquí relatado es imaginario.

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.es>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@gmail.com

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



A MODO DE PRÓLOGO: DEL BOOM A LA MARAVILLA: UNA ÉPOCA PRODIGIOSA

por Carlos Enrique Saldivar

No sabía cómo iniciar ni desarrollar este prólogo; de hecho, aún no lo sé, de modo que seré breve y, en lo posible, nítido, aunque me tomo la libertad de ser inexacto, pues siempre he dicho que si cometo algún error en mis apreciaciones, con gratitud recibiré cualquier crítica o aclaración. Sobre lo dicho al inicio: es más; ni siquiera pensé en escribir una introducción a este libro, y en este momento no sé si sea necesario o al contrario. La única cosa que puedo decir es que en este momento se podrían escribir cientos de páginas con respecto a la literatura de ciencia ficción trabajada en el Perú; a la fecha se han publicado varias novelas y cuentos de gran calidad, que ameritan diversos análisis por parte de los críticos y comentaristas, tal vez especializados, pues quizá este género requiere de una visión particular, a fin de penetrar en sus recovecos, aunque, desde luego, la ciencia ficción puede ser leída por toda clase de lectores, de todas las edades, ya que toda literatura de calidad es importante para los receptores constantes. Aunque no ha sido demasiado estudiada en mi país, en verdad no encuentro categoría artística que haya generado opiniones tan interesantes y discusiones tan agudas; ya desde *Lima de aquí a cien años* de Julián M. del Portillo (1843): sobre esta se habla de su pertenencia o no a la ciencia ficción, en su reedición se la cataloga como «futurista»; por supuesto, esta apreciación está sujeta a debate, pero eso no hace más que impulsar el deseo por leer aquel volumen, no para confirmar si es precisamente ciencia ficción, eso se asumirá como paso extra, sino para gozarla y descubrir una de las obras más importantes de nuestras letras. Luego vendrían otros autores, Clemente Palma –con algunos relatos y su ya clásica novela «XYZ»–, Abraham Valdelomar, César Vallejo Alberto Hidalgo, entre otros. En años sucesivos nuevos autores practicarían el género: Héctor Velarde, J. M. Estremadoyro, Eugenio Alarco, José B. Adolph, máximo representante de la ciencia ficción peruana, que ha transitado además por diversos géneros y ha representando al Perú en antologías internacionales. Hay autores emblemáticos que siguen en plena actividad, como Juan Rivera Saavedra y Harry Beleván, quienes vienen de la hornada que mencioné líneas atrás; hay algunos autores que surgieron después, con obras de alta calidad, como Luis Eduardo Freyre y Adriana Alarco de Zadra; seguimos con los autores contemporáneos, algunos maduros, otros jóvenes. Por mencionar unos pocos nombres, entre los maduros, puedo referirme a Daniel Salvo, Tanya Tynjälä, Enrique Prochazka, Carlos Herrera, Pedro Félix Novoa, Luis Bolaños De la Cruz y José Guich Rodríguez. El panorama luce expectante y estoy



convencido de que al momento de redactar estas palabras un escritor peruano está trabajando una novela o relato de ciencia ficción que, con seguridad, será publicado en alguna plataforma de prestigio, revista, antología, libro de autor; que será validado por una de las tantas editoriales, independientes o grandes, nacionales o internacionales, que se han asentado con efectividad en el medio literario. He de decir que me siento contento de ser parte de esta inmensa maquinaria de sueños que pretende ofrecerles instantes de placer (agridulce, en ciertos casos), diversión y pensamiento. Obviamente, reconozco que esta es una labor en equipo, está aquel magnífico editor que es José Joaquín Ramos, quien me invitó a compilar este llamativo volumen, que estoy seguro habrá de ser señero, se hallan también cada uno de los autores, quienes gentilmente han confiado en mí y me han cedido algunos de sus mejores textos y, claro, están las personas que se encargaron de las labores de arte y formalidades, a fin de que este cuaderno quedara excelente. Cuando el editor me propuso seleccionar cuentos, supe que había una buena cantidad de material apropiado para conformar un grueso volumen, mas no imaginé que la calidad y la cantidad superarían mi perspectiva, y debo admitir que trabajé con fechas, algunos relatos quedaron en el tintero por no llegar a tiempo, pero, por qué no, podrían integrarse a un futuro tercer Eridano, dedicado a la ciencia ficción peruana. Es sorprendente como cada año surgen nuevos autores que están decididos a aprender y a trabajar relatos de calidad dentro de esta vertiente. En 2005 se publicó el primer tomo de esta muestra, el cual incluyó a diecinueve autores, algunos siguen en las lides del género y les va muy bien, otros (muy pocos) han dejado de publicar, aunque han dejado también material en diversos espacios, al cual se puede recurrir para conocer esta corriente, porque fue importantísima la participación de todos estos autores en las letras de ciencia ficción. En mi opinión, con ese primer tomo, que fue subido a la red el 4 de noviembre de 2005, se inició la nueva era de la ciencia ficción peruana. Si Daniel Salvo nos habla de una Edad de Oro para el género en nuestro país, etapa señalada entre los años 1960 y 1980, lo que está ocurriendo ahora es una suerte de ebullición de autores y propuestas discursivas que resuenan de modo positivo en diferentes ámbitos; por eso surgió la propuesta de dar a luz este libro, por la excelente visión del editor y por el amplio radio de acción que tendría un entusiasta del género, es decir, este servidor. Ha tomado tiempo y esfuerzo, pero la labor quedó realizada y nos satisface a todos. He seleccionado a treinta y cinco autores de todo el Perú, algunos están sumergidos en la ciencia ficción, otros se están iniciando en ella. El editor además me eligió un cuento de mi primer libro. Somos treinta y seis partícipes en total. He tomado en cuenta a escritores que tengan más de un relato escrito dentro de la vertiente; aunque al menos la mitad tienen varios trabajos de ciencia ficción; a algunos se les menciona de modo recurrente como representantes nacionales de esta categoría literaria. Espero que el grupo de quienes se están adentrando a la ciencia ficción se acreciente con los



años e intensifique sus creaciones respecto de esta categoría literaria. Nadie puede ver el futuro, aunque se atisba expectante, mas sí podemos ver el presente; esta muestra es una fotografía, representa parte de lo que significa esta era del boom de la ciencia ficción en nuestra narrativa. Este es un aporte, como el *Eridano 10: Ciencia Ficción Peruana* (2005), *Somos libres: antología de literatura fantástica y ciencia ficción peruana* (2012), recopilación de Germán Atoche Intili, y *Se vende marcianos: muestra de relatos de ciencia ficción peruana* (2015), selección de José Donayre. Toda compilación de narraciones pretende encapsular un fragmento de realidad. Este Eridano es una aproximación a nuestra ciencia ficción que hoy, opino, es universal.



LA NAVE OLVIDADA

por José Güich Rodríguez

Para Álvaro Mejía

La secretaria dio tres breves toques a la puerta antes de ingresar al despacho. En ese instante, Floyd hablaba por teléfono. El escritorio lucía tapizado de informes y folios. Le hizo un gesto a la mujer, con el fin de que aguardara unos minutos. Cuando colgó el teléfono, resopló con furia:

—Parece que todos los problemas se concentrarán en nuestra oficina hoy, Ángela. Estos periodistas no dejan de molestarme. ¿Qué ocurre?

—Hay alguien que desea verlo, doctor. Espera en la antesala.

—¿Tiene cita?

—No. Pero dice que no le quitará mucho tiempo.

—Imposible —dijo el hombre, de aproximadamente cuarenta y ocho años—. La agenda está copada. Tú lo sabes.

—Dice que su avión de retorno sale esta noche de Houston. No tendrá otra oportunidad de buscarlo luego.

—¿De quién se trata? —dijo Floyd, buscando unos papeles.

—Es un físico. Trabajó en Berkeley. Ya está jubilado. Me dio su tarjeta.

Floyd la recibió de mala gana:

—Espero que no sea otros de esos mercenarios encubiertos que solo buscan información para sus pasquines.

Se colocó los anteojos y leyó al vuelo:

Dr. Roberto E. Díaz

Físico

—Hispano... No he conocido muchos físicos de ese origen. Curioso y exótico. ¿Te comentó qué quiere?

—No, doctor. Pero me asegura que puede interesarle mucho su breve caso.

Floyd miró la hora.

—Hazlo pasar. Esto de los «asuntos externos» asignados a la oficina implica un problema. Todo lo que no saben manejar lo derivan aquí. Ya estoy harto.



La secretaria volvió a la antesala. Retornó con un hombre mayor, de piel bronceada, canoso y porte elegante.

—¿Dr. Floyd? Perdona que me presente así, pero no tuve oportunidad de llamar para solicitarle una cita. Soy afortunado: varios antiguos alumnos míos trabajan aquí; por eso, no fue difícil el acceso.

El hombre, de unos setenta años, hablaba inglés con ligero acento español.

—Puedo concederle solo unos minutos... Dr.... Díaz —Floyd leyó otra vez la tarjeta—.

—Muchas gracias. Usted también es físico, según me comentaron.

—Solía serlo. Pero ahora me encargo de esta oficina: Asuntos Externos. Nombre muy genérico, ¿no lo cree?

—Estoy enterado. Y una de sus áreas de trabajo es la tecnología alterna.

Floyd miró la hora, cortante:

—Dr. Díaz, creo que ambos carecemos de tiempo hoy: usted regresa a su país esta noche y como verá, yo tengo un caos sobre este escritorio. Abreviemos, por favor.

—Comprendo. Disculpe: los hispanos no somos nada directos. Damos vueltas y vueltas antes de ir al asunto.

—Lo sé.

—Y sobre todo, peruanos. Creo que somos los que más rodeos dan. ¿Ha conocido peruanos, Dr. Floyd? Somos insoportables en ese aspecto. Vengo de San Antonio. Ahí vive mi hija con su esposo e hijos. Pasé unas semanas con ellos.

—No he conocido muchos, Dr. Díaz —dijo Floyd, en tono parco—. Creo que usted es el primero.

—Bueno, ya sé que el tiempo es oro. Yo viví en los Estados Unidos casi cuarenta años. Tengo la ciudadanía. Pero al divorciarme, la nostalgia me devolvió al Perú. Eso también tenemos allá. Somos nostálgicos por naturaleza. En exceso.

Floyd lo miró, entre molesto y desconcertado.

—Quince minutos, doctor Díaz.

—Excelente. Mi visita tiene que ver justo con tecnología alterna.

—No financiamos nada por ahora. El gobierno ha recortado fondos.

Díaz rió, distendido:

»En 1949, el barrio de Santa Beatriz, en Lima, aún ostentaba cierto aire tradicional; desde la década de 1920, había sido el feudo de una clase media sólida y a lo mejor ajena a los cambios que se estaban gestando en el país. No obstante, ya se



notaban los primeros indicios de que pronto eso sería nada más que un recuerdo. En esa época, yo vivía en las inmediaciones del llamado Paseo de la República; contaba con muchos amigos, como cualquier muchacho, y llevaba una existencia convencional: clan familiar numeroso, cohesionado, conservador, partidos de fútbol, paseos en bicicleta y las obligaciones escolares, suspendidas los tres meses exactos que duraban las vacaciones de verano. Tenía doce años cuando ocurrió el suceso que me trae a esta oficina. Al lado de mi casa, y en contraste con el bullicio generado por mis tres hermanos y yo, habitaba una familia taciturna. Era lo que hoy suelen denominar «disfuncional», aunque hace sesenta años ese término no existía. Traté poco a los adultos, excepto al miembro más joven, Enrique. Por lo que se rumoreaba, solo la señora era la madre del muchacho; el hombre, su padrastro. Lo sometían a una disciplina rígida: el pobre apenas salía a la calle y nunca solo. Siempre espiaba a los chicos del barrio desde la ventana de su habitación, colindante a la mía. Fue precisamente en las vacaciones del 49 cuando quedé recluido un día en el dormitorio por alguna travesura que ya ni recuerdo. Pero lo que sí persiste muy claro en la memoria es que me hice amigo de Enrique. Al ver que yo también estaba asomado a la ventana, me llamó; empezamos a conversar sobre nimiedades de balcón a balcón, separados por escasos metros. Supe que su padrastro era muy estricto y no quería que se juntara con nadie, por temor a las malas influencias. En vacaciones, eso no variaba. Yo sentí lástima por él: mi estancia sería momentánea; levantado el castigo, volvería a retozar con los amigos, mientras el desdichado de Enrique permanecía ahí, en esa prisión injusta. A veces, mi vecino iba a casa de algunos primos a jugar, pero no era frecuente, así que debía esperar el inicio de clases para tratar de nuevo con gente de su edad. Mataba el tiempo leyendo y escuchando programas de radio. Nos pasamos aquel día charlando, para así paliar la monotonía del encierro, el infortunio común. A la mañana siguiente, revocada la orden de aislamiento, regresé a los juegos de costumbre, quizá con algún vago sentimiento de culpa en mi interior porque había recuperado mi libertad, mientras que Enrique seguiría prisionero. Pero a tan corta edad, el espíritu solidario es tenue, y muy rápido olvidé al infortunado y su eterno balcón de vigía, hasta que una mañana, cuando yo salía en bicicleta para enrumbar al Parque de la Reserva, me pasó la voz desde las alturas. A decir verdad, no me había fijado en su presencia los días precedentes, concentrado en la diversión.

—Perdone, doctor Díaz. Solo quedan diez minutos y no sé por qué me cuenta todo eso. ¿Cuál es el punto?

Paciente, Díaz suspendió su relato:

—No se preocupe, Dr. Floyd. Ya voy al punto. Es que debe conocer algo del entorno. Verá que los niños peruanos, por lo menos en esa época, no éramos tan distintos de los norteamericanos.

—Antes de que yo le preguntara, Enrique dijo que esa noche hablaríamos en el balcón, pues tenía que confiarme algo importantísimo. Sus padres habían salido de



viaje y solo estaba en casa una empleada que solía dormir temprano. Acordamos el encuentro y yo salí disparado hacia el parque, donde aguardaba la pandilla, sin concentrarme demasiado en el asunto. Por la noche, ya a punto de quedarme dormido, oí que llamaban a través de la ventana abierta. Salí de inmediato. Era Enrique. Él esperaba que me acercase y en vista de que yo no aparecía, decidió tomar la iniciativa casi colgado de la baranda. Y ahí me enteré de su hallazgo. Aprovechando la ausencia de los mayores, se había aventurado a explorar partes de la casa que no estaban habilitadas: se refería a la vivienda de atrás, orientada a la calle paralela a la nuestra. Por alguna razón, una puerta comunicaba a ambos inmuebles; en algún momento hubo acceso continuo de los habitantes de una a otra edificación, pero para esos días estaba clausurada mediante una serie de candados, barras y cadenas. Enrique se agenció las llaves no sé cómo y logró abrirla con esfuerzo; se ubicaba en el muro medianero del fondo. En su primera incursión no se quedó el tiempo suficiente, pues ya anochece; por eso, apenas dio un vistazo. Todos los muebles permanecían cubiertos, y no había tanto polvo como se habría esperado, por lo que era presumible que alguien, con cierta regularidad, acudía a hacerse cargo del mantenimiento. En su segunda visita, Enrique, siempre cuidándose las espaldas de la empleada de sus padres, entró al garaje de la casa. Pero no guardaban autos ahí, solo un objeto también cubierto y de forma bastante extraña. A la tercera incursión, Enrique descubrió lo que esa tela protegía. Esta es la parte esencial de la historia. No era un automóvil. Más bien, recordaba a un vehículo de formas aerodinámicas. Según Enrique, se parecía mucho a las naves de seriales cinematográficas que tanto disfrutaba cuando lo llevaban al cine, como Buck Rogers o Flash Gordon. Yo no le creí, con ese escepticismo tan común en familias donde impera el orden, lo pragmático y la ausencia total de imaginación. Lo noté decepcionado, como si mi actitud no fuese la que él preveía. El pobre Enrique requería de un cómplice y yo no daba la talla. Algo intrigado, confieso, le pedí que me llevara a ver la «nave». Bastaron esas palabras para que recuperara el ánimo. Me citó para el día siguiente. La empleada saldría de compras un buen rato y él se quedaría a sus anchas. La reunión sería en la puerta de su casa al mediodía.

—¿Qué clase de nave era? —Floyd contemplaba a Díaz con curiosidad, pero aún dominado por sus costumbres de burócrata.

»Estuve a las 12 en punto en el lugar de encuentro. Me abrió Enrique y entré, sigiloso. Era una vivienda espaciosa y cómoda, con una distribución similar a la mía. Fuimos sin preámbulos al jardín, bajo el sol veraniego. Empujamos la puerta y cruzamos a la casa del otro lado. Las dos familias que habitaron ahí habían sostenido una relación muy estrecha. La puerta lo demostraba. Enrique me llevó hacia el garaje. Tal como lo sostuviera mi vecino, no albergaba nada más que ese artefacto cubierto por una lona. Lo ayudé a liberar el objeto. Se trataba, en efecto, de una nave, semejante a un avión en pequeña escala, pero de unas líneas particulares. Enrique y yo observamos por unos minutos el aparato. Recuerde, era 1949: nuestras



referencias sobre aviones eran bastante convencionales; la Segunda Guerra Mundial había culminado solo cuatro años antes. Y es un hecho que el conflicto significó avances notables en todos los campos, pero ese aparato excedía lo previsible. Además, tenga en cuenta que solo éramos dos chicos de doce años en un país periférico del Hemisferio Sur. Enrique estaba fascinado. Una pequeña cúpula transparente permitía apreciar los interiores: había dos asientos mullidos y un tablero de mando. Mi vecino no cabía en sí de gozo: él la consideraba una auténtica nave del espacio. Ya se imaginará que su siguiente paso fue el intento de abrir alguna compuerta e ingresar a ella, pero resultó infructuoso. Pronto lo buscaría la empleada. Cubrimos la nave, que se apoyaba sobre unas ruedas pequeñas; recuerdo la frustración en Enrique. Regresamos por el mismo camino y me despedí a las carreras, pues en casa ya me aguardaban para el almuerzo. Habría olvidado por completo el incidente de no ser porque Enrique, unos dos o tres días después, me buscó nuevamente por la noche. Más pudo la pasión por Buck Rogers que sus aprehensiones de ir solo al garaje. Una vez más se encaramó sobre la baranda, estirando el cuello en toda su extensión. Salí. Esta vez me recibió con una noticia asombrosa: había encontrado un mecanismo oculto que le permitió abrir la cúpula; de ese modo, ingresó a la cabina. Quería que yo lo acompañara para encenderla; él estaba seguro de que la nave funcionaría, pese a que no se veían ni turbinas ni hélices por ningún lado. Con altísimo sentido común, le dije que nunca la haría volar, a menos que le abriera un agujero al techo. Por lo demás, la puerta del garaje estaba tapiada. El otro acceso llevaba a lo que fue la cocina de la casa. Sería imposible sacarla de ahí, pero Enrique era obstinado. Nada perdimos. Quizá no tiene ni siquiera motor, le dije. Me miró suplicante: su único amigo debía acompañarlo.

—¿Pero qué tipo de energía usaba? Quizá solo era la maqueta de un prototipo. Para el 49, al menos oficialmente, ninguna nave en el mundo prescindía de hélices o turbinas.

»Acordamos la incursión para la siguiente noche. Sus padres regresaban de viaje en dos días y luego sería inviable visitar el garaje. El plan era que yo entrara al dormitorio de Enrique valiéndome de la proximidad de los balcones. De ahí nos deslizáramos a la primera planta y luego al jardín. En cuanto a la empleada, mi amigo le había descubierto un secreto que nos mantendría a buen recaudo si procedíamos con cautela y a la hora adecuada. Ya no medí las consecuencias de mis actos en ese momento. Si era sorprendido *in fraganti*, el castigo sería inimaginable. Fingí ir temprano a dormir y esperé con la ropa de entrecasa debajo del pijama, que luego me quitaría. Al llamarme Enrique con un silbido, coloqué la almohada debajo de las sábanas. A cierta distancia y con las luces apagadas, no habría dudas acerca de que yo dormía. Solo rogaba que a alguno de mis padres no se le ocurriera mirar más de la cuenta o aproximarse demasiado. Pero no tenían esa costumbre. Crucé al otro balcón como un gato y Enrique me guió desde su dormitorio. Pasamos cerca de



la cocina; desde el otro lado, en el área de servicio, se oían unos gemidos de mujer mezclados con risas contenidas, y luego, más gemidos. Enrique murmuró que, durante los días que sus padres se ausentaban, la empleada había dejado entrar a su novio por la puerta de servicio y lo escondía en su cuarto. El sujeto se marchaba por la madrugada. Es obvio que solo pasarían unos cuantos años antes de que yo entendiera a cabalidad porque la empleada se expresaba de ese modo tan peculiar a altas horas de la noche. Fuimos en silencio el jardín, empujamos la puerta y con la ayuda de una pequeña lámpara de querosene iluminamos el tramo, pues la luz eléctrica había sido cortada. Una vez en el garaje, examinamos el objeto; su diseño era ingenioso: una especie de triángulo en el cual iba inserta la cúpula de la cabina.

—¿Pero no había cohetes o algo similar?

—No, Dr. Floyd. Nada que se le asemejara, por lo menos en la primera impresión. Y tampoco había modo de saber dónde se encontraba el motor. Yo presumo que debajo de la cabina y debía ser minúsculo. El resto de superficie era de un metal muy liso y reluciente.

—Claro, para facilitar el desplazamiento —Floyd ya hablaba como un experto.

»Enrique se abalanzó sobre el artefacto y, acto seguido, activó la cúpula. Esta se abrió de repente; asustado, di unos pasos atrás. Ni corto ni perezoso, mi amigo subió a la nave. Reía como un loco. Su duro confinamiento le brindaba ahora una compensación sin límites. Me señaló que la cápsula del piloto se cerraba por dentro, ajustando un botón. Accionó el dispositivo. Yo lo veía a través de una de las ventanillas. Más tranquilo, siguió probando con el tablero que tenía delante de él. De pronto, un rumor brotó de la parte baja de la nave y una línea de pequeñas luces comenzó a titilar sobre el fuselaje. Yo chillé, atemorizado, y me escondí detrás de unos muebles viejos, desde donde observé. Enrique no percibía el peligro, satisfecho de haber encendido el aparato. Me miraba sonriente desde el asiento, diciéndome con la mirada que no tuviera miedo. Yo pensaba que iba a ocurrir una explosión. Luego, fui testigo de algo extraordinario: la nave consiguió elevarse unos treinta centímetros sobre el suelo, ante la satisfacción de Enrique. Doy fe de eso. De pronto, una luz que enceguecía lo invadió todo. Yo me arrojé al piso y ahí quedé, paralizado de terror. Cuando levanté la cabeza, la nave se había ido, y con ella, Enrique. El espanto impidió cualquier ejercicio de racionalidad: solo atiné a correr, cruzar la puerta medianera hasta el dormitorio de mi vecino, saltar a mi balcón y meterme debajo de las sábanas. Supongo que la empleada y su novio ni me oyeron, entretenidísimos todavía en su faena nocturna. Ya era muy tarde; es poco probable que alguien me viera.

—Su historia se sostiene hasta el momento de la desaparición de la nave con el niño adentro. Debió soñarlo.

»La noticia ocupó la atención del barrio y de la prensa sensacionalista por



semanas. El padrastro, muy airado, reclamaba a las autoridades más eficiencia en la búsqueda de los culpables. Diarios importantes como *El Comercio*, *La Prensa* y *El Centinela* dieron cuenta del tema. Amenazó con sus influencias políticas, habló de cortar cabezas y vociferaba que no sabían con quién se habían metido esos rufianes. Es obvio que esa era la explicación del vulgo, un secuestro. Los investigadores visitaron a todos los jefes de familia del barrio, pero ninguno proporcionó más detalles. En nuestro caso, siendo vecinos, se quedaron más tiempo para las indagaciones. Nadie sabía nada de nada. Yo, entiéndame, estaba aterrorizado con las consecuencias de la aventura. Fingí estar enfermo para no ser interrogado. La madre de Enrique había sido internada en una clínica psiquiátrica. Pronto, la novedad cedió ante lo cotidiano; la policía prosiguió con su trabajo, hasta que se rindieron. El caso fue archivado. Incluso la empleada, principal sospechosa, quien de rodillas y bañada en llanto juraba que nada había oído, fue liberada de toda sospecha; eso sí, la despidieron por descuido. Yo, por mi parte, diluida la primera impresión, empecé a preguntarme muchas cosas. El resto es sencillo: me obsesioné tanto que terminé optando por la Física como destino.

—Fascinante historia, Dr. Díaz. No le niego cierto encanto. ¿Ray Bradbury? Niños solitarios y tristes que buscan escapar del autoritarismo paterno.

Díaz volvió a reír:

—Admito que sí... parece un relato de Bradbury, pero tiene mi palabra de que es cierta.

—¿Por qué vino aquí, Dr. Díaz?

—Quizá porque necesitaba contárselo a alguien. Sacarme un peso de encima luego de tanto tiempo. Pagar una deuda con Enrique. Qué se yo. Bueno, también para que una institución prestigiosa y especializada como esta tuviera constancia del suceso, por más increíble que parezca. Recibirá en unos días un informe pormenorizado de mis conclusiones. Pero, como adelanto, le traje esto.

Díaz sacó un pliego doblado de su bolsillo:

—Es un bosquejo de la nave con todos los detalles que recuerdo. El original, por supuesto, lo guardo en una caja fuerte de Berkeley. He dejado disposiciones claras sobre qué hacer con ellos en caso de que se produzca... algún problema.

Floyd examinó el dibujo.

—No soy ingeniero, pero he tratado de que sea un dibujo bastante técnico. Ahora, Dr. Floyd, vea esta foto. Compárelos —comentó Díaz.

—Floyd continuó su observación.

—Esta es la maqueta de una nave que descubrí mucho tiempo después, indagando aquí y allá. La exhiben de vez en cuando en el Perú. No es de gran



calidad, pero se aproxima a los diseños originales de su inventor. ¿Está al tanto de que la historia de los viajes espaciales comenzó en mi país? Se lo digo sin ningún chauvinismo, que detesto rotundamente. Hasta Von Braun reconoció el hecho.

Floyd extrajo vagos datos de su memoria:

—¿Paulet? ¿El que inventó el avión-torpedo? Lo recuerdo; fue adaptado para usos bélicos por los alemanes: los V-2. El mismo Von Braun usó el concepto para el proyecto Apolo. Historia conocida.

—Exacto, Dr. Floyd. Muy bien. Paulet intentó fabricar esta nave, a comienzos del siglo pasado, pero jamás se construyó. Solo quedaron los planos. Al final, después de tantas puertas sobre la cara, dejó todo para irse del Perú. Nunca volvió. Creo que alguien, cuya identidad desconoceremos siempre, siguió trabajando sobre los diseños anteriores, lejos de quienes se apropiaron de las ideas de mi compatriota. De ahí las diferencias: la nave de Enrique carecía de cohetes; presentaba modificaciones significativas en ese aspecto. Por alguna razón, quien llegó a construirla se vio obligado a abandonar el proyecto. Quizá falta de dinero, o fallecimiento repentino del inventor. He tratado de seguir la pista, pero fue inútil. Me imagino la sorpresa de quien, de vez en cuando, acudía a la casa para revisarla: no halló la nave en su lugar (a sabiendas de que era imposible sacarla, ni siquiera por la puerta principal, la única habilitada; deduzco que el vehículo fue construido allí). Un banco era dueño del misterioso inmueble, según datos que logré acopiar con posterioridad. De los dueños anteriores, nada se sabe: la humedad destruyó documentos en los Registros Públicos. Ahí se acaban las pistas. Los padres de Enrique vendieron su casa un par de años más tarde y no supimos más de ellos.

—Pero la pregunta persiste, Dr. Díaz. ¿Cómo desaparecen una nave y su tripulante? ¿Y qué energía usaba, si no era visible nada semejante a un motor?

—Son muchas incógnitas. Pero siempre he pensado que en casos como estos, la hipótesis más descabellada es la correcta.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que mis quince minutos ya expiraron.

—Prosiga.

—Gracias, Dr. Floyd. Pero no puedo abusar de su tiempo. Y aún debo ir al hotel a ultimar detalles. Todo está en el informe que llegará pronto a sus manos.

—Me dejará con la duda, Dr. Díaz.

—No lo tome como un desaire. Se merece una respuesta. Todo llegará. Pero supongo que algo debo adelantarle: la nave estaba en fase de prueba (sospecho que utilizaba fuerzas magnéticas, dada la ausencia de combustible y de una propulsión convencional); en cuanto a capacidad para esfumarse por sí misma, lo dudo. Pienso, simplemente, que Enrique, sin saberlo, en su entusiasmo de niño con juguete nuevo,



lanzó una señal de rastreo. Al encenderla, y gracias a los trazos de energía, el sistema se la llevó de un plumazo, con él adentro.

—Imposible. ¿Quién? ¿No me dirá que alienígenas? ¿O viajeros del tiempo? —se burló Floyd.

—Le recomiendo que mejor no utilice la palabra «imposible» con tanta frecuencia, Dr. Floyd. Bueno, ha sido usted muy paciente. Debo retirarme ya.

—Floyd estaba desconcertado.

—¿Se marcha ya?

Floyd, arrastrado por la rutina, tuvo que posponer su interés en el extraño caso del Dr. Díaz; pero una que noche, con un vaso de whisky en la mano, sentado en el estudio de su casa, revisaba los documentos entregados por el físico (el esbozo de la nave y la fotografía de la maqueta). Hizo averiguaciones sobre el peruano luego de la visita, y solo encontró una carrera intachable y fructífera en Berkeley, así como en su país natal. No era un fanfarrón en busca de resonancia mediática. Había realizado aportes notables en temas de gravitación y era profesor distinguido de la universidad. También formaba parte de un gran número de sociedades científicas y había recibido una serie de premios y condecoraciones. No descubrió fisuras ni manchas en su historial. Era quien decía ser: lo había comprobado gracias a búsquedas exhaustivas.

De regreso a Lima, el doctor Roberto E. Díaz participó en una serie de agasajos y reuniones; también sostuvo un cálido encuentro con sus hermanos y sus respectivas familias, muy numerosas. Era un genio científico –se rumoreaba que candidato al Nobel– y todos se mostraban orgullosos de él. Los encargos acerca del departamento que había comprado en el primer piso de un edificio, en el viejo barrio de su infancia, habían sido completados a plena satisfacción. Se instaló en la propiedad y concedió algunas entrevistas a medios de prensa. Solo restaba aguardar la fecha señalada por la computadora, luego de haber descifrado el segundo mensaje en código binario.

Aún recordaba con asombro el primero, que llegó por correo electrónico a Berkeley. Eran coordenadas geográficas; casi se desmaya de la impresión cuando, valiéndose del satélite, supo que correspondían al garaje de la casa de Enrique. Por suerte, el departamento construido en lo que alguna vez fuera la vivienda próxima a su casa, que tampoco existía ya, estaba en venta; sus dueños no querían vivir en él y los inquilinos no lo ocupaban por largos períodos (él comprendió por qué: Santa Beatriz ya no era residencial hacía mucho; estaba en franca decadencia). Uno de sus hermanos hizo los arreglos contractuales en su representación. Nada sospecharon, por supuesto; pensaron que el físico quería estar lo más cerca posible de lugares importantes para él.

Llegado el día, se sentó en la sala, a pocos pasos del lugar donde, según recordaba, había reposado la nave. A la misma hora del suceso, una luz brillante se



apoderó de la habitación, apenas iluminada por una lámpara de baja intensidad. Había previsto cada situación: el testamento obraba en poder del abogado, a quien también dejó un sobre con indicaciones precisas de qué hacer en caso de un imprevisto.

Se puso de pie serenamente, tomó el pequeño maletín dispuesto para la ocasión y avanzó hacia la nave, donde un sonriente Enrique, de doce años, lo esperaba para el iniciar el viaje de retorno.

Del libro *Control terrestre* (cuentos, 2013)

José Güich Rodríguez (Lima, 1963). Cursó estudios de Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es autor de los libros de relatos *Año sabático* (2000), *El mascarón de proa* (2006), *Los espectros nacionales* (2008), *El visitante* (2012), *Control terrestre* (2013), y de las novelas *El misterio de la Loma Amarilla* (2009) y *El misterio del Barrio Chino* (2013). Relatos suyos han sido incluidos en revistas y antologías del medio e internacionales. Es coautor de los textos de crítica sobre literatura peruana *En la comarca oscura* (2006), *Ciudades ocultas* (2007), *Umbrales y márgenes* (2010) y *Espléndida iracundia* (2012). Actualmente ejerce la docencia en la Universidad del Pacífico y en la Universidad de Lima.



ELECCIONES SEGÚN EVERETT

por Luis A. Bolaños de la Cruz

Creo que he cometido un error. Un científico puede perpetrarlos, un cazador, no. Fui a trotar al bosquecillo que rodea a la universidad la noche que funcionaría por primera vez nuestro cableado de redes cuánticas. Su instalación significa que nadie podrá observarnos sin ser bloqueado ni penetrar en nuestras dimensiones sin que los sensores lo capten y lo aislen.

En el momento exacto que la malla se tendió sobre la realidad un impulso que parecía provenir del aire me levantó y me sacudió, arrojándome sobre el césped. Del golpe quedé semidesvanecido, pero la pronta ayuda de un par de estudiantes, que agazapados sobre el prado se degustaban en mutuo contubernio, permitió que me derivaran rápido a la clínica universitaria. Tres días después retorné al lugar del accidente para comprender qué me ocurrió.

Sentí una presencia, alguien se ocultaba en la vegetación, salté por encima del parterre cercano, reboté un par de veces y apreté al voyerista en un santiamén con cierta sorpresa de mi parte. Lo solté de inmediato, el individuo delgado pero apetitoso, temblaba y gemía en una jerigonza que al inicio no comprendí, pero a medida que el oído se habituaba empecé a discernir una especie de español macarrónico repleto de modismos extraños y giros dialectales estrechos. Con cuidado lo agarré por el hombro y lo llevé a una pérgola dotada de cómodas mecedoras. Aterrorizado, el frágil sujeto insistía en repetir las mismas frases, cual si su reiteración las convertiría en comprensibles.

Me concentré y extraje la siguiente narración: *Hace tres días salí a trotar por el parque para descansar de las tensiones motivadas por la faena académica cuando de repente una fuerza desconocida me lanzó a una elástica y blanda melaza gris que me sujetaba y me provocaba calambres, me desmayé varias veces antes de adquirir conciencia, en apariencia me hallaba en el mismo parque, aunque cubierto de una gelatina viscosa que ya se disolvía, no obstante, cuando aún conmocionado tomé la ruta habitual para retornar a mi residencia, ingresé a un paraje desconocido: calle amplia revestida de un asfalto donde rebotaba al caminar y flanqueada por caserones de granito incrustados de guijarros, con exuberantes jardines repletos de plantas fantásticas, reinaba un silencio apabullante y, sin embargo, al arribar al cruce vislumbré un trío de personas en relativa cercanía, al aproximarme comprobé que eran corpulentos, de cabezas aproximadamente cúbicas, mandíbulas enormes y pétreas, y miembros (en especial las piernas que equivalían a la mitad de su estatura) gruesos y cilíndricos.*

»Se encontraban ocupados en sus quehaceres, que me resultaron incomprensibles, sensación que creció en grado superlativo cuando uno de ellos se encaramó en lo que clasifiqué como un vehículo impulsado por aire ya que se abrió una especie de vela, otro sacudió su valija que se hinchó y expulsó un par de matraces repletos de un líqui-



do resplandeciente que depositó en una hornacina antes de continuar a saltos su camino y el tercero empezó a trotar en zig-zag, acuclillándose y estirándose en saltos alternados; al ser el más próximo, pude observar cómo estiró una lengua violácea y dilatada hasta el caracol de la oreja lamiéndolo con un chasquido, el pánico me invadió y me sumergí en las sombras. Lo ocurrido me sugería no sólo que me encontraba extraviado sino que corría peligro.

»Retrocedí y me refugié en el bosquecillo, y aunque no reconocí a las alimañas que deambulaban, tampoco se aproximaron a olerme o a mirarme, no me atreví a consumir frutas (sus colores son tan vivos que parecen demasiado tridimensionales) ni setas (tan abundantes que cubren extensas áreas con sus bruñidas corazas) el hambre, el cansancio y el nerviosismo me están liquidando, a su arribo me sentí impelido a aproximarme, un ramalazo de intuición me zarandeó, sentí que lo reconocía y en simultánea confusión la memoria me negaba su nombre, me pongo en sus manos y que suceda lo que haya de suceder.

Quizás algunas frases me las inventé, las completé o las acomodé a lo que quería oír, a mí también me parecía conocido en esa forma vaga de los sueños, me invadía la extrañeza de la situación, pero también el apetito empezó a recorrer mis músculos y órganos, poco más o menos que sin pensarlo abrí al máximo mi boca y extraje mis dentaduras, el terror que se dibujó en sus facciones lubricó mi dentellada y sentí la suave y orgiástica dulzura de sus líquidos corporales incorporándose a mis multibolsas linguales, entretanto... tuve la incómoda sensación de asomarme a un espejo y casi identificarme.

Mientras paladeaba la carne crujiente e ignorados sabores asaltaban mis papilas, ningún proceso de razonamiento cruzó por mi mente, pero cuando el festín estuvo consumado, las corrosivas dudas del análisis hincaron su aguijón. Si la destreza de la paciencia imponía su primado y reemplazaba al disfrute fácil de alimentarme, como expectativas entre las que oscila el cazador: comer a lo largo de un periplo o embutirse ahora, acaso un resultado no esperado por los científicos que crearon la malla podría brotar de los pliegues de esa armadura cuántica y engalanar la investigación con el mayor regalo que cualquier especie puede recibir: un festín interminable.

Deduje, sorbiendo los postreros fluidos y masticando los restos, que acabábamos no sólo de perder un excelente coto de caza, sino que la probabilidad de haber devorado a mi yo de un universo alternativo tendía a la máxima.

Luis Antonio Bolaños de la Cruz nos dice sobre su cuento: *Redactado en homenaje a «Ventana» de Bob Leman, motivado por una de las fértiles ideas de Greg Egan en Cuarentena y condimentado con una pulgarada de Stephen King, arroja un vistazo a los universos paralelos de Hugh Everett. El autor es colombo-peruano, funcionario de la DIECA y ODENAGED, del MINEDU y ha sido profesor universitario en UNI, IDEA-PUCP, UPCH y Champagnat. Ama la Literatura, en especial del género de ciencia-ficción, el cine y los cómics. Ha publicado en El Horla, Veleros25, Casa de Jarjacha, Argonautas, Ciencia-Ficción Perú, Axxon, Sitio de Ciencia-Ficción, Agujero Negro, Alfa Eridiani, Mil Inviernos, entre otros.*



LA MIERDA ES MIERDA EN CUALQUIER PARTE DEL UNIVERSO

por Luis Freire Sarria

Hay experiencias que se guardan por años como espinas de pescado atravesadas en la garganta. Viven allí, establecidas, con derecho de permanencia porque no las podemos pasar como sueños ni alucinaciones. Otra razón para que nos sigan hiriendo es la dificultad de contarlas. No podemos sacárnoslas del cuello si queremos que se nos siga considerando del lado de la gente fiable. Bastaría que las difundiésemos o peor aún, que las publicásemos, para que se nos mirase con lástima o sospecha, se dudase de nuestras capacidades profesionales e intelectuales, se nos escatimase la amistad. Yo conservo una de esas espinas. La llamaría mejor bayoneta de una guerra interior atorada en mi carótida. No puedo aceptar que pasó lo que pasó, a pesar de que todo me convence de que ocurrió tal como está registrado en mi memoria. Mi casa miraba pasar el río Rímac desde las alturas de una quebrada chaclacayina, si levantaba la cabeza, me saludaban las cumbres peladas y rocosas de los cerros, si la bajaba, lo hacía el río, pobre y magro río Rímac, siempre escaso, rumiador de basura entre las piedras. De noche, las luces quietas de las ventanas vecinas hacían poco contra la oscuridad que titilaba sobre nosotros. Solo la luna llena, cuando las nubes le daban permiso, la quebraba con su claridad. Fue por eso que aquella luz, intensa pero no hiriente, como un sol amable disuelto en azul pálido, me arrancó de la cama como si los tentáculos de un pulpo poderoso me hubiesen tirado hacia adelante. No era luz de lámpara, de luna o de incendio. Venía del jardín. Salí a mirar. Apenas por encima de los cerros, sobándose el brillo contra las cumbres, se balanceaba una diadema oblicua de topacios azules recortados como joyas. Nunca había visto luz tan intensa que acariciara los ojos con la belleza de su azul. El silencio era absoluto, ningún sonido, ni siquiera un rumor de brisa acompañaba el movimiento de la diadema en medio del cielo oscuro. Meneo lento, de velero en el mar. Cambió de color a rubí sangre, después a esmeralda fulgurante y comenzó a deslizarse hacia las casas por las faldas de la noche. Parecía gozar exhibiéndose. Para mi sorpresa primero y mi terror después, el objeto aterrizó en mi jardín. Al hacerlo, dejó de brillar para presentarse en su desnudez metálica. Era pequeño, hecho de mudez y blancura. Permaneció varios minutos apoyado en la hierba. Se me pararon todos los pelos del cuerpo, me fosilicé de terror, de un terror nuevo, inhumano, diferente al que me hubiera generado la zarpa de la muerte acechándome detrás de un accidente, un asalto a mano armada, un terremoto devastador. Si eso se llamaba enriquecer nuestra gama de emociones, que se la guardasen o la incinerasen. Un hombrecito de metro cuarenta bajó por una escalerita, era negro bantú, con ojos muy grandes y azules, cargados de una



expresividad ajena para mí experiencia cuajada por las miradas humanas, las inertes de los peces, las frías de los reptiles, las carnívoras de las aves rapaces, las predecibles como las fases de la luna que despliegan los mamíferos, si exceptuamos el cansancio esencial que transmiten los ojos de las vacas. Sus labios parecían trazados por el lápiz de una mano muy débil, sus orejas eran redondas y sus dos brazos delgados y armoniosos. Lo cubría un traje plateado pegado al cuerpo. Pasó a mi lado sin hacerme caso y entró al baño de visitas que tiene puerta al jardín. Minutos después, el extraterrestre volvió a pasar a mi costado sin mirarme, se metió a la nave y la perdió en el firmamento a una velocidad de sinapsis, diadema brillante y muda camino a confundirse con las estrellas. Corrí al baño, su mierda flotaba en medio de un hedor de metanos insepultos. No se había dignado pasar el agua. Dudo que no supiera cómo hacerlo, si sabía lo que era un inodoro, sabía también cómo funcionaba. Sentí el desprecio en las ingles. Era redonda como mojonos de conejo. La guardo en el refrigerador, en una caja de plástico, se ha ido blanqueando con los meses, sigue la ruta de los excrementos terrestres cuando el tiempo los empuja a parecerse a los huesos pintados por el sol. La mierda es mierda en cualquier parte del universo.

Luis E. Freire Sarria (Lima, 1945). Estudió Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Trabajó como periodista cultural en los diarios *La Prensa*, *El Diario de Marka*, *El Observador* y *El Sol*. Formó parte del Comité Divertido del *Monos y Monadas* (1978- 1984) y escribió en *El Idiota* (1984-85) y *El Idiota Ilustrado* (1989-1990). Ha sido galardonado con diversos premios. Ha publicado las novelas *El cronista que volvió del fuego*, *El sol salía en un Chevrolet amarillo*, *El Führer de niebla*, *El perro sulfúrico*, *El Caballero de los Delirios*, *César Vallejo se aburrió de seguir muerto en París*, *Bragueta de Bronce*, *La tradición secreta de Ricardo Palma* y *El secuestro del Señor de Sipán*.



EL FINAL SEGÚN MALAQUÍAS

por Sandro Bossio Suárez

Finalmente, encontró el libro. Estaba en el fondo de la catacumba, al lado del esqueleto desarticulado, y más parecía un ladrillo huérfano con todo el polvo que llevaba encima. Cuando lo tuvo entre sus manos, sintió que era un afortunado, el más afortunado de todos los hombres, puesto que legiones enteras lo habían buscado durante siglos sin hallarlo. Muchos purpurados se entregaron a la locura en busca del preciado libro, muchos monarcas dilapidaron sus imperios tratando de localizarlo, y muchos príncipes sucumbieron junto con sus esclavos en un rastreo demencial que nunca los condujo adonde realmente estaba. Después de mantenerlo pegado a su pecho, como si pretendiera absorber su contenido con el espíritu, lo limpió soplando el polvo: era un librote con cubiertas de metal, incrustadas de piedras preciosas, con fulgurantes destellos verdes y púrpuras, que le arrebató el aliento. Realmente, nunca había visto semejante reliquia; nunca, ni en el más remoto de sus sueños. Abrió la primera página, amarillenta como los dientes de un anciano, y al no encontrar nada pasó de inmediato a la segunda. Ahí tampoco había nada, apenas unas mugres donde el tiempo había impreso su aliento letal, lo que le hizo temer que su descubrimiento fuera un embuste. Pero no se dio por vencido. Respiró hondo y, arrodillado como había quedado, continuó avanzando en el libro, abriendo nuevas páginas con gran zozobra, todas en blanco, hasta que, recién a la mitad, descubrió con alivio los primeros escritos. Rápidamente distinguió la escritura clara y elegante de los maestros calígrafos de principios del milenio, inconfundible en setenta y seis formas y gustos de la época. Sin ninguna dificultad reconocía las letras encadenadas, las entendía como si fueran su propio idioma, de modo que al instante supo que las temidas profecías de Malaquías estaban escritas en lemas y, lo mejor, en una historia concatenada. Eso quería decir que el otro libro, el publicado en dos entregas por el benedictino Arnoldo de Wyon, era falso como la cojera de un perro.

El primer lema, de lleno, contaba la historia de un peregrino abandonado de pequeño por su padre que, convocado por una antigua tradición, creció pensando en encontrar un tesoro que lo hiciera próspero y famoso. Ahí se detuvo porque, cosa que no esperaba, después venía una especie de cortina, una ilustración que daba cuenta de un episodio de la historia que empezaba a leer. Era un grabado también de la época, matizado con minio y ferropusiatos, bellisimamente iluminado. En la página siguiente venía el segundo lema que contaba la juventud del desamparado, llena de frío y miseria, hasta su decisión irrevocable de salir a buscar el tesoro en lejanas ciudades de arena. Después, una nueva cortinilla, esta vez con aguadas, donde se veía a un hombre con morrales arrastrándose por un desierto camino a una lejana ciudad amurallada. La luz se hacía más escasa, se replegaba, y ante esa inconveniencia él debió levantar la vista hacia la alta bóveda, hacia los vitrales



góticos de la basílica que, en efecto, sólo filtraban rasgos de una claridad agónica. Debía apresurarse si quería terminar, así que pasó de inmediato al tercer lema, donde el héroe vagaba por lugares inimaginables, pantanos humeantes, ruinas impenetrables, batallas sangrientas, todos plasmados en una misma lámina, y después venían los otros lemas, nada que tuviera que ver con las profecías de los ciento doce papas, ni de consistorios, cartas apostólicas, sillones gestatorios, ni mucho menos de gibelinos y antipapas, sólo de la historia del peregrino, ahora ya un hombre adulto, herido en una pierna por una lanza en las guerras santas, pero incansable en la búsqueda de su tesoro.

Tan abstraído estaba en la lectura, en las letras delicadamente trazadas (mucho linealidad, mucha plasticidad, mucha medida), que no se percató de la cucaracha que salió también del fondo de la catacumba y, con presteza, se escabulló entre sus piernas. Ya hacia el final de los lemas, perfectamente expresados en las últimas ilustraciones, el perseverante peregrino llegaba a la Ciudad de las Siete Colinas, guiado por un viejo instinto que recién se le hacía presente, y arribaba a un santuario donde, finalmente, encontraba el tesoro. Pero era un tesoro maldito, porque el lema correspondiente advertía que su sola acción de encontrarlo acarrearía el final de los tiempos. El peregrino se enteraba así de que el final sería causado por una lluvia sideral, por un bombardeo de meteoritos de sulfuro que atravesaban el cielo para arrasar con todo rastro de vida.

Había una ilustración final: el peregrino arrodillado, con su tesoro en las manos, y en los cielos una primera bola de fuego que, desprendida de las dracónidas llameantes, rompía los vitrales del santuario y caía sobre él. El estruendo fue monstruoso. La cucaracha, entre los escombros del fuego, siguió caminando.

Sandro Bossio Suárez (Huancayo, 1970). Es periodista, catedrático y escritor profesional. Tiene estudios internacionales de maestría en comunicación y cultura. En 2002 ganó el premio nacional de novela corta del Banco Central de Reserva con su obra *El llanto en las tinieblas*, que ha sido traducida a otros idiomas. Ha publicado también el libro de cuentos *Crónica de amores furtivos* (2008), la novela policial *La fauna de la noche* (2011), *Kassandra y nueve mentiras menores* (cuentos, 2012) y *Territorio muerto* (2014), una colección de ciento treinta microcuentos del género del horror.



CIBERNÉTICOS

por Benjamín Román Abram

Era consciente de que lanzarse desde un avión con un paracaídas iba a dañar a algunos de los componentes de su cuerpo sintético, pero por otra parte su estructura era muy resistente y hasta cierto límite podía regenerarla. Finalmente, hizo estallar la nave autoguiada y descendió, con un perjuicio mínimo, en un frondoso bosque. Lo más notorio que sucedió fue que su sensor de sonido quedó desalineado, y las ondas sonoras le llegaban con un volumen máximo. Avanzaba con prisa, procurando que los cantos de las aves, el rugir de osos, la masticación de una manada de ciervos y el ruido de las aguas del río no lo distrajeran demasiado. Al fin decidió apagar ese sentido por completo. Si no llegaba a hacerles creer a los humanos que se había destruido en la explosión, se empeñaría en evitar que supusieran su verdadero destino: el laboratorio. Con presteza construyó una canoa, se alejó con la corriente y se adentró en el océano, momento en el que realizó complicados cálculos y maniobras; ya lo separaban miles de kilómetros del sitio de la huida. Si lo capturaban los científicos desecharían su policerebro, en otros términos, lo matarían. Arribó a la isla, ahí se ubicaba el lugar en el que había sido creado seis meses atrás y donde se suponía que nunca iba a regresar. Aún distaba del laboratorio de investigaciones robóticas un par de kilómetros de distancia, y un kilómetro de profundidad, pero lo importante era la cueva en la que se hallaba. De las palmas de sus manos surgieron brocas que empezaron a horadar la pared rocosa en diferentes puntos, para luego remover unos cincuenta centímetros de superficie. Pasaron dos semanas, las barrenas estaban desafiladas y no le servían, la energía que le quedaba era mínima, estaba a punto de perderla y con eso desaparecerían sus funciones vitales. Una fuerza externa hizo que vibrara su cuerpo, activó sus oídos para revisar la causa, el fenómeno provenía de una pared de la caverna. Sonaba muy fuerte. Al otro lado algo la estaba destruyendo. Sintió una corriente de aire y no pudiendo resistir más, entró en suspensión, era mejor que morir, con eso ganaría algo de tiempo, quedó tendido en el absoluto negro. A los treinta minutos el muro de la galería cayó, la piel metálica del robot quedó cubierta de polvo, pero también de unos brazos que lo rodeaban y volvían a activar. Ella había hecho mucho más que su parte. Apareció la autómatas más bella del mundo, abrazándolo y confirmándole, con esa vital trasfusión de tierna energía, que la pasión era de a dos.

Luis Benjamín Román Abram (Lima, 1970). Narrador y poeta. Es editor y experto en ofimática para escritores. Director del fanzine literario *Minúsculo al Cubo*. Es miembro del grupo literario *Argonautas*. Sus cuentos, principalmente de temática fantástica, han sido publicados en diarios y revistas nacionales e internacionales. Es abogado, especialista en seguros y administración de empresas. Es autor del libro de relatos *En Envase Pequeño*, el cual puede adquirirse de modo virtual pinchando [aquí](#).



EL ÚLTIMO GRITO

por Nastia T.

Es difícil encontrar una iglesia en estos tiempos. Desde que la última religión oficial fue abolida en nombre de la laicidad, las iglesias pasan por una terrible crisis. No es que las religiones estén prohibidas, pero al no tener el estado obligaciones económicas con las iglesias existentes y al sentir las personas que ya no hay ninguna presión social por pertenecer a un determinado grupo religioso, cada vez hay menos creyentes y por ende menos dinero. Y si bien es verdad que la paz aumentó considerablemente en el mundo luego de esta medida, pienso que los creyentes que aún quedamos tenemos derecho a reunirnos.

Por ejemplo, a pesar de las generosas aportaciones de sus feligreses, mi iglesia solo pudo comprar un teatro desafectado en la zona roja de la ciudad.

Considero un ejercicio de mortificación ir todos los sábados a escuchar la palabra del Señor. Porque soy una persona que siempre trata de ver el lado positivo de las cosas. Ya me he acostumbrado a soportar las burlas de las mujerzuelas o las miradas curiosas de sus clientes; sin embargo ese día fue particularmente perturbador.

Primero pensé que había visto mal –pues siempre trato de «no ver» a mi alrededor camino a la iglesia–, así que contrariamente a mi costumbre me fijé en esa mujer «desvestida» de rojo. Efectivamente: no tenía rostro. Como lo digo, no tenía rostro. Su cara era completamente lisa, sin ojos, nariz o boca, ni siquiera orificios en lugar de ellos. No salía de mi asombro cuando vi a la segunda. Más adelante encontré a dos: un hombre y una mujer. El pánico se apoderó de mí. ¿Qué demonios era eso? ¿Acaso una terrible enfermedad? ¿Y si era contagiosa? El terror se acrecentó aún más al tropezarme con otro ser cuya piel era horriblemente rosada, como el plástico utilizado en las antiguas muñecas.

Llegué casi corriendo a la iglesia. En el vestíbulo me encontré con unas feligresas que se retiraban. Les comenté el asunto. Ellas también se habían cruzado con algunos de estos seres. Nadia sabía de qué se trataba, pero las conjeturas eran que podía tratarse de un accidente o de alguna enfermedad. La monaguilla nos escuchó conversar y se rió.

—Es el último grito de la moda entre las gentes de los bajos fondos: hacerse una operación de cirugía plástica que les quite los rasgos. No estoy segura si se trata de un nuevo concepto de belleza o de una buena manera de no ser reconocidas al cometer sus fechorías.

—¡Vaya! —dijo una—. Y cómo puedes estar enterada tú de lo que sucede en los bajos fondos.

Todas miramos a la monaguilla esperando su respuesta. Ella volvió a reír, como



restándole importancia a la pérfida pregunta.

—Hay que estar enteradas de todo, si no, ¿cómo luchar contra el pecado?

Todas volvimos el rostro hacia la pérfida preguntona, pero ella sólo reaccionó sonrojándose y balbuceando algo sobre la hora. Las demás remarcaron que también era tarde para ellas y se retiraron.

Entré a la iglesia en compañía de la monaguilla y me sentí aliviada al estar rodeada por seres con rasgos normales. A veces es reconfortante saberse normal.

Con el correr del tiempo el no-rostro se volvió una verdadera moda. Se le comparó a algo llamado no-logo de unos siglos atrás. Muchos personajes públicos se quitaban los rasgos por medio de la cirugía. Algunos decían que se veía más elegante. «El minimalismo llevado a su máxima expresión», lo calificó una revista femenina. Ya nadie parecía recordar que esa moda empezó en los bajos fondos. Y yo empecé a obsesionarme con el tema. ¿Cómo se inició todo? ¿Quién lo había hecho primero? ¿Con qué motivos? Mi instinto me decía que no eran puramente estéticos.

Decidí aprovechar mi posición de periodista para hacer ciertas averiguaciones. Claro, no fue fácil acercarme a hablar con los colegas de «Policiales».

—¿No perteneces a la sección «Hogar»?

—Sí, pero justamente mi columna se llama «Alicia sabetodo», así que debo saber todo, ¿no? —dije no muy convencida.

Por fin supe que detrás de todo se encontraba el sexo. Al parecer se trataba de algún tipo de aberración sexual, como el sado-masochismo, por ejemplo. Se rumora que la gente que estaba metida en eso desde el principio se sentía molesta por ser imitada sin conocer y respetar la supuesta ideología detrás. Uno de los de «policiales» inclusive llegó a concertarme una cita con Rosa la «Bocaraja», prostituta que al parecer fue la primera en operarse.

Su apartamento quedaba, por supuesto, en el barrio rojo, en una zona alejada de mi iglesia, lo que me hizo sentir aún más insegura cuando el taxi me depositó frente al destartado edificio.

Entré al cabaret que llevaba su nombre. Debido a la hora no había muchos clientes. Pregunté por ella al único camarero que poseía rasgos faciales y que por consiguiente podía responderme. Me indicó que su apartamento se encontraba en la parte posterior del cabaret y me mostró una sucia cortina detrás de la cual había un oscuro pasadizo. Lo atravesé y llegué a la puerta.

La toqué tímidamente. Rosa la Bocaraja en persona me abrió. En cuanto la vi, comprendí el porqué del nombre. Su boca pintada de un vulgar tono de rojo era lo único que quedaba de su antiguo rostro.

Se mostró muy cortés al contestar a mis preguntas. Me dijo que agradecía el que al fin un periodista se interesara en la verdad, pues había mucha basura con respec-



to al no-rostro.

—En primer lugar, la operación. Yo me la hice con mi misma piel. Tengo dermavisión; es decir que veo con mi piel. En cuanto a la nariz, también respiro por la piel. Es lo mismo que sucede con la gente que se opera la boca: come a través de la piel. Como la operación se ha vuelto popular, los cirujanos cobran cada vez más dinero y la gente se hace operaciones más baratas con piel artificial, lo que les da un falso color. Es horrible. Lo peor es que muchos usan la piel artificial de más baja calidad. Muchos tienen problemas de respiración o no pueden comer correctamente... Por otro lado, se ha banalizado, se ha convertido en una moda, sin saber lo que hay realmente detrás y quizá eso es lo que más me molesta.

—Justamente. ¿Qué hay detrás, una fantasía sexual?

—Es mucho más que eso, es un modo de vida. La pérdida total de identidad. Ya no eres una persona, por lo tanto puedes soportar cualquier humillación. Es entonces que se convierte en una fantasía sexual. El que humilla se libera de la culpa pues no humilla a una persona, humilla a un cuerpo que no pertenece a nadie. El que me compra sabe que posee por el espacio de unas horas a un ser sin identidad, sin pasado ni futuro, una no-persona hecha solo para el sexo.

Le manifesté mi desacuerdo. Le dije que lo encontraba absurdo. ¿El hecho de no tener rostro borraba su pasado? Y los clientes, ¿qué placer podían sentir al acariciar un cuerpo sin rostro? ¿Acaso la humanidad no había elogiado durante siglos la belleza del rostro humano?

—¿Qué es la belleza sino un concepto subjetivo? Entre las rollizas beldades del renacimiento hasta el culto a la anorexia del siglo XXI hay un gran trecho. ¿Por qué no ha de encontrarse una cierta anónima belleza en mi rostro? El que me compra puede ponerme el rostro que desee. Puede violar a su madre si así lo desea.

»Te propongo algo. Dentro de algunos minutos llegará un cliente. Detrás de ese espejo hay un estudio de grabación. No te asombres, hay quienes gustan luego mirar lo que hicieron. Escóndete allí y juzga por ti misma lo que este cliente viene a buscar.

Me sentía sucia al hacerlo, pero lo hice. Contrariamente a lo que yo imaginaba, el cliente se veía normal. Bien vestido, con accesorios de marca, fácilmente podía ser un empresario de éxito, formando parte de clubes exclusivos y con una familia tradicional.

Al entrar, ella ya se encontraba echada en la cama, tumbada, debería decir, inmóvil como una muñeca. Él se desvistió cuidadosamente, luego se acercó a ella y la miró con desprecio. Para horror mío, la escupió y empezó a insultarla. La tomó con violencia y la volvió, ya de espaldas la penetró brutalmente y siguió insultándola. Yo, petrificada, quería huir, pero no podía. El espectáculo era obsceno, denigrante, perturbador. Él la obligó a tomar su miembro en su boca, su famosa boca roja. Yo sentí náuseas y ella succionaba, succionaba. Él introducía cada vez más su miembro dentro de su boca y las venas de su frente se marcaban. Yo ya no podía soportar más y



ella se tragaba glotonamente el líquido viscoso que él expulsaba en múltiples espasmos. Al terminar todo, él se limpio, se vistió y salió de la habitación, no sin antes lanzar indignamente al cuerpo de Rosa un gran fajo de billetes. Ella permaneció inmóvil hasta que la puerta se cerró.

Yo seguía frente al espejo cuando su voz me atacó.

—Total, ya se acabó, ¿vas a salir al fin?

—Es horrible —le dije—. Horrible y humillante. ¿Cómo puedes dejarte tratar así por un puñado de dinero?

—Creo que no entendiste bien. Poco me importa la fantasía de este tipo. Esta es mi fantasía. Ser una no-persona me libera de la culpa que la sociedad quiere hacerme sentir. ¿No comprendes? Es por gente como tú que me he operado. Estaba harta de ser criticada, juzgada por mis gustos sexuales. Mi familia, mis amigos del pasado ya no pueden decirme nada, pues no saben quién soy. Quizá sea tu amiga del colegio, tu hermana. ¿Quién sabe? Quizá por eso acepté hablar contigo. Poco importa quién soy. No tengo rostro y no tengo nombre. Todos los que iniciamos esto no tenemos nombre. Nos hemos liberado, hemos perdido la identidad. Todos somos uno. Un solo no-ser que puede disfrutar sin culpa de lo que gente como tú llama aberraciones.

Salí del cabaret agotada, me parecía haber corrido una maratón. Mi cerebro estaba en ebullición. Muchas ideas contradictorias se entrecruzaban. Siempre quise pertenecer a un grupo que me diferenciara del resto. Debo confesar que eso fue lo que más me atrajo en un principio de la iglesia. Yo, al igual que todos —y eso durante siglos y siglos—, necesito sentirme especial, única y para eso trato de buscar «el grupo» exclusivo. ¿No es absurdo? Nos vestimos siguiendo una moda que pretende ser especial y ni siquiera parece molestarnos que todos se vistan igual. ¿Y qué tal si la verdadera libertad está en dejar de buscar cómo destacarnos del resto? No existen grupos exclusivos, en cuanto nosotros, simples mortales formamos parte de él, dejan de ser mágicos, misteriosos, para ser solo un triste intento más del ser humano por sentirse especial. ¿Y qué tal si los no-seres tiene razón? Si el hecho de no tener rostro te libera de seguir buscando a qué grupo pertenecer. Qué tal si ellos son realmente libres, sin presente, ni pasado, ni futuro, sin necesidad de probarle al mundo que ellos también forman parte de la elite. ¿Y cuánto costará la operación?

Nastia T. radica en Finlandia. Fue finalista en el concurso de literatura erótica *La sonrisa Vertical 2000* con el libro de cuentos *Humedad de las orillas* (2000). Ha colaborado como periodista en diversas revistas culturales de Lima. Textos suyos han aparecido en revistas literarias limeñas, así como en la revista finlandesa *Voima*. Perteneció a la Asociación de Escritores de Helsinki, al Finnish PEN club y a Taru (Arts and Diversity) de Finlandia. Finalista en el primer concurso de microrrelatos eróticos Jeanne de Traumnovelle, organizado por la asociación cultural Ediciones Frutos del Tiempo, Elche, España. Finalista en el XXII premio *La Sonrisa Vertical*, organizado por la editorial TUSQUETS (España).



LA FORMA DEL TIEMPO

por César Klauer

La forma del tiempo se deslizó con suavidad sobre la mesa. Resbaló tratando de pasar desapercibida, pero sus ojos ya la habían detectado. Así pasa el tiempo, se apodera de nuestras vidas, las consume, las corroe, las destruye. Como siempre que la veía pasar delante suyo, intocable, suspiró: si sólo pudiese cogerla, detenerla, atraparla entre las manos.

Despegó el brazo con lentitud. La forma del tiempo seguía fluyendo, ondulante afectaba todo a su alrededor, inevitable. Sus manos llegaron hasta la frontera entre el infinito y la temporalidad terrenal. Sus dedos resbalaron por debajo. La levantó de un extremo sin dificultad, la plegó formando un doblez que adquirió un brillo azulado en el borde; continuó plisando la forma del tiempo hasta lograr un diamante de apariencia incorpórea que despedía un halo celeste sinuoso y perdía su luz a los pocos centímetros.

Cogió la gema, con el corazón repicando en el pecho. Sobre las palmas de las manos la alzó delante de sus ojos; a su alrededor una inmovilidad gris negruzca se cernía, abrazando el aire sin tiempo ya, gangrenando la existencia con la intemporalidad que había creado.

Sonrió, movió la cabeza afirmando algo que solo él escuchaba. Puso la forma del tiempo en el bolsillo de su saco.

Tomado del libro *La eternidad del instante*.

Cesar Klauer (Lima, 1960) es profesor universitario. Ha publicado el libro de cuentos *Pura Suerte* (2009), los libros infantiles *El gigante del viento*, *El perro Patitas* y *El delfín de arena* (2010); y el libro de microrrelatos *La Eternidad del Instante* (2012). Su trabajo ha aparecido en revistas impresas y digitales del Perú y el extranjero. Primer puesto en cuento *Juegos florales de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas* 2009; mención honrosa *Concurso internacional de cuento breve Jorge Salazar* 2010. Incluido en *Al este del arcoíris: antología de microrrelatistas latinos* de Latin Heritage Foundation de Estados Unidos. Ganó el Concurso Internacional de Cuento Breve 2011 de esta fundación.



MUNDO DYSON

por David Anchorena

Han pasado ya tantos años desde que el hombre caminó por el mundo como un ser muy diferente al que fue cuando nació. Voy a contarles la historia de lo que sucedió con nosotros. Para eso, déjenme remontarme a esas épocas donde aún sentíamos el calor del Sol, probábamos comida en nuestras casas y cuidábamos a nuestros pequeños mientras jugaban en el jardín trasero. Fueron los últimos días de la humanidad sobre la Tierra tal como era, con montañas, lagos, valles, bosques, etc. De un día para otro el hombre destruyó su hábitat. Esos hermosos y grandes bosques llenos de verdor y vida natural y salvaje, fueron arrasados por el fuego y la guerra. Aquellos mares llenos de vida, no son más que un cúmulo de agua putrefacta y corrosiva que despidе hediondos vapores venenosos al poco aire limpio que queda en la atmósfera.

Las sociedades se redujeron terriblemente, al punto de que los países ya no existían, y ahora solo había ciudades bastante grandes por completo encerradas en murellas muy bien protegidas. Solo la gente con dinero pudo ser resguardada en las ciudades. Ahora el hombre estaba en una constante lucha por sobrevivir. Los pocos lugares donde la peste y la enfermedad no llegaban aún eran estrictamente vigilados, y todo aquel que venía de fuera era eliminado sin pensarlo dos veces. Fue entonces, cuando apareció esa «milagrosa» organización, que fundó edificios grandes y hermosos en cada ciudad. Se llamaba Dyson, y nadie sabía qué era lo que hacían. Por entonces se hicieron famosos cuando un niño de tres años, que había sido afectado por las enfermedades del exterior, volvió a caminar en frente de todos. Ese fue el primero de sus logros, y el inicio de una escalada en poder y dinero para Dyson. Algo que sinceramente no sé si fue de ayuda ahora que observo el paisaje actual, pero no me adelantaré a la historia, tengo que continuar.

Como les decía, el niño fue la gran propaganda que hizo famosa a Dyson y que elevó su aceptación. En esa época, luchar contra las enfermedades exteriores se limitaba a dejar morir a los infectados, lejos de las ciudades para evitar el contagio. Pero entonces la solución vino como caída de los cielos negruzcos que ahora ocultaban parcialmente la luz del Sol. Aparatos mecánicos implantados en la columna vertebral y los huesos del cuerpo permitían contrarrestar el daño severo causado por las enfermedades. Personas que antes apenas podían respirar, ahora corrían por los parques como los mejores atletas. Y ahí termina lo bonito y empieza el desastre.

Tras unos años el hombre ya no era más un hombre. El planeta había muerto por completo, y lo único que quedaba en su superficie eran las ruinas de las ciudades, y un cúmulo de seres deformes compuestos de metal que se arrastraban en la niebla corrosiva y la oscuridad, sobreviviendo sin un motivo. Dyson, ahora crecía sola. Las plantas y fábricas aumentaron cubriendo toda la superficie terrestre, contro-



lada por maquinas y seres altos de apariencia tenebrosa que se encargaban de mantener el crecimiento de lo que se empezó a llamar la Gran Ciudad. Estos seres altos, eran llamados Patriarcas y medían más o menos diez metros de altura. Delgados y espigados, con sus rostros humanos aún visibles en lo alto de sus cuellos. Se decían que eran los «privilegiados», porque eran los pocos humanos que habían sido elegidos para conservar sus cerebros. La reproducción era algo obsoleto, y solo se creaban más y más personas mediante la clonación y utilización de los datos obtenidos en los inicios de Dyson.

Esa Gran Ciudad seguía cada día aumentando de modo incansable, siempre hacia arriba, hasta que la Tierra ya no era más visible. No había montañas, no había más aire. Solo una gigantesca estructura de metal negro que parecía tener vida y pensamiento. En unos siglos, la Luna también fue engullida por el constante crecimiento, y se nombró nuevamente a la estructura como Mega Ciudad. ¿Y qué fue de nuestra raza?, se preguntarán ustedes; les diré que aún existíamos, si a eso se le puede llamar existir. Éramos esclavos mecanizados bajo el mando de los Patriarcas y la Mega Ciudad. La tecnología seguía avanzando, porque ahora ya no había límites morales ni sociales que impidieran la investigación y experimentación de ningún tipo. Nacieron diferentes bestias y seres autómatas de formas variadas que poblaron el mundo, programados y esclavizados por la Mega Ciudad.

La estructura constaba de niveles, debido a que crecía de adentro hacia fuera, elevándose como un edificio esférico, aumentando su diámetro poco a poco. En los niveles más bajos, solo había maquinas que mantenían el sistema, y los Patriarcas que sentados como macabros reyes comandaban todo desde sus tronos. Más arriba estaba «La sociedad». Desconozco por qué se les llamaba así. Eran simplemente seres sin conciencia que estaban programados para imitar las acciones humanas en la época antigua para deleitar a los Patriarcas. Había androides con la apariencia de niños que jugaban con otros androides de apariencia animal. Parejas de androides que se reunían a jugar en lugares abiertos, o que convivían como si fueran una pareja de humanos reales. La Mega Ciudad tenía un sentido del humor muy extraño. Era una imitación de la superficie terrestre, completamente hecha de metal. En los últimos niveles estábamos nosotros. Los obreros o títeres. Destinados eternamente a construir y construir. Debido a la rudeza de nuestra posición, nuestros sistemas y cuerpos se deterioraban con mayor facilidad que en los niveles inferiores, así que constantemente éramos llevados a gigantescas máquinas llamadas «incineradores» que devoraban todo cuanto se introducía en ellas. Nuestro soporte vital era de la calidad más baja y nuestros cerebros eran también programados por la Mega Ciudad para cumplir sus ordenes sin titubear.

Desde los edificios más altos de este último nivel, se podían ver las estrellas que todavía no eran engullidas por la Mega Ciudad, y el Sol, que ahora estaba más cerca, ya era objetivo de las máquinas. Era la fuente de energía que tanto anhelaban y a la cual se dirigían. Habían descubierto cómo evitar que el calor del Sol los destruyese, utilizando la tecnología punta y enviando sondas de investigación que poco a poco iban poblando la órbita solar, hasta que un día... la luz se apagó. El Sol fue atrapado



por una horda de máquinas colosales que controlaban la radiación de calor y rodeaban la superficie en su totalidad. Para mí, poder observar cómo esa fuente de luz se iba apagando lentamente, fue algo muy triste, no podía explicarlo, pero a pesar de estar ubicado tan lejos, fui el único que se puso de pie, y era el único que observaba con atención el acontecimiento. Los demás obreros ni siquiera se inmutaron y seguían en la rutina de hacer más grande la Mega Ciudad. Para mí, fue como despertar de un sueño largo y profundo.

No había más claridad en el mundo, y la gigantesca máquina que se estremecía a nuestros pies, aumentaba de tamaño con mayor velocidad. La Gran Batería, era llamado el Sol por las máquinas. Y los Patriarcas ordenaron que todas las máquinas que fuesen creadas de ahí en adelante en las factorías, ya fueran humanoides, o simples esclavos que se encargaran de aumentar el diámetro de la Mega Ciudad, tuvieran grabadas en sus «rostros», la imitación de una sonrisa. Era como ver a una gigantesca bestia de metal, emitiendo ruidos como rugidos del averno mientras cumplía su monótona labor, con un rostro adornado por un gesto sonriente. Habían alcanzado una de las metas que deseaban desde hace tantos miles de años. Y ahora era más rápido. En poco tiempo los demás planetas fueron devorados por el crecimiento insano de este montón de metal. Las máquinas no se detenían, y el tiempo para ellos no era importante, sus cuerpos y sus mentes eran mantenidos con vida indefinidamente gracias a las máquinas. Y quizás sigan así por la eternidad, obedeciendo sus órdenes ya programadas desde el «nacimiento».

Me pregunto qué hizo el hombre para merecer este destino ¿Qué es lo que hicimos de ese mundo tan maravilloso en el que vivíamos? ¿Acaso esta es la evolución? Sinceramente no lo sé. Quisiera poder decir que es lo mejor, es lo que nos mantiene vivos. Quisiera poder decir que esto es bueno. Pero no puedo aceptar eso. Mis memorias están frescas, y no puedo evitar sentir nostalgia. Toda esta oscuridad, este frío y soledad. No sé por qué siento esto, soy una maquina más, con un rostro que no sonríe y con músculos artificiales y un cerebro clonado, como los demás. Ellos no sienten, solo obedecen. Sus voces atrofiadas por falta de uso no pueden ni siquiera emitir un gruñido. Sus ojos están cerrados porque no necesitan ver, solo ejecutar la misma rutina hora tras hora, sin importarles lo que sucede a su alrededor. He visto como esclavos, que son del mismo «linaje», son llevados a los incineradores debido a que sus sistemas ya están fallando, y los demás ni siquiera se inmutan. ¿Por qué puedo recordar todas las cosas que sucedieron hace tanto tiempo? ¿Por qué sólo yo puedo ponerme de pie y observar las estrellas? ¿Qué es lo que soy en este gigantesco infierno de metal ardiente? ¿Qué has hecho de mí, madre de metal?

David Anchorena (Lima, 1988) Vive en la ciudad de Trujillo. Estudia Ingeniería de Sistemas en la Universidad Privada del Norte. Las influencias de sus escritos son variadas; están los escritores malditos, de ellos quienes más le agradan son Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire, también están Lovecraft, Pathrick Rothfuss, Jim Butcher, y los escritores peruanos, los cuales son sus predilectos, aunque no pueda decidir cuál disfruta más. Ha publicado un relato en la revista *Argonautas*, número 4.



LOS CASTORES

por Dennis Arias Chávez

¡Ah! ¡Si mi piel fuera dura y tuviera ese magnífico tinte verde oscuro, esa decente desnudez, como la de ellos, sin pelos!...»

Eugene Ionesco, *El rinoceronte*

Estábamos en la oficina, concentrados en nuestros papeles, cuando el rumor de chillidos provenientes de la calle llamó nuestra atención. Yamil fue el primero en asomarse por la ventana.

—Son castores y están por toda la calle —dijo al tiempo que me hacía una señal para acercarme.

Ahí los teníamos, una docena de cuerpos peludos haciendo estragos por donde pasaban. A su paso, los transeúntes se apartaban para no enfrentarlos. Una mujer gritó de miedo, tenía a uno de ellos tirándole del bolso en tanto que otro le olfateaba los pies. Alguien trató de ayudarla, pero desistió al ver que los animales le mostraban los dientes.

Soy un tipo al que raramente le sorprenden las cosas, más bien indiferente. Esa mañana en particular estaba cansado, había tenido una noche accidentada a causa de una indigestión y lo que menos quería era exponer posibles explicaciones.

—Deben de haberse escapado de algún zoológico —volvió a decir Yamil.

Mi compañero esperó una respuesta, una frase afirmativa o al menos un movimiento de cabeza, mas al no hallarla regresó a sus obligaciones. Afuera, el bullicio persistía, pero no volvimos a tocar el tema. Intercambiamos algunas opiniones sobre política, un par de chistes sobre calvos, y así cerramos la jornada.

Mañana era sábado y deseaba quitar de una vez por todas los cabellos que atoraban mi lavabo. Me dirigí a casa pensando también en la ropa que tenía sucia y en las cuentas que debía de pagar. Sería necesario también descansar un poco, dormir, relajarse y esperar el lunes con buen ánimo.

En la televisión un conductor encorbatado informaba sobre la repentina y desastrosa aparición de los castores. Los televidentes opinaban sin mayor alarma, «son animales y ya, la gente les está quitando su espacio y tienen que buscar refugio». Sin embargo, las discusiones iban a tomar un giro enojoso cuando los roedores empezaron a meterse en las casas. Al principio la gente no quería lastimarlos, los cuidaban, los veían como invitados. Pero su número aumentaba y no tardarían en odiarlos. De regreso de la bodega vi como del interior de una casa, decenas de estos animales escapaban, uno sobre otro, apretujándose con violencia y golpeando con sus escamosas colas las paredes y el suelo.



El lunes el tema de los castores abarcó gran parte de la conversación en la oficina. Yamil me hablaba de razas y países al tiempo que me mostraba un mapa rudimentario trazado por él mismo. La verdad yo conocía poco de ellos, mi ignorancia me llevaba a creer que provenían del África o de algún país vecino. En el Internet se hablaba de una conspiración mundial creada con la intención macabra de invadir Sudamérica. También del cambio climático y hasta de una señal del fin del mundo. Todas ellas, disparatadas sin duda.

—El Gobierno debería de tomar alguna medida —me animé a decir.

—El problema no es ese —replicó Yamil—. La cuestión es si debemos nosotros tomar alguna medida.

Al día siguiente, la gente empezó a faltar a sus trabajos, y para cuando llegó el viernes, las calles quedaron completamente vacías. Yamil me telefoneó temprano para pedirme que no fuera a trabajar, «quédate en casa, loco, y toma tus previsiones», me dijo.

Algunas televisoras suspendieron extrañamente su señal. Los periódicos (que empezaron a ser pocos) anunciaban la noticia de los castores con titulares apocalípticos. Estaba yo tan confundido que no sabía dónde hallar respuestas. En suma, estaba tan inquieto que decidí salir a dar una vuelta. Tomé la calle que me llevaba al parque Selva Alegre y al llegar al barrio residencial vi, atónito, que las casas ardían. No era lo único que se consumía, a estas se sumaban también autos y cabinas telefónicas. Las nubes de humo (que antes apenas si se percibían) empezaron a volverse densas. Pensé en saqueos y muertes. Pensé también en Yamil y fue cuando enrumbé, frenético, mis pasos con dirección a su casa. Me sorprendió verlo en bata. Tenía la barba crecida y su semblante daba señales de no haber tomado un baño en días. Cuando ingresé, un olor como a humedad golpeó mi nariz.

—¿Ya viste el humo? —me dijo con dificultad.

Yamil tenía una pila de periódicos comprados seguramente durante toda la semana. Me llamó uno en particular, informaba sobre la repentina migración de castores sucedida allá por 1900 en Canadá.

—Somos el mejor lugar que hay en el mundo y los castores lo saben —me dijo percatándose de mi descubrimiento.

—El Gobierno tendrá que hacer algo —insistí.

Me asomé por su balcón haciendo a un lado los helechos y volví a ver a los castores. Salían de las casas, de las alcantarillas, de todo lugar. No había un patrón evidente para su comportamiento, solo se arrojaban contra el suelo para luego levantarse, vigorosos, y volver a meterse por los mismos lugares por donde habían salido.

—Me queda poca comida —dijo Yamil—. Ayer fui al supermercado, pero la gente se había llevado casi todo.

—Quizá deba ir a mi casa por algo —dije.



—Ni lo pienses. Debes quedarte.

La idea de morir de hambre, encerrados e invadidos por los castores, me paralizó. No concebía la idea de luchar contra ellos. ¿Acaso debía esconderme, correr de vuelta a casa y bloquear la puerta con los muebles a la espera de algún tipo de desenlace afortunado? Afuera todo era real, el pánico era real, también los gritos y el humo.

—Empiezo a preocuparme —dije retrocediendo.

—Cierra las ventanas, amigo —repuso él—, no soporto los chillidos. Hace un rato oía también gritos, pero ya casi se han extinguido.

Esa tarde nos la pasamos planificando sobre qué medidas debíamos de tomar. La televisión y la radio hacían buen tiempo que habían dejado de transmitir su señal y por ninguna parte se escuchan ya sonidos de ambulancias. Cenamos algo ligero y luego nos acostamos. Sin embargo, a la mañana siguiente apenas si podía entender lo que Yamil me decía. Lo había entrevisto en la madrugada, frente a la ventana de la sala, observando con detenimiento la calle. En vano quise saber lo que pasaba: Yamil estaba obcecado por imitar el chillido de los castores. Pasé muchas horas tratando de convencerlo de que desistiera de su locura, que no estaba bien gastar este tipo de bromas y mucho menos en la situación en la que nos encontrábamos. Afortunadamente para él y a pesar de mis justificadas razones, el hecho de que me diera la espalda no significó un desaire tan grave como para impedir que lo siguiera viendo como un amigo. Seguí con su juego, pero las cosas empeoraron cuando también imitó la forma de caminar y de comportarse de los odiados castores. Pronto salió también a la calle para mezclarse entre ellos, curiosamente no le hacían daño, pero tampoco lo aceptaban. Simplemente lo ignoraban. En mi cabeza se fueron formando las más terribles explicaciones. Tal vez fuera la imposibilidad de luchar contra ellos lo que llevó a Yamil a perder la razón. Y si esto era así, ¿hasta cuándo podría yo seguir manteniendo la cordura? Yamil había elegido ser como ellos, pero ellos no lo aceptaban. Han pasado ya varios meses y soy el único en la ciudad. Confieso que he tratado de familiarizarme con los castores, de aprender de ellos e intentar comunicarme. No lo he conseguido. Cada día que pasa crece en mí una resistencia férrea a aceptarlos, simplemente los veo como invasores... como invasores...

No hace mucho he encontrado una escopeta en la casona antigua donde ahora me refugio. Y después de pensármelo mucho ya tengo decidido lo que he de hacer con ella.

Dennis Arias Chávez (Arequipa) es filólogo, docente y escritor. Cursó estudios de Literatura y Lingüística en la Universidad Nacional de San Agustín. Tiene un Máster en Filología Hispánica en la UNED - Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid - España y es Magister en Educación Superior por la Universidad Católica de Santa María. Autor distinguido con varios galardones literarios. Ha publicado *Ciudad Lineal* (cuentos) y *Cómo Redactar la Tesis y el Artículo Científico Según el Estilo APA*; tiene en imprenta los libros *Manual de Redacción y Estilo Académico* y *Metodología de la Investigación Científica para Ciencias Administrativas y Sociales* (II Tomos). Escribe para la revista arequipeña *El Búho*.



EL TESORO DE LOS ANTIGUOS

por Pino Calambrogio

Dos golpes más y cederá la cubierta. Tengo mucha curiosidad de saber qué tesoros guarda esta tumba. Cuidadosamente separo la última capa de sedimento y descubro piedra transparente, lo más asombroso es que dentro hay... ¡un antiguo!

Su suave expresión denota una paz profunda e incluso aparenta estar vivo.

Sigo destapando la especie de cripta en la que está y poco a poco voy dándome cuenta que en realidad es un artefacto. Mis abuelos siempre hablaron de los artefactos de los antiguos, poderosas cosas que se movían por el aire y que podían hacer maravillas. Nunca me interesó la historia de los antiguos, pero al menos se qué clase de poder tenían. Este pensamiento impulsa más mi interés y empiezo a apretar al azar cada una de sus protuberancias con el deseo de poder abrir esa cripta.

El antiguo, si es lo que parece, me dará muchos tesoros y seré rico en mi pueblo; además, es posible que Domita quiera ser fecundada por mí al ver la fortuna que nuestro hijo podrá heredar.

Luego de un golpe más, la cripta empezó a ronronear y expulsó vapores fríos, muy fríos, cuando tocaron mi piel casi abandono el lugar, pero el deseo del tesoro me hizo aguantar un poco más.

Dios de los desiertos, el cuerpo de este antiguo muestra riqueza por todos lados, sus ropajes encierran un tesoro que no creo que vuelva a ver en mucho tiempo. Preparo mi espita ceremonial y agrego un poco de alcohol a mi motor, tengo que estar listo antes que el antiguo despierte.

La cripta termina de abrirse y durante unos minutos espero pasmado. El antiguo se está despertando, pienso que no me dará tiempo a robarle, que quizá sea más fuerte que yo, tengo que adelantarme.

—Hola, ayúdame a levantarme, por favor.

A través de mi viejo traductor su voz sonó áspera y apagada, creo que podré robar su tesoro antes que se recupere del sueño, adelanto mi espita hacia su cuerpo con resolución y la introduzco en su pecho.

—¡Pero qué haces!, eso duele. Por favor no me mates, te daré todo el oro que puedas soñar, vamos, muchacho, déjame, ¿qué haces?

—Calma, señor, solo me llevaré su tesoro —tenía que distraerlo de algún modo

—Te daré oro y riquezas, armas que te harán poderoso, saca ese tubo de mí arrggg...



Lentamente su quejido se va apagando mientras el motorcillo succiona todo el líquido de su cuerpo, la espita y el filtro funcionan a la perfección.

Mientras regresaba a mi pueblo con sesenta medidas de agua que apenas podía cargar, me entró una gran duda: no entiendo por qué me ofrecía oro, ¿acaso el oro se podía beber en la antigüedad?

José Antonio Calambrogio es ingeniero informático de profesión, se inclinó a la ciencia ficción gracias a los comics que su padre y tíos leían, de origen argentino, tales como *Nippur*, *Fantasia* y otros. Luego empezó con las letras sin imágenes y se enamoró gracias a Isaac Asimov. Actualmente se dedica a su carrera y lee todo lo que cae en sus manos. Escribe esporádicamente y tocando temas actuales y probables. Ha publicado un relato en la revista virtual *Velero 25*.



DESEO CUMPLIDO

por Marcia Morales Montesinos

Corría el año de 1911 en la capital peruana. Salvador y Mariano eran dos amigos obsesionados con la idea de saber qué había después de la muerte; habían recorrido casi todo el mundo buscando brujos, espiritistas, chamanes, médiums o cualquier persona capaz de revelarles los misterios de los gusanos. Se pasaron cinco largos años sin encontrar lo que ansiaban con vehemencia, hasta que un día, en el barco de regreso a Lima, conocieron a un científico alemán que huía de la guerra, se hacía llamar el profesor Müller, y se dijo capaz de cumplir su anhelo ya que había logrado construir una extraña máquina con la cual un ser de este mundo podría dialogar con uno del más allá, pero había un requisito: se debía hacer un pacto en vida entre dos personas, ambas debían dar cierta cantidad de sangre, con lo cual se hacía un preparado que luego era introducido en la máquina. La plática solo se podría dar cuando uno de los dos pactantes falleciera.

Salvador y Mariano solo debían esperar a que uno de los dos muriese, cada cual prometió no hacer nada en contra del otro, pero las promesas son frágiles y más frágiles aun cuando el deseo de una vida está cerca de tan solo un «casual accidente». Salvador, incapaz de que el destino determinara cuándo y cuál de los dos amigos sería el que se comunicase del más allá, decidió apresurar el momento y contrató a un esbirro para que terminara con la vida del que fue su mejor amigo.

Mariano, al ver acercarse a ese ser nauseabundo con un arma de fuego, supo que Salvador había decidido apresurar el momento y poco antes de morir, víctima de un disparo, prometió no acudir a la cita desde el más allá.

Al enterarse de la conclusión del «trabajito» encargado, Salvador acordó con el profesor Müller hacer los preparativos pertinentes para la invocación del espíritu, la noche de Walpurgis estaba cerca y Salvador creyó conveniente que ese fuera el día indicado para la ansiada cita.

Llegó el 30 de abril y todo estaba listo. El profesor Müller encendió el extraño aparato, durante unos minutos no aconteció nada. Salvador estaba a punto de perder la paciencia cuando de pronto en la cámara de vidrio empezaron a aparecer trazas de ectoplasma hasta formarse una figura de aspecto humano, era él sin duda, era Mariano.

Salvador, visiblemente entusiasmado, preguntaba a Mariano por los arcanos más oscuros del más allá, pero inesperadamente se abrió la cámara de vidrio, el alma de Mariano poseyó el cuerpo de Salvador, y el alma de este salió expulsada de su cuerpo, en un abrir y cerrar de ojos fue absorbido por la cámara y luego, lanzado al más allá.



Lo que el profesor Müller no les había dicho era que su máquina también servía para intercambiar las almas, él siempre lo hacía con su hermano muerto, pero esta vez Salvador no volvería a ocupar su cuerpo. Mariano no invocaría nunca más el alma de su amigo.

Marcia Morales Montesinos (1984). Zoóloga y literata. Tiene poemas, relatos y artículos publicados en diversos periódicos y revistas como *La Voz de Tarma*, *Brisas Poéticas Modernas*, *Tarma Literaria*, *Plumilla*, *Manantial* y *La voz de la H*. Ha sido finalista en el *I concurso de microrrelatos steampunk y otros retrofuturismos* (2015). Ha publicado el libro de poemas oscuros *Noctem aeternus. Inclusiones vertidas en noches de insomnio* (2015).



EL TRANSTERRÁQUEO

por José Manuel Balta

Esteban había esperado varios días que llegara aquel sábado de noviembre. La última semana no logró conciliar el sueño de pura emoción y expectativa. Felizmente por aquellos años de evolución tecnológica los jóvenes ya no necesitaban asistir a clases a un recinto educativo, como los colegios, una estructura en desuso desde mediados del siglo XXI. La educación se impartía a través de sus dispositivos electrónicos y hologramas interactivos, no era necesario salir de casa. Si no, el niño se habría quedado dormido en una de esas carpetas escolares que ahora solo se exhibían en los museos de la ciudad.

Tres semanas atrás, su padrino le había obsequiado un boleto virtual para un viaje que pocos habían realizado hasta ese momento debido a ser una novedad mundial y el gran costo que significaba para una familia de clase media como la suya. Su padrino no tenía hijos, era propietario de una gran empresa y, ya que Esteban era casi como un hijo para él, no tuvo mejor idea que darle esta gran sorpresa por su cumpleaños número quince. Además, sabía que a su ahijado le gustaba mucho la geografía y uno de sus sueños era conocer en vivo y en directo aquellos lugares que lo deslumbraban en los hologramas y animaciones virtuales.

Por aquel entonces, a pesar de los grandes avances tecnológicos, la teletransportación de seres humanos aún no era una realidad, solo servía para elementos de materia no biológica de menor escala. Faltaban unos cincuenta años para llegar a ese descubrimiento científico. Sin embargo, una proeza digna de los anales de la ciencia e historia de la tecnología era el haber logrado atravesar el planeta Tierra. Una fábrica de taladros para perforaciones subterráneas desarrolló un sistema de diamante líquido sintético de secado extra rápido para que fuese bombeado a través de un complejo sistema de mangueras y sensores inalámbricos, lo cual permitió realizar excavaciones a grandes profundidades de la corteza terrestre.

Una década atrás, con el uso de este invento, algunas corporaciones hicieron pruebas de profundidad por encima de los diez mil kilómetros bajo la superficie sólida, lo cual era muy arriesgado para los más anticuados habitantes del planeta por temor a las altas temperaturas del magma y la cercanía al núcleo terrestre. Para ese entonces también se utilizaba en las minas una especie de plasma aislante que evitaba por completo la exposición a la lava y el terrible horno terráqueo. Así se podía mantener abiertos los túneles y también proteger los taladros para continuar acercándose más al centro de la Tierra.

Finalmente, tras varios años de gran esfuerzo de diversos países, se logró construir una red de túneles que conectaban diversos puntos cardinales del planeta



mediante un gran monorriel electro magnético de súper velocidad para unir los continentes y las ciudades que se encontraban opuestas en los mapas. Para atravesar los sectores más cercanos al núcleo, fue necesario realizar esfuerzos en la estructura aislante y también atajos que impidieran un sobrecalentamiento de los sistemas de transporte y protección. Se trató de una proeza inspirada en aquellas historias fantásticas de niños americanos que cavaban un gran hoyo en la arena y terminaban apareciendo en China. Eso dejó de ser fantasía y se convirtió en realidad para la civilización de aquella época en que Esteban empezaba a emprender su camino de juventud.

Los boletos virtuales para el monorriel transterráqueo ascendían a varios cientos de miles de dólares cada uno y servían para viajar a en todas las direcciones y rutas por el interior del planeta durante un solo día. Estaba permitido subir y bajar en todas las estaciones las veces que el cliente lo deseara, dentro de ese tiempo de veinticuatro horas. Las pastillas de comida estaban incluidas y se habían habilitado un grupo de cápsulas de suspensión animada para descansar durante los trayectos más largos o simplemente dormir algunas horas para evitar la fatiga de los cambios de huso horario a causa de los cruces entre los hemisferios.

El día de la jornada había llegado al fin, Esteban se despertó muy temprano para poder alistarse y que sus padres lo llevaran a una estación de subterráneos que lo conducirían a una de las vías del transterráqueo, allí empezaría la travesía. Al llegar a la estación (que estaba ubicada a unos cien kilómetros del rascacielos donde vivía y donde ninguno de sus veinte mil vecinos había podido costearse un boleto en este nuevo transporte; era como pagar un viaje a la Luna en el año 2015, un privilegio de pocos) se despidió afectuosamente de sus padres y descendió por el ascensor al nivel de control de salida.

Luego de que los robots guardias revisaron su boleto virtual y validaron su microchip, alojado en su dedo índice derecho, para comprobar su identidad en el registro universal de humanos, guardó cuidadosamente en uno de los bolsillos de su traje de viaje su dispositivo digital móvil. Este era muy parecido a un pequeño reproductor de música de principios del siglo XXI, a diferencia de que en el actual el usuario podía almacenar todas pertenencias y demás accesorios mediante un láser reductor y amplificarlos en el lugar que los necesitara, ahorrando la molestia de cargar con una mochila. Asimismo, traía incorporada una pantalla de plasma que podía estirarse hasta tener unos veinte centímetros de largo por quince de ancho, con conexión a la red inalámbrica de internet y una videoteca y archivo de juegos de audio ilimitado.

Para utilizar todas esas aplicaciones, era necesario tener un emisor de señales, que se emitían desde un milimétrico implante en su cerebro, algo que a todos los nacidos luego del 2100 le insertaban al momento de salir de la incubadora. Para actualizarlo, el dispositivo detectaba el chip y enviaba de forma virtual los datos de conexión. El control del mismo era mediante impulsos cerebrales, es decir,



funcionaba todo con la mente, sin mandos ni controles físicos de por medio. De esa manera, los humanos conducían vehículos, daban órdenes a las máquinas y demás artefactos de los que estaba plagado el mundo en aquella época post moderna.

Asimismo, los humanos tenían otros implantes nanotecnológicos, algunos de los cuales eran para evitar los daños del deterioro de sus cuerpos biológicos. Otros como el identificador óptico servía para que al visualizar un objeto en el campo de visión del individuo, éste pudiera realizar un acercamiento y tener un análisis detallado de su estructura molecular, historia y demás información disponible en la nube de información global a la que también estaba conectado mediante el emisor de señales. A través de este dispositivo era posible establecer video llamadas a lo largo del planeta sin necesidad de auriculares ni pantallas. Esteban podía conversar con sus padres mentalmente, con imágenes que sólo veía él y voces que también eran producto de impulsos cerebrales.

Con todo ello, Esteban abordó el subterráneo. Se sentó en un asiento diseñado para adaptarse a la anatomía del viajero. Consumió una pastilla de nutrientes de desayuno con sabor a fresa y bebió un vaso de agua modificada sintéticamente. Con eso no necesitaba de otro alimento hasta la tarde hora de Lima. Decidió escuchar algo de música y revisar en su pantalla digital el pronóstico del tiempo de las diferentes ciudades que podría visitar en esos tres días. Tras dos horas de espera y altas velocidades, el subterráneo se detuvo en la estación surtidora del transterráqueo. Descendió y siguió las indicaciones que aparecían en su retina respecto a la ubicación en la que se encontraba (siete kilómetros bajo tierra, Andes Centrales) y los metros que debía avanzar para llegar a la puerta de embarque del monorriel.

Subió a una pequeña plataforma voladora, que luego de detectar su dispositivo de control cerebral, comenzó a dirigirla y transmitió las indicaciones previas para llegar a embarcarse. La plataforma lo fue llevando entre los pasillos y ascensores, pasando entre el tumulto de personas adineradas, rodeadas de robots para toda clase de tareas y diversión. Así se reconocía a los ricos, por su extrema gordura y pereza para moverse. Eran los únicos que podían costear el precio de la comida antigua (las frutas, carnes, verduras) del pasado que estaban en extinción. Cada uno tenía sus propios viveros y criaderos probeta para esos lujos. Los demás, se alimentaban como Esteban, con pastillas y agua.

Tras unos minutos más de recorrido en la estación, la plataforma se estacionó ante una garita de control de abordaje. Nuevamente los robots revisaron su chip de identidad para verificar que se trataba de la persona que había comprado el boleto virtual para este exclusivo viaje. No era necesario tener ningún tipo de visa, ya esa clase de restricciones habían desaparecido tras el descubrimiento de nuevos planetas, con ello se eliminaron las nacionalidades y los humanos eran todos ciudadanos del planeta. Se preservaba el nombre de las ciudades y países, pero no existía una diferencia entre ellos.



Al momento de abordar el transterráqueo, uno de los robots anfitriones lo detuvo unos segundos debido a que en su boleto estaba incluida la compañía de un androide como guía de viaje. Al ser uno de los últimos en llegar a registrarse, le asignaron un pequeño robot viajero. La finalidad de este desarrollo tecnológico era servir de guía a los turistas y mantenerlos seguros ante los riesgos del mundo exterior, especialmente en casos como el de Esteban que no tenía un humano adulto que lo acompañase.

La máquina era realmente colosal, como para la envergadura de terreno que debía recorrer, una escala global a diferencia de los otros transportes terrestres. En total, el monorriel medía aproximadamente unos ciento cincuenta mil metros de longitud por mil metros de ancho y mil quinientos metros de grosor. Los controles estaban ubicados en la parte delantera, todos los viajes eran operados por inteligencia artificial siguiendo patrones de posicionamiento global y calculando la rotación del eje terráqueo.

Luego, la gran mayoría de este medio de transporte correspondía a los sectores de asientos de viaje, espacios amplios de simulación de experiencias al aire libre, salas de entretenimiento, tiendas al paso y cápsulas de reposo. El último tramo estaba destinado al sistema de propulsión y los mecanismos de mantenimiento en caso de que por algún accidente fallara el campo aislante de los túneles. Como podrán darse cuenta, no se tenía un lugar reservado para los equipajes, ya que todos portaban sus pertenencias en los dispositivos portátiles de bolsillo.

Esteban ubicó su asiento gracias al apoyo de su robot guía, cuyo nombre era AXY 342. Se recostó y presionó un botón, se activó una pantalla de plasma en la que debía seleccionar los lugares a recorrer en esas veinticuatro horas. Con su mente dirigió el cursor y seleccionó París, Egipto, la Antártida y uno al azar que el software se encargaría de elegir sin consultar, como una sorpresa final. La ruta se grabó en un programa del robot guía para que pueda avisarle los momentos en que había que descender y el tiempo que debía permanecer en cada uno de ellos. La pantalla se cerró, sus ojos también descansaron mientras que permanecía recostado escuchando música de una banda de rock intergaláctico. En una hora estaría en su primer destino: París.

El robot se ocupó de despertarlo. Era momento de bajar en la estación de París. Tendría seis horas para conocer la ciudad. Al descender sintió el aire cálido del lugar, era primavera y el sol estaba en el zenit, era mediodía. Su traje inteligente se adaptó a las condiciones climatológicas y adaptó una parte transparente en las extremidades con protección ultravioleta y una ropa color azul claro que no retuviera el calor del cuerpo y ayudase a ventilarlo y mantenerlo fresco para el recorrido.

Encontró un deslizador similar al de la estación del subterráneo. Se subió y el robot se encargó de activar las coordenadas de los lugares turísticos representativos del lugar y de hacer un recorrido con el tiempo exacto para poder regresar a



transterráqueo y continuar su viaje. Mientras recorría las calles y avenidas parisinas, le sorprendió no ver árboles ni vegetación natural, todo era plástico y aluminio sintético. Cumplía el mismo proceso de generación de oxígeno pero sin partes biológicas. Al revisar de cerca con su implante óptico, pudo enterarse que la vegetación en el hemisferio norte se había reducido en un 90 % durante la gran oleada de radiación solar.

Al llegar a la Torre Eiffel, uno de los monumentos antiguos de la humanidad, le fascinó observar en vivo y en directo el potente rayo iónico que se elevaba desde la punta de la estructura hacia el firmamento las veinticuatro horas del día, todos los días del año desde 2084, cuando fue necesario proteger nuestro planeta con una atmósfera artificial que remplazara a la natural debido al desgaste ocasionado por la contaminación. Esteban sabía que existían nuevos lugares desde donde se mantenía la red de emisores de rayos iónicos, pero ésta continuaba operando por lo que simbolizaba, la protección del mundo gracias a la evolución tecnológica de la civilización.

Tomó varias fotografías con su implante óptico y registró todos los detalles posibles. Utilizando la plataforma se elevó unos treinta metros en el aire para observarla más de cerca y cumplir uno de sus sueños. Luego descendió y se dirigió con el robot al Arco del Triunfo, un lugar que había recuperado su simbolismo tras la batalla contra las hordas de Saturno que quisieron apoderarse de la Tierra para extraer sus recursos naturales y esclavizar a la humanidad. Fue justamente en este monumento del mundo antiguo donde los embajadores firmaron el Tratado de Paz entre ambas civilizaciones, el cual puso fin a la guerra.

Probó en un antiguo local de un restaurant parisino, ambientado en el siglo XX, dos pastillas con sabores de comida francesa y bebió una copa de agua con sabor a champagne, una bebida que le agradó muchísimo. Nunca había probado eso, era una reproducción de un licor obsoleto. Recorrió algunos espacios más de esa ciudad, cruzándose con personas y androides, algunos casi humanos por fuera y por dentro también. No habría logrado reconocerlos si no hubiese sido por su implante óptico. Le gustó una muchacha muy guapa que paseaba en un deslizador muy moderno, pero descubrió que no era como él. Esperaba que pronto se modificasen las leyes para que también pudiera haber matrimonio entre humanos y androides. Mientras pensaba en eso, ya estaba nuevamente a bordo del monorriel. Era momento de emprender una nueva ruta, esta vez hacia Egipto, que no estaba muy lejos de Francia, en el transterráqueo sería un trayecto de solo unos minutos.

En Egipto hacía muchísimo calor y el sol se reflejaba en los granos de arena, la estación estaba ubicada en el centro de El Cairo. El robot trazó la ruta a la zona más famosa de ese lugar, las Pirámides de Guiza. Se trataba de monumentos arqueológicos muy antiguos. Tras varios siglos de investigaciones, a finales del siglo XXI se descubrió que eran lugares de encuentro entre los humanos y otras civilizaciones del universo. Los faraones eran en realidad seres de otros mundos que



tras cumplir un ciclo de vida y aportar conocimientos para el pueblo egipcio, dejaban sus avatares en las pirámides y sepulturas, y sus verdaderos cuerpos eran recogidos por naves interestelares.

Esteban entró a las pirámides, pudo observar de cerca todas las reliquias de la antigüedad, los jeroglíficos, papiros y demás artefactos. Asimismo, registró minuciosamente las naves de los visitantes galácticos. Obviamente nos llevaban muchos siglos de diferencia en tecnología por aquel entonces. Todo eso lo había visto en sus hologramas en casa, pero algo muy diferente era apreciarlo en la vida real y poder vivir esa experiencia lejos de lo virtual. En un área especial a la salida de las pirámides halló a dos seres extraterrestres, a través de sus ondas cerebrales pudieron comunicarse y lo animaron a que visitase alguna vez el planeta de donde habían venido los falsos faraones.

Luego ingresó a la Esfinge, algo que era considerado un monumento de piedra sólida por los seres humanos antes del retorno de los extraterrestres, quienes la activaron con un láser de animación y resultó ser una poderosa máquina robótica dejada en el desierto para proteger al planeta de conquistas galácticas durante su evolución tecnológica. Revisó cada rincón del protector de la humanidad y se acomodó en uno de los asientos de la cabina, que se ubicó a la altura de los ojos de la ex estatua. Su implante óptico registraba toda la información disponible y también reprodujo extractos de videos de las batallas que había librado ese armatoste antropomorfo.

Antes de partir, Esteban, guiado por el robot llegó a un área del desierto donde la arena era artificial. Hubo una época en la que varias ciudades decidieron protegerse de los bruscos cambios climáticos y construyeron unos gigantescos domos de vidrio templado de varios kilómetros de extensión. Esa moda duró solamente tres décadas, debido a que por la sobrepoblación fue necesaria la construcción de enormes y torres de más de trescientos pisos de altura que contenían todo lo que un distrito podía albergar pero verticalmente. Para ello se tuvieron que remover los domos porque impedían el crecimiento de la ciudad hacia el cielo. Se consumió un incalculable volumen de arena del desierto egipcio para la generación de los domos, ésta fue suplantada por unos granos similares a la arena, aunque manufacturados con partículas recicladas. La diferencia con la natural era que ésta es más liviana, casi como el polvo lunar.

Abordaron juntos el transterráqueo y se dirigieron esta vez hacia la Antártida. El recorrido fue largo, debía cruzar una gran porción interna del planeta para llegar al punto más extremo del polo sur. El pronóstico del clima para el destino era de 45 grados centígrados, más calor que en el mismo Egipto. Su traje inteligente se adaptó al calor extremo y desplegó una capa de protección solar y refrigerante para el cuerpo. Al descender descubrió un paraíso tropical, algo inimaginable en uno de los lugares más fríos para los antiguos humanos hacía algunos siglos. La extensión de terreno no era grande en comparación con el casco de hielo que había en aquellos



tiempos glaciares. Todo eso se derritió tras el calentamiento global y el nivel del mar aumentó considerablemente, cubriendo algunas ciudades costeras de los cinco continentes.

La Antártida era ahora un inmenso lugar de esparcimiento, con playas de mareas controladas por magnetismo, recreaciones de actividades deportivas, conexiones con otros planetas y cruceros al sistema solar. Asimismo, allí se ubicaba el parque zoológico más grande de todos. Esteban programó las coordenadas para ir allí y ver de cerca a todos los animales de la historia de la Tierra. Desde los primeros seres que aparecieron tras la evolución de las bacterias, pasando por todas las especies de criaturas marinas primitivas, los dinosaurios, los animales de la era glacial como el mamut, los de la época moderna y los híbridos entre especies biológicas y robóticas que habían sido introducidos a los ecosistemas para recrear lo que alguna vez hubo. Más del 80 % de los animales solo estaban vivos en ese zoológico, ya no existían en el resto de la Tierra por los cambios y eventos catastróficos.

Esteban nunca había tocado un animal en sus quince años de vida. Solamente había acariciado a los hologramas de mascotas. Esperó su turno y logró tocar al mamut, un animal increíblemente grande y peludo. Cerdas gruesas para protegerlo del frío simulado para su ecosistema individual. Todos los animales se encontraban dentro de domos de energía que reproducían con inteligencia artificial las características del entorno, el clima y la alimentación que recibían mientras existían. Estos eran clones de sus reales ancestros. La mayor parte del tiempo en la Antártida fue invertida en el zoológico de historia natural global. Después también aprovechó un momento para modificar su traje inteligente, a fin de hacerlo apto para el agua salada, y se metió a nadar en una de las playas. Alrededor de él danzaban los delfines de aluminio y peces multicolores de silicón, organismos vivientes creados por los científicos ante la ausencia de animales reales.

AXY 342 lo condujo a través de las playas al atardecer para alcanzar el monorriel que lo llevaría al destino sorpresa que había programado al iniciar la travesía. Ya había estado en tres lugares del mundo en un mismo día y conocido espacios, animales, seres e historias que solo veía virtualmente desde su casa en Lima. Ahora las coordenadas del navegador indicaban que se dirigía a un punto en medio del Océano Pacífico. Pero no tenía ninguna ciudad conocida del mundo antiguo en ese lugar específico. ¿Cuál era ese destino sorpresa que había elegido? Se trataba de la ciudad submarina.

El transterráqueo fue por una ruta que conectaba la Antártida con esta ciudad construida por los humanos a finales del siglo XXI. Fue un experimento para comprobar la supervivencia de la especie en un ambiente aislado como el de una colonia en un planeta distinto al nuestro. Para ello se construyó una ciudad cubierta por burbujas de oxígeno modificado que era controlado por magnetismo y no se disipaba como físicamente lo hacía bajo el agua en condiciones normales. Simulaba una atmósfera natural y en medio de ello estaban las casas, comunidades y demás



espacios de vida para más de cien familias.

Ahí la temperatura era más baja, debido a la simulación de la estación invernal. En ese caso el traje se amplió y cubrió las extremidades de Esteban mientras él miraba asombrado el cielo que tenía como fondo el inconmensurable mar oscuro por las sombras de la noche. Tras varias décadas de adaptación, los habitantes de este lugar habían realizado cambios a su estructura física mediante las técnicas de ingeniería genética, las cuales los dotaron de branquias, como la de los peces, a la altura del cuello, aletas en algunos puntos importantes, para la dinámica e interacción en el agua, y también unas diminutas escamas que protegían sus cuerpos ante los ataques de animales más grandes en los océanos.

También utilizaban transportes que consistían en robots inspirados en especies del mar antiguo, como los tiburones y las ballenas. Allí se movilizaban para ir a cazar o también subir a la superficie a negociar con los representantes de otras ciudades con igualdad de derechos. Quedaban aún algunos humanos sin alteraciones genéticas en la ciudad, sin embargo eran una minoría y se sentían bastante aislados del mundo al necesitar vehículos especiales para respirar si salían de la ciudad protegida, a diferencia de sus compañeros de comunidad. Saliendo de la ciudad, unos robots impermeables se encargaban de cultivar algas marinas en una gran explanada del fondo oceánico. Era un campo de alrededor de cien mil hectáreas de extensión y con diversas variedades de este vegetal de agua salada. Es uno de los principales componentes de las pastillas de alimentación de la civilización por su alto grado de vitaminas y demás nutrientes básicos para mantener a los seres humanos saludables. También había grandes perforaciones de antiguos yacimiento de petróleo y restos de minas para la extracción de minerales valiosos en la profundidad de las aguas. Llego un momento en que en la superficie no se hallaban más reservas de estos recursos y fue necesario descender varios kilómetros en los mares para buscar los últimos yacimientos.

El padrino de Esteban justamente era dueño de una empresa que se encargaba de capturar asteroides y extraer de ellos los minerales que ya no había en la Tierra, que tenían un valor muy elevado en el mercado. Es por ello que pudo hacerle un regalo tan especial como este viaje por el planeta. Sin embargo, lo que más le gustó de esa visita a Esteban fueron los hombres pez y sus máquinas de transporte. ¿Sus padres se hubieran molestado si también se ponía branquias? Tal vez era mejor no averiguarlo. El robot cumplió su labor de avisarle que era momento de regresar a la estación para abordar el transterráqueo y retornar a Perú. El joven se ubicó en su asiento, se sentía algo triste de tener que retornar tan pronto a casa. Le hubiese gustado mucho conocer más de cada uno de los lugares que había visitado en pocas horas.

Cuando ya se disponía a descansar, después de tomar su pastilla de la cena y un vaso de agua con sabor a bebida gaseosa (hasta se lograban sentir las burbujas del agua carbonatada sin que estas existieran realmente), el sistema de control de



monorriel anunció por los parlantes de los asientos que se había generado una ruptura del material aislante del magma a pocos kilómetros detrás de ellos y, de acuerdo con plan de emergencia para estas situaciones, se habían cerrado las secciones de varias estaciones, incluyendo la de Perú. Debían salir a la superficie a gran velocidad ascendente, con lo cual vencerían a la gravedad y saldrían de la atmósfera artificial con dirección a ciudad de la Luna.

Esteban no lo podía creer, era una oportunidad única. Era la primera vez que había un accidente como éste tras un largo periodo de funcionamiento del monorriel. Seguramente algún movimiento sísmico de las placas continentales había afectado un sector y había generado esa grieta por la que se estaba filtrando el magma a toda velocidad y alta presión. Esa fracción de la vía se daría por perdida y se volverían a conectar el resto a través de una nueva fracción de camino. Pero lo más alucinante era que la propulsión del transterráqueo por ese escape inesperado obligaba a continuar el viaje hasta el satélite natural de la Tierra. Un mundo extraño para muchos, pero que tenía un vínculo especial con Esteban, quien nació allí exactamente quince años atrás. Volvía entonces en el día de su cumpleaños al lugar de su alumbramiento, al que no había regresado en todos estos años terrestres.

El monorriel logró salir sin problemas por la puerta de escape de la vía a la altura de la línea ecuatorial. Ya en el aire, elevándose sobre el horizonte, se desplegaron unas alas a ambos lados y una cola de dirección en la parte posterior. Las ventanillas se recubrieron para proteger a los viajeros de la radiación solar y para que pudieran apreciar el espacio exterior con total tranquilidad. Mientras ganaba más altura, los propulsores aumentaron su potencia para terminar de escapar de la órbita terrestre. Esteban por su ventana podía ver los satélites y las estaciones espaciales construidas en el límite del espacio. Tuvieron que detenerse un momento antes de terminar de salir de la órbita terrestre para pasar por la puerta de control espacial, una especie de aduana global presente en varios puntos de la atmósfera para la seguridad del tráfico extraterrestre.

Pasaron solo unos minutos hasta que pudo divisar los carteles virtuales que indicaban que la Luna se encontraba a menos de mil kilómetros de distancia, un recorrido que al transterráqueo le tomaría solo dos minutos. Atravesaron la atmósfera artificial del satélite y aterrizaron suavemente, descendiendo sobre una plataforma del centro de llegadas interestelares. El horizonte brillaba, reflejando la luz directa de las estrellas en los grandes paneles de recolección de energía con los cuales se mantenía toda la infraestructura de esa colonia y las actividades humanas en esa parte del espacio.

Les anunciaron a los pasajeros que tendrían una hora para recorrer el lugar cercano a la plataforma. Esteban decidió ir al lugar donde se preservaba intacta la superficie, donde arribaron los primeros humanos en el siglo XX. Era un lugar al que no se podía ingresar, pero sí acercarse mucho. La reliquia más importante era una nota escrita a mano en la que textualmente se leía: «No se imaginan lo que realmente



hay aquí arriba», firmada por Neil Armstrong. Se les había prohibido mostrar en la televisión las construcciones de una civilización nómada extraterrestre y a sus amables pobladores provenientes de Marte por temor a que la humanidad se escandalizara. Ahora solo era una anécdota que quedaría en la historia.

También preservaban los restos de módulos lunares, vehículos e instrumentos científicos que habían sido utilizados en esas primeras misiones espaciales. Se veían tan antiguos y poco sofisticados que Esteban no comprendía para qué los astronautas necesitaban materiales de ese tamaño para tareas tan sencillas. En fin, era parte de la evolución tecnológica. Ahora los viajes espaciales y el contacto con otras civilizaciones no eran una novedad, sino parte de la rutina de los seres humanos.

El tiempo de espera terminó y todos los pasajeros volvieron al monorriel transformado en nave espacial. Trazaron como curso otro acceso a la altura del polo norte para atravesar verticalmente la Tierra hasta el límite de los hemisferios, donde había varias estaciones de acceso a lugares de América del Sur. Al ingresar a la ruta, las alas y otras modificaciones se replegaron para que encajasen en la vía. Fue así como la travesía alcanzó su final. Arribaron a la estación de Perú. Esteban se despidió de AXY 342 y descendió del transporte que lo había llevado hasta la Luna como un premio extra e inesperado en su cumpleaños. Su traje se modificó para un clima frío y, siguiendo las indicaciones de sus sensores, llegó a la puerta de embarque del subterráneo que lo acercaría nuevamente a la superficie.

José Manuel Balta Velarde (Lima, 1983). Se graduó en Comunicación con la especialidad de Periodismo en el 2008. Ha sido reportero en Radio Ovación (2003-2007) y colaboró con el Instituto Prensa y Sociedad (IPYS) durante el año 2007. Ha publicado el libro de cuentos fantásticos *De Lunas a Marte* (2011) y un relato en *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011), selección compilada por Carlos Enrique Saldivar.



UN MUNDO MUJER

por Alejandro Neyra

Escribo esto sabiendo que soy el último hombre, un ejemplar en extinción en este universo femenino.

Si hace cincuenta años nos hubiéramos dado cuenta de lo que sucedía, quizás habríamos cambiado la historia. Si *yo* hubiera hecho algo distinto...

Pero fui ingenuo, complaciente... todos lo fuimos. Pronto vendrán María Gracia y las mujeres que me vigilan y que me cuidan como a un dragón de Komodo en el zoológico. Mejor dicho, como a *aquella* dragón de Komodo del Zoológico de Chester del cual pronto nos olvidamos los hombres. Nuestro mayor error fue ese que siempre nos achacaron las mujeres: no saber apreciar los detalles.

Hoy es tarde.

Komodo Dragon (Varanus komodoensis)

Chester, es tarde, un otoño de 2006. Un dragón de Komodo, el reptil terrestre de mayor tamaño en el mundo, se ha reproducido en soledad. En realidad no es un dragón sino una dragona: Flora.

En la revista Nature se explica el fenómeno. Flora puso once huevos, de los cuales tres no llegaron a incubarse. Flora vive sola en un su jaula del zoológico de Chester, Cheshire, al noroeste de Londres. Es uno de los pocos ejemplares adultos en Europa y no tiene contacto con ejemplares masculinos. El dragón de Komodo esconde muchos misterios¹, pero aun así los científicos se quedan extrañados por esta concepción inmaculada.

El material genético de los tres huevos perdidos confirma la noticia: bendita es

¹ Tantos que sería imposible contarlos. La especie habita solo en unas cuantas islas de Indonesia. Es un reptil que puede llegar a medir tres metros y pesar más de setenta kilos. Tiene oídos pero casi todo lo siente a través de su lengua; se alimenta de carroña y es caníbal. Los dragones adultos se comen a los jóvenes, que tienen que subir a los árboles o encontrar refugio para no ser devoradas por sus propios progenitores o amigos (cualquier parecido con la humanidad es pura coincidencia).

Desde principios del siglo XX hubo intentos de atraparlo y llevarlo a exhibir en la civilización y en 1926 la expedición de William Douglas Burden pudo por fin capturar dos ejemplares vivos para exponerlos en el zoológico del Bronx en Nueva York. Los animales vivieron solo dos años en cautiverio. La expedición fue documentada y causó tanto revuelo que su historia inspiró la filmación de una película de aventuras sobre un animal fabuloso: King Kong. Sin duda la expedición de Burden debió ser mucho más excitante que las tres versiones conocidas del film, aunque claro, probablemente no hubo allí mujeres hermosas como Naomi Watts, Jessica Lange o Fay Wray.



Flora entre las Dragonas pues concebirá sin haber conocido varón.

Pero los hombres somos incapaces de fijarnos en las cosas realmente importantes. Los científicos estudiaron este caso de partenogénesis que para el resto de mortales no fue más que una pequeña nota de la sección de amenidades; pero fue sobre todo una científica peruana la que dedicó su vida a estudiar el fenómeno y literalmente hizo del *fenómeno* una realidad en nuestro país y el mundo: María Gracia.

María Gracia P...

La conocí cuando era una adolescente. Vivía cerca de mi casa en Pueblo Libre, en la capital de nuestro lejano país sudamericano. No era linda, para nada. Pequeña y muy delgada, con el rostro marcado por unas cejas gruesas y los ojos achinados, un poco caídos. Supongo que por eso era una de las pocas chicas a las que me atrevía a hablarle. En su caso no era tan tímido como con el resto de las mujeres, aunque temía su mirada inteligente de reprobación —sus ojos se abrían tanto que parecían salirse de sus órbitas— cada vez que decía alguna tontería o tenía alguna distracción.

—Llegará el día que las mujeres tengamos el poder, y los hombres...

—Un poco difícil ¿no?...

Entonces caía sobre mí aquella mirada terrible. E intentaba comenzar a explicarle algo pero resultaba imposible.

Ahora que recuerdo cómo fue que comencé a hablar con ella, solo sé que nuestras madres además de vecinas eran *muy* amigas y cuando salían juntas prácticamente nos obligaban a quedarnos acompañándonos uno al otro. Ambos éramos hijos únicos: mi padre había muerto en un accidente; el de ella las había abandonado —o eso era lo que se decía. Nunca se lo pregunté y aunque sé que no lo sabré jamás, me da la sensación de que *aquel hombre* fue —en realidad— el último hombre del planeta.

—Los hombres no son unos inútiles... son *innecesarios*. Llegará el día en que no nos sirvan más que para tener hijos...

—Bueno, al menos para algo servimos...

—O quizás llegue un momento en que ni siquiera para eso los necesitamos.

—Bueno, no es que sepa *tanto* de eso pero hasta donde yo sé...

—Y seamos todas hijas de la luna, como la princesa Kaguya.

—¿Ka...qué?



Kaguya

En 2011 un grupo de científicos japoneses² publicaron una investigación sobre un experimento que logró algo hasta entonces impensado en mamíferos. Una rata parió una linda ratoncita sin que mediara ratón. La partenogénesis se hizo mediante una división del huevo *ex loci* y su posterior colocación en el animal, que llevaba por nombre el de una antigua princesa mítica: Kaguya, la hija de la luna.

Con relación al mito no es poco lo que puede contarse. Se sabe que es quizás la fábula más antigua del Japón (siglo X A.C.), una de las más conocidas y por lo mismo la que tiene más versiones distorsionadas y apócrifas. Según la más extendida, una niña de cabellos blancos y del tamaño de un pulgar fue encontrada por un cortador de bambú dentro de una rama de aquellas que segaba. La niña creció sana y hermosa, cuidada por el agricultor y su esposa. Cuando llegó a la juventud, fue tal su belleza y renombre que llegaron cinco príncipes a desposarla. Ninguno logró pasar las pruebas impuestas por la familia y por ella misma para obtener la mano de Kaguya. Ni siquiera el propio Emperador la convenció para quedarse a vivir con él en el Imperio.

Kaguya tenía un secreto que solo entonces reveló. Debía retornar a la luna, de donde provenía —y hacia la cual volvería. Ella, hija del satélite, fue entonces recogida por un niveo Embajador lunático y llevada con su familia para desgracia de todos quienes la quisieron, desde sus padres putativos hasta los derrotados príncipes y el propio Emperador del Japón. La mujer en la luna³, pues, fue el nombre de la roedora y también de la primigenia rata mal-parida.

Kaguya hija, apenas sobrevivió pero el experimento fue refutado por diversos estudios. La mayoría de ellos cuestionó sobre todo la forma en que se trasladó la impresión genética de la madre al óvulo. No hay que entender mucho de ciencia para saber que hubo enorme presión de la Iglesia y muchos gobiernos para ocultar algo

²リアルに再現ラット(Rat g(r)ay reproduction). Kagame, Asu; Ono, Omei; Maidu, Hanzo et al., Yokohama University, 2011.

³ Es interesante notar similitudes entre este cuento japonés y muchas otras fábulas de diversas tradiciones. Aunque no puede hablarse exactamente de ciencia-ficción, el cuento Kaguya puede ser denominado proto-ciencia ficción, como lo son también dos películas silentes ligeramente basadas en el mito: *La mujer en la luna* de Fritz Lang y *Aelita* de Yakov Alexandrovich Protazanov. Luego las historias han sido distorsionadas hasta la saciedad y desde que el hombre llegó (pretendidamente) al satélite terrestre es una lástima que se haya perdido la tradición de elaborar fábulas sobre la luna. No obstante, coincidentemente con el experimento ratonil, en Japón se estrenaron una serie de películas de terror (unas siete —pues también hay versiones apócrifas— entre 2011 y 2021). El personaje principal era una mujer de cabello blanco que luchaba contra unos invasores crueles y horrorosos de la isla nipona. Como suele suceder con las películas del género, en las cintas se ocultaban el verdadero pavor que existía en todo Asia y el ambiente enrarecido (pre-bélico) que se respiraba en los países que como el Japón ya eran amenazados por la expansión china.



que sería un milagro real pero que llevaría a cuestionar la propia mitología judeo-cristiana. Todo esto ocurrió apenas se deslizó la primera comparación de la Virgen María con una rata. Para suerte (y desgracia) del hombre una científica peruana había leído cuidadosamente el reporte de los japoneses. Ella ya estudiaba en Washington por aquellos días.

María Gracia Pe...

No podría decir exactamente si me enamoré. Pero sentía una gran necesidad de verla y conversar con ella. Quizás fuera solo soledad o masoquismo, pero la buscaba y nos quedábamos conversando por horas, casi siempre en su casa, a donde la iba a ver cuando nuestras madres salían juntas al cine o de paseo. Su cuarto estaba lleno de libros y cuadernos tachonados, con anotaciones y dibujos. Desde muy chica había comenzado sus investigaciones sobre biología.

—Cuando las especies evolucionan también lo hace su sexualidad. Hay millones de ejemplos en la naturaleza...

—¿Y eso significa que los hombres vamos a cambiar?

—Casi seguramente.

—Y la gente ya no va a tener...

—No lo sé. Pero desde que hay bebés probeta e inseminación artificial... hemos logrado avanzar más de lo que podemos imaginar en la escala de la civilización. De aquí a lograr que nos clonemos no hay más que un paso. Y después, quién sabe, quizás ya las mujeres se basten a sí mismas.

—Eso no es posible...

—¿Por qué? Acá en el Perú los hombres son unos inútiles. Desde los futbolistas hasta el Presidente que tenemos, los políticos...

—¿Y ustedes? Porque las voleibolistas ganaron una medalla que ni siquiera fue de oro ya se creen lo máximo.

—No tienes *puta* idea de lo que está pasando a tu alrededor...

Era cierto. No tenía idea de nada. Para mí, la vida era darle a la pelota con los amigos, hacerme la paja a escondidas mirando revistas pornográficas alquiladas y estudiar de vez en cuando para los exámenes. Solo ahora que empiezo a darme cuenta de lo que sucedió aquellos años entiendo que la revolución que empezaron las mujeres no era tanto silenciosa como peligrosa. Y aquellos años pasaron muy rápido. Y los cambios nos apabullaron inadvertidamente. Los cambios...

Cambios: aquellas cosas que no notamos...

Que en menos de un siglo —y en el caso del Perú mucho menos— las mujeres pasaran de tener un rol menor en la sociedad a dirigir los destinos de sus países es



un cambio evolutivo *demasiado* acelerado. Y aún así el hecho de elegir Alcaldesas y Presidentas —una tras otra en los primeros años del siglo— fue algo relativamente leve. Los verdaderos cambios son aquellos detalles que nos pasan inadvertidos. No puedo anotar todos, solo los que aún recuerdo en esta cómoda celda destinada al único macho ¿del planeta?

Mujeres policías más respetadas. Madres de comedores populares con menús mezquinos. Lesbianismo y tendencia Cougar/MILF⁴ en la menos masculina industria porno. Más mujeres profesionales y mandonas. Mecánicas de la música. Muñecas inflables y consoladores múltiples. Modelos maravillosamente atractivas que se aprovechan de machos estúpidamente millonarios (i.e. futbolistas, actores, políticos). Metrosexualidad (o incluso ocultamiento de la verdadera sexualidad). Masturbación promovida por medios de masa. Mercados mejorados para que los hombres gusten de compras menores. Minifaldas distractivas y mortales monokinis en las carreteras provocan masacres y muertes por millares. A-Menorrea (menos menstruación y liberación mensual). Marea roja. *Memento mori*.

Cuando en la primera década del milenio ocurrió la primera de las muchas crisis financieras que destruyeron el sistema, pronto se le echó la culpa al hombre.⁵ Nadie se daba cuenta de que había fuerzas ocultas que ponían todo en peligro. Mucho menos teníamos ideas que eran mujeres las que desde sus inocentes puestos de profesoras, enfermeras, ecologistas, psicoanalistas y psicólogas (sobre todo ellas), mantenían sus puestos e incrementaban sus salarios mientras los hombres —«sus» hombres— iban perdiendo sus puestos de financistas, abogados, constructores, obreros. Y a más crisis más mujeres ministras de economía, más inversionistas, más gerentas, más políticas, más sindicalistas, más mujeres que ya no necesitan de los hombres más que para copular...y aún así había cambios más radicales que

⁴ Acrónimo de «Mothers I'd like to fuck», una de las más lucrativas —y estudiadas psicoanalíticamente— tendencias del porno antes de su prohibición universal.

⁵ *He-cession, Womanomics and the end of the world*, Maite Amaral. Psicóloga y escritora brasileña que se puso de moda aplicando recetas no muy diferentes que las del tal Paulo Coelho al mundo de la economía. Sus teorías reivindicacionistas, más cerca de Robin Morgan (§) que de Paul Krugman se impusieron en la web y convencieron a todos de algo tan sencillo como cierto: el mundo de la macroeconomía regido por el hombre debía ceder paso al de la microeconomía regido por la mujer (sí, así de simplones eran sus argumentos, pero queda claro que el grado de estupidez humana al que había llegado el hombre — el género masculino, para que quede aún más claro— era cenital).

(§) Robin Morgan, quizás la más mediática de las feministas del siglo XX —junto con las *Guerrilla Gorilla Girls*— y de quien me habló alguna vez María Gracia. Niña modelo y actriz, se convirtió en la vocera de la hermandad de las mujeres: *Sisterhood is Powerful*, *Sisterhood is Global* y tantos otros libros destinados a fortalecer la identidad de género... destruyéndonos.



efectuar.

María Gracia Per...

Cuando terminamos el colegio, yo decidí dedicarme a la informática. Mi generación fue una de las primeras que conoció aquellos antepasados premilénicos de estas máquinas que hoy gobiernan nuestras acciones bajo el control femenino. Logo, Basic, Lotus, programas que ya nadie recuerda y que *computábamos* en viejas Ataris, Commodores y NECs. Nombres que ahora me parecen como citas del Antiguo Testamento —ese libro ya también olvidado con el que me criaron.

María Gracia, en cambio, en lugar de soñar con máquinas, se dedicó a diseñar cambios químicos en el individuo. Estudiar Biología no era tan usual entonces para las mujeres pero ella nunca había sido una chica normal, de modo que nadie se preocupó mucho por que dedicase su cerebro privilegiado a una carrera científica. Para mí entonces la biología era un juego de probetas y de juegos con animales (quizás termine siendo veterinaria, pensaba ingenuamente) y no una forma de cambiar el mundo.

—Lo primero es igualarnos.

—¿Igualarnos?

—¿Cuál es la diferencia entre tú y yo? Aparte de que soy *mucho* más inteligente por supuesto. Me refiero a la diferencia *física*.

—Bueno, ya sabes... yo tengo algo entre las piernas que tú no tienes.

—Ajá... ¿y qué más? Evidentemente sabes que yo también tengo algo entre las piernas que tú no tienes y que me causa menos incomodidad que ese colgajo minúsculo que llevas ahí...

—Hey, hey, hey. Guarda ahí. Respetos guardan respetos. Nadie se ha metido con la «cosita» que tienes tú. Yo solo quería ser... diplomático.

—Ser *diplomático* es a lo que me refería. A no tener cojones. O mejor dicho, tenerlos y dejar que ellos piensen por ti. Vamos. Te acabo de dar la respuesta.

—¿Perdón? Oye, ¿qué tienes? ¿Estás con la regla o qué?

—No, no. Todavía no. Tengo un poco de amenorrea, no soy muy regular. Pero bueno, ya me cansé. Parece que eres tan idiota como el resto de los hombres. Solo eres capaz de darme una respuesta *diplomática* y de decir «*tu cosita*» porque crees que soy menos que tú, cuando es al revés, ¿no crees?

Ya entendí. Quieres que te lo diga, ¿no? Okay. Te lo diré como lo quieres oír. Sangras como una perra por esa raja peluda que tienes bajo tu calzón de bobos. Sangras como la puta madre cada mes y sangras como todas las mujeres lo han hecho desde el principio de los tiempos. Y eso te hace jodida, insoportable. Eso hace que las mujeres no puedan ser normales. Que se dediquen a joder. A que cambien de



ánimo a cada rato. A que se dediquen a cuidar a los hijos y a fregarnos la paciencia. Eso es lo que al final ha hecho que sean unas sufridas de mierda. A que tú vieja y la mía se dediquen a estar juntas de arriba para abajo en lugar de conseguirse un hombre. Todo eso. Todo eso y mucho más. Y mucho, mucho más.

Aquella explosión me dejó agotado, jadeando y con el rostro enrojecido. Ella no me dijo nada. Se quedó mirándome, sonriendo con su mirada inteligente (y aquella vez, sí, hermosa) y disfrutando del momento. Se acercó a mí, me dio un beso en los labios y murmuró un tierno gracias.

Pensé que después de aquello todo cambiaría entre nosotros.

Al día siguiente me envió una nota en un sobre cerrado —que me dio mi madre con un guiño que quiso ser pícaro y que detesté. Me encerré en mi cuarto para leer, mientras seguía pensando en todo lo que le había gritado a María Gracia. Y en lo que realmente quería decirme, a lo que quería llegar. A pensar en aquello que había mencionado: su período irregular. Amenorrea —una marea roja.

Marea roja

La amenorrea era el nombre que se daba al ciclo irregular en las mujeres. O mejor, como se conocía a ese fenómeno cuando las mujeres aún sangraban. ¿Desde cuándo no lo hacen? Soy malo con las fechas. Aquí en soledad, donde apenas recibo el periódico día tras día junto con mi única comida, uno pierde el sentido de la realidad y del tiempo. Pero de eso deben ser ya más de treinta años, de eso no cabe duda.

Recuerdo la primera gran marea roja que llegó a las costas de la China. Eran varios kilómetros de una masa de color indescifrable. Rojo sangre. Rojo carmesí. Rojo indio. Rojo escarlata. Rojo bermellón. Rojo marea.

Los canales de televisión internacional, tan felices siempre de encontrar una catástrofe natural y mejor aún tan peculiar, habían empezado a enviar sus reporteros a Xiamen, cuando pronto los sistemas hidrobiológicos de todo el mundo anunciaron que la catástrofe era mundial. Lo mismo sucedía en casi todas las playas del mundo: Ipanema, Copacabana, Mar del Plata, Máncora, Malibú, Oahu, Bora Bora, Papeete, Cancún, Bali, Seychelles, Curaçao, Maldivas, Sharm el Sheikh, Dubai...

Los biólogos habían visto antes mareas rojas causadas por virus extraños —una especie de infección del plancton— pero esta vez era diferente. Eran masas/mareas de un origen distinto. Los días pasaron y la crisis puso a todos los países en estado de alerta (roja, claro). Las bolsas colapsaron; los sacerdotes hacían llamados a la confesión previa al Juicio Final; los hombres dejaron sus casas cerca del mar para irse hacia zonas supuestamente más seguras. Y nuevamente los detalles, los grandes cambios, esos que somos incapaces de notar (como habíamos dejado de notar que las mujeres ya habían encontrado en la tecnología —en las redes sociales, en sus señales telepáticas— sus propios códigos de comunicación, entendible y reconocible únicamente por ellas, diseñadas especialmente para mentes femeninas).



Por días no caímos en cuenta que el pánico era únicamente masculino. Los suicidios en masa eran de hombres que no soportaban la idea de morir atrapados en un gran río colorado. Las mujeres reaccionaron como siempre con coraje y con valentía... pasaron días para que notáramos el cambio; y semanas para que las mujeres, calmadas y sobre todo *serenas*, anunciaran la verdad de la marea⁶. La primera fue María Gracia, desde su instituto de investigación en Washington... Era la última gran menstruación.

María Gracia Perp....

En la nota me decía que había tomado una decisión muy importante. Que nuestras madres iban a ir al cine aquella noche. Que ella iría entonces a mi casa. Que debía estar preparado. Hasta las 9 de la noche.

En aquel momento —ahora no me molesta confesarlo— tuve una súbita erección. Levanté mi colchón y saqué una revista pornográfica. Busqué a una chica que tenía dos trenzas y no vestía más que unas medias escocesas infantiles y un chupetín que lamía mientras se retorció en poses que dejaban ver todo aquello que yo nunca había visto directamente y que aquella noche sin duda probaría...ella era la elegida. Rescaté de mi mesa de noche un paquete de preservativos regalado por un compañero de colegio al final de tercero de media y que nos dijo serían los primeros de nuestras vidas (claro, la idea era usarlo en el verano antes de llegar a cuarto de media... no casi cinco años después). Por suerte aún no expiraba —*larga vida a los condones*.

Leí las instrucciones casi hasta memorizarlas. Luego fui de inmediato al baño con la erección a cuestas. Coloqué la revista en el lavabo y luego seguí paso a paso las indicaciones hasta que vi por primera vez mi pene enfundado con aquella cosa resbaladiza que pese a ocultar la natural fealdad de mi falo, no lo hacía tampoco más bonito —ni mucho menos apetecible—, pensé. En todo caso, no tardé mucho para ubicar nuevamente a la colegiala de mis deseos y comprobar lo difícil que era correrse con aquel adminículo. Igual me vine, aunque con más dificultades que las normales, lo que en lugar de desanimarme me dio seguridad. Después de todo probablemente esa era otra de las razones para usar preservativo: retardar una eyaculación que quedaría atrapada allí, en aquella bolsita de color horrible, pero que evitaría la primera metida de pata de proporciones en mi vida.

Aquel día en el instituto no entendí absolutamente nada. No podía pensar en nada más que en María Gracia besándome, gimiendo de dolor y de pasión. Gritándome cosas (supongo que en inglés, después de todo las dos o tres películas porno que

⁶ El anuncio fue hecho un 23 de mayo. No recuerdo exactamente el año pero sí el día exacto. Un martes. Era mi cumpleaños y sigo preguntándome si había algún chiste macabro detrás de la fecha escogida por María Gracia para exponer de manera científica —pero tan claramente que ninguna palabra fue incomprendida— que aquello era el inicio de una nueva era, la verdadera emancipación de la mujer, la forma en que se hacían libres e iguales que el hombre... *el gran salto evolutivo es hoy*.



había visto estaban todas en inglés). Huelga decir que era tímido. Me había enamorado de alguna compañera del instituto sin ser correspondido y a María Gracia jamás la había visto como nada más que una amiga extraña hasta entonces. Pero después de aquella noche quizás seríamos enamorados y luego esposos. Tendríamos hijos y ¿seríamos felices?

Quizás si hubiera tenido valor aquella noche hoy no estaría recluido como un animal en extinción en medio de este templo mortal... todo eso lo pienso ahora, claro. Pero a las 8 y 59 de la noche, mientras aguardaba la llegada de María Gracia, solo había espacio para una última pregunta ¿ella era también virgen?

Virgen (en tiempos modernos)

El fin de la era de las vírgenes⁷ fue realmente el fin de la humanidad como la conocemos. No era exactamente la independencia del género femenino —su asunción, para referir al mito mariano⁸— sino la conquista y creación de su propia historia. Es así como se conoció la época posterior a la Primera Gran Ruptura, aquel momento en que todas las mujeres del mundo decidieron hacer obligatoria la himenoplastia y se prohibieron prácticas degradantes como la infibulación y oficios como la pornografía y la prostitución.

Desde aquel momento en que las mujeres decidieron dejar de tener relaciones con el género masculino hasta que cualquier contacto con los hombres fuera penado con cárcel pasaron pocos años. Fue lamentable comprobar que ante la abstinencia, la única reacción fue la protesta violenta —rápida y fácilmente controlada con las nuevas armas biológicas diseñadas por aquellas guerrilleras fanáticas y adoradoras de María Gracia.

El hombre, vuelto a su condición más bestial, había sido vencido —como en la comedia de Aristófanes— pero esta vez para siempre.

María Gracia Perpe...

Apenas entró a casa me dijo que pasaríamos a mi cuarto. Me había esmerado en ordenarlo y limpiarlo. Había colocado algunos de mis libros en un estante que antes

⁷ *El fin de la era de las vírgenes* es también el título de una obra de Xi Kuangma, que gozó de éxito y gran difusión alrededor de la tercera década del siglo, cuando se dieron los primeros enfrentamientos entre el nuevo régimen femenino y un grupo de librepensadores masculinos. Se trataba de una sátira que cuestionaba la ascensión al poder de las mujeres en todos los países del mundo y culminaba con un llamado a la unión masculina para salvar el mundo. Fue la primera obra censurada universalmente y colocada en el Sacro Nuevo Index Femenino (SNIF).

⁸ La asunción de la virgen María es un dogma mediante el cual la Santa Madre Iglesia —esa institución protohistórica— declaró, el 1 de noviembre de 1950, que la madre de Jesús no murió sino que ascendió a los cielos en cuerpo y alma. Siendo pura y madre impoluta, su destino no podía ser el de cualquier mortal. La Iglesia arreglaba todos esos dilemas con dogmas, como lo hace ahora María Gracia misma.



cobijaba algunos muñecos de mis superhéroes favoritos que por primera vez —y para siempre— pasarían a morar en un cajón de cosas viejas en el fondo de la cocina. Nada podía estar fuera de lugar aquella noche.

Nos sentamos en mi cama. Me cogió de la mano y me lanzó aquella pregunta que aún ahora no me deja de causar asombro.

—¿Crees en los extraterrestres?

—¡QUÉ!

—Que si crees en los extraterrestres...

(...)

—Bueno, he leído algunas cosas, sí. Sí, bueno, sí, creo.

—¿Y crees en esas fotos de avistamientos en los contactos del tercer tipo?

—La verdad no sé si mucho, pero creo que sí, creo que he visto algunas fotos...

—¿Y te has dado cuenta que nunca nadie ha visto el sexo de los extraterrestres?

—¿QUÉ?

Desde aquel momento tuve que escuchar aquella argumentación insólita que no solo redujo mi libido al mínimo sino que, por primera vez, me dio un poco de miedo escuchar. Y dice (algo) así:

Los extraterrestres no tienen signos exteriores del sexo⁹. Eso podría implicar que los extraterrestres son todos femeninos o han perdido cualquier colgajo o hendidura para pasar a convertirse en una suerte de hermafroditas sin signos exteriores de enfermedad. Está claro que ellos son seres superiores. Ergo, en cualquiera de las dos hipótesis, los hombres —o el género que cuenta con un aparato reproductor externo, para ser más neutrales— no tiene espacio (ni tiempo) en la evolución.

Estoy convencida que en el futuro los hombres desaparecerán. Eso está claro. No hay forma de que una especie inferior sin capacidad de adaptarse y que en miles de años solo haya causado más caos que orden, pueda subsistir. La naturaleza, Dios, Orden —dale el nombre que quieras— es suficientemente sabia para no autodestruirse, que es lo único que ha logrado el hombre con sus armas y guerras, con sus industrias destructivas, con sus tecnologías limitadas.

⁹ Lo cual es cierto. Por mucho tiempo me dediqué a hacer un seguimiento de noticias sobre el sexo en los extraterrestres. En todos los contactos del tercer tipo parece haber consenso en afirmar que los extraterrestres no tienen formas sexuales definidas —ni colgajos, para usar la palabreja que me condenó.



Las mujeres hemos logrado en poco tiempo hacernos por fin del espacio que nos cabe por merecimiento en la sociedad. Pasados algunos años, y una vez que hayamos logrado algunos descubrimientos necesarios, como el fin de la menorrea y la división partenogenética, todo será mejor. Habremos logrado el estado de evolución necesario para perpetuar la civilización, para vivir en paz, para alcanzar eso que llaman la felicidad.

Me iré a Washington.

Gané una beca para seguir mis estudios allá. Tengo mucho por hacer. Quería despedirme. Si fueras mujer quizás me habría enamorado de ti. No lo sé. No sé siquiera si me gustan las mujeres. Solo sé que tengo una misión. No quería irme sin decírtelo.

Entonces me besó nuevamente. Yo estaba aturdido. No pude más que balbucear un gracias. Supongo que le deseé lo mejor y le dije algo que pensé bonito. Pero nada más. No le dije jamás que me gustaba ni que quería estar junto a ella, morderle los labios, hacerle el amor, embarazarla, tener hijos, hacernos viejos juntos. No le pude decir nada porque todo eso recién lo recordé cuando ya se había ido con un beso y un adiós (perpetuo). Y de lo único que me acordé es de aquella palabra de la que no tenía entonces menor idea:

Partenogénesis

En griego: nacimiento virginal. Reproducción asexual en ausencia de copulación o de fertilización externa del embrión. Desde el inicio de los tiempos miles de especies han sobrevivido multiplicándose sin contacto sexual entre géneros de la misma especie. Algunas de estas: Phasmida (insectos palos), Aphida (piojos de las plantas), Nemátoda (gusanos tubulares).

La partenogénesis puede ser femenina o masculina dependiendo de la especie, pero la femenina es más común. Son muchas plantas y animales que se reproducen sin conocer varón. Pero es tan poco lo que notamos...

No sabemos nada de lo que ocurre en nuestras propias casas y jardines. No sabemos lo que ocurre en ese mundo invisible que nos circunda y que solo pocas personas estudian. No sabemos nada de nada. María Gracia lo sabría todo.

María Gracia Perpet...

Se fue a los Estados Unidos y desde allí me escribió algunas cartas y luego correos electrónicos. Allí me iba contando de sus primeras experiencias y de la manera en que iba desarrollando sus ideas sobre la obligación que tenía frente al género y al propio ser humano.

Cuando me comentaba de sus experimentos biológicos llegaba a entender algo, pero antes que tomarla en serio pensaba que —como siempre lo había hecho— solo quería burlarse de mí. Poco a poco fui encontrando evidencias de aquellos experi-



mentos de los que me hablaba y que tenían que ver con ratas y reptiles. Esos detalles que los hombres pasamos por alto. Aquellas noticias curiosas que ocultaban la verdadera revolución que nos iba a aniquilar como género y hacer evolucionar radicalmente como especie.

Empecé a leer aquellos diarios que publican noticias apocalípticas y que pensaba nadie leía. Me equivoqué como todos los hombres. Las mujeres compraban esas publicaciones en las que poco a poco se empezaban a explicar aquellos cambios que ocurrían en la naturaleza. Era la Hermandad de las Vírgenes —la orden que creó María Gracia en Estados Unidos— la que editaba esos pasquines que se imprimían en todos los idiomas y en todos los países del mundo y se multiplicaban al infinito por las redes sociales. Eran ellas las que iban expandiendo los nuevos mitos y dogmas de la re-creación del ser humano y la llegada de una nueva era: la era de Virgo.

Virgo: el reptil femenino

La serpiente las condenó en el inicio de los tiempos.

Otro reptil las salvó: la lagartija mexicana (chicotazo o *whiptail*).

Como Kaguya y Flora, Virgo era una grácil y esbelta fémica de cuatro patas, cola pulposa y oronda. Se trataba de un hermoso espécimen de la *Cnemidophorus neomexicanus*. María Gracia la conoció y se enamoró de ella. Fue amor a primera vista, increíble intuición femenina para reconocer a una hembra superior.

Las lagartijas lesbianas de Nuevo México se reproducen por partenogénesis. Nadie les había hecho caso antes (tantos detalles pasados por alto), pero María Gracia sabía que ellas tenían el secreto de la belleza y de la evolución. Fue un trabajo lento y dedicado desde que publicó su primera publicitada tesis¹⁰, una pequeña y constante lucha que la hizo famosa en el mundo al ser la primera mujer en concebir sin haber conocido varón. Virgo se llamó también su hija, fruto bendito de su vientre virginal.

Desde entonces nada volvió a ser igual. Los hombres éramos ya unos perfectos inútiles, nuestro sexo vano, nuestra existencia superflua. Hubo tantas muertes y suicidios. Tantos niños sacrificados por sus propios padres que quisieron evitarles sufrir en un mundo que ya no era para los más fuertes.

María Gracia dio inicio así a una nueva era de feliz y perpetua feminidad.

María Gracia Perpetua.

¿Quién más que ella podía ser elegida como líder máxima de un país que es ya un planeta en el que los hombres se escondían de pánico? Quién si no ella que quitó la cuota mensual de sufrimiento a todas las mujeres del mundo. Quién si no ella que descubrió luego cómo reproducirse sin necesidad de hombres. Quién si no ella que desnudó la debilidad de aquella pieza inútil que los hombres cargamos y que no es

¹⁰ *Female reptiles: Raise and power of the beautiful sex*, Harvard ed., 2021.



más que fardo pesado e inútil, la verdadera causa del pecado *original*, el castigo divino que nos ocultaron siempre.

María Gracia Perpetua es quien me tiene confinado en esta celda desde hace tanto tiempo... Afuera ya no hay hombres que escuchen mi voz. ¿O quizás haya quedado alguno como mascota? No lo creo, sería peligroso tener en las casas animales tan peligrosos y desagradables, que se paseen desnudos con algo entre las piernas que no es más que el símbolo del retraso de una raza que solo hoy, cuando las mujeres gobiernan el mundo, está lista para una verdadera evolución.

No queda más por decir. Solo queda por saber qué planes tiene ella para mí. Saber por qué me ha dejado vivir aún hasta esta terrible edad en que los recuerdos se van perdiendo pero me asaltan en pesadillas insomnes, llenas de símbolos y de mujeres desnudas, hermosas, *ofertas*, como aquellas en las que pensaba cuando era joven. Quizás solo quiera eso. Puede que solo quiera observar mi decadencia, la decadencia del ser humano, la decadencia del hombre. Y ser aquel que recuerde a esta nueva especie femenina de las aberraciones que puede crear la naturaleza. Me disecharán y me mostrarán a las futuras niñas partenogenéticas, como se muestra un monstruo. *Esta especie casi destruye el mundo. Tengan cuidado si de alguna manera pudieran toparse con uno de ellos: es peligr...* ¿oso? Me gustaría saber cómo se referirán a mí cuando ya no existen géneros en el lenguaje.

Me han anunciado que hoy María Gracia Perpetua desea visitarme. No sé cuántas veces me lo han dicho. Su recuerdo es como el buitro de Prometeo que viene a comer noche tras noche este colgajo flácido que miro con terror cada mañana al despertar, esperando que todo no sea más que un sueño. Y sin embargo tengo la esperanza de que venga a besarme y decirme que desde que me secuestró —antes que exterminaran a todos los hombres (¿hace diez, veinte, mil años?) gracias a alguna espantosa arma biológica— piensa en mí. Que también me quiere. Que me dejará libre para recuperar el tiempo perdido. Que no soy solo el ser inferior que le recuerda día a día, que siempre hay que tener cuidado. Que soy algo más que un *memento mori*. Que antes de morir pasará una noche conmigo. Que esta terrible y perpetua noche que vivo terminará. Que me extirparán esta asquerosa muestra de involución y seré, yo también, finalmente, una de ellas...

Alejandro Neyra (Lima, 1974). Escritor y diplomático. Autor de los libros de cuentos *Peruanos Ilustres* (2005), *Peruvians do it better* (2007) y *Peruanas Ilustres* (2009). Ganador del Premio Copé de Plata de Cuento 2012 y del IV Premio de Novela Breve de la Cámara Peruana del Libro 2012 con la novela *CLA Perú, 1985. Una novela de espías* (2012). Autor del libro de ensayos *Peruanos de ficción* (Solar, 2013). Su segunda novela es *CLA Perú, 1985. El espía sentimental* (2015). Ha formado parte de diversas antologías nacionales e internacionales, y ha publicado en revistas especializadas como *El Hablador* y *Buensalvaje*. Página web: www.alejandroneyra.com



COLISIÓN

por Jeremy Torres-Montero

*Toca, con todas tus fuerzas, el órgano
hecho con la luz que llena el cielo.*

Kenji Miyazawa, Adiós

Tenge

Los objetos quebrados tienen cierta majestuosidad, belleza escondida, producto de una metamorfosis incompleta. Lo perfecto, ideal difuso, incoherente a la naturaleza: sufijo de una regla monstruosa que nos hace anhelar lo divino, aquel eje imposible que deshumaniza —piensa Sonsoalegre en voz alta. Hace una pausa para escuchar el sonido que provocan, desde las calles, todos aquellos que le temen al fin del mundo.

Camina hacia la ventana, con índice y pulgar separa dos de las laminillas que forman las persianas azul moribundo que, aunque intentan, no pueden ocultar la vívida imagen del caos en las calles que colindan con el Hospital de la Policía: gente que huye como puede, autos que invaden carriles contrarios, arrollando a los peatones desesperados. Eleva la mirada para captar aquella visión que debería aterrarlo, pero, al contrario, lo calma: un gigantesco disco negro con fulgores turquesas recorriendo sus placas de acero que desciende, en caída libre, desde el cielo.

—¿Es por eso que esperas sin sucumbir ante la desesperación? Aferrarse a la vida no es un afán monstruoso, antinatural, nadie quiere irse y tú te condenas; no luchas.

Sonsoalegre observa al Otro de soslayo. Detiene su mirar en los movimientos de sus labios: diminutos, de marioneta.

—No, al contrario. He luchado cada instante, desde aquel cuchitril en Barrios Altos, desde que me declaré un amante fálico incorregible —responde Sonsoalegre, se dirige a la mesa de noche y coge un espejo, no puede verlo directamente: le repugna su imagen—. Tú, mejor que nadie, sabe que el cáncer me condenó, antes, mucho antes que aquel trozo de metal incandescente que, presuroso, anhela descansar sobre la Tierra. La destrucción, Otro, el oblivion es el descanso prometido.

—Hablas como si fueses nada más que un fantasma.

—¿Qué da si lo soy?

—¡No estás muerto!



—¡Lo estoy! —replica Sonsoalegre, sigue observándolo desde el reflejo, ve su nariz: angulosa y afilada. Continúa—: El cuerpo humano está fabricado para degradarse, el cáncer no es una enfermedad, es un proceso natural. La garantía de vencimiento.

—Lo dices, pues perdiste la esperanza, hombre de poca...

Sonsoalegre, brusco, lo interrumpe:

—¿Esperanza? Supongo te refieres a la confianza que se tiene de recibir una cosa, algo a cambio, una especie de premio, consuelo divino al sufrimiento que no tengo. ¿Quizá me equivoco y te refieres a la virtud teologal?

Otro permanece en silencio, queda prendado del millón de explosiones nucleares que impactan sobre el trozo de metal incandescente.

—Ya que no respondes, aclararé las cosas: no pensé, ni remotamente, en destrozarme mi cuerpo por un año más: vomitando siete veces al día, cuatro más cada noche. Perder el cabello, adquirir la apariencia de un cadáver. Mi muerte es digna, se toma como tal. Siempre he pensado, he querido, que la muerte, en realidad, sea el instante entre el útero y la luz del nuevo día. Somos sueños, insignificantes, apenas polvo en el vasto universo. Ese trozo de metal, un fragmento de un total, lo confirma.

—Dices eso porque sabes que moriremos, si otro fuese el escenario podrías vivir. Esa es la razón de la vida, filosofía, redundancia aparte, vivir.

—La razón, querido amigo, la valedera, es aceptar el tiempo entregado. La muerte es la razón de la vida, viceversa incluso. ¿Tú por qué te quedas?

—Tú tienes la respuesta, preguntar está de más —replica el otro y muerde sus labios—. Volviendo al tema, ¿Ese trozo de metal del tamaño de veinte estadios de fútbol es la señal que prueba tus teorías?

—Para nada. Todo es situacional: decisiones, aciertos, la gente incluso. Nunca se me ocurrió eso de la muerte como sentido de vida, vade retro, viceversa. Lo dije para acomodarme a tus pretensiones, Otro —Sonsoalegre eleva el brazo y señala el objeto, la bestia del final—: Mira, los católicos, los judeocristianos, dirán que es el dragón de siete cabezas. Y así, como esos, cada quién visualizará y le dará sentido a lo que cae del cielo. Lo conceptualizarán de acuerdo a sus pretensiones —devuelve la mirada al espejo y queda prendado de la forma de sus ojos: los de un soñador, un gesto que él no reconoce—: Ahora, si busco pretensiones, un ideal mítico te diría algo absurdo. Para mí, esto es un espectáculo de lujo, nunca en mi vida pensé que vería tantos resplandores. Son ocasos y amaneceres devorados por la mole negra. Es, repito, absurdo, como en una película de Michael Bay. Lo comprendo ahora, las explosiones le dan magia a la vida, son soles infantiles ansiosos por desaparecer. Después de todo, ¿qué es la vida sino explosión tras otra? Desde la eyaculación que desata el germen de la vida hasta el impacto de un final. ¡Explosiones, amigo mío!



—Ese fuego es efímero; la magia real vendría del sol. Aunque, poniéndome en tus zapatos, me dirás: la magia proviene de lo que cada individuo considera especial.

—¡Así es! Conoces mis palabras. Lo que para nosotros es eterno, es efímero al cosmos. Y lo que yo hago al observar ese trozo de metal es ver una estrella fugaz cumpliendo mi último deseo.

Sonsoalegre deja el espejo en la cama y vuelve a la ventana. Se anima a ver el reflejo del Otro, el suyo propio, por última vez: labios diminutos, de marioneta, nariz angulosa y afilada, ojos de soñador. Dirige su mirada al cielo, inhala a la par que escucha el sonido de la nave al impactar contra el planeta. El fuego, la tierra adquiriendo nuevas proporciones y la insignificancia del ser humano, al descubrirse diminuto, es sublime. Las ascuas, en apenas milisegundos, llegan al hospital: devorando todo.

«Eucaris, un amanecer al instante vuelto ocaso...» piensa mientras las brasas consumen el barro.

Tenjou

Saldívar presiona el botón que lanzará los proyectiles nucleares y suspira aliviado. Coge su taza de café con leche y ve el tiempo, en su reloj de pulsera, que le queda para llegar a su casa (dentro del complejo militar).

[Veinte minutos.]

Conduce entre las calles del fortín y queda prendado del gigantesco objeto que impactará contra la Tierra, en caso los misiles nucleares sean inefectivos: es un disco negro con líneas azuladas que le dan el aspecto de un artefacto divino. En el camino ve a los militares y demás personas que viven dentro del complejo entrar, apresurados, a sus casas. Ellos no creen que la Iniciativa Omega, es decir, lanzar todos los misiles nucleares de la ONU, sirva de algo. Se detiene frente a su casa y baja de la camioneta.

[Catorce minutos.]

En ese instante, antes de entrar a su casa, piensa en la bella Belinda, su ex mujer: la conoció diez años atrás: cuando él era joven y apuesto. Fue una mañana cualquiera en el cafetín de la NASA. Ella fue la primera astronauta boliviana, méritos aparte, sudamericana. Él, pues, el primer especialista nuclear salido del Perú. La atracción, entre ellos, fue instantánea: al escucharse sus acentos y verse el calor latino de sus sonrisas, quedaron prendados. Luego de aquel instante caminaron juntos, todos los días, para tomar desayuno, almorzar y cenar. Saldívar la perdió, tres años antes de aquel día: la estación espacial en donde ella se encontraba fue atacada por fuerzas alienígenas: el primer contacto con los despiadados zerianos: insectos mecanizados ansiosos por establecer una nueva colmena en la Tierra. De alguna forma Naciones Unidas detuvo el ataque con armamento nuclear y se ocultó



la información al público.

[Doce minutos.]

Al entrar a su casa, Ramona, su hija, lo saluda como de costumbre: saltando hacia sus brazos.

—¿Podemos ver el Disco Negro desde donde ibas con mamá?

Saldívar asiente en silencio. Se le ocurre que es poético.

[Nueve minutos.]

Suben a la camioneta y conducen durante cuatro minutos antes de llegar a la pequeña colina. Bajan del vehículo y se sientan sobre el césped.

—A tu mamá le gustaba este lugar. Decía que era el único sitio en este fortín donde se podía sentir la paz de la naturaleza.

—Es verdad, papito. ¿Por qué el Disco Negro cae tan lento?

—Es por el campo de repulsión gravitacional que diseñaron las mentes más grandes de este siglo.

—Dicen que se murieron pero salvaron la Tierra.

Ramona cruza los brazos y su gesto indica que está satisfecha con la explicación.

—Esas personas deben de estar en el Cielo.

Los minutos siguientes hablan de lo bien que le fue a Ramona en la escuela ese día. Incluso ella le cuenta de un compañero que le dijo para ser enamorados:

—Pero no, papito, ugh, los chicos me dan asco.

Saldívar deja escapar una sonrisa. Siente el temblor y escucha el sonido de los misiles nucleares. Sujeta a Ramona y la pone sobre su espalda, ella se sostiene con fuerza.

[Dos minutos.]

—¿Qué son esas cosas? —pregunta Ramona al observar los miles de misiles despegando.

—Esperanza —responde Saldívar.

Cada estrella, en el cielo, elevándose desde el subsuelo para rasguñar el firmamento: es un deseo, los de ella, volviéndose realidad.

Jeremy Torres-Montero (Lima, 1987). Estudió Gastronomía en la sede peruana de Le Cordon Bleu. Es autor de las novelas, *El Camino de los Aegeti* (2010), *Wild Child: El Camino de los Aegeti/ 1* (2012); y del cómic publicado en Argentina *Bye Bye, Mr. American Blaze* (2015). Ha publicado relatos en el fanzine *El Horla* y en el magazine argentino *Barricada Cómic*s. Ha colaborado en la revista *Dedo Medio*. Este año (2015) publicará *Kintsukuroi*, su primer libro de cuentos.



EN EL MONTE

por Giuseppe Albatrino

Con un gesto de mano, Oins calmó los vientos que circulaban alrededor de todos. Las tres túnicas habían estado ondulando por minutos mientras que él contemplaba callado las opciones que le quedaban por culpa de Trib, quien, a pesar de lucir como un adulto humano, no había perdido un ápice de la inmadurez reservada a los niños.

Dejó de mirar los valles para calcular la hora en el cielo. El tiempo jugaba en contra ahora que, al igual que todos los líderes del Enjambre, había recibido la orden de marcharse antes del amanecer. Si no quería quedarse varado sin nada que hacer, por lo menos, hasta que los Señores determinasen que era el momento de volver a este mundo a realizar otra gran revisión, debía tomar alguna decisión.

—Observar y anotar, Dabu —dijo, dirigiéndose al cuidador de Trib e ignorando en el proceso al culpable de sus problemas—. Solo eso. No somos zapadores ni sembradores.

—Deberíamos, ¿no?, porque no hacemos más que...

—Observar y anotar —lo interrumpió tajante—. Así ha sido por eones, desde que empezamos a registrar cada una de las estrellas. ¿Tienen algún problema con eso?

El silencio que le ofreció lo ofendía. Le recordaba que había compromisos mayores que el de ser un espectador pasivo. Sin embargo, de nada le serviría ahondar en ello. Prefirió más bien recordar con sorna algunos de los errores de los apreciados zapadores, como cuando después de conjurar las formas y vestimentas al mínimo detalle olvidaron que los seres humanos respiraban. Fue así que los primeros exploradores aparecieron en cada poblado con los pechos tiesos, hasta que fueron puestos en evidencia por unos moradores que, finalmente, tuvieron que ser eliminados.

Traicionado por su propia sonrisa, regresó al presente. Cerca de él se encontraba Trib. Jugaba con su extensa barba mirando al horizonte, como si con él no fuera el inconveniente.

—Y tú, ¿qué tienes que decir? —Al fin se dirigió a este, como pocas veces lo hacía.

—No les importamos.

—No es así, Trib, y lo sabes. El Enjambre valora nuestro trabajo. Con nuestras anotaciones, los zapadores exploran para que los sembradores puedan colocar las ideas en las personas debidas.

Esperaba que Dabu apoyara sus palabras, pero fue en vano.

—De no ser así, ¿por qué nos envían a los peores lugares como a esta ridícula



frontera del imperio y no a su capital? —el menor pateó un guijarro con tal furia que Oins temió por un segundo que fuera seguido por la gastada sandalia—. En este lugar no ocurre nada interesante.

—¿Por eso lo hiciste? —No le gustaba gritar, pero ya no podía detenerse—. ¡Cambias de forma a tu antojo y tú mismo siembras ideas en humanos! ¿Por aburrimiento?

Trib quiso responderle, pero un enrojecido Oins lo calló con un gesto de mano. No quería saber más de él. Ya tenía suficiente con haber descubierto que este tuvo un par de conversaciones con los lugareños y en particular con una joven llena de sueños revolucionarios que podría complicar la delicada misión del Enjambre.

Los vientos ya calmados solo atestiguaban la escena.

Dado que ninguno de ellos era un sembrador de ideas calificado (se necesitaba mucho cálculo para cambiar la historia), decidió arriesgarse y revertir lo sucedido.

—Retrocedamos unos meses. Podríamos ir juntos hasta el momento del primer encuentro de Trib con...

—¡No podemos!

La certeza de Dabu primero lo golpeó y luego le hizo sentir estúpido al comprobar que tenía razón. Con el viaje ad portas, no tenían suficientes recursos para regresar tantos meses hacia atrás. No podría alterar esa parte de la historia. Todo parecía haber sido llevado a cabo con sumo cuidado. De pronto, asaltado por una revelación, apuntó un dedo acusador a su consorte:

—Tú ordenaste a Trib que lo hiciera. ¡Estás detrás de todo esto!

Oins había fallado. Por descuido había permitido que un Observador de su grupo interactuase con los habitantes y había tardado tanto en reparar en ello que ya no había manera de volver y evitar sus ramificaciones. Probablemente, por eso no lo promovían entre los líderes: andaba tan absorto en sus propias observaciones que se olvidaba de las del resto.

—Dabú, siempre te he tratado bien. Al menos, ¿podrías decirme por qué lo hiciste? —sonó un tanto más resignado de lo que hubiera querido.

—Por un poco de trascendencia, ¿no te gustaría tenerla? Los sembradores cambian el futuro de millardos de vidas y nosotros ni podemos hablar con una sola de ellas.

—Puedo cancelarlo todo. Antes de partir, informaré de lo sucedido y los Señores resolverán la situación.

El frío comenzaba a descender. A lo lejos, una estrella fugaz calentaba el cielo a su paso, mientras que un absorto Trib seguía su estela.



—Nos eliminarían a los tres. Lo sabes.

—Entonces, ¿qué es lo que propones? De seguro ya lo has pensado también.

—Dejémoslo así. Será solo una pequeña broma en una región insignificante de este planeta. ¿Qué tenemos que perder?

Poco podía más que seguirle el juego, así que luego de pensarlo unos minutos y a instancias de Dabú, decidió conocer a la primera mujer con la que un Observador había hecho contacto jamás. Tenía marido y dentro de poco iba a dar luz a su primogénito. Con suerte no habría nada más que saber de ellos. Se irguió e hizo aparecer regalos en las manos de los tres.

—De acuerdo, vamos. —Cansado dio unos pasos antes de añadir—: Llevémosles oro, incienso y mirra, y larguémonos de aquí.

Giuseppe Albatrino (1975). Escritor, dramaturgo y divulgador. Es autor de los libros *Caminando en la luna* (2009) y *¿Será cierto?* (2012). Sus relatos han sido publicados en revistas como *Buensalvaje*, *Umbral* y en colecciones del Plan Lector. Su obra de teatro *10,000 Horas* fue una de las ganadoras del concurso Sala de Parto 2014 y ha sido puesta en escena este año bajo la dirección de Bruno Odar.



LA PESTE

por Haydith Vásquez del Águila

*Pronto vendrán los pájaros del este a picotear mi casa.
Y aquí me quedaré
para saberlo.*

Renato Cisneros (*Máquina Fantasma*).

Mis abuelos lo predijeron mucho antes que yo naciera. Los ancianos lo sabían, porque un distintivo de serlo era poseer sabiduría llegada a sus puertas hace millones de años. Insistentemente lo repetían, una y otra vez, para que los menos dotados, es decir todos nosotros, estuviéramos alerta y no fuéramos sorprendidos por la venida inminente del fin de los tiempos.

El cielo se volvió más gris, mi casa comenzó a cuartearse y mi soledad a esfumarse, ¡Vaya paradoja que me toca vivir! Cuando el sol aún existía y el mundo latía como un gigante corazón, con niños llorando y mujeres gimiendo de placer, mi soledad parecía infinita: ahora que no hay nadie, solo viejos en derredor vigilando que todo suceda como debe suceder, tengo la certeza de estar viviendo lo mejor de mi existencia.

Nadie recuerda cuando comenzaron a pudrirse los sueños. Nadie que camine puede dar fe de estar vivo. Hay maledicencia hasta para sonreír, pero yo seguiré insistiendo en que el momento presente es mi reconciliación definitiva con la vida.

Desde la playa puedo ver el ataque subversivo que hacen los seres pequeños que por ahora dominan el mundo. Insectos que antes se erigían indefensos ante la cruel cizaña del hombre, ahora actúan como un todopoderoso que sabe de su supremacía incontrolable y se encarniza con los pobres que luchamos por no pecar.

Se siguen cuarteando los techos. Los jardines se terminaron de secar el día en que murieron mi madre y todos mis hermanos. Ni una lágrima lloré; porque el trabajo físico que me demandó decirles adiós en medio de los anónimos cuerpos, ocupó mi mente por interminables días.

Las horas se suceden con fría quietud. La mirada compasiva de los ancianos que pululan por la tierra, son un rastro certero de que aquí, antes que yo naciera, ellos ya se preparaban para sobrevivir.

Nadie que estuviera lúcido les hizo el menor caso, y las burlas desafiantes no se hicieron esperar. Cada mañana, como una rutina que se parecía más a una oración penitente, sus ojos decrepitos auscultaban el cielo pintado de arco iris. Los viejos sabios lo sabían: la peste llegaría en forma de pájaros volando del este, con el único objetivo de picotear las casas.



Con un sonido que se parece al mar llegaron desde lejos. Con sus picos amarillos y sus plumas aladas tiñeron el cielo de gris. El gran hogar cayó en tinieblas. La desamparada gente que no creyó en el augurio apocalíptico de los abuelos no pudo escapar. Cayeron de bruces uno tras otro en tanto que el sol se apagaba para siempre: al menos hasta hoy.

No me quedó más remedio que comenzar a vivir, porque por algún motivo también me rehusaba a morir. Mis piernas dejaron de estar entumecidas y me empujaron a caminar: desde que hace treinta años nació, milagrosamente pude respirar por primera vez.

En medio de la nada vi que de a poquitos el universo en toda su magnificencia se iba exterminando. No culpo a los pájaros del este, ellos sólo seguían su destino. No culpo a los seres de mente inferior que no escucharon la voz de la erudición. Ahora lo sé, mi enclenque y despiadada anatomía hermafrodita estaba preparada para algo mejor que una muerte simple. Un destino superior me estaba reservado, aunque quizá nunca conozca el amor ni tenga descendencia, al menos no pereceré como aquellos hombres de oídos sordos que dejaron tras de sí un dolor de olvido.

Hubo gente que trató de impedir el exterminio universal. Llegaron en furgonetas, vestidos como militares y fumigaron todo; se metieron hasta en los resquicios del alma. Finalmente se fueron vencidos, porque no consiguieron nada. Antes de eso, me miraron y como si fuera una aparición lejana me hablaron:

«Ven con nosotros» dijeron, y ante mi negativa mascullaron palabras incomprensibles y se marcharon. Me imagino que entre ellos discutían mi condición humana, sus sombras no dejaron absolución que valga sobre mis áridos pies, aún manchados por la fangosa tierra mortecina.

Desaparecieron. En tanto que mis pocas fuerzas se multiplicaron y comencé mi recorrido nómada por el desierto del mundo.

Por las carreteras aéreas, aparecieron inclementes con los ojos impávidos, todos los viejos de la tierra. Me ofrecieron ayuda en cuanto vieron las babas del perro guardián, que fiel a su estilo esperó que llegaran para terminar de morir. Fue el último de mi vasta estirpe que acabó por expirar. Le dejé una nota solapada en el regazo, fundiéndose el acto en una primera revelación. Era la luz ante una tragedia que me salvó: mi pluma dormida renacería junto a mi testimonio imperecedero.

Una tenue esperanza me obliga a escribir, porque sueño con que alguien encuentre esta historia, y sepa por sobre todas las cosas que existí.

Recorrí muchos caminos con mis longevos acompañantes. Aquí me encuentro ahora entre los escombros de lo que alguna vez fue un buen lugar para vivir. Mi existencia es un libro abierto, y al hablar de esto lo hago en un sentido literal: porque mis días y noches no son más que noches que están retratadas en unas páginas azules que encontré.



No sé qué pasará de ahora en adelante. Los viejos, me imagino, terminarán por desaparecer, ni tanta sabiduría los podrá salvar de la inefable calamidad.

Apuntaré todo en este desorden de papeles azules. Nuevamente chillan los ventarrones del este, y por alguna razón que no puedo explicar me seguiré quedando aquí para saberlo.

Haydith Vásquez del Águila (Tarapoto - San Martín, 1977). Estudió Ingeniería de Sistemas. En el año 2002 obtuvo el Primer Puesto en Cuento en los VII Juegos Florales de la Región San Martín. En 2003, con un grupo de amigos, fundó el Centro Cultural Selva Rimay cuya labor principal es promover el arte en todas sus manifestaciones. Sus cuentos han sido publicados en la colección *Rimary* y en el libro *Chazuta Chazuta*. Publicó el libro de cuentos *La niña de la lluvia* (2012). Ha participado en *Antología de la narrativa amazónica* (Trazos 2014). Prepara su segundo libro de cuentos *Agosto. El mes de los vientos*. Ha incursionado en la dramaturgia, con dos libretos: *Trasquilado al por mayor* y *El desacato*.



SACUDIDA

por Tadeo Palacios Valverde

Dormitábamos hasta que el suelo despertó. Tiembla. Alguien –algo– lo sacude. La humanidad teme a causa del fragor y, horrorizada, huye sin rumbo al percibir aquel gemido gutural similar al que se escucha cuando, de forma repentina, se cierran los párpados con fuerza. Cascabelean los vidrios, cede el concreto. Los perros estremecen las sombras con su lastimero aullido universal, y el suelo devora toda estructura que sobre sus recién abiertas fauces pudiera hallarse.

La oscuridad, el ruido infernal, la violencia de la sacudida, el dolor traducido en muecas. Todo se reduce a la telúrica presencia de fuerzas incomprensibles para quienes intentan escapar al horror desatado cual alimañas que, inútilmente, huyen de la madriguera que empieza a desmoronárseles encima.

De pronto, alguien alza la mirada. Una mano, enorme, gruesa, nubosa, ha aparecido en la roja bóveda celeste. Con siete dedos en forma de nubarrones intenta desgarrar la tela del firmamento, empuñándola colérica.

La luna se ve patética clavada, ahí, cual brillante y dorada tachuela en medio de aquella superficie que poco a poco empieza a ceder ante el asedio del invisible gigante. Uno a uno los aterrados humanos levantamos los ojos al cielo... No, no es una mano, sino que es... es... ¿una huella?... Sí, eso es, ¡es una huella! Un rastro que el calor de una inmensa palma ha dejado sobre el domo de cristal al que llamamos cielo, empañándolo al contacto con su piel sobrenatural.

La mancha se evapora como si hubiera sido removida a causa de las diferentes temperaturas y presiones que existen aquí, al interior del recipiente, y allá donde «Él» –«Eso»– mora.

Le oigo –le oyen– reír. Le gusta agitarnos, pues para «Él» no somos más que un juguete. Es inevitable, la sombra de su palma ha comenzado a hacerse visible nuevamente para todos los que estamos atrapados bajo la inmensa cúpula. Se viene otra sacudida.

Jesús Tadeo Palacios Valverde (Piura, 1994). Estudiante de Derecho y Ciencias Políticas con vocación de escritor e ilustrador. En 2014, participó de la antología *Metáforas: La expresión literaria en la Universidad Nacional de Piura*, realizada por el poeta Alberto Alarcón. Durante el mismo año, relatos suyos fueron escogidos para ser parte de la Antología de Cuentos 1 (terror), realizada por la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft. Ha publicado el libro de relatos oscuros titulado *Susurros del abismo* y una ilustración suya apareció en el número 29 de la revista *Penumbria*.



EL WEB SITE PERDIDO

por Sarko Medina Hinojosa

Contaban los viejos de mi tribu, allá por mi lejana juventud, que el mundo antes era una maravilla llena de cosas fascinantes. Las casas tenían la altura de montañas y existían animales de metal que transportaban a la gente por grandes distancias, hasta por los cielos lo hacían. Los alimentos se encontraban en unas casas inmensas, listos para comer con sólo sacarlos de su cáscara transparente. Ellos contaban historias sobre personas que trabajaban en sitios donde pasaban horas frente a aparatos donde podían ver y hablar con todo el mundo. No lo explicaron bien, pero el nombre de ese trabajo era Internet. Aseguraban los abuelos que nada se realizaba por ese entonces sin tener que ver con esa cosa. Y fue esa cosa lo que llevó a la destrucción a toda esa civilización.

Los viejos nos contaban que sus padres los dejaban horas de horas con un aparato conectado a ese asunto, para que aprendieran sobre la naturaleza, sobre la historia de los hombres y sobre ciencias que no se ven ni se tocan. En las escuelas también les instaban a estar horas frente a esos aparatos. Pero los abuelos contaban, entre risas, que se pasaban la mayor parte del tiempo dándole al juego de matarse unos a otros de mentira. En esos días las personas estaban unidas mediante aparatos, los cuales cargaban en sus manos, oídos, ojos y en sus animales de metal. Uno podía entrar a un sitio donde le daban la máquina para que lo metieran en ese mundo a cambio de unos pedazos de papel y de metal que tenían valor. Hasta en las casas estaban.

De un momento a otro, cuando la humanidad se hallaba en la plenitud de su desarrollo de esas cosas llamadas mecánicas e informáticas, los abuelos dicen que todo se destruyó. Eso sucedió en un momento en que el hombre había avanzado tanto, como ejemplo nos contaron sobre los viajes de hombres a otros planetas cercanos, como Marte y Venus. Por eso de la Internet se podían transportar objetos a grandes distancias y se hacían pruebas para transportar a seres vivos. Las enfermedades se curaban con nada más estarse un rato conectado a un aparato donde a uno le metían cositas pequeñísimas que curaban desde adentro las dolencias. La exploración de las profundidades del mar se realizaba regularmente y las guerras andaban escasas entre los pueblos. Era un mundo complicado lleno de falta de tiempo y en constante avance, nos contaban. Hasta que pasó la desgracia.

¡De pronto! en una semana todo eso se destruyó, nos contaron. Según me relató mi propio abuelo, la Internet tuvo la culpa ya que hizo que los adultos de su tiempo se dedicaran con locura todas las horas del día a estar con el aparato. Al parecer, permanecer tanto tiempo metido en ese mundo hizo que perdieran la razón, porque después de siete días la mayoría de los adultos que sobrevivieron a matanzas entre



ellos se suicidaron en masa por todo el mundo. Los que se salvaron fueron los viejos y los niños pequeños que se escondieron en las montañas, en los desiertos, en los campos, ya que ellos no le tomaban interés a la Internet. Todo eso nos contaban los abuelos en las hogueras de la tarde, en los tiempos de mi niñez.

Me pusieron de nombre Teobaldo, tal como se llamaba mi padre. Crecí en este poblado cerca de una ciudad que dicen se llamaba antes «Río do Janeiro». Ahora, en mi tiempo, las imponentes ruinas de esa ciudad están prohibidas de visitar, ya que existe el peligro de que eso de la Internet continúe viviendo allí y nos contamine. Algunas veces un joven es tentado y va hacia allá; de descubrirsele, se le castiga con la muerte. Felizmente esos casos son raros y vivimos en paz con las ruinas, donde sabemos que solo viven perros salvajes y ratas.

Pero en el inicio de nuestro tiempo no existía esa prohibición, es por eso que tenemos varios artefactos y maquinarias que trajeron desde la ciudad los jóvenes sobrevivientes de la catástrofe. Muchos son inservibles y están de adorno. Se nos explicó que funcionaban con algo invisible llamado electricidad, pero que ahora ya desapareció. Por ese entonces los abuelos de nuestros abuelos criaron a los niños salvados con lo escaso de sus fuerzas. Cuando empezaron a morir, comprendieron que la vida se escapaba y que los niños que habían salvado podrían con el tiempo recrear de nuevo ese mundo caótico del cual se habían salvado. Por eso impusieron reglas estrictas y hasta sabemos que en los primeros tiempos de nuestra era hubo varias muertes de infractores. Mi propio abuelo me contó que casi fue condenado a muerte por intentar traerse algo llamado «pequeondas» o algo así, que calentaba la comida. Para evitar que se cumpliera el destino circular del hombre de su autodestrucción fue que los abuelos decidieron ser radicales y divulgar por todo el mundo esas leyes. Con el tiempo y los viajes de los mensajeros en todo el mundo se establecieron estas normas. Un sistema de comunicación por ruidos largos y cortos permitió que en otros continentes se establecieran también estas leyes. Con los años sabemos que se ha hecho tal cual los deseos de los antiguos y que hoy en día se mantienen las reglas. Esto lo sabemos porque cambiamos comida y cuero con otras tribus cercanas y las historias son la mejor manera de pasar el rato frente a la fogata de la tarde con los comerciantes.

La primera de las leyes es, por supuesto, «no acercarse a las ruinas de las grandes ciudades». Las reglas con respecto a las guerras también son contundentes. Se nos ha enseñado que está prohibido matar a otro ser humano, de hacerlo corremos la misma suerte, las heridas y golpes deberán ser equivalentes también. Las tribus están distribuidas con equidad de las necesidades de tierra y los nacimientos están restringidos a tres niños por familia. Las labores de nuestros sabios son enseñadas de un maestro a un solo aprendiz, por eso tenemos un médico, un escribano, un herrero, un carpintero y así sucesivamente. Todos tenemos conocimientos vagos de cada una de esas tareas, pero no queremos aprender más. Vivimos tranquilos en nuestra ignorancia, en paz con nuestros vecinos y sin



necesidad de conocer los secretos de este mundo. Sabemos que en el resto del planeta también se vive de esta manera. Aparte de los comerciantes, existen los viajeros solitarios que vagan por el mundo, a veces solos, a veces en compañía de mujeres. Ellos tratan de que las personas vuelvan a sus costumbres de antes, pero nadie les hace caso y terminan por contarnos cómo se vive en otras regiones. Por lo que sabemos, en todos lados están como nosotros, es decir en paz y contentos con lo que nuestras manos pueden hacer.

He de confesar que, para mí, las prohibiciones eran sonseras cuando era joven. En ese entonces tenía fuerza y anhelos de aventura. El cazar toros bravos me era ya indiferente y atrapar pavos voladores no me era nada difícil. Hasta recuerdo que una vez me adentré en el mar y capturé una vaca de mar, de esas que soplan agua. En un principio creí que toda esa sed de aventura era para impresionar a Gresinha, la que ahora es mi esposa, pero no era así, además ella siempre decía «para qué hace tanta tontera Teobaldo si sabe que lo quiero». Cuando asimilé realmente qué quería decir, me dejó con la duda de ¿por qué entonces sentía tanta necesidad de saber más, de adentrarme en lo prohibido?

Yo tenía grandes ideas en esos días, soñadoras todas. Razonaba «si decían que funcionaba la Internet en aparatos, y estos funcionaban con una energía llamada electricidad, que hoy ya está desaparecida, entonces llego a la conclusión que la Internet ya murió, por lo tanto no hay peligro de contagiarme». Así es que con este razonamiento me encaminé una noche a la ciudad, buscando las repuestas del porqué en siete días miles de millones de personas cometieron suicidio en masa. Soñaba con descubrir la forma para que eso no volviera a suceder. ¡Tan ingenuo era en ese entonces! Para cubrir mi salida les dije a mis padres que iría a cazar monos para la reserva de carne seca de la casa común.

Cuando llegué a las fronteras de la ciudad prohibida, luego de un día de camino, la desolación que presencié era inmensa. ¡Y pensar que en esas casas tan altas estaban en el pasado llenas de personas! Cuando ingrese a los caminos duros del centro de la ciudad, luego de otro día de camino, el tiempo había destruido la mayoría de edificios, al parecer estos vivían de la gente y cuando esta desapareció, ellos murieron.

Uno realmente no sabe lo tonto que es hasta que se encuentra cara a cara con el peligro, y allí el mayor que había eran los perros. Para eso ya me había previsto de trapos con el olor a celo de una de nuestras perras cazadoras. Cuando capté que varios de ellos me estaban siguiendo, arrojé los trapos en distintas direcciones para que se entretuvieran. Luego me subí a una de las casas más pequeñas cerca de allí, para ver la reacción de los animales. Como supuse, estaban más interesados en revolcarse con los trapos que en capturarme. Los animales se veían alimentados, las ratas debían abundar por esos lugares, pensé.

Desde esa nueva altura ver las casas abandonadas, los perros vagabundeando



por todos lados y la basura acumulada en las riveras de las casas, me llenaban de un sentimiento de tristeza. ¡Era tanto lo que ocultaban esas ruinas y poco lo que podía identificar de las historias de los abuelos en ellas! En eso, una de las enseñanzas de mi abuelo vino en mi ayuda. En mi tribu los ancianos sabemos leer, pero a los jóvenes se les niega ese privilegio. Mi abuelo me había enseñado, a pesar de todo, los rudimentarios pasos para comprender la escritura en papel, con el fin de que algún día asumiera el Señorío de la Tribu, y cuál era mi destino. De esta manera llegué a divisar un lugar donde se leía claramente, y en letras verdes y azules, en una especie de cartel: «Internet».

Luego de asegurarme que los perros salvajes no me seguirían, llegué al local ese. Entré dificultosamente, ya que había una especie de amontonamiento de madera y objetos de metal que impedían el ingreso. Ya adentro, vi filas de máquinas, como las descritas por los viejos, colocadas al frente de asientos. Ni quise tocar los aparatos por precaución, no es que tuviera miedo a contaminarme ni mucho menos, pero hay que prevenir siempre. En los suelos encontré varios restos humanos. Empecé a hurgar entre los papeles dispersos de la mesa del que parecía ser el centro del sitio. Ahí leí varias cosas sobre asuntos que nunca entenderé, pero lo que encontré al final (y me llenó de una sensación de poder) fue el último mensaje que escribió el dueño del lugar antes de suicidarse finalmente...

2025... Un buen año que se recordará por siempre como el inicio de los viajes humanos a nivel interplanetario. Nuestro enviado especial en la NASA, en Cabo Kennedy, nos informó que los preparativos para el cuarto viaje a Venus se retrasarán dos días más por problemas en la lanzadera espacial Traslator. Esperamos que en los subsiguientes

¡Salió el nuevo celular Vodafone II, con el sistema de recepción de archivos de más de 6 gigas, procesador Pentium Expro y pantalla de teclado virtual! (El visor óptico no está incluido)

las conexiones antiguas recargan el sistema, la interconexión por satélite se ve interrumpida por cambios climáticos, ¿Cómo entonces evitar estas anomalías?, utilizando los recursos de Interconexiones CAZZA, las únicas que utilizan el sub éter como medio de desfáz informativo para que su Lap Top reciba en nanosegundos la información que usted necesita. Y, ahora, con el reproductor virtual, puede trasladar objetos de más de tres kilos, sólo necesita aumentar \$US35 para obtener el puerto de llegada.

Los escritos que iba leyendo daban cuenta de un sinfín de cosas que en mi vida entenderé. Aparatos para los ojos, la cabeza, los animales mecánicos, los pies, hasta para ciertas partes ¡Cantidad de cosas que no les veía utilidad!

Sobre el escrito del dueño, no puede descifrar muchas palabras. Él escribió todo a mano en papeles dispersos antes de su final. En general, la historia que leí y que recuerdo iba más o menos así: en principio maldecía a la Internet por haberse creado y darles tan grande verdad a los humanos. Decía que era lo más devastador que



mano humana hubiera creado. Simón era el nombre del que escribió y dueño del local, lo supe porque en la pared colgaba un cuadro con su nombre y en los papeles había escrito su nombre también.

Él contaba que puso el negocio ese porque no tenía otro trabajo. «Me quedaba veinte horas del día aquí, atendiendo a los clientes, llevándoles comida y bebidas, proporcionándoles claves de contrabando para las páginas más cotizadas entre otras cosas...». Relataba sobre clientes que eran, uhmmm no sé explicarlo, pero tenía que ver con las ganas de mirar mujeres desnudas todo el tiempo. Otros se pasaban días jugando, otros revisaban cosas que les habían escrito otras personas, y narraba sobre otros asuntos que hacían que no entendí. Eran sobre cabinas para tener sexo ¿en línea? O para recibir cosas desde otros países. Lo de «país» sí lo entendí, pues al parecer en la antigüedad los hombres dividían las propiedades de la tierra por líneas imaginarias que atravesaban sin sentido valles, montes y selvas. Ahora nosotros sabemos que los límites de nuestra tribu son hasta donde alcanzan nuestros cultivos y estamos a gran distancia de la próxima tribu como para preocuparnos por chocar alguna vez.

Simón explicaba todo muy bien, creo que sabía que alguien como yo descubriría su testamento, el orden de los escritos me daba esa sensación.

Las vidas de Simón y del mundo estaban dentro de los límites de la normalidad, hasta que en las «páginas web» empezaron a salir mensajes sobre un sitio donde se podrían hallar «riquezas de conocimiento más allá de lo incalculable». Al principio me reí al leer esa parte, ¿cómo vas a encontrar riqueza mirando todo el día una máquina?, siquiera esta produjera algo, pero según los abuelos no daban nada real, que se pudiera tocar, salvo cuando se utilizaba para enviar cosas de lado a lado. Pero después supuse que era parte de esa locura en la cual vivían los hombres del pasado. Por ejemplo, Simón decía que se especulaba sobre un sitio de la Internet donde se encontraba la receta para la eterna juventud, en otro se decía que en ese lugar estaban los «paswores» para ingresar a las terminales de los bancos y sacar dinero, en otro se suponía que tenía las formas cómo derrotar a los enemigos en esos jueguitos de tiros que se hicieron populares, en otros estaba la verdad del alma y cosas así.

Simón escribió que en cada salón de «chateo», en cada grupo de interés, en cada conversación entre «usuarios» nada más se hablaba sobre eso, es decir sobre ese sitio perdido en la Internet. Simón confesó que no se interesó, y hasta que veía como locos a los que utilizaban sus máquinas horas de horas buscando las pistas para hallar esa Web. Poco a poco el interés por esa página se incrementó entre sus clientes. Las páginas de otras personas daban señas de la dirección «electrónica» de la página. Así me contó, por medio de su escrito, que la gente empezó a tomarle interés y a considerar seriamente la existencia de esa página, principalmente a raíz de las historias que se contaban por ese entonces...



pabloncho32 dice:

tú crees que exista esa web?

solo sé que estoy metido entre tumbas dice:

yo estoy seguro que existe compadre

solo sé que estoy metido entre tumbas dice:

una mexicana me ha dicho que tiene un primo suyo descubrió un enlace

solo sé que estoy metido entre tumbas dice:

por tres segundos abrió la página y que desde allí el tipo tiene plata como mierda, hasta a los yunaites se mandó a cambiar

pabloncho32 dice:

no sé, pero por siaca... tienes más caracteres?

solo sé que estoy metido entre tumbas dice:

noooooo tas huevón no te voy a dar gratis, mas bien pásame el msn de cuchita2005 y te doy dos caracteres más

pabloncho32 dice:

ya ☺

Con el pasar de los meses los buscadores de páginas (¡esas personas sí que tenían trabajo!) tenían más de cuatrocientos millones de temas sobre esa página web, según lo que escribió Simón. Poco a poco, decía que los clientes que tenía, cada uno con su propia tendencia, terminaban pareciéndose a los demás en su afán por encontrar ese sitio perdido.

Los «masturbitas» dejaban las máquinas de sexo, los habladores compulsivos dejaban a sus amigos para iniciar la búsqueda, los «hakeres» trabajaban en la forma de entrar a la página, hasta algunos vendían en sitios especiales sus caracteres encontrados. Esto último no lo entiendo bien, pero Simón lo explicó en otra hoja. Decía que la Internet, se dividía en miles de millones de páginas web. En estas páginas se encontraba información de todo tipo. En estos sitios se encontraban pequeños lugares donde se podía ir de ese sitio a otro, llamados «enlaces». Cada página web tenía una dirección que empezaba siempre con tres www seguidas de palabras, signos y cosas así que se llamaban «caracteres». La página esa que buscaban, tenía caracteres que muchos aseguraban tener, pero no en su totalidad, por eso que empezó la venta de estos. Como de tanto en tanto salía una historia sobre una persona que había descubierto la página, esta especie de leyenda empezó a tomar fuerza por esos tiempos.

Simón me contó, a través de sus palabras escritas, que poco a poco se interesó en el asunto y un día empezó él también a buscar, y en la búsqueda descubrió



nuevas cosas en la Internet, halló respuestas sinceras a sus problemas con la promesa de que si seguía buscando encontraría la felicidad eterna. En la «televisión» por web, se pasaba a todas horas testimonios de personas que habían hallado un enlace a la página. Muchos de ellos confesaban que no pudieron copiar los caracteres ya que tenían «contraseña», pero que recordaban algunos caracteres. Al parecer, en cualquier página de la Internet y en cualquier momento por un tiempo mínimo aparecía el enlace hacia el «web site perdido», y esto motivaba aun más a la gente.

Las claves para los caracteres estaban, según Simón, dispersas y «colgadas» de otras páginas web. En ellas se encontraba una letra o hasta una palabra de la dirección correcta. Pero algo vino a acelerar el proceso de búsqueda, llevándolo a niveles mundiales...

It is open the: World Competition to Find the «The Web Site Losing». The prize for which finds the 666 necessary characters will be worthy of Thousand Millions of Euros.

Junto a una laminita donde aparecían letras que cambiaban de colores, escritas en un idioma que no comprendía, encontré una explicación. Por esos días que Simón empezó a interesarse recién en la búsqueda (este hombre me resultaba altamente maduro, por eso comprendo que no se mezclara tan fácilmente en esa locura) se declaró abierto el concurso a nivel mundial, con el fin de encontrar esa página (debió ser una especie de competencia). Los grandes comerciantes de ese entonces que tenían poder en la Internet no lograban encontrarla por sus propios medios, así que se unieron para ofrecer mil millones de «euros» a quien encontrará la página web. De lo único que al parecer estaban seguros los organizadores era que la dirección tenía 666 caracteres.

Simón escribió que fue un acontecimiento que empezó un miércoles con la compra de «líneas de conexión». Casi todos los que podían manejar una «computadora» (así se llaman las máquinas esas) estaban interesados en el tema. Al principio los vagos y los que no tenían nada que hacer se dedicaron todo el día a la búsqueda, también estaban las personas que trabajaban en la Internet, las cuales fueron obligadas a trabajar para encontrarla. El segundo día las amas de casa, los jóvenes desocupados y otras personas que no entendía a qué se dedicaban, empezaron a participar en el concurso. Para el tercer día las estaciones de comida rápida (no sé qué significa, pero asumo que la comida corría de un lugar a otro) no se daban abasto para la demanda del hambre de los que participaban en esa competencia.

Noticia de último minuto: las compras en los mercados y comercios que se dedican a la venta de computadoras personales y Lap Tops en diferentes países han llegado a niveles extremos. Se ha declarado la inexistencia de reservas de los ordenadores por parte de Láser Tech, Hitochima-Computare y la mismísima fábrica de Microsoft: Gates INC.



Bajo el mismo concepto, las empresas administradoras de alimentos rápidos y de tele transportación de preparados alimenticios, manifiestan que no pueden realizar las transferencias adecuadamente ya que existe una sobresaturación de los sistemas de intercomunicación sub etérea.

El Ministerio de Informática de la Unión Europea ha emitido una resolución por la cual se aumentará el ancho de banda de los servidores de la red gubernamental para que las conexiones empresariales y personales se cuelguen y se prosiga con la búsqueda, declarada de «interés de la Unión de Comunidades».

Por el lado del continente americano, la escasa potencia de los servidores norteamericanos, ha determinado que sus aliados satélites como México, Argentina, Brasil o Colombia, compren espacios en el sub éter proporcionado por el Bloque Asiático.

Se espera que en el transcurso de la duración de la competencia se conecten más de seis mil millones de personas a la Internet con el fin de encontrar los 666 caracteres necesarios para ingresar a la que llaman «La Web Site Perdida».

Como parte anecdótica, la NASA comunicó que los tripulantes del Traslator también participarán de la búsqueda en el descanso de sus actividades inter espaciales.

Para el cuarto día varios trabajadores utilizaban las máquinas para la búsqueda o simplemente se retiraban de sus puestos de trabajo. Las empresa se destruían y las que producían computadoras sin «garantía» aumentaban. Simón era muy preciso con sus descripciones, pero a veces algunos conceptos se me escapaban, a pesar de las explicaciones. Él escribió que los precios por el servicio aumentaron hasta que un «cibernauta» (ese es el nombre del que «navegaba» en la Internet, según supe después) encontró la forma de obtener servicio por medio de cualquier «terminal de teléfono». Las compañías de «servicio telefónico» no se abastecían para controlar los robos de líneas, ya que sus mismos trabajadores empezaron a traficar con estas.

Simón se cuestionaba sobre la utilidad de esa búsqueda. Había comprendido que su vida era un desperdicio y esperaba que en la página perdida encontraría la respuesta a su existencia y al porqué no se había casado nunca, a pesar de que lo deseaba con todas sus fuerzas. Decía que no era el único que paraba de buscar para reflexionar sobre su propio interés de búsqueda, pero siempre se llegaba a la misma conclusión: se buscaba la página para encontrar una respuesta, cualquiera que fuera la pregunta se suponía que la respuesta estaba allí, en ese lugar.

Para el quinto día todas las personas que podían tener acceso a una computadora estaban conectadas y buscando. Se establecían en «coliseos, estadios, teatros» comunidades de buscadores que entre ellos compartían la información. En otros casos estas personas se comunicaban por medio de otros aparatos. Empezaron



las discusiones y las peleas. Los robos de computadoras aumentaban mientras transcurrían las horas... y también los asesinatos.

¡déjame bato loco, deja mi compu!,

!you`re quiet puto hijo de perra, o si no I kill you!

La producción de los aparatos se suspendió totalmente para la noche del quinto día, antes de llegar la noche en la ciudad, Simón sintió que algo malo iba a pasar. La tensión y la «desconexión» de importantes buscadores de la «red» preocupaban a los navegantes. La calma chicha en las ciudades, mientras atardecía según sus horarios, delataba la venida de la catástrofe. La noche que pasó en su negocio, le sirvió para comprender que todo estaba perdido y que en la medida que encontrara la página esa, tendría una posibilidad de escapar a la locura, pensando eso, contó que se durmió. En sus sueños un mundo con leche y miel, con ciudades de oro y animales jugando con niños se le apareció. Durante todo el sueño dice que conversaba con otra persona, al final casi del sueño la miró bien y comprendió que era su esposa. Para el amanecer del sexto día las guerras en todo el mundo se habían declarado.

COMUNICADO DEL MINISTERIO DE LA DEFENSA DE ECUADOR

Mensaje electrónico del comandante General de las Fuerzas Armadas Ecuatorianas, el excelentísimo Presidente de la República Democrática, Gilberto Tecseua Catarindo:

«Hermanos ecuatorianos, frente a la actitud de negación por parte del Gobierno del Perú, de colaborar con nuestro aliado estratégico Estados Unidos en la búsqueda de la Web Site Losing, es que tenemos el deber de declarar la guerra con el país del Sur hasta que se inicien las negociaciones para la entrega de los caracteres en poder de las Fuerzas Armadas del país rebelde. Por esta razón es que hace 15 minutos hemos destruido completamente la ciudad de Trujillo, ubicada a 450 kilómetros de Quito. La respuesta peruana no ha tenido la contundencia esperada, por lo cual confiamos en nuestra rápida victoria».

«La represión en algunos países hizo que las personas lucharan por su derecho a seguir conectados. La matanza fue increíble, pero aún así en otros lugares las autoridades permitieron que se siguiera en la búsqueda, a pesar de que los bloques económicos ya habían declarado la necesidad, por la seguridad de sus naciones, de que los caracteres encontrados pasaran a poder de los sistemas de inteligencia militar para su salvaguarda, pero igual muchas personas traficaban con ellos y eran arrestadas».

Recuerdo muy bien ese escrito de Simón, porque entendí que entrañaba uno de esos secretos por los cuales nuestros antiguos se destruyeron en menos de un día. Eso pasó el sexto día. «Los países de diferentes religiones se enfrentaron entre ellos, los que no colaboraban también eran atacados. Los países que nada tenían que ver eran saqueados por fuerzas invasoras al estar sin protección».



Para el amanecer del séptimo día cerca de siete mil millones de personas estaban conectadas de alguna manera en la búsqueda. En los salones privilegiados de búsqueda se rumoreaba que habían encontrado cerca de 560 caracteres y que se hallaban cerca de hallar la dirección. Esto duró al parecer quince minutos, quince minutos en que el mundo se detuvo, ya que en todas partes se enteraron de esto. Entonces se desató la cacería interna de caracteres. Por medio de la comunicación se hallaban a los que pertenecían a estos grupos y se los mataba o capturaba para que dijeran las claves. De esta forma, al transcurrir las horas, dramáticamente se empezaron a reunir los caracteres faltantes, cada nuevo carácter significaba una guerra y miles de personas muertas. Cada nuevo carácter significaban niños muertos y mujeres abandonadas, ancianos desprotegidos y violaciones. Simón escribió que toda la gente se protegía de la mejor manera, sabía que los ancianos se llevaban a los niños abandonados hacia sitios seguros, ya que intuían que iba a pasar algo terrible. Él no quiso irse, porque ya estaba determinado a encontrar esa página, el recuerdo de la imagen de su futura esposa lo alentaba.

Mensaje 1768859045433 de ordenador_apocaliptico@gmail.com

Para nosotros Dios siempre fue una palabra desconocida, pero ahora, a puertas de encontrar el The Web Site Losing, podremos por fin saber su verdad, la cual está contenida en ese lugar sagrado y perdido, es por eso que Dios permitió la creación de la Internet, por eso es que la humanidad ha llegado a comprender que de allí venimos y allí vamos, en la página encontraremos la salida para todos los problemas de la humanidad, encontraremos a Dios...

Uno de los bloques buscaba a Dios y los otros la verdad acerca de la creación del ser humano. A las 23 horas con 13 minutos (allí decía hora de Brasil del séptimo día) una persona de Nueva Delhi encontró el último carácter, pero estaba ¿hakeado? por otros así que todo el mundo descubrió lo que faltaba. Simón dice que el silencio se sintió en el mundo entero. En su ciudad las personas se detuvieron estáticas ante el botón final para que se abriera la página. Alguien en el mundo al parecer lo hizo, porque en una ola que empezó en la India todos empezaron a abrir el sitio web ese.

Simón cuenta que él también la abrió, oculto en su negocio con otras treinta personas, atrincheradas, porque en las calles la muerte rondaba, con el miedo que les robaran las máquinas. Cuando la vieron, empezaron a explorarla hasta dar con lo que tanto buscaban. Simón no explicó en su escrito que fue lo que realmente encontraron, pero dice que lo hallado dejaba sin sentido la existencia «física», por lo que empezaron a matarse unos a otros y a sí mismos por todo el mundo, hasta que él mismo, luego de reventarle una «pantalla» en la cabeza al último de sus clientes, se cortó las venas con un vidrio roto...

Así fue como sucedió y yo lo creo. Luego que regresé a mi tribu, me esforcé en olvidar lo leído, pero con el pasar de los años, el comportamiento de algunos por descubrir cosas inciertas y las historias que nos llegan con los viajeros me confirman



que fue verdad todo lo que leí. Ahora sé que los abuelos tenían razón por impedir que viviéramos buscando respuestas. Por eso es que me he vuelto radical ahora que soy Señor de la Tribu y he determinado la pena de muerte para aquellos que ingresen a la ciudad prohibida. Para aquellos que traten de aprender a leer está destinado que se les arranquen los ojos y para los que mencionen la palabra Internet se les arrancará la lengua. Espero que este secreto muera conmigo, lo deseo con toda mi alma, pero al parecer no sucederá así, pues lo que aprendí de mi incursión en busca de respuestas es que el ser humano busca una excusa, a cual más convincente, para destruirse a sí mismo...

Sarko Medina Hinojosa es periodista, trabajó en varios medios de comunicación arequipeños (*Arequipa al Día, Noticias, Radio San Martín*, etc.). Pertenece a la Asociación Cultural Minotauro y Asociación Literaria Kosmogonía. Escribe artículos para diversos medios de comunicación local, regional e internacional. Cuentos suyos han aparecido en varias revistas y compilaciones. Ha publicado digitalmente y en descarga gratuita: *33 microcuentos de verdades en pareja, Palomas, Insólita Realidad e Impactante Fascinación*, y en formato impreso: *Palo con Clavo y Santo Remedio* (2014) Maneja los blogs: <http://sarkomedina.wordpress.com/>, <http://sarkadria.wordpress.com/> y <http://urbaneando.wordpress.com/>



PIEL

por Francisco Joaquín Marro

Mi trabajo en la colonia consistía, básicamente, en administrar los recursos que La Compañía había designado para la procreación de nuestra especie, era yo quien seleccionaba para las futuras madres las simientes necesarias según el Gran Patrón Genético que señalaba, con exactitud pasmosa, los distintos grados de parentesco a los que había llegado nuestra especie después de milenios y milenios de uniones preprogramadas. La reserva de embriones de la que extraíamos el ADN era, con seguridad, casi una copia exacta de las mismas reservas que disponían las otras colonias, con afortunadas variaciones y éstas se agradecían en virtud de la gran tragedia que se nos avecinaba. Estaba claro que nosotras éramos la última generación en reproducirse con partenogénesis; a partir de aquí hacia el futuro, que se avizoraba trágico si es que no encontrábamos más muestras de ADN rudimentario en las excavaciones, los nuevos nacimientos serían exclusivamente en probeta.

Yo y las científicas que dirigían el laboratorio fuimos de las últimas en la colonia en nacer de una madre y de una transgénero, y antes de nosotras los cruzamientos con transgéneros se habían alternado con clonaciones.

La Compañía, que extraía minerales y que a su vez financiaba las excavaciones en busca de restos delo que fue nuestra proto-especie, había designado a Erg para el Departamento de Historia, el menos conocido entre las distintas dependencias de la colonia y el más sepultado en procesos burocráticos. Erg vivía fascinada con los distintos hallazgos en la zona, ignorante de que su presupuesto anual era reducido anualmente en un 7 o 10 % según los principales intereses de La Compañía, cuya mayor necesidad era el desabastecimiento energético que padecíamos. Sin los minerales necesarios para hacer funcionar a los droids, nuestra existencia habría resultado casi con seguridad imposible, dependíamos en demasía de esa fuerza bruta y elemental: ya se abogaba en el Departamento de Genética por más recursos destinados a fusionarnos con las máquinas: no bastaban los nanorobots que recorrían nuestras venas ni las Unidades de Bioalmacenamiento que hacían posible la transmisión telepática de nuestros cerebros, ni los exoesqueletos acoplados a nuestras extremidades, todas esas sutilezas de las cuales dependía nuestra inteligencia y conciencia no podían otorgarnos la libertad de movimientos y el poder que solo los droids y sus extremidades podían ejercer en el medio ambiente al levantar objetos pesados. Yo misma dirigía telepáticamente siete unidades de droids, menos sofisticados que los droids obreros, pero muy útiles mediante un software de reciente diseño, así podía no solo realizar más de quince o veinte tareas en una sola hora sino también dedicar un poco de tiempo a distraerme al lado de Erg, quien me enseñaba cada vez un poco más sobre aquel mundo perdido de cuyos restos



dependía nuestra vida.

A las 15:45 horas del día ***** en el sector 17, destinado a las excavaciones, Erg halló un cuerpo de más de noventa mil años de antigüedad cuyo ADN podía ser parcialmente reconstruido.

«No ayudará en mucho», dijo Erg. «Pero es fascinante».

El software de nuestros cerebros computó al instante los datos de ese código genético y pudimos reconstruir virtualmente la apariencia y posible edad que tuvo el hallazgo al momento de expirar.

«Especimen de cromosomas XY, cuarenta y siete años, posible causa de muerte, intoxicación, el ADN no presenta taras genéticas, mestizo... es un buen material».

Yo añadí la muestra final al Banco Genético y al Gran Registro, encontrando en cuestión de minutos que aquel espécimen compartía con todas las de la colonia un parentesco del 12 %. Decidí entonces reemplazar las partes averiadas de tal cadena genética con muestras recientes para producir un nuevo espécimen y así reducir el parentesco.

Nos prometieron la utopía, Erg, pero nunca nos dijeron que duraría tan poco...

Cuéntame otra vez la Historia, le rogaba yo. Erg enlazó sus pensamientos a los míos y pude compartir su conocimiento. Gracias al material audiovisual disponible, vislumbré el Mundo en los tiempos de barbarie, antes de las transgénero y de la partenogénesis, cuando los proto-especímenes se dividían en dos sexos y se acoplaban para unos fecundar a otros. Entendí entonces la fascinación de Erg por aquellos órganos perdidos en el transcurso de la Evolución, aquel acoplamiento podía resultar tanto salvaje como intenso, brutal y a su vez sofisticado, en muchos casos precedido de un cortejo ampliamente codificado por aquella sociedad. Así entendí que descendíamos de criaturas que alguna vez estuvieron dotadas de glándulas mamarias y de un receptáculo interior donde los fetos se desarrollaban hasta alcanzar la madurez; en esa era el material genético era abundante y diverso pero los apareamientos estaban sujetos al capricho o veleidad de los especímenes, en algunos casos mediante uniones que los gobiernos de entonces avalaban y en otros mediante el forzamiento y la sojuzgación del espécimen hembra. Te enseñaré algo, dijo Erg y fuimos hacia uno de los hangares donde los droids almacenaban artefactos históricos. Quedé sorprendida cuando Erg hizo funcionar el droid más fascinante que jamás hubiese visto. No era como los droids que nosotras manipulábamos a diario, se diría que sus funciones no podían sino ser baladíes. Estaba dotado de una superficie de silicona que imitaba la carne, la misma que cubría sus extremidades mecánicas. Al encenderlo, nos saludó en un idioma primitivo que a través de la mente de Erg fui capaz de interpretar. Sus movimientos, gentiles, y cordiales, y su software, incitaban a una tarea por demás inútil en nuestra era. Erg me transmitió instantáneamente la información necesaria: era un droid suplente, que en cierto momento de la Historia las clases altas y pudientes utilizaron para reemplazar la



añoranza que sintieron por los proto-especímenes de cromosomas XY. La apariencia del droid replicaba con exactitud y sumo cuidado la apariencia que tuvieron que tener los especímenes XY de una etnia ya desaparecida, al parecer la favorita en ese período; no pude evitar la tentación de comparar mi piel gris con la piel de silicona blanca de aquel extraño droid y de sorprenderme del cuidado que supuso su fabricación, ya que incluso imitaba la masa capilar craneal que en nosotras ya no existía, en el caso del droid era una masa capilar sintética de color dorado. Podríamos modificar su software para utilizarlo en labores administrativas, dijo Erg, pero entonces perderíamos mucha de la información necesaria para reconstruir lo que fue el cortejo ideal del apareamiento. Es decir, añadió Erg, este droid representa al espécimen ideal de las proto-hembras de esa antigua era, algunas transgéneros del pasado remoto también intentaron replicar esta apariencia, con escaso éxito en la mayoría de casos. Me resultaban cómicos esos ojos pequeños de iris azulado bajo esas tiras capilares sintéticas cuya función Erg me transmitió al instante y esa extraña protuberancia en su rostro, que luego se me explicó fue la primitiva nariz de la proto-especie antes de nuestra Evolución Dirigida, no obstante sus movimientos eran más independientes y más llenos de energía que los de nuestros frágiles cuerpos cyborg. Este extraño droid tenía, además, en lo que figuraba sus ingles la imitación de una protuberancia que yo solo había visto en el abundantísimo material audiovisual sobre apareamientos que conservaban los Archivos Históricos, al parecer el material que la proto-especie más valoraba (pues a diferencias de otros materiales audiovisuales éste nos fue legado casi en su totalidad) sabía que con aquel muñón eréctil los proto-especímenes de cromosomas XY fecundaban a las hembras de su especie, aunque en el material audiovisual disponible, cosa rara, la simiente de la proto-especie XY rara vez era eyectada en las matrices de las hembras sino más bien en sus anos, rostros, bocas y posaderas.

Dejamos de perder el tiempo en el Hangar de los Archivos Históricos cuando llegó a nuestras mentes la noticia de que, en una colonia próxima, había resultado exitoso el experimento de apertura de un portal dimensional en un agujero de gusano simulado. Esto es grandioso, dijo Erg, ahora podremos viajar en el tiempo y capturar especímenes vivos que nos ayuden a repotenciar nuestro material genético. Es verdad, dije, y añoré formar parte de alguna de esas expediciones, con toda seguridad elegirían alguna era primitiva en la que nuestra presencia no fuese debidamente racionalizada y en la que la tecnología bélica de la proto-especie nos resultase inocua. Esa añoranza llegó inmediatamente a la computadora central, que proceso todos mis datos y en cuestión de minutos llegó a mi mente un mensaje de La Compañía, que me instaba a formar parte de la primera expedición no pilotada por droids, la misma que a través de una nave platillo de propulsión iónica viajaría a la edad bárbara más lejana posible para capturar especímenes vivos. Creo que entonces el droid suplente replicó la sonrisa que yo misma no había podido adivinar en mi rostro, hice aparecer una pantalla holográfica que me sirviera de superficie bruñida para verme yo y compararme con él: era tan bajita a su lado y sin embargo capaz al



igual que él de hacer aquella mueca tan universal, quizá el último rasgo que nos emparentaba con la especie extinta, pronto no vería solamente a un droid suplente sino a un espécimen XY real y vivo. La pantalla holográfica reflejó nítidamente mis enormes ojos de gigantescas pupilas negras, mi diminuta boca, mi piel de color gris, mi ausencia total de bárbara vellosidad. Me pregunté si las criaturas primitivas que descubriría en el pasado sonreirían al verme, me creerían una especie de antigua deidad o sencillamente encontrarían aterradora mi apariencia. .

Francisco Joaquín Marro (Lima, 1979-mundo mágico desconocido, 2015) Fue un escritor aficionado a las bebidas espirituosas, a la magia negra y al vudú que obtuvo el Huevo de Huelva, el galardón más codiciado de España (consiste en un huevo sobre cuya cáscara están las firmas de todos los escritores aborrecidos por el ganador, éste lo pisa en una ceremonia pública al grito de ¡Mazel Tov!). Debido a este sacrilegio, considerado antisemita, recibió un specto patronum y fue encerrado en Azkabán.



AL AMANECER

por Carlos Vera Scamarone

Apoyada con una mano al hombro de un joven lazarillo, Fatuma caminó hasta el centro del cenáculo. La fogata en una esquina llenaba el lugar de amarillos contrastes y sombras. Los congregados, que habían llegado mucho más temprano, esperaban con ansias el relato de la anciana. La veían con fervor y aprecio, tanto por sus hazañas como por su avanzada edad. Al llegar hasta el centro de aquella ágora se despojó de la ayuda y procedió a doblar sus piernas para tomar asiento al amparo de las llamadas amarillentas.

Algunos, que recién llegaban, buscaban un lugar para poder escuchar el relato de la anciana. Alzó el miembro izquierdo, para pedir atención, aunque su gesto desencadenó hurras y cánticos de victoria.

El llanto chirriante de un bebé distrajo, pero fue callado por su padre. Luego el silencio que hizo la audiencia permitió la solemnidad requerida para que Fatuma iniciase su relato.

—Antes, las ciudades se extendían por doquier, algunas al pie de los océanos y lagos; otras en las llanuras continentales. Desde la invasión, nuestras ciudades tuvieron que callar su soberbia. Comenzó al amanecer de una mañana sin nombre, cuando nuestra estrella depositaba su luz. A la catástrofe le antecedió un azulado fulgor, que abarcaba la mitad del firmamento. La gran nave ingresó a nuestra atmósfera, tapando el brillo del sol. Fue una sola nave, inmensa. Apareció sin previo aviso. Al poco tiempo los noticieros informaban que fueron miles de naves las que aparecieron al mismo tiempo. Cada ciudad del planeta fue asolada con la misma suerte. Estaban coordinados. Ningún sistema de alerta dio el aviso del inminente ataque. De un modo bastante silente fuimos invadidos. Las naves se posaron sobre la superficie, aplastando casas con sus ocupantes aún bajo el sueño, colegios vacíos o sobre las llanuras aledañas a la ciudad.

»Por una compuerta pequeña de la nave descendieron miles de seres, cubiertos de blancas escafandras globulosas. Llevaban un enorme casco, del cual brotaban dos tubos que iban hacia sus espaldas. Luego supimos que eran sus respiradores. Tenían piernas, cortos brazos. Portaban rifles de los que salían luces que hacían estallar cualquier objeto o ser vivo sobre el que se dirigía —Fatuma hacía la imitación de apuntar con un arma—. Además, tenían un arma de materia sólida, que hacía un gran ruido. Se incrustaba en los órganos vitales y causaba la muerte. Por pavor muchos intentaron huir. Pero la rapidez con la que se movieron los invasores terminó por diezmarlos. Fueron capturados y otros, desintegrados. Luego, del frente de la nave, inmensas compuertas se abrieron para dejar salir cientos de vehículos rodantes de forma ovalada. Tenían unas torretas con cañones. Poderosas máquinas. Dispararon a todo el que intentase escapar. Los cuerpos de cientos de los nuestros estalla-



ron, rociando sus fluidos sobre la superficie.

»Tomaron como prisionero a todo el que osara escapar. Algunos de los nuestros, buscando paz, caminaron hacia ellos con los brazos en alto, para que no abran fuego. Pero, de donde fuera, el caos, la destrucción, o la barbarie es una constante en todo ser. No importa lo avanzada o tecnológica que sea la civilización. Cualquier cultura ha experimentado la violencia como una forma de lenguaje. La barbarie de los invasores no tenía límite. Dispararon sus armas hacia cualquiera sin importar su edad. No hubo piedad. Recuerdo ver a un niño alcanzado por una luz —la mirada de Fatuma se perdió en las llamas del recuerdo—. Solo pudo exclamar un corto chirrido antes de estallar al costado de su padre. Este, en un ataque de ira, corrió hasta el invasor que disparó, para golpearlo con furia. Logró arrancarle el casco. Fue cuando conocimos el horrible rostro de nuestros verdugos. Su cabeza estaba cubierta de diminutos y delgados filamentos oscuros. Sus ojos eran pequeños mientras sus bocas eran enormes. Sofocado por nuestra atmósfera, aturdido, el alienígena disparó a cualquier lugar dando en el padre, cuyo cuerpo estalló.

Fatuma continuaba perdida entre sus aciagos recuerdos.

»Quedé consternada por semejante crueldad. Los invasores nos condujeron a nuestras casas. Todo sucedió tan rápido que la noche llegó a nuestras vidas. El sol dejó de iluminar nuestra tierra. Nadie quería probar bocado. Nos habían derrotado en espíritu. Estábamos atemorizados en nuestras casas. Quisimos enterarnos de las noticias en otras partes del planeta, pero la energía había sido bloqueada. Unos rayos azulados brotaban de las casas, de toda la ciudad, llegando a las aristas de la nave. Era como si nos robara la energía. Los inmensos vehículos rodantes, ovalados, rondaban por toda la ciudad, haciendo vibrar las paredes de nuestros frágiles hogares. Las tropas del invasor marchaban entre las casas, dejando escuchar airadas e ininteligibles órdenes. Se escucharon gritos en las casas de nuestros vecinos. Ninguna de las palabras de los invasores se entendía, salvo el lenguaje de la ira. Por precaución guardamos silencio, para no llamar la atención. Mi pareja, Wabu, y mis hijas se durmieron. Yo me mantuve en guardia. A lo lejos nos llegaban ráfagas de llantos de niños que eran callados por los invasores, ya saben cómo.

Fatuma hizo un gesto de repulsión que le llevó a apartar la mirada del fuego.

»Wabu, junto a otros «machos», como denominaban los invasores a nuestras parejas, se agruparon para formar una milicia de resistencia. Varios, al amparo de la noche, se agruparon con sigilo. Cogieron varas para defenderse. Su plan era conseguir armas para escapar de la ciudad, pero fueron descubiertos. Los agruparon en el centro del suburbio. Con golpes y gritos llamaron a cada puerta, obligándonos a salir. Nos agruparon a todos para que presenciáramos la ejecución. Wabu, lleno de energía previa a la muerte, alcanzó a gritarme que cuide a nuestras hijas. Nos amaba. La desesperación le corría por el rostro. Los invasores dieron la orden de disparar y nuestras parejas estallaron en partículas.

El joven acompañante de Fatuma le cogió del hombro, para calmar las emociones de la anciana, pero esta le apartó la mano y le hizo un asentimiento con la cabeza. El



joven se retiró a una esquina mientras Fatuma dio un respiro para continuar.

»Los invasores buscaban poblar nuestro planeta en toda su extensión. Necesitaban liquidarnos, destruirnos, y así tener la certeza de que todos nuestros recursos les pertenecieran. Matarnos uno a uno no era una solución fácil. Tendrían que usar seis mil millones de veces sus luces. Por eso idearon una solución maquiavélica. El exceso de poder del invasor, renuente a la reflexión, fue lo que nos llevó casi a estar extintos. Por la tarde del siguiente día, nos hicieron salir de nuestras casas. Todos. Mujeres, hombres, niños, ancianos. Fue terrible observar cómo nos seleccionaron sin mayor contemplación. Sea por talla o edad fuimos separados. Aquél día vi por última vez a mi hija, Fabo, de seis años. Era una criatura vivaz, alegre —Fatuma rompió en llanto al recordar a su hija—, y fue la última vez que la vi. Todos fueron conducidos adentro de la nave. Intenté asirme de su pequeña mano, pero Fabo fue arrastrada a la fila. Una mujer la cogió para calmarla. El rostro de aquella mujer era de resignación ante el final. Una vez que ingresaron, a empujones, las compuertas de la nave se cerraron. Pasaron unos minutos para que del ápice de la nave, que parecía una pirámide, empezara a emanar una humareda mortal. A los invasores que nos custodiaban les preguntaba, tal vez sin esperar que me respondan. Era la necesidad de saber dónde estaba mi hija. Fue sorprendente escuchar, en un lenguaje claro a través de su casco la nauseabunda respuesta. «Tu familia se está incinerando». Remató su sentencia con carcajadas.

Fatuma, con el llanto que le brotaba de sus antiguos ojos, movía la cabeza en negación.

»No lo podía creer. Los malditos nos entendían desde el primer momento. Toda la rabia de haber perdido a Wabu y Fabo se convirtió en una llamarada de desprecio. Perdí el control. Al saber que mi hija se estaba quemando en aquella nave mientras todos los demás sollozaban sin esperanza, quise zafarme de la custodia. Pero uno de los soldados me golpeó con la parte sólida de su arma. Nos confinaron a un espacio similar al de diez casas. Éramos miles. Luego de eso llegó nuevamente la noche. Fue larga y ruidosa por tanto lamento. Pero todos guardábamos la esperanza de que algo cambiaría. Se podía escuchar que los invasores conversaban sobre la solución final. Querían incinerarnos. Al día siguiente, fuimos conducidos por los soldados hasta el patio del suburbio. Pensábamos lo peor. Creíamos que nuestra hora había llegado. Nos dispusieron formando un círculo. Colocaron a la pareja de una de nuestras vecinas frente a nosotros. El joven estaba petrificado de terror. Lo desnudaron dejando al descubierto su frágil cuerpo. Uno de los soldados cogió su delgado miembro inguinal mientras otro le sujetaba por los brazos. Un tercero, con una herramienta filosa, le cercenó el miembro. El joven gritaba por el dolor mientras se desmayaba. Los invasores hablaban en voz alta: «Esto es para que no se reproduzcan nunca más». Uno a uno, los soldados fueron capturando a las parejas que quedaban, cometiendo su macabra labor de desmembramiento. A nosotras nos acomodaron para cercenarnos los dedos. El jefe de los soldados dio la orden de extirparnos el cuarto dedo las manos. «Ya no tendrán fuerza para coger un arma». Todas quisieron zafarse, pero ninguna lo logró. Mi pequeña hija, cubierta en lágrimas, fue sometida a tal amputación.



Fatuma tomó aire. Estaba agotada por el relato. Los presentes empezaron a aplaudir. Pensaban que la anciana se retiraría, mas continuó.

»No pasó mucho tiempo para que nos indignáramos más. Los vehículos enormes cargaban con nuestros recursos. Por las tardes, seleccionaban a cientos para conducirlos a la nave. El exterminio no tenía cuando parar. Una madrugada, mientras dormíamos, la nave despegó. Llevaba una gran carga de recursos a su planeta, para luego retornar por más. Los soldados se quedaron. De nuevo una tenue energía recorrió los transmisores. Quisimos encender un comunicador, pero fuimos sorprendidos. Me cogieron de los brazos. Me condujeron a rastras hasta la explanada frente a las casas. Me pusieron de pie. Mi pequeña estaba de pie, mirándome. Su rostro reflejaba una solemnidad increíble. Me quedé de pie mientras el invasor colocaba su arma sobre mi cuello. Era el fin. Disparó para decapitarme con el estallido, y dejó que mi cabeza rodase sin vida. Pude ver cómo mi cráneo rodaba por el suelo. Luego, abrí mis ojos pectorales. Sentí que mis ideas volvieron a fluir. Mis ojos volvieron a ver. La cara de espanto de los invasores fue la señal que esperábamos. Cogí con facilidad el arma que portaban los alienígenas y disparé a todos los que pude. Alcé mi mano sin el cuarto dedo y pude sentir la fuerza de una rebelión. «Me cercenaron un dedo pero aún tengo cinco dedos más», pensé. Di el grito de guerra. Los monocráneos disparaban a nuestros cuerpos. Algunos de los nuestros murieron. Les quitamos los cascos, y la respiración se les dificultaba por la nitrosa atmósfera de nuestro planeta. Los niños, con sus cuatro piernas, o «tenazas» como les llamaban los alienígenas, pisotearon a los que se asfixiaban. Los «machos» cogieron a los alienígenas de los brazos mientras los presionaban contra su pecho. La protuberancia reproductora pectoral se erectó con fuerza para inocular los huevos a través de las enormes bocas de los invasores. Uno a uno los alienígenas fueron fecundados. Logramos comunicarnos con otras ciudades, encendiendo la alerta. En todos los lugares del planeta los alienígenas también cayeron. De sus cadáveres nació la nueva generación. Hemos aquí, celebrando la vida que nace de la muerte.

Fatuma se irguió con sus cuatro tenazas. Sus ojos, enormes, negros, profundos, miraban con orgullo. El público aplaudió erguido sobre sus tenazas. La anciana fue ayudada por el joven y procedió a marcharse con una discreta sonrisa. El día que triunfaron contra los humanos.

Carlos Vera Scamarone es médico psiquiatra egresado de la Universidad Mayor de San Marcos. Posgrado en psiquiatría en la misma universidad. Investigador científico sobre neurociencias, neuroimágenes funcionales (Tomografía simple de fotón único) y trastornos de la personalidad. Sus trabajos están publicados en las compilaciones de Madrid, para el Congreso Mundial de psiquiatría, y en Lima para la Universidad de San Marcos. Escritor con publicaciones en diferentes áreas: Ciencia ficción: *Cartas para un éxodo* (2010), *La paradoja Cane* (2014) (novela), *Nova: exo-evolución y las crónicas del fin del mundo* (2013). Literatura fantástica: *Ushamin: Draco peruvianus* y *Mi robot depresivo y otros cuentos* (2015).



SUI GENERIS

por Alejandra P. Demarini

El ascensor llegó a su destino luego de casi cinco minutos de descenso. Las puertas se deslizaron a los lados del cilindro de vidrio templado; un hombre alto, de impecable traje y cabello entrecano, ingresó en el laboratorio.

Era un ambiente que parecía no tener fin, bañado por una luz blanca azulada. El hombre hizo un gesto de desagrado ante el olor a antiséptico y desinfectante, el lugar apestaba a limpio. Perderse en ese laberinto nívico era fácil, pero él ya conocía el camino de memoria: de frente por el pasillo de súper computadoras, a la derecha en los monitores del colisionador de partículas, otra vez derecha en el gran rayo cuya función prefería desconocer, y seguir el río de cables hasta el olvidado almacén de suministros obsoletos.

Ya era muy tarde en la noche, así que nadie lo vería entrar y no salir, pues al fondo, en donde debería encontrarse solo la pared, había un panel oculto tras una loseta suelta, y el código de acceso era conocido únicamente por él y el sujeto que lo esperaba del otro lado.

El doctor Morris parecía al borde de la histeria cuando lo llamó hacía media hora, dijo que su experimento había sido un éxito, que revolucionaría el mundo, que cambiaría el curso de la historia de la humanidad. Hubo un tiempo en que al hombre le hubiera importado más la cantidad de ceros que tal experimento pudiese poner en su cuenta bancaria, pero eso fue antes de ver con sus propios ojos, y no solo en reportes, el colapso de la civilización por lo que los ecologistas gustaban de llamar «les dijimos que los recursos del planeta no eran eternos, malditos infelices». Luego de eso, la humanidad se tornó un poco más interesante, sobre todo porque su imperio de ingeniería biológica y física aplicada era uno de los pocos que aún se mantenían en pie.

Más le valía a Morris tener algo bueno.

La palabra que mejor describía el cuarto al que accedió era «caótico». El escritorio había sido arrimado sin ceremonia contra la pared izquierda, sirviendo de estante para un montículo de libros y papeles, la pizarra de la derecha era un pandemonio de fórmulas, y varias piezas de equipo estaban esparcidas sin sentido por el suelo; al fondo se erguía una cápsula de unos dos metros, con un sinfín de cables conectándola a la maquinaria.

—¡Director Magnusson! Gracias por venir a estas horas.

Lo que el hombre creyó que era una pila de ropa frente a un ordenador, resultó ser el robusto y chaparro doctor Morris, desarreglado y un poco jorobado por la edad.



—Nada de gracias, Morris, ¿qué otra cosa podía hacer si llamaste con semejante urgencia? —respondió Magnusson, abriéndose camino hasta el doctor—. Conociéndote, pensé que estabas delirando por la falta de sueño y aire fresco. Otra vez.

—Oh, pero esta va en serio, Magnus —Morris se paseaba, espídico, de un monitor a otro, revisando apuntes y consultando libros—. Este último proyecto me ha regresado, con creces, todo mi esfuerzo.

Magnusson suspiró con impaciencia.

—Morris, las personas normales necesitamos dormir, ve al grano.

El doctor asintió con una sonrisa frenética, yendo al mando al lado de la cápsula.

—Solo observa, Magnus.

Morris accionó un botón y la cápsula empezó a abrirse. Por un momento la habitación quedó sumida en luz y vaho, hasta que Morris ajustó los controles y se pudo ver el contenido. Era apenas metro y medio de un cuerpo delgado, de una palidez inhumana que parecía resplandecer, al igual que su corto y fino cabello. Al abrir los ojos, mostró su inexpresiva mirada gris.

—Permíteme que te presento a A-001, «Ángel» para los amigos.

Morris le dio una palmada en la espalda a su compañero, con el pecho hinchado de orgullo, y Magnusson necesitó de unos segundos para salir de su asombro.

—Es... impresionante, Morris —dijo por fin.

—¡Por supuesto que lo es! Ángel es la máxima expresión de la manipulación genética, su ADN está libre de enfermedades y defectos congénitos, resistente al noventa y nueve por ciento de bacterias y virus, y capaz de desarrollar inmunidad al uno por ciento restante; además, sus células están diseñadas para regenerarse cada cierto tiempo, dándole un lapso de vida indeterminado.

El doctor se acercó a Ángel para realizarle los controles de rutina mientras Magnusson recuperaba su porte.

—Siempre te he dado luz verde sin cuestionar, Morris, porque sé que debajo de toda esa locura hay genialidad, y ahora que lo veo... bueno, había empezado a dudar luego de tus últimos experimentos.

—¡Ah! —el doctor se le acercó hasta quedar a solo unos centímetros—. Es porque mis anteriores experimentos intentaban ayudar a la humanidad desde adentro, pero, así como el planeta, el banco genético humano ya no tiene nada que ofrecer. ¡La especie está condenada! Y es ahí donde Ángel entra en acción.

Mientras Morris continuaba con sus apuntes, Magnusson se fijó en la creación una vez más. Ángel estaba de pie, sin incomodidad alguna ante su propia desnudez. Fue entonces que el hombre reparó en un detalle.



—Ángel es andrógino.

—Casi, pero no. Es completamente asexuada, ni varón ni hembra. ¡La primera y la última!

—¿Cómo sabes que es mujer?

—¿Qué te acabo de decir? ¡No lo es! Elegí el sexo al azar, ¿prefieres el otro? De cualquier forma, Ángel será el padre y la madre de un nuevo eslabón en la evolución humana. ¡Él es la salvación de la especie!

—Me da igual cómo la llares, preferiría que me explicaras cómo puede ayudarnos un ser incapaz de reproducirse.

—Ángel es mi sujeto de pruebas, quiero asegurarme que todo le funcione a la perfección antes de la fase dos. Las personas no pueden permitirse más errores genéticos.

—¿Fase dos?

Sacando la pizarra del camino, Morris reveló una gran pantalla que encendió, mostrando el enajenamiento que gobernaba en el grueso de las otrora metrópolis. Magnusson fue al lado del doctor, y descubrió a Ángel haciendo lo mismo, mirando con inocencia el mundo al que había sido traído.

Magnusson podía ser frío y calculador en muchos aspectos de su vida, incluida su moral; no obstante, sin importar su relevancia científica, lo que él veía en Ángel era una criatura. Así que se quitó el saco y se lo puso en los hombros, ganándose una sonrisa. Su pequeña figura se perdía dentro de la rica prenda de diseñador. La voz de Morris lo trajo de nuevo a la realidad.

—Son injertos, Magnus. La fase dos es crear versiones masculinas y femeninas de Ángel, que procrearán con los mejores representantes de la especie humana, salvándola de la extinción.

Entonces sonó la alarma, resonando con fuerza en todos los ambientes y obligando a los presentes a cubrirse los oídos.

Al acto, Magnusson salió del cuarto secreto y corrió por el laboratorio hasta los monitores, con Morris y Ángel detrás de él. Una vez frente las pantallas, el director accedió a la red de vigilancia interna y pudo ver a sus guardias sometidos por un gran grupo de vándalos con pasamontañas, armados con primitivas combas, fierros y palos que penetraban más y más en las instalaciones.

Magnusson, por segunda vez en lo que iba de la noche, no podía creer lo que veía.

—Lo sabía —dijo Morris.

—¿Sabías? ¿Qué? —en su desesperación, Magnusson tomó al doctor del cuello de su bata blanca—. ¡Qué sabías!



—¡Por qué crees que te pedí un laboratorio oculto! Vengo trabajando en Ángel por más de un año en el más absoluto secretismo, porque la envidia, Magnus, ¡la envidia!

Magnusson no lo soltaba, su furia se transformaba poco a poco en desconcierto.

—Mi proyecto se empezó a filtrar —continuó el doctor, con una sonrisa cada vez más maniaca en el rostro —, y esos muchachitos —señaló la pantalla —, ellos deben de haberse enterado de la fase tres. ¡Oh, Magnus, no podía arriesgar ser interrumpido por tontas investigaciones y procesos inútiles! No te preocupes, viejo amigo, siempre puedes decir que no sabías nada, tuve mucho cuidado de no mencionarte ni de usar ningún registro oficial de la compañía.

El director lo soltó en cuanto empezó el ataque de risa de Morris, retrocediendo, presa ya del miedo al ver al doctor desquiciado y escuchar a los invasores llegando al laboratorio. Gracias al precario estado de sus nervios, tuvo que contener un grito cuando fue sobresaltado por una pequeña mano asiendo su muñeca.

—Estarán aquí pronto —dijo Morris, pareciendo casi ansioso por el arribo de los revoltosos—. Sabes lo que vale Ángel y lo que le harán si le ponen las manos encima, Magnus. Yo ya acepté mi destino y he cumplido con mi misión al brindarle una buena nueva al mundo.

Morris fue presa de otra carcajada histérica, aunque, a pesar de la presión de la mano de Ángel, temeroso ante la situación y el estado de su creador, Magnusson no atinaba a moverse, no aún.

—¿Q-qué es la fase tres?

—Amigo Magnus, una vez que la nueva generación de humanos mejorados esté lista para reclamar el control del mundo, ¿qué crees que se podría hacer con aquellos que no calificaron para el programa de reproducción selectiva? —la mirada del doctor por poco le hizo retroceder otro par de pasos—. Como dije, la humanidad no puede permitirse más errores genéticos.

Magnusson no tuvo oportunidad de expresar su repulsión ante el plan de Morris, ya que segundos más tarde, escuchó la puerta siendo forzada. Sin pensarlo, el director tomó a Ángel en brazos y corrió de vuelta a la habitación secreta.

—¡Cuidala, Magnus! —escuchó el eco de la voz de Morris—. ¡Es la única que salvaguarda mi trabajo!

La cacofonía de voces que repicó con la alarma le indicó a Magnusson que ya era muy tarde para Morris, aunque, con algo de suerte, el enredo que era el laboratorio les brindaría tiempo. El director cerró la puerta detrás de él y se recostó en ella, sudando con la respiración entrecortada, tratando de pensar qué hacer. Seguro que la policía estaba en camino, y era un hecho que sus abogados necesitarían un aumento por el trabajo que les esperaba los siguientes meses. Sin embargo, en ese momento, su mente debía fijarse en ese pequeño ser que lo veía con intensidad,



confundido y asustado.

—¿Es cierto lo que dijo Morris? —preguntó, poniéndose de cuclillas frente a ella—. ¿Tú sabes dónde está su investigación?

Quizás la fase tres haya sido inconcebible incluso para él, pero Magnusson debía reconocer la brillantez detrás de la idea.

Ángel asintió. Perfecto. Tenía que proteger esos datos, la mayor parte debía de estar en esa habitación, pero Morris no confiaba en nada ni nadie, ni siquiera sus propios equipos (con algo de habilidad, cualquier hacker puede violarlos, solía decir) y, si confiaba en Magnusson, era porque necesitaba un mecenas o, como en ese caso, un socio que continuara su obra. Así, solo el ser que creó con sus propias manos había sido digno de saber dónde estaba todo.

El hilo de sus pensamientos se perdió cuando escuchó el alboroto que se estaba llevando a cabo. Estaban dispuestos a destruir el laboratorio, y el trabajo de Morris estaba oculto ahí afuera.

—No salgas por ningún motivo —le indicó a Ángel antes de retirarse del ambiente.

Apenas tuvo tiempo de esconder el tablero detrás de la loseta antes de ser descubierto.

—¡Miren lo que encontramos! —gritó uno de los perpetradores—. Avisenle al jefe que el director en persona estaba escondido en un armario, el muy cobarde.

Magnusson hizo toda una puesta en escena de su indignación, sin embargo no opuso mayor resistencia cuando lo maniataron y se lo llevaron con ellos.

—Parece que llegamos a tiempo —anunció el que dirigía el atentado—. Nuestras fuentes resultaron ser confiables, aún no habían empezado, pero no podemos correr riesgos.

Uno de sus hombres alzó la voz.

—¿No puede hacerse de otra forma? Magnusson no era parte del plan, ¡seguro que todos acabaremos en la cárcel!

—¡Es un pequeño precio a pagar por evitar que los poderosos sigan jugando a ser dioses!

La mayoría estuvo de acuerdo con el líder, pronto a Magnusson se le heló la sangre cuando vio sus preciosos equipos ser destrozados y sus archivos quemados. Estaban borrando toda huella del proyecto. Su lucha se tornó real, movido por el horror de lo que estaba viendo, de lo que esos idiotas estaban haciendo, de lo que significaba, pero de nada le sirvió; y fue con amarga resignación que tuvo que presenciar cómo el magnum opus de Morris se perdía para siempre.

Una vez que estuvieron satisfechos con su obra, los maleantes comenzaron la retirada. Magnusson era poco más que un peso muerto al que tuvieron que llevarse a



rastras. Vagamente captaba fragmentos de conversaciones, que los federales los esperaban afuera, que si era una situación de rehenes, que los androides ya entraron... El director nunca creyó que llegaría el día en que no le importarían sus detrimentos millonarios, había perdido algo mucho más valioso.

Buscando el consuelo de saber que al menos Ángel se había salvado, el director alzó la mirada hacia el almacén. Parecía que la súbita calma le había indicado al sujeto de pruebas que era seguro asomarse, por lo que sus miradas se encontraron.

Magnusson no sabía qué reacción esperaba ver ante el descubrimiento de la investigación de su creador borrada de la faz de la Tierra, pero ciertamente no era una sonrisa. Poco antes de ser extraído del laboratorio, el director vio a Ángel asir el saco con una mano, ocultando su luz, y posar el índice de la otra en sus labios, pidiéndole guardar el secreto, para luego, con una expresión pícaro, llevar dicho dígito a su sien y darse un par de toquécitos en la cabeza.

Con que, ahí estaba la investigación. Morris era un maldito genio.

Los extremistas creyeron que el hombre había perdido la razón cuando estalló en carcajadas, volveré por ti, mascullaba, sintiendo los ojos llenársele de lágrimas, y casi podía escuchar la voz de Morris en su cabeza.

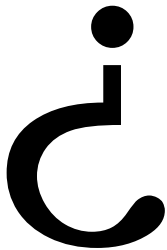
¿Ves? De una forma u otra, será el padre y la madre de la nueva humanidad.

Alejandra P. Demarini (Lima, 1989). Bachiller en Psicología de la Universidad Ricardo Palma, autora de la novela fantástica juvenil *El castillo extraño* (2014). Reside actualmente en la ciudad de Lima, en donde trabaja en su segunda novela, así como varios cuentos cortos, que publica.



MENDIGO

por Gonzalo Del Rosario



Usted qué hace allí?

—Comiendo.

—Pero usted no puede hacer eso.

—¿Y cómo él sí?

—Él es nuestro Mendigo.

La Fundación «Acoge un Mendigo» le brinda la oportunidad de mostrar la labor humanitaria de su empresa las 24 horas del día, los 365 días del año. Deje de gastar tanto dinero en fundaciones para niños con cáncer, labio leporino o portadores, y acoja a un Mendigo. Con ello, no solo estará contribuyendo al desarrollo de su empresa, sino a crecer como seres humanos.

Luego de escuchar tal publicidad, mucha gente dejó todo para convertirse en un Mendigo.

Yo fui uno de ellos.

Todo comenzó cuando aún era un adolescente recién salido del colegio. No sabía exactamente qué hacer con mi vida, no practicaba deporte alguno, no tocaba instrumentos musicales, no sabía matemáticas, menos escribir, en realidad fui, soy y seré siempre, y esto se lo repito a todos sin ánimo de soberbia, un Mendigo Nato.

En mi casa no sabían qué hacer conmigo, porque pensaban acabaría mi vida como un barrendero municipal o un recogedor de basura, lo cual en un principio me bajoneó, aunque luego me llenó de orgullo por lo de su huelga, siempre he sido un poco revolucionario. Entonces mi vida se consumía entre el alcohol y mi camiseta de camarón. No encontraba trabajo, era la tercera vez que no ingresaba a la universidad y estando apunto de enrolarme en el ejército: viendo aquella publicidad. . . «*mi vida no pudo ser más dichosa*».

Era la oportunidad. Iban a darme todo ¡GRATIS! y no debía hacer nada más que echarme en la puerta o vivir en el sótano. Me ofrecían comida y limosnas. Lo único malo es que a veces se pasaban. A las finales, éramos solamente mendigos que cada empresa mantenía y según ellos podían hacer lo que quisieran con nosotros.

Mentira más grande.

Formamos nuestro sindicato y exigimos más que un simple espacio donde dormir (generalmente la puerta trasera) queríamos un cuarto, una mejor alimentación, servicios higiénicos propios y vestimenta acorde a nuestro trabajo.

Si bien, en un comienzo se burlaron, también se dieron cuenta que, en realidad, mantener a un Mendigo era relativamente más barato que pagar todos sus planes de educación alternativa para niños con dislexia. Siguiendo estas demandas, los



Mendigos logramos hacer respetar nuestros derechos, y las empresas pagaban menos impuestos.

Eso, nos decían, era lo más importante.

También conocí a muchos Mendigos que habían estudiado actuación, música, pintura, cine o literatura y que no sabían qué hacer con su vida (igual que yo pero con cartón y capacidad) hasta que vieron la publicidad y se convirtieron en los denominados: Artistas Mendigos.

Fundaron la Escuela Nacional de Artistas Mendigos (ENAM) a raíz de la propuesta de uno de los nuestros al Banco al que servía.

Incluso, los Artistas Mendigos llegaron a implantar una nueva corriente de vanguardia que se extendió por toda Latinoamérica (y parte de Europa) y que apelaba indefectiblemente al epicureísmo. Ello sirvió para que el Mendigo impulsor de este proyecto fuera galardonado con el Premio Nobel de la Paz. El mismo que fuimos a recibir todos los involucrados (las empresas enviaron a su representante Mendigo a Estocolmo).

Ojo, que llegado a este nivel, ya no éramos los clásicos pelucones zarrapastrosos echados en las puertas de los bancos, discotecas o grifos pidiendo una «ayudita pa' comer». Nada que ver, estábamos bien bañados, uniformados, peinados (muchos no quisimos cortarnos el cabello, siempre que lo tuviésemos limpio) y cumplíamos un horario de oficina, que fue otra de las exigencias acatadas por nuestras empresas: solo mendigaríamos las ocho horas reglamentarias, y teníamos derecho a vacaciones pagadas luego de un año, acceso al seguro social, AFP, fondo mortuario, CTS, grati, utilidades, e incluso ganamos becas de estudios para nuestros hijos, y bonos extras si destacábamos en alguna actividad.

Como les digo, el ser mendigo estaba tan bien visto por la sociedad que muchos de nosotros accedimos a cargos públicos, otros se casaron con sus parejas de siempre (quienes los mantenían, y ahora, son ellos o ellas quienes aportan) tuvieron sus hijos, y todos dicen con orgullo cuando preguntan qué hace tu padre:

«Es Mendigo».

Por mi parte, no sucumbí jamás ante las falsas, y me aseguré con una de mi clase, una hermosa y joven Mendigo danzante (el mejor sexo que puede haber). Ahora esperamos a un pequeño que, desde el vientre de su madre, ya vislumbramos como un Mendigo Futbolista o quizá un Mendigo Boxeador, el caso es que nos enorgullecerá en la función que realice, incluso si decide no seguir los sagrados caminos de la Mendicidad.

De *Losocialystones*. Ediciones OREM. Trujillo-Perú. 2010.

Gonzalo Del Rosario (Trujillo, 1986). Profesor, periodista y escritor. Ha publicado los libros de narrativa breve *Cuentos pa' Kemarse* (2008), *Losocialystones* (2010) y *Mishky Stories* (2011), la novela corta *Ven ten mi muerte* (2012) e integró el híbrido cine-literario *Tv-out* (2009). Como editor ha publicado la antología de narradores jóvenes *Sobrevolando* (2014).



RAMÓN EN COLONNA

por Luis J. Torres

—Eres un simple técnico, quién lo diría, un simple y común técnico electrónico, un sujeto que, de una promoción de ingenieros universitarios, no pudo terminar y ahora repara muñecas para vivir, ja, ¡ja ja ja ja ja ja ja ja!

Lo miro despacio; sonriendo, saco las herramientas necesarias del gastado maletín de trabajo, me pongo los delgados guantes negros, aún sonrío, es de mi promoción, es un viejo amigo, el típico pavo cagón engreído con el cual no quiero encontrarme en este trabajo de mierda.

—Esta sala, mírala, vamos, mírala bien, ganó un concurso de diseño internacional, no nacional, in-ter-na-cio-nal, ese diploma en la esquina lo atestigua. El jardín es hermoso, combina con la piscina de pepelma de cristal verde mediterráneo. Las mañanas soleadas acá son maravillosas. Si el clima se tornase desagradable puedo apretar un botón y un techo escondido a los lados cubrirá todo. Se prendería el climatizador y sería como si uno estuviera en el trópico.

Él está de pie, mirando todo lo que posee su vista y su orgullo. Abre de par en par las puertas de madera tallada de su también amplísima despensa de vinos, las sopesa un buen rato, escoge una de la parte más baja, ceremoniosamente la descorcha, huele con exagerada expresión de catador experto, sirve dos vasos largos y brillantes.

—Prueba, vamos, con confianza, relájate, sé que no sueles probar cosas como esta, aprovecha, amigo, por algo somos promoción...

Lo observo y en mi mirada debe haber suficiente odio como para matarlo solo con los ojos. Estoy a punto de alzarlo en vilo, gritarle su puta vida, si es posible pegarle para sacarle esa sucia sonrisa de encima e irme, pero deseo joderlo y cobrarle. Si hay algo que me saca de mis casillas es soportar a un engreído, cretino y ampuloso nuevo rico sin educación que no deja de molestar y refregarme en la cara todo lo que tiene de la manera más odiosa posible.

Aparte de ser técnico, ¿qué haces?, o sea, ¿cómo te relajas? ¿A qué club, casa de playa, de campo, vas? ¿Familia, hijos...?

—Hijos no, no necesito tener parásitos sociales todavía, déjame vivir mi vida, aparte de hablar mucho y mostrar tus pocas cosas, ¿podrías traer un vaso de esa botella verde y dorada que está en medio de tu bar? Añádele un cubo de hielo.

—¿Quieres que te sirva mi Laetit Medock le Clerg cosecha del 36?

—Sí, justo ese, y apúrate. Dime algo, ¿me has traído para inflarte el pecho o qué?, se supone que soy un técnico y ya sabes que reparo muñecas, ok, trae la bote-



lla y muéstrame a la enferma, que tengo demasiadas cosas que hacer.

Pone la misma cara que tendría alguien a quien le han metido un consolador hecho de madera lijada y llena de astillas. Le ha dolido y le va a arder un buen rato, no hay nada peor para un pavo engreído que venga un simplón y le reviente su globito, sé que desea botarme de su lujoso sillón, sé que desea gritarme, mandarme a la mierda, hacerse el gran señor, mas no puede, se va a comer su mierda, pues sabe que es bien rochoso aquello de que se te malogre tu muñeca sexual. Pobre loser.

—Bueno (pone cara de que ha recibido un golpe), sírvete, el hielo está en la nevera. Ella se encuentra en el cuarto, voy a traerla.

Está asado, ya no es el señor sonrisitas. El piso esta impecable, no hay ceniceros, él es un hombre sano, decente, solo bebe vino y otros licores caros, saco un cigarro, una pena, la ceniza terminará en el piso.

Viene él y... ¡diablos!, lo acompaña su ex esposa, ¿qué rayos está pasando? No me digan que ambos comparten a la muñeca, puta, qué alucinante, un trío M H M donde la otra mujer es una muñeca de silicón y transistores, qué retorcido es el mundo actual, qué retorcido y estúpido, carajo.

Yanella me sonríe, me saluda, tiene la cara golpeada, hinchada de un lado y hundida del otro, el pómulo movido, recuerdo lo hermosa que era, verla así me duele, no le noto los moretones, ha de haberse maquillado bien. ¿Le habrá pegado él? Si ha sido así, ¿por qué está en su sala, sonriente, abrazada a este pobre imbécil?

—¿Cómo estás, Yanella? ¡Qué bien te ves!, y dime, ¿qué haces por acá?, pensé que después del divorcio, en el cual le quitaste el setenta por ciento de sus propiedades y te quedaste con los hijos, no volverías más donde mi querido amigo Osquitar.

Él me mira sonriente, aunque sé que desea matarme, le duele lo del divorcio, le duele lo de perder el juicio y le duele que la mujer lo dejara por otro. Ella está (aparte de tener media cara terriblemente hinchada) muy bien, lo que más me perturba es: que pese a la avalancha de sarcasmo que le mando, sonríe como si nada, con esa mueca estúpida y simplona que tienen los que han jalado coca o cuya mente está en las nubes.

—Yanella se encuentra en Portugal, en un balneario privado, la zorrilla se salió con la suya, así que deja de hablarle y hacerte el vivito, si no te mando a sacar de acá a patadas, querido amigo, ya ves por qué me aburre contratar servicio a cada rato, repárala y lárgate, el hecho de que seas un simple técnico de hardware no te da potestad para ser tan vulgar y gracioso, además ella, por si no te has dado cuenta, es una muñeca, edición de lujo, un modelo personal, fue hecha solo para mí y bajo mis especificaciones, ten cuidado con esta nena, vale más de diez veces que cualquier modelo que hayas visto antes, ¿entendido?

Lo miro, desafiante, quiere jugar al amor, bueno, le seguiré el juego a medias, no se merece mi respeto.



—Es una muñeca, vaya, Oscar, veo que siempre has preferido lo mejor, así que es un modelo especial, hubiese jurado que era Yanella. Dime, ¿qué tiene la enfermita?, la veo golpeada, ¿se cayó, se lastimó con algo?

—Mira, no te me hagas el psicólogo de pueblo, yo la golpeé, eso es todo, mandé a que la hicieran igual a Yanella, el mismo físico, voz, actitud, reacciones, trato diario, es ella, casi, puedo hacer con ella lo que no podría con la original, a menos que se me acuse de violencia y esas cosas, el psiquiatra me la ha recomendado, él tiene una similar, se parece a su madre, es por lo del complejo de Edipo, un amigo me confesó que tiene una que se parece a su hija menor... De esa manera sus ideas más recónditas salen y nadan libres, el psiquiatra me dijo que es lo último en *meta-freudismo*.

Me sirvo la copa casi llena, su champagne es excelente. Después de escuchar sobre su psiquiatra y los detalles monstruosos que me da recién entiendo el porqué la humanidad está cómo está.

Él se halla sentado en un rincón del amplio cuarto lleno de espejos, hay un televisor de pared a pared. Antes de revisar sus circuitos o cableados debo quitarle la piel, remover los sensores, desarmar los pequeños motores que articulan el rostro, y pensar la forma de dejar su rostro como antes de la agresión. No sé con qué la habrá chancado, el rostro se encuentra hundido en un lado y salido por el otro. Ja, valiente, todo un machito, no pudo con su ex y ahora le pega a su artefacto. De seguro le hará cosas horribles, sexualmente retorcidas y asquerosas a la muñeca de marras.

—Dime, Osquitar, ¿aparte de parecerse en casi todo a Yanella, qué más tiene esta belleza para ser tan especial? —Sonríe, bebe despacio de su copa, un grueso anillo de oro con un brillante se luce en uno de sus dedos delgados, me mira despacio, como buscando un punto quebradizo en mi superficie, se pone de pie, da unos pasos, siempre escrutándome.

—Bueno, por lo que veo para dedicarte a esto no estás muy enterado de las cosas, lo que siempre digo: el servicio ya no es el mismo, Ella posee un sistema especial, a diferencia de modelos anteriores ella cree que es Yanella, bueno, una Yanella ideal, sin sus ideas de libertad y rebelión. Te seré franco, la considero como una persona real y, por lo tanto, la trato como quiero tratarla, el doctor me dijo que libere todas mis emociones con ella y eso hago. Su sistema especial es el que hace que solo sea mía, si algo detestaba de ella era que pensaba que no fui suficiente hombre, le di las cosas materiales con las que otra soñaría toda la vida, sin embargo quería más. Ésta es fiel y es feliz conmigo. Si alguien desea sexo con ella se negará y, si se le insiste, sus orificios entrarán en módulo de seguridad, se bloquearán y entrará en modo sueño. Como ves, esta Yanella solo lo hace conmigo, con nadie más, para eso uno invierte. Por eso mismo, empieza a trabajar y termina ya, me desagrada que tú, un perdedor que no pudo terminar la universidad junto con todos nosotros, me diga qué hacer en mi propia casa.

Está serio, tiene una mirada de dominio, de amo, de gamonal.



—Dime, Osquitar, ¿tienes algo que hacer? Porque repararle la cara va a tomar tiempo, le has movido el pómulo izquierdo y desconectado unos sensores, deberías ser más prudente cuando castigas a esta máquina, pensando que es tu ex (pobre imbécil reprimido patético), me voy a demorar mucho, si deseas da una vuelta, cuando regreses ya habré acabado.

Se rasca una pierna, me observa aburrido, se levanta despacio, sus ojos se tornan despreciativos, sonríe satisfecho.

—Regreso en una hora, solo puedes entrar al baño, lo demás está cerrado, cuando regrese, te pago; espero que la dejes como antes, no me gusta verla así; nos vemos en un rato, Ramón.

—Nos vemos, Osquitar.

Escucho cómo la puerta se cierra, cómo sus pasos se pierden en medio del silencio de la noche, tengo una hora. Una muñeca que solo lo hace con su dueño. Una mujer que sí es fiel. Programada para servirlo solo a él, pero qué tierno. El pómulo solo estaba movido, lo pongo en su lugar, coloco los sensores y los motores en su sitio, inserto la piel, acomodo su rostro, está perfecta, enseguida manipulo debajo de su nuca, accedo a su control maestro, cambio las directivas, listo.

—Hola, Yanella, ¿cómo estás? Según me dijeron, eres fiel a Osquitar, no obstante sabes que en realidad yo soy tu hombre, tu verdadero amor, ¿no es así?

—Sí, así es, te ves bien, amor, ¿qué deseas que haga esta noche?

—Empieza por abajo, con cariño, comételo todo, ok...

Luis Juan Torres, eterno caminante, mochilero, fotógrafo, apasionado por la vida, seguidor del mar y practicante de bodyboard, lo afecta la luna llena, escritor y artista por naturaleza. Publicó tres veces en la revista *Argonautas*, dos veces en la revista *El Horla*. Ha sido nombrado como ejemplo de escritor cyber punk en el artículo: *La Ingeniería Mecánica en la Literatura de Ciencia Ficción: Una aproximación* por Carlos Enrique Saldivar. Ha publicado en la revista *Ónice* una crónica sobre un músico callejero. Además ha publicado en *Carbocito*, *Sopa de Puerco* y en *Urbanía* historietas sobre su personaje Denis, así como ilustraciones para unos poemas de la revista *Maldoror*. Blog: <http://www.lobolomo.blogspot.com>



DAMA Y CABALLERO

por Jorge Ureta Ureta

Llevaba una caja envuelta con dos hileras de cinta adhesiva. Dentro de ella se amontonaban dos martillos, dos llaves inglesas, un tornillo, un trapo amarillo y treinta clavos. Sostenía la caja con ambas manos a la altura de la barriga. Aquella caja de cartón color marrón oscuro que descubría el sello de aceite Oliva Estrella, no se encontraba pesada.

El suelo, de tierra, entintaba finamente su querido vecindario. Grandes casas sucias envolvían el parque donde se ubicaba. No había pistas ni veredas en todo ese sector del distrito, y la arena hacía de pavimento. Una cancha deportiva ocupaba el medio del parque, con la plancha de cemento haciendo de campo. Esta estructura era la única construcción pública que alguien podía encontrar en esa zona.

Una superficie gris, rectangular, que galanteaba dos arcos blancos, viejos, pero aun alzados, escondiendo en sus esquinas pequeñas manchas marrones de óxido, y orificios negros de podredumbre.

Lateralmente, gradas de piedra cenicienta cercaban el campo deportivo. Una sobre otra, tres gradas plomas se elevaban hasta formar un triple asiento.

Él estaba viejo. Había presenciado la inauguración de aquella plaza por el alcalde, vaticinando expectativas de mejora juvenil por el deporte.

Apoyó la caja de cartón encima de la tercera grada y se detuvo a descansar. No había visto otro alcalde volver, dado que, hoy las elecciones se ganaban de otra manera.

Estaba viejo, tanto como el campo deportivo. Pero, ¿qué significaba eso, al fin y al cabo? Al menos en *cacalandia*, nada.

La mayoría se había mudado al notar que aquella zona moribunda, solitaria e intrascendente, se fermentaba entre la tierra. Forzosamente ancianos miserables, sin destino, y delincuentes drogadictos que moraban por la zona, se transformaron en sus vecinos –algunos incluso, amigos– en ese desierto abandonado.

Recostó un codo y aspiró una gran bocanada de aire. Bajó la vista hacia sus zapatos, estaban llenos de arena.

—Qué cagada.

Pero a nadie le gustaba que lo llamasen así. Consideraba que inevitablemente aquella etiqueta terminaba por calar en el espíritu de las personas, sobre todo en los más frágiles: los pordioseros. De alguna manera el título de escoria, contribuía en el enfoque de la persona consigo mismo: si te decían así, probablemente termines siéndolo.



Dos jóvenes caminaban en medio del campo de fútbol.

«A nadie le gusta que le digan forajido», pensó.

Con dos dedos sacó un estuche del bolsillo superior, retiró unos lentes, volvió a guardarlos y limpió los cristales con la solapa de su camisa. Se los puso.

Los jóvenes se encontraban desnudos.

—Mira tú, carajo —rió el viejo, quitando la caja de la grada superior y situándola en el piso.

Un chico y una chica —que no aparentaban ser mayores de veinticinco o veinte— se detuvieron en medio del campo. El joven, un muchacho de cabello rubio alborotado, gran torso y aventajados brazos comenzó a echarse en el suelo mientras paseaba nervioso la vista alrededor. La muchacha que lo acompañaba, una frágil joven de cabello largo y rasgos finos, se acomodó a sus pies.

«Ya no les importa nada», repasó, el viejo. Esta era la realidad. Ahora todos roban donde sea, todos matan a quien sea, todos cogen donde sea. Se rascó el lado derecho de la cabeza. Ellos disfrutaban de la adrenalina de la vida.

—Chiquillos de mierda.

La joven, en la cancha de fútbol, se arrodilló frente al sujeto.

«Son una dama; y un caballero», señaló, con una sonrisa resignada.

El robusto caballero, en el suelo, revelaba un pene totalmente erecto, y la mirada entonces concentrada en su compañera. La dama, de baja estatura, con pequeños hombros y sobresalientes muslos, gateó hacia él.

—¿Cómo... cómo van a reaccionar si nos ven? —dijo de repente el joven en voz baja.

La muchacha se acercaba por encima, hacia el tipo, y situaba su rostro sobre los ojos de su compañero. Sus pronunciadas piernas comenzaron a separarse suavemente encima de su miembro viril.

Una pequeña gota sobresalía del glande.

—No importa, nos iremos si escuchamos algo —respondió, subiendo las caderas y tomando el pene de su compañero con la mano derecha, tratando de verlo, en cuclillas—, de todas maneras no somos de aquí.

—¿Si tienen armas? —preguntó, el caballero.

—¿Si tienen armas? ¡No puede suceder algo antes de... ahh! —la joven se sentó y elevó el rostro hacia el cielo suspirando, con los ojos cerrados. Arbolando luego una ligera contracción en su boca, que dejó escapar un pequeño gemido.

Su rostro presumía una diminuta nariz respingada.



—Ah... ¡Sí! —exclamó la muchacha, volviendo hacia abajo, encontrándose con el rostro de su amigo, que la veía fijamente y con la boca temblorosa.

—¿Lo estamos haciendo?

—¡Sí, imbécil! ¡Lo estamos haciendo! —respondió saltando encima de él.

El viejo, que con un codo apoyado en las gradas y una mano en la barbilla observaba silencioso al par sinvergüenzas, volteó hacia su caja al escuchar un sonido.

Los objetos dentro de la caja de cartón estaban saltando. Entrecerró los ojos.

—Sí... sigue... —tartamudeó el joven, sobresaltado y con los ojos totalmente abiertos.

La muchacha dibujó una enorme sonrisa mientras se elevaba, y caía fogosamente hacia la cintura de su compañero, con un grito esta vez más fuerte. El joven emitió un gemido de dolor.

Esta vez los arcos de metal en los extremos de la cancha se contorsionaron.

El viejo retrocedió unos pasos. ¿Qué era eso? Los tubos de metal se habían curvado.

—Apúrate, apúrate, más rápido —pedía el caballero, levantando las manos y situándolas en la cintura de su compañera, la dama.

La cintura de la muchacha comenzó a saltar. Pequeños chapoteos tañían desde la vagina de la mujer, surtiéndose con los gemidos del muchacho y los esporádicos y furtivos gritos de la joven. Cada vez, moviéndose más rápido.

Pequeños guijarros comenzaron a elevarse del campo deportivo, y ondular.

La caja comenzó a saltar más fuerte. El viejo se agachó y le propinó una patada.

Rápidamente el objeto se elevó diagonalmente, y se mantuvo suspendido en el aire.

—¿Qué es esto? —exclamó, alejando su cabeza.

Las piedras más grandes alrededor del campo persiguieron a los pequeños guijarros, volando en el aire.

—¿Qué... qué sucede? ¿Qué pasa? —gimió el joven sacudiéndose bajo la dama. La dama apretó fuertemente sus muslos.

—Es el imán de neodimio, tranquilo... tranquilo —gimió. El húmedo pene del joven resbalaba suavemente dentro de la delgada vagina de la muchacha.

Sus manos comenzaron a acariciarse.

Ella se movía y saltaba, sacudía su espalda por encima de los involuntarios murmullos de su compañero, que la observaba desconcertado, tomándola por la cintura. Elevando la pelvis por momentos, sintiendo impulsos ocasionales que lo lleva-



ban a apretar a la mujer.

Después de tratar de averiguar qué sucedía con la caja, que continuaba en el aire, el viejo alzó la mirada levemente por encima de las gradas. Situando una mano sobre su boca, sorprendido.

Las piedras volaban alrededor del campo deportivo, dibujando círculos y ondas. Saltando. Golpeando el suelo y elevándose otra vez. Había un grupo que giraba velozmente en un semicírculo sobre ellos.

Sintió un bulto crecer en su entrepierna.

—¿Qué pasa?, ¿Esto es parte de su magia? —renegó el viejo entre los dientes, agarrándose el bulto.

Las manos de la chica de cabello largo y lacio, se apoyaron encima de los pectorales del joven de cabello rubio alborotado, mientras el movimiento de su cintura se hacía cada vez más brusco, y su gran culo golpeaba vívidamente contra las piernas del tipo.

El viejo se alzó un poco más.

Los metales de los arcos oscilaban de manera violenta, hundiéndose, levantándose, imitando concavidades o grandes triángulos puntiagudos. Sus movimientos concordaba con el de los muchachos en el campo, sobre todo el subir y bajar de la muchacha.

—Deténganse de una vez —susurró el viejo, frunciendo el ceño—, deténganse, infelices —gruñó roncamente, aferrándose al bulto de su pantalón, y relamiéndose los labios.

Escuchaba una rara canción en su pecho.

El caballero suspiraba entrecortado, sacudiéndose con cada movimiento de la dama, acariciando sus caderas.

La dama, soltando un grito y presionando los dientes, agachó la cabeza, cerrando los ojos con un gesto de dolor. Se detuvo unos segundos, meneándose. Luego, y abriéndolos nuevamente, deslizó sus delicadas manos por el gran pecho de su compañero, moviéndolas por los hombros, después por sus anchos brazos, y finalmente, tomando sus manos, acercándolas al centro, por encima de su abdomen.

Las piedras detuvieron su recorrido en el aire.

—¿Qué haces? —preguntó el joven, respirando nerviosamente.

La dama sonrió. Jugueteando con sus índices, meñiques y pulgares, y logrando entrecruzar sus dedos. Apretó, después, fuertemente sus manos, el caballero hizo lo mismo, también sonriendo, y mirando hacia la joven con una luz en sus ojos.

—Vamos —pidió la joven, elevándose, y cayendo una vez más con un quejido. El caballero soltó un alarido y levantó sus piernas.



Las piedras volvieron a girar. Los arcos dibujaban figuras más crecidas y deformes. La joven comenzó a moverse, irguiendo el pecho, elevando sus dos senos blanquecinos que cargaban dos erectos y rosáceos pezones diminutos. Abrió la boca y levantó la cara al cielo, mientras el caballero esgrimía una presión con su pelvis, apretando sus dientes y echando su cabeza.

La caja de cartón comenzaba a girar violentamente, notaba el viejo que apretaba con sus dedos la masa de su entrepierna, su calzoncillo estaba mojado. Volviendo continuamente la vista hacia el campo.

La dama, que brincaba violentamente, entonces llorando un grito, y arqueando su espalda, soltó las manos del joven sosteniéndose del suelo, presionando fuertemente sus muslos hacia abajo.

El caballero se elevó tanto como pudo, mordiéndolo su labio inferior.

—Listo... listo —farfulló estremeciendo su cuerpo— ahí está —levantó su cabeza hacia la chica.

La dama se arrojó encima del caballero. Él la abrazó. La miró a los ojos, y ella abriendo ligeramente sus labios y mostrando la punta de su lengua, los apretó con los de él.

Todas las piedras se precipitaron al suelo en un gran estruendo, y los arcos de metal se desmoronaron retorcidos.

El viejo paseó la mirada sobre la mujer, atemorizado.

Los dos se levantaron, y un líquido blanquecino escurrió desde la vagina de la joven hasta su pierna. El caballero también se levantó, tambaleante.

La joven, entonces ya enderezada, volteó hacia el viejo, lo miró a los ojos e inclinó la cabeza. El viejo retrocedió, sorprendido.

—Es...es... yo... —hipaba.

La dama levantó su delicada mano y la onduló en el aire, una, dos, y tres veces.

Dibujando después una cálida sonrisa en su rostro.

El viejo trató de levantar su mano, sin éxito.

Una silenciosa explosión azul pulverizó tanto a la dama como al caballero, que desaparecieron de su vista.

Balbuzeando, se mantuvo estático sin poder reaccionar.

—¿Qué es esto? ¡Qué pasa aquí! —preguntó de repente, desesperado, corriendo hacia el campo deportivo—. ¡Qué pasa aquí, carajo! —La extraña sensación dentro de su pecho persistía, como un ritmo melodioso que recorría su cuerpo y le picaba.

Se aproximó y agachándose velozmente situó sus manos donde habían estado los dos sujetos. Pequeños grumos de espeso líquido se ubicaban dispersos alrededor.



Continuó paseando sus manos por el suelo. Estaba caliente

Acercó su mejilla contra el cemento, frotándola. Luego su cabeza, su cuerpo, res-
tregando su pecho bruscamente, embarrándose con los jugos esparcidos, y llenándose
de tierra, arrastrando las palmas de sus manos vorazmente por el polvo del ce-
mento, y pateando con sus pies... hasta quedarse quieto, exhausto.

Trató de abrazar al suelo, estirándose inútilmente.

Luego, y muy despacio, volteó su rostro hacia el pavimento.

Observándolo fijamente, confundido, dijo:

—Chiquillos de mierda —y lo lamió.

Jorge Juan Pedro Ureta Ureta (Lima, 1990). Escritor autodidacta. Ganador del concurso de relato breve *Ojos Trasnochados* de Lima, y el II Concurso Nacional de Cuento *Viernes Literarios*. Publicó la novela *El Caballero Tetrapaq*, catalogada por el diario peruano *El Comercio* como una de las novelas más destacadas y de factura admirable en 2013. Publicó su segunda novela en el 2014 llamada *Jaime y el Pato en su cabeza*, de corte infantil y comedia. Ha participado en las antologías *201*, *Bienvenido Armagedón* y *Ultra Violentos: Antología del cuento sádico en el Perú*, entre otras. Además publicó textos en las revistas literarias *SciFi-Terror* (México), *Altazor* (Perú) y *Pulula, Pájaros sin plan de vuelo* (Chile).



EXTRAÑA ESPECIES

por Edinson Mucha Soto

A los quince años de edad yo ya había conocido gran parte de este planeta, es decir, las cosas, lugares y artificios a los que están acostumbrados los hombres de todas las latitudes. Pero nunca, ni en mis más remotos sueños, esperé conocer aquello que está más allá de la comprensión humana, aquello que no es de este mundo. Después de leer mi relato creerán que estoy loco, mas no es así. Sé que no tengo pruebas para demostrar lo que iré afirmando, pero deben saber que todo lo que digo es cierto, las cosas que cuento en este testimonio son reales.

Yo era ayudante de cocina del «Oceanía Cruises», un crucero elegante, que había recorrido incluso los mares más remotos de la Tierra. Las personas que viajaban en el crucero procedían de todo el mundo, eran capaces de retar a la naturaleza y al propio Dios con su fortuna. Mi jefe era un hombre alto, de cabello ensortijado y muy solitario. Siempre me despertaba a las cinco de la mañana para preparar el desayuno de toda la tripulación. En sus horas de inacción me contaba que en los muchos viajes que había realizado en otros cruceros había observado cosas raras, las que jamás, en sus cincuenta y ocho años, logró explicar ni a las cuales halló lógica. Aquellos objetos eran redondos, a veces los veía pequeños, y asegura que en algunas ocasiones los vio gigantescos, de muchos kilómetros de diámetro. Aquellos objetos volaban sobre el crucero formando círculos y luego se sumergían en el mar expulsando una infinidad de colores. Yo siempre fui un tipo incrédulo, pero al oír al cocinero narrar sus historias, cuando me iba a mi litera, la duda me quitaba el sueño.

Viajar en un crucero podría parecer algo maravilloso, aunque, con toda honestidad, puedo decirles que es tan aburrido como deambular sin esperanza en un desierto. Sólo a veces algún turista luego de la ebriedad busca la calma, alejado de la tripulación, y está dispuesto a charlar sobre las cosas de su país. Entonces yo recordaba a mi padre, quien solía contarme sus aventuras en su ciudad natal, que irónicamente no recuerdo ahora. Abandoné a mi familia aún siendo un niño, por seguir mi sueño, que era conocer los lugares más hermosos de este mundo. Una vez abandonado en un crucero, como ayudante en la cocina, me familiaricé con los capitanes y los sirvientes. De todos, quien me recordó más a mi padre fue el cocinero de este barco, el señor Steven. Era un hombre serio, aunque tal vez fingía, pues en algún momento del día aprovechaba para narrar sus historias. Al jefe siempre lo encontraba sentado en su habitación tras una jornada de mucho trabajo, en la cual tenía que soportar a esa raza petulante que se embriagaba toda las noches. Algunas tardes lo observaba un poco misterioso, nervioso, por alguna situación que pasaba o transcurría en el día. Sin embargo, antes de llegar al final de aquella travesía y



continuar con una nueva, algo sucedió, algo que mi mente no puede terminar de comprender y que lentamente me está matando, como lo hizo con toda la tripulación.

Ya entrando en las últimas horas del atardecer, específicamente a las veintiún horas, toda la tripulación se concentraba en el gran salón que estaba cubierto por una alfombra muy fina de color rojo. Todos los tripulantes llevaban trajes elegantes, diamantes y alhajas finas. Se preparaban para una cena elegante. Era el cumpleaños del millonario, el famoso señor Michel, probablemente el hombre más rico del mundo. Todo transcurría con normalidad. La luna se apoderaba de la noche. Los hombres estaban satisfechos después de consumir el succulento manjar que habíamos preparado con Steven. El champán ya estaba haciendo su trabajo. Las caricias de las mujeres no se hicieron esperar y los caballeros de atuendos finísimos cayeron en la lujuria y el amor. Algo ocurrió de pronto. Las aguas del mar empezaron a encrespase y grandes olas golpeaban una y otra vez al crucero. Steven me cogió del brazo y me condujo a la cocina.

—¡Qué está sucediendo! —pregunté.

Él, sin mirarme el rostro, pues sus ojos estaban estupefactos por el sacudimiento del barco, me dijo que ya era el momento, que esos seres vendrían por todos nosotros. Pronto, alaridos y gritos de espanto nos indicaron que el crucero se estaba destrozando con las olas que embestían como demonios enloquecidos. Algunos suplicaban o rezaban aferrados de las barandas, mirando por las ventanas el horizonte negro y malvado. Después de algunos minutos el barco fue cubierto por una luz intensa de color verde. Todos quedamos atónitos y estupefactos; un objeto extraño e imponente salió del mar. Era como una nube, de lo que debía ser el centro destellaban luces de colores. Esas luces deshacían todo cuanto tocaban, todo cuanto entraba al contacto con ellas quedaba reducido a cenizas. Todos tratamos de escapar de esas luces infernales, casi toda la tripulación fue alcanzada por los rayos y sus cuerpos fueron calcinados en segundos. Steven, mi protector, una vez más me cogió del brazo y me llevó a cubierta para salvar mi vida y la suya, pero yo no respondía, estaba paralizado de miedo, mis piernas, mis ojos... Gritos de desesperación, de tristeza, de miedo, de infortunio, de terror se mezclaban con el sonido de las olas del mar. A duras penas alcanzamos un extremo del barco y vimos a decenas de hombres, mujeres y niños perderse y morir ahogados en medio del mar enfurecido. Ello era una aniquilación, y nosotros no podíamos hacer nada. También pudimos ver que el objeto circular que sobrevolaba sobre nosotros era extraordinariamente monstruoso e imponente.

Nos dirigimos hacia la proa del barco, que era lo único que permanecía fuera del agua, y, venciendo a la gravedad, nos aferramos a una porción de la baranda. Las luces que se perdían en el cielo formaban una ciudad dentro de una esfera; una ciudad que parecía ser de oro y diamantes preciosos. De repente la esfera se abrió expulsando un calor intenso y pestilente, del cual salieron especies que sencillamente no pertenecían a este mundo. Tenían un color marrón y sus cuerpos



estaban cubiertos de escamas; sus brazos eran muy largos y sus cuerpos pequeños. No negaré que en ese instante lloré de miedo y sólo acariciaba el crucifijo que me regaló mi madre, cuando cumplí los trece años. Ella me decía que el crucifijo estaba bendecido y que me ayudaría siempre.

Aquellas especies empezaron a abordar lo poco que quedaba del barco. Ingresaron a la cabina del capitán donde había decenas de refugiados, aquellas criaturas no tuvieron piedad y las destrozaron casi en el acto. Algunos tripulantes empezaron a disparar, pero las balas traspasaban sus cuerpos sin herirlos. En ese momento volví la vista hacia mi amigo Steven, pero él no se encontraba ahí, sólo lo vi semiinconsciente metros más abajo, tirado en el piso. Era imposible darle alcance, pues aquellas bestias se aproximaban poco a poco hacia nosotros hasta tenernos acorralados en un ángulo del barco. Éramos sólo diez personas las que habíamos quedado: cuatro hombres y seis mujeres, no había ningún niño, ya que estos fueron los primeros a quienes los monstruos mataron. Fuimos apresados y llevados a esa enorme ciudad que estaba cubierta de oro. Pasamos sobre una puerta enorme que brillaba tan intensa como los rayos del sol. En ella estaba escrito algo que pude distinguir; una criatura, al percatarse de que estaba observando, me dio un golpe en la pierna.

En dicha ciudad encontramos otras especies encarceladas: hombres con un solo ojo, con el cuerpo cubierto de pelo, otros hombres verdes, muy delgados, con ojos grandes y la cabeza enorme... Nos llevaron a un cuarto parecido a un laboratorio, ahí nos esperaban más de diez de la misma especie. Las mujeres fueron separadas y llevadas a un cuarto contiguo. Los varones fuimos golpeados una y otra vez con una barra de color verde intenso que descargaba al mismo tiempo una energía que quemaba nuestras pieles. Cuando estaba por sucumbir a mi desgracia, oí los gritos de las mujeres, y luego un terrible silencio; después una de esas criaturas empezó a arrojar los cuerpos de las mujeres muertas al mar. Lo mismo pasaría con nosotros, seríamos asesinados por esas criaturas y arrojados al mar, donde nadie, sólo los hambrientos tiburones, nos hallarían. Empezaron con uno de nosotros; lo cogieron de los brazos y piernas, y tras desnudarlo lo conectaron a una infinidad de cables y dispositivos, después sólo oíamos los chillidos y gemidos de sufrimiento de ese hombre, hasta que su voz se apagó y murió. Luego siguió otro. Fue entonces que esperé el momento oportuno para huir; aproveché un descuido de una de esas criaturas que se había puesto a discutir con otras muy enfurecidas, en un lenguaje muy complejo de entender. Me escabullí, logré escapar de ese laboratorio y fui a esconderme en los muros de esa gran ciudad. No tenía ni idea hacia dónde huir, sólo acariciaba el crucifijo de mi madre. Oí gritos y nuevamente ese lenguaje duro de las bestias, debían estar buscándome y lo más seguro era que pronto darían conmigo donde fuese que me hallase oculto. Saqué una servilleta que tenía en mi bolsillo y, con algo que parecía una tiza que hallé en el suelo, escribí lo que había sucedido con el barco, con la gente, hice un dibujo aproximado de las criaturas: el mundo tenía que saber sobre la existencia de esas cosas extrañas. Terminado ello, deposité la



servilleta doblada en algo semejante a una botella, aunque más gruesa y pesada, que en definitiva podría flotar en el mar. Y finalmente la arrojé a las aguas del océano.

Más tarde fui atrapado una vez más por estas especies y me golpearon con tanta violencia que apenas podía empuñar el crucifijo de mi madre. Cerré los ojos para creer que era sólo un mal sueño y que Steven pronto me despertaría para preparar el desayuno, pero nada de esto ocurría. Así que me aferré a la vida y junté la poca fuerza que tenía para defenderme, pero todo fue en vano. Esas criaturas me cogieron y me llevaron nuevamente al laboratorio, pude notar que en sus frentes tenían cruces tatuadas. Mire por última vez la puerta enorme que me había llamado la atención al entrar y descubrí a un dios, con una corona de espinas en la cabeza, vestido con una túnica y predicando algo que ya no podía escuchar. Entonces me di cuenta de que el dios que nosotros adorábamos no es como lo describimos. Es quizá como una de esas criaturas, con manos largas y un cuerpo pequeño y marrón. Quizás estas especies fueron los verdaderos habitantes de la Tierra, o tal vez vinieron en tiempos remotos a invadir a nuestros antepasados, y los sometieron por mucho tiempo, pensé en ello porque en las paredes bañadas de oro identifiqué figuras semejantes a las pirámides de Egipto.

Cuando estuve recostado sobre una camilla y las criaturas empezaron a conectarme decenas de cables a unas máquinas, mis pensamientos se disiparon, mis deseos de vivir se apagaban; las ganas de abrazar a mi madre y decirle que la amaba se desvanecían como mi vida, únicamente oía el sonido del mar y el gruñir de una criatura que luego de golpear la máquina principal, hizo gestos a sus ayudantes para que me arrojasen al mar...

Edinson Mucha Soto (Parco — Junín, 1979). Es técnico en contabilidad del Instituto Superior *TELESUP*. Seguidor de la ficción de terror y suspenso. *El manicomio de San Felipe* es su primer libro de relatos, volumen que le abrió las puertas del mundo literario. En 2014 imprimió su segundo libro *La cúpula del diablo*, y a comienzos de 2015 imprimió su tercer libro *Miedo-68*, un texto de claro matiz urbano y terrorífico. Es director de la revista de literatura fantástica *Valdemar*.



PAGO A LAS TINIEBLAS

por Aurora Seldon

En las culturas andinas de Latinoamérica es común el «pago a la tierra», como forma de agradecer a los espíritus de la naturaleza, los beneficios que otorgan.

Las ofrendas se entierran en la Madre Tierra o Pachamama, e incluyen hojas de coca, semillas de cereales, plata no trabajada, fetos de llamas u ovejas, vino, entre otros productos de la zona.

Sin embargo, también existe una ceremonia de la que no se habla oficialmente: el «pago a las tinieblas», en el que se ofrendan seres humanos.

Diario de Maximilien Hellson, Perú, 1967

I

Max cerró su diario después de poner la fecha: 24 de enero de 1967, y el lugar: Tacna, Perú. Se le hacía difícil escribir con la camioneta todoterreno dando saltos por el accidentado camino, y con la incesante charla de Joel Sanders, quien parecía querer llenar el silencio con comentarios completamente fuera de lugar.

Desde su lugar en el asiento de adelante, junto a Santiago, el chofer que habían contratado, Max estudió brevemente a sus compañeros de viaje. Joel Sanders, era bajo y delgado, con unos ojos vivaces que normalmente estudiaban todo con atención, pero que esa mañana eran furtivos y esquivaban su mirada. A su lado, Aaron Bradford era su opuesto. Alto y musculoso, con un rostro que parecía tallado en piedra, estaba entrenado para situaciones difíciles pese a que tenía cincuenta y ocho años, dos más que el propio Max.

El viaje había sido muy pesado: un vuelo de diez horas de Londres a Lima, otro de dos horas de Lima a Tacna, la búsqueda de un transporte adecuado y un chofer que conociera la zona a donde se dirigían, y finalmente un breve descanso para partir al día siguiente a las seis de la mañana rumbo a su destino final: la laguna de Aricota, en la sierra de Tacna, donde investigarían la desaparición de dos niños, ocurrida veinte días atrás.

—Todo esto es muy extraño —dijo Sanders. Había estado repitiendo lo mismo desde que la Hermandad, organización a la que pertenecían los tres amigos, les había asignado la misión—. Estoy seguro de que encontraremos algo... Ellos... sin duda ellos tienen que ver...

—Joel, calla de una vez —dijo Bradford con tono firme. El otro hombre obedeció.



Siempre mostraba esa deferencia hacia Bradford, como anticipando el lugar que ocuparía en la jerarquía de la extraña organización de la que formaban parte.

La conversación se desarrollaba en inglés, lo que le parecía a Max una descortesía hacia Santiago, el chofer, que los escuchaba sin decir palabra. Quizá se preguntara si había hecho bien en aceptar el trabajo y emprender ese viaje cuando la pista, con toda probabilidad, se habría enfriado.

De los tres, Max era el que mejor hablaba español. Se dirigió a Santiago:

—Mister Sanders está preocupado, siempre se pone así cuando llega a algún sitio por primera vez. Pronto se le pasará —quiso tranquilizarlo.

—¿Y usted, mister Hellson? —preguntó Santiago—. ¿Había estado antes en Perú?

—Muchas veces, pero nunca en Tacna. He visitado la selva en varias oportunidades, y también Cusco y las líneas de Nazca.

Mantuvieron una conversación trivial en la que Max intentó que el chofer se soltara, pero sin mucho éxito. El hombre apenas hablaba.

—Será mejor comenzar a trabajar —propuso Max al cabo de unos minutos—. Aaron, por favor, repasemos nuevamente lo que sabemos. Santiago podrá ayudarnos con algo de información local.

—El 4 de enero llegó un grupo de turistas norteamericanos, familiares de los ingenieros que trabajan en una mina de cobre de la zona. Era un grupo de doce personas, entre las cuales había dos niños, Ellen y Mark Mathews, de diez y seis años. Se alojaron en el pueblo de Curibaya, en el único albergue que hay. Al día siguiente partieron a la laguna, y organizaron un almuerzo con carne a la parrilla. Mientras los adultos cocinaban, comían y bebían, los niños jugaban en la orilla de la laguna. Nadie se dio cuenta en qué momento desaparecieron. Se organizó una búsqueda, pero no hallaron ningún rastro. Es todo lo que tengo —dijo Bradford cerrando su libreta.

Martin preguntó a Santiago, que conocía la zona, si sabía algo más.

—No, mister. Los buscaron casi veinte días. De hecho, la búsqueda se suspendió ayer. Yo participé la primera semana, luego ellos trajeron a un rastreador experto, un apache, que vino de Estados Unidos.

—Interesante. —Max entrecerró los ojos. Si un rastreador apache no había encontrado el rastro, entonces no lo había.

—Por eso los pobladores hablan de las leyendas. Recuerdan el pago a las tinieblas y están aterrorizados —completó Santiago, inesperadamente hablador.

—Repasemos las leyendas —pidió Max. La experiencia le había enseñado que los mitos y leyendas muchas veces ocultaban verdades—. Conozco el pago a la tierra, pero es la primera vez que escucho sobre el pago a las tinieblas. ¿Qué es?



Santiago se concentró en la carretera y estuvo callado unos momentos. Cuando Max iba a repetir la pregunta, pensando que no le había entendido, comenzó a hablar:

—Siempre se ha dicho que para usar las aguas de la laguna se debe hacer sacrificios humanos. Lo llaman el «Pago a las tinieblas». El primero fue con diez niños pobres, que fueron llevados con engaños a un banquete a la orilla de la laguna. Se cuenta que los embriagaron y en medio de sus juegos vieron que el agua de la laguna desaparecía y que en su lugar había una ciudad iluminada. Se dirigieron allí y nadie los volvió a ver.

—¿Cuándo ocurrió?

—No lo sé con exactitud. Probablemente a fines de 1900... Una vez hablé con un anciano que lo recordaba, pero no me dijo cuando pasó.

—¿Hubo otras desapariciones?

—Sí. Cada dos o tres años desaparece gente, principalmente mujeres y niños. A veces aparecen al día siguiente en la orilla de la laguna sin recordar nada. Hay un caso famoso, es el de una ingeniera japonesa, Naoko Sato. Ella llegó hace cinco años con una delegación de Japón. Yo mismo los llevé a la laguna. Venían para realizar estudios sobre el aprovechamiento del agua para la construcción de una hidroeléctrica. Estuvieron trabajando sin problemas por cuatro días. El quinto día ella salió a caminar por la orilla de la laguna y nadie la volvió a ver. La buscamos sin éxito y el resto de la delegación volvió a Japón después de una semana. Hay gente que cuenta que a partir de las once de la noche, se escucha las risas y juegos de los niños, la voz de una mujer que te llama, el canto de un gallo y otras historias.

—¿Y usted las cree?

Santiago hizo una pausa y aferró con fuerza el volante. Era evidente que se había formado una opinión.

—No creo en las leyendas, pero he oído las risas. También me ha parecido ver a una mujer en la laguna. Sé que de noche los sentidos pueden jugar malas pasadas, pero estoy seguro de que hay algo allí.

II

La camioneta seguía traqueteando por el accidentado camino afirmado y serpenteante. No se veía vegetación, solo un paisaje de cerros interminables y de abismos. Max comenzó a sentir la cabeza pesada y un malestar en la boca del estómago.

—Ellos yacen en la oscuridad, dormidos en los confines del mundo... —murmuró Sanders en inglés. Su rostro comenzaba a tornarse pálido y descompuesto.

Max comenzó a dudar sobre la conveniencia de haberlo traído. Le echó una



mirada a Bradford y supo por su expresión, que pensaba lo mismo. Por momentos se tornaba incoherente, aunque en el fondo no lo culpaba. Hacía un par de días le habían hecho una revelación que sacudió desde sus cimientos todas sus creencias. Max había pasado por lo mismo años atrás, y también Bradford, pero para Sanders había sido mucho peor. De hecho, tuvo una crisis, y por ello la Hermandad los envió a esa misión en Perú.

El movimiento del vehículo no hacía más que acrecentar el malestar. Bradford estaba extrañamente silencioso y su semblante también lucía descompuesto.

—Es la altura —sentenció Santiago y detuvo la camioneta al borde de la carretera—. Tengan, mastíquenlas despacio y traguen el jugo —dijo tendiéndoles unas hojas medio resacas.

Bradford tomó tres sin decir palabra, se las metió en la boca y abrió la puerta del vehículo. El aire frío los golpeó con fuerza revitalizadora. Max probó dos hojas masticando despacio. Eran un poco amargas pero no desagradables.

—¿Qué es? —preguntó.

—Hoja de coca —respondió Santiago—. Saben mejor en infusión, es lo mejor que hay para el mal de altura.

Sanders rechazó las hojas con un brusco ademán, salió corriendo de la camioneta y se inclinó junto a la carretera para devolver la cena, el desayuno y las tripas con grandes arcadas que hacían estremecer su cuerpo. Bradford bajó de la camioneta para auxiliarlo.

—Ya se le pasará —dijo Santiago filosóficamente—. Todos los gringos se sienten mejor después de vomitar.

Max se sintió tentado a aclarar que no eran «gringos». Bradford y Sanders eran británicos, compañeros de colegio y universidad; y él era francés. Pero pensó que esas sutilezas estaban fuera del alcance del hombre.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó.

—Se llama Pampa Gallinazos. Es por los buitres, ¿sabe? aquí los llamamos gallinazos.

Max se bajó y giró lentamente, abarcando el paisaje: el cielo celeste plagado de nubes blanquísimas, la carretera afirmada cuyo espiral ascendente se perdía entre los cerros rocosos que apenas tenían vegetación, los gallinazos sobrevolando el lugar, atentos a sus movimientos. Había sol pero no sentía calor. La sensación en su estómago comenzó a desaparecer, pero seguía sintiendo la cabeza embotada.

«Estamos en medio de la nada», se dijo.

Si se extraviaran en esos cerros inhóspitos, ¿cuánto tardarían en rescatarlos?, ¿qué haría su hija Amélie si perdía a su padre en una misión de la Hermandad, como



había perdido a su madre, años atrás en Canadá? Pero no debía pensar en Jeanne. Pensar en ella dolía.

—¿Seguimos, míster? —La voz de Santiago lo devolvió a la realidad y la punzada de culpa que sentía cuando pensaba en la muerte de su esposa fue sofocada y oculta, como tantas otras veces, bajo capas de olvido.

—Vamos.

Sanders estaba agachado junto a la carretera y Bradford hablaba con él en inglés. Era evidente que no solo le aquejaba el mal de altura. El hombre estaba angustiado. Max los llamó para que regresaran.

—¿Qué le pasa al míster? —preguntó Santiago.

—Ha recibido una mala noticia —respondió Max—. Una muy mala noticia.

III

El resto del viaje Max lo pasó pensando en Sanders y en la forma que tenía de enfrentar su reciente ascensión a Iniciado de la Hermandad.

La jerarquía en la Hermandad era bastante simple: comenzaban como Aprendices, documentando cada fenómeno paranormal registrado en el mundo, pero sin intervenir directamente en ningún caso. Luego de varias pruebas, algunos ascendían a Aceptados y otros, la mayoría, continuaba como aprendices, desarrollando las tareas administrativas de la Hermandad, sin dejar de monitorear y documentar los fenómenos. Los Aceptados investigaban e interpretaban los hechos, buscando patrones y elaborando teorías que explicaran esos fenómenos. Todo ello iba acompañado de un intenso entrenamiento físico y mental, que los preparaba para ascender a Iniciados.

Max había ascendido a los treinta y cinco años, convirtiéndose en el Iniciado más joven del que se tenía registros. Bradford lo había hecho tres años después, pero Sanders pasó veinte años como Aprendiz y trece como Aceptado. De hecho, Max no se explicaba cómo había logrado ascender a Iniciado y sospechaba que la influencia de Bradford, cuya familia tenía una impecable trayectoria en la dirección de la Hermandad, había jugado un papel importante en ese ascenso.

El bueno de Sanders, siempre disminuido a la sombra de Bradford, dedicado a admirarlo, diligente en cada tarea que le encomendaba. Eran amigos desde muy jóvenes y siempre iban juntos a las misiones. Pero Sanders era demasiado emocional para ese trabajo.

Max había acumulado una vasta experiencia y había resuelto varios casos sin conocimiento de la Hermandad. Incluso siendo Aceptado, había tenido acceso clandestino a conocimientos reservados para los Iniciados. Quizá por eso no le afectó tanto la revelación de la verdadera misión de la Hermandad, al alcance de unos pocos elegidos: existía vida extraterrestre. Doce seres espantosos, llamados los



Primigenios. Doce aberraciones desterradas de su planeta de origen y depositadas en la Tierra como castigo a sus crímenes. La Hermandad sabía que uno había sido destruido y que los otros, seres portentosos con poderes paranormales, estaban dormidos en los confines de la tierra. La misión de la Hermandad, que se remontaba a la época de las cruzadas, no era destruirlos, como razonablemente se pensaría. Buscaban controlarlos y hacerse así con el dominio del mundo.

Bradford había tomado la revelación con su habitual flema; sabía que algún día dirigiría la Hermandad y era absurdo oponérsele. Max lo había hecho con sangre fría y aparente resignación. Pero Sanders, que se había enterado hacía solo dos días, tuvo un ataque de pánico. Ese conocimiento había hecho trizas su mundo de cazafantasmas y aventuras para convertirlo en algo sórdido y oscuro.

Max lo entendía. A él también le horrorizaba esa misión, pero práctico como era, estaba decidido a hacer las cosas a su modo. Era lo que siempre había hecho y a sus cincuenta y seis años no pensaba cambiar.

Miró de reojo a sus colegas. Sanders estaba lívido y parecía que volvería a vomitar.

«Debe creer que nos dirigimos directamente a la guarida de un Primigenio», se dijo con jovialidad. Él no lo creía. De haber sido así, todos los Iniciados habrían hecho acto de presencia. Más bien le parecía una misión para distraer a Sanders.

Bradford le hizo una seña imperceptible que le recordó un detalle que no habían comentado delante del chofer: Naoko Sato, la ingeniera desaparecida hacía cinco años, era una Iniciada de la Hermandad.

IV

Llegaron a Curibaya a mediodía. El estómago de Sanders parecía haberse estabilizado, pero él tenía un aspecto espantoso. Se alojaron en el único albergue que tenía el pueblito y después de unas horas de descanso, partieron hacia la laguna con el equipo para acampar.

El paisaje era imponente, un laberinto de cerros, quebradas y laderas, que se aprovechaban como zonas de cultivo. En ocasiones, a los lados del camino, se veían pequeños montículos de piedras.

—¿Qué es eso? —preguntó Max, siempre ávido de nuevos conocimientos.

—Se llaman apachetas —dijo Santiago—. Son ofrendas que dejan los caminantes a los Apus.

—Los espíritus de los cerros —acotó Bradford, que también había estado en Perú—. Ellos cuidan a los viajeros y evitan que se extravíen.

Y en realidad, en esos caminos sinuosos, trazados por los pies de miles de caminantes a lo largo de los años, era muy fácil perderse. Max pensó en los niños.



Una sola noche a la intemperie habría bastado para matarlos de hipotermia. Pero en ese caso, se habrían encontrado los cadáveres. No, la respuesta solo podía estar en la laguna y en su misteriosa leyenda.

—Hemos llegado —dijo Santiago. La camioneta emergió de la curva de una ladera y pudieron apreciar la enorme extensión de agua que formaba la Laguna de Aricota. Rodeada de cerros, como si quisieran ocultarla, era el ecosistema que daba vida a la región. Había algunas embarcaciones artesanales y un pequeño embarcadero con una lancha a motor hacia donde se dirigieron.

—Esta es la lancha de la que les hablé, mister Hellson —informó Santiago—. Es de la hidroeléctrica, pero me la prestan cuando la necesito. Es una buena hora para navegar, dentro de unas horas oscurecerá y será peligroso.

—Navegaremos de noche. A la hora en que se escuchan las risas de los niños —dijo Bradford—. Iremos solos en la lancha y usted nos esperará aquí.

—Es peligroso, mister Bradford —protestó Santiago—. Usted no conoce el lugar...

—He navegado en el Amazonas y en los grandes lagos del Canadá —cortó Bradford en tono tajante—. Y Hellson y Sanders también —suavizó el tono—. Créame, sabemos lo que hacemos.

El chofer no protestó más, solo se sumió en un pensativo silencio mientras los ayudaba a montar el campamento.

Dedicaron la tarde a recorrer los alrededores de la laguna, familiarizándose con el entorno que debían investigar. Instalaron el equipo que tenían para detectar fenómenos paranormales, y solo detectó fluctuaciones de energía en las proximidades de la laguna, lo que confirmaba que el fenómeno se localizaba allí.

Max y Bradford trabajaban en silencio, sincronizados gracias a los años que llevaban investigando juntos. Sanders se había instalado en la tienda de campaña aduciendo cansancio.

—La laguna tiene túneles que derivan sus aguas hacia la central hidroeléctrica que abastece la ciudad —comentó Max—. Quizá los aparatos estén captando algún tipo de vibración proveniente de allí.

—Es posible, pero no probable —dijo Bradford y dejó de mirar la pantalla del equipo para observar la laguna, pensativo.

Comenzaba a oscurecer. El tranquilo paisaje bañado en los últimos rayos del sol de la tarde no parecía albergar nada sobrenatural o siniestro.

—Me preocupa Joel —dijo Bradford en voz baja—. Cree que lo hemos engañado todo este tiempo y no está seguro de la naturaleza de esta misión.

—Yo tampoco estoy seguro de esta misión —replicó Max—. La Hermandad ha enviado algunas misiones a este lugar, y la última fue la de Naoko Sato. No creo que



les preocupen los niños desaparecidos y es demasiado tarde para rescatar a Naoko. ¿Quieren entretener a Sanders? ¿Ayudarlo a aceptar la verdad?

—No lo sé, Max. —Hizo una pausa. Le era difícil formular la pregunta—. ¿Crees que no debí presionar para que ascendiera a Iniciado?

Max lo pensó antes de responder, eligiendo las palabras.

—Creo que no estaba preparado. ¿Y por qué cambiarlo? Era feliz como Aceptado, y de cualquier modo, iba a ser tu asistente siempre. Espero que esta misión lo ayude; si sigue así corre peligro y lo sabes muy bien.

Bradford apretó los labios. Era duro aceptar críticas para alguien como él.

—Lo sé —gruñó—. Claro que lo sé.

Volvieron al campamento y Max se enfrascó en su diario. Siempre documentaba todo lo que veía, afirmaba que la memoria era frágil y que prefería registrar sus impresiones para analizarlas después. Bradford trató de interrogar otra vez a Santiago sobre la historia de la laguna, pero el hombre estaba molesto y solo respondía con monosílabos.

A las diez y media se pusieron los chalecos salvavidas, cargaron el equipo y se subieron en la lancha. El chofer se quedó a regañadientes, luego de que Max lo tranquilizara con un adelanto importante de su pago.

Las aguas estaban quietas y las nubes ocultaban la luna, pero no encendieron reflectores. El motor era suficiente para anunciar a gritos su presencia. Al llegar al centro de la laguna, Bradford lo apagó.

—Esperaremos —dijo.

La espera fue larga. Max se sintió decepcionado cuando pasaron las once y no ocurrió nada. Sanders en cambio pareció aliviado.

A las dos de la mañana, el café se les había acabado y el frío calaba los huesos, a pesar de la ropa gruesa que llevaban.

—Examinaremos la zona y volveremos —dijo Bradford encendiendo los reflectores—. Parece que no hay nada raro por aquí.

Entonces, pegaron un respingo al oír unas risas. Eran risas de niño.

—Dios mío —murmuró Sanders.

Bradford se estremeció.

El musical sonido se apagó y volvió a reinar el silencio. No era una ilusión, todos lo habían oído.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó Max y su voz sonó sorprendentemente firme.

Otra risa y una luz. ¡Había una luz debajo de la laguna!



Apagaron las lámparas de la lancha y notaron la claridad que emanaba debajo del agua. Max se inclinó para mirar mejor y de pronto todo comenzó a girar.

—¡Es un remolino! —gritó Bradford, tratando de encender el motor antes de que los arrastrara, pero perdió el equilibrio y cayó de rodillas. El remolino los engulló.

V

«¡*Maelstrom!*», pensó Max mientras eran arrastrados a las tinieblas del remolino. Mientras caía, recordó la terrible narración de Edgar Allan Poe, sobre el vórtice circular que llegaba al fondo del océano y se tragaba embarcaciones enteras.

¿Un fenómeno así, en Perú? No se tenía registro de nada como eso.

Pensó en su hija Amélie, en París, ajena a lo que estaba pasando. Si le había llegado la hora, enfrentaría la muerte con valor. No cerró los ojos, a pesar de que todo era oscuridad. Un Hellson no moriría aterrado.

De pronto su cuerpo cayó suavemente y él tocó la superficie. ¿Barro? Se puso de rodillas y notó sorprendido que podía respirar. De nuevo recordó la narración de Poe. ¿Sería posible?

—¿Aaron? —llamó

—Aquí —oyó una voz.

—Bien. ¿Joel?

Un gemido fue la respuesta.

—Acérquense y nos tomaremos de la mano. Debemos permanecer juntos —dijo con una seguridad que estaba lejos de sentir.

Los oyó arrastrarse y los guió con sus palabras. La mano de Bradford estaba helada. Sanders le sujetó el brazo. Temblaba.

De pronto, una luz los cegó al punto que tuvieron que taparse los ojos.

Poco a poco, conforme sus ojos se acostumbraban a la luz, Max comenzó a examinar el lugar.

Estaban en una bóveda enorme, y el agua estaba sobre ellos a manera de techo. Una sensación de claustrofobia lo embargó al darse cuenta que toda el agua de la laguna se encontraba sobre sus cabezas. Algunas gotas caían formando el barro sobre el que estaban parados.

—Estoy muerto y esto no es real —murmuró Sanders y Max rió sin poderlo evitar.

—No estás muerto, Joel. Y de hecho, es muy real.

Sanders gimió y se encogió, como protegiéndose de un peligro desconocido.

—Son ellos —murmuró—. ¿Qué vamos a hacer?



Era evidente que se refería a los Primigenios. Un pensamiento desagradable.

—Explorar —fue lo que dijo Max—. Después de todo, a eso hemos venido.

VI

Después de media hora de exploración, lo único evidente era que se hallaban en una construcción artificial, que había aprovechado una cavidad en el fondo del lago. Lo que no comprendían era cómo lograba contener el agua en el techo. A la derecha había una puerta hermética de un material desconocido y traslúcido. La luz brotaba de unas esferas que flotaban a lo largo de las paredes.

Habían especulado un sinfín de teorías, y el miedo había cedido su lugar a la curiosidad. Solo Sanders caminaba encogido y vacilante, como esperando que en cualquier momento el agua comenzara a caer.

Un ligero zumbido los sobresaltó. La puerta comenzó a abrirse lentamente y Max fue el primero en pasar el umbral.

Entró en una estancia completamente blanca, iluminada también por las extrañas esferas. Había varias cabinas con la puerta abierta.

—Parecen nichos —murmuró Sanders.

«Por favor, entren en los cubículos», dijo una voz de mujer que parecía brotar de una de las esferas.

Max se encogió de hombros y entró.

«Ponga su ropa en el compartimento», dijo la voz. Había una pequeña cavidad en la pared. Max se paró muy firme, tratando de conservar la dignidad, sin quitarse ninguna prenda. Cuando el agua comenzó a brotar del techo, se desnudó con rápidos movimientos y puso toda su ropa en la cavidad que se cerró apenas echó la última prenda. Poco después, el aire sustituyó al agua, secando cada rincón de su cuerpo.

«Esto es como estar en una secadora gigante», se dijo. Si alguien se tomaba tantas molestias con ellos, era poco probable que los asesinaran. «A menos que nos vayan a comer», pensó esbozando una sonrisa. Llevaba tanto tiempo estudiando fenómenos extraños y se había visto tantas veces cerca de la muerte, que pocas cosas conseguían desestabilizarlo.

El pequeño compartimento para la ropa se abrió de nuevo. Había un traje de un material suave y elástico, de color azul, como un mono de construcción pero sin botones, que se ajustaba al cuerpo, y unos botines suaves y sin cordones. La pared del fondo del cubículo se deslizó mostrándole un salón muy colorido, un agradable contraste al blanco que los rodeaba.

Los demás comenzaron a salir de los cubículos, vestidos con trajes similares. El de Bradford era verde oscuro y Sanders llevaba uno marrón. Max avanzó y se detuvo en seco cuando se abrió una puerta para dar paso a una mujer delgada y vestida de



blanco que les sonrió. A pesar del rostro intemporal, esa sonrisa hizo que Max reconociera a Naoko Sato.

—Bienvenidos a Eraia —dijo la mujer—. Max, Aaron y Joel. No tengan miedo, no corren ningún peligro aquí.

VII

Max despertó confuso. Estaba en una cama, con la ropa puesta y no sabía cómo había llegado allí. Entonces recordó los acontecimientos de la madrugada.

¡Eraia!

Naoko los había conducido a una especie de *bungalow*, donde les asignó habitaciones. Le habían hecho muchas preguntas, pero ella solo les había sonreído. «Más tarde», prometió. «Ahora deben descansar».

Había dormido profundamente, agotado por la extraña experiencia. Ahora estaba ávido de conocimientos y ansioso por explorar.

Se levantó e inspeccionó la habitación. Su ropa verdadera estaba limpia y doblada dentro de un armario lleno de otros trajes, como el mono azul que ahora llevaba. Había pocos muebles con un diseño muy funcional que fue de su agrado. Una esfera situada en centro del techo iluminaba todo. Pero lo que más le llamó la atención fue un panel de cristal con extrañas figuras y símbolos, el cual se encendió apenas lo tocó.

Alguien llamó a su puerta. Era Bradford.

—He ido a dar un paseo. Hay gente como Naoko, me han dado la bienvenida y no parecían sorprendidos al verme. Esto es muy extraño. Y mira lo que encontré.

Lo condujo a lo que con toda probabilidad era una cocina y abrió una caja que parecía un refrigerador. Le tendió un cubito esponjoso.

—Pruébalo. Tienen sabores variados, aunque no logro determinar de qué están hechos. No parece carne...

—Pero tiene su sabor —completó Naoko uniéndose a ellos. Sanders iba con ella y parecía mucho más relajado—. Están hechos de algas.

—No puede ser... —dijo Bradford.

Naoko se rió.

—Yo pensaba lo mismo cuando llegué aquí. Pero solo es una tecnología más avanzada que la nuestra.

Todos comenzaron a hacer preguntas al mismo tiempo, Naoko los hizo callar con un suave ademán.

—Desayunaremos y luego vendrán las explicaciones —prometió—. Les enseñaré



cómo funciona todo aquí.

Durante el desayuno hablaron acerca de la Hermandad. Naoko pareció sorprendida y contrariada de que Sanders fuera un iniciado.

—¿Por qué le hicieron eso? —cuestionó.

Bradford tuvo la decencia de mostrarse avergonzado.

—Pensé que sería bueno...

—¿Cómo pueden soportar saber algo así? —exclamó Sanders—. ¡Yo pensaba que lo que hacíamos era bueno para la humanidad! ¡Me engañaron todos estos años!

—Lo que hacemos es bueno para la humanidad —dijo Bradford con suavidad—. Controlar su destino y asegurar su desarrollo es bueno...

—¡No es cierto! —Ya no había respeto ni admiración hacia Bradford en los ojos de Sanders—. Y por lo que sé, ellos... los Primigenios, pueden estar en este mismo lugar.

Naoko le tomó la mano con suavidad.

—De ninguna manera. Es todo lo contrario, ya lo verán.

VIII

El exterior estaba lleno de jardines, cabañas parecidas a la que acababan de dejar, y edificios de dos y tres pisos. Si miraban hacia arriba, podían ver el cielo. Bradford exclamó:

—¿Cómo es posible?

—Es una ilusión. Recreamos el ambiente lo más parecido a la superficie. Incluso tenemos día y noche y estaciones.

Se dirigieron a un edificio de tres pisos, donde estaba lo que Naoko llamaba la Sala de Instrucción. En el camino, se les acercaron algunos hombres y mujeres. Eran esbeltos y sus rasgos intemporales y estilizados los hacían parecer etéreos. Les dieron una cálida bienvenida y Naoko hizo las presentaciones.

—Somos muy pocos aquí —les informó cuando se despidieron del grupo—, por eso es normal que todos se conozcan. Hay exactamente cien, de los cuales tenemos cuarenta y seis eraianos. El resto son personas que, como ustedes y yo, llegamos aquí por diversos motivos.

En el edificio había más personas que se acercaron a saludarlos. Hablaban español e inglés y también otra lengua que les era completamente desconocida a los recién llegados. Parecía que trabajaban operando unos paneles de cristal parecidos al que Max había visto en su bungalow, con figuras y símbolos, pero mucho más grandes.



La Sala de Instrucción estaba en la segunda planta, y tenía una mesa circular rodeada de butacas que se adaptaban al cuerpo de quien las ocupara. Las esferas, u «orbes de luz» como las llamaba Naoko, se encendieron apenas entraron y también se activó una pantalla que ocupaba toda la pared.

Naoko tocó un panel de cristal en el que aparecían símbolos y figuras en rápida sucesión y la pantalla se llenó de imágenes de seres etéreos y hermosos, de cabellos plateados, en un jardín con flores y árboles de variedades desconocidas.

—Ellos son los eraianos originales. Las personas que nos saludaron afuera provienen de la superficie.

Sanders miraba fascinado la pantalla.

—¿De dónde vinieron? —Hizo la pregunta obvia que ninguno quería formular.

—Del espacio, por supuesto —respondió Naoko—. Los Primigenios no son la única raza extraterrestre que vino a la Tierra. Los eraianos vinieron de un planeta que llaman Eulion, que se encuentra en la galaxia de Andrómeda. Han estado aquí desde la época de los dinosaurios.

Las imágenes se sucedieron en la pantalla mientras Naoko les explicaba la historia.

—Los earianos vivían en la superficie, pero cuando los homínidos comenzaron a desarrollarse se hizo necesario ocultar su presencia y buscaron los lagos y los océanos para esconderse. Su tecnología es... No sé cómo explicarlo. Se adapta al individuo, como los orbes de luz que son inteligentes, los sillones y los paneles de cristal. Funcionan mejor a con los earianos que con nosotros, porque están adaptados para sus ondas mentales.

—¿Telepatía? —sugirió Max.

Naoko hizo una seña y un ser idéntico a los que veían en la pantalla avanzó hacia ellos.

—Empatía es un término mejor —dijo con voz melodiosa e hizo una reverencia a Naoko—. Me llamo Rysel y soy un explorador. Como decía Naoko-san, la tecnología que se utiliza aquí se basa en la energía mental.

—¿Por qué vinieron? —quiso saber Bradford.

—Estudian el desarrollo de la vida inteligente y la protegen en lo posible, sin intervenir de forma directa —explicó Naoko—. Lo contrario de los Primigenios.

El rostro de Bradford se endureció.

—¿Y no intervienen nunca en lo que pasa en la superficie? —cuestionó—. ¿Jamás?

—No intervenimos —dijo Rysel de modo tajante—. Admiro su raza, aunque no comparto lo que busca su Hermandad.



Bradford echó a Naoko una mirada cargada de reproche. Rysel habló:

—No culpes a Naoko-san, ella no nos lo dijo. Nosotros vigilábamos a tu Hermandad. De hecho, documenté su nacimiento, con los Templarios.

—¡Es imposible! —susurró Sanders.

—Ellos no envejecen —acotó Naoko—. Son los mismos que llegaron aquí y vieron extinguirse a los dinosaurios.

—¿Son inmortales? —preguntó Sanders con genuina curiosidad.

—No —aclaró Rysel—. Podemos morir y de hecho, varios de los nuestros han muerto cuando exploraban la superficie. Accidentes, asesinatos... Por eso evitamos salir a menos que sea imprescindible y solo lo hacemos los exploradores.

Max no había dicho palabra. Estudiaba atentamente las imágenes y miraba a Naoko y a Rysel. Detectó cierta deferencia hacia ella cuando Rysel hablaba y no estaba seguro si era solamente la cortesía que se le debe a una dama. Naoko parecía completamente en su elemento.

Miró a sus colegas. Bradford no se lo estaba tomando muy bien.

—¿Por qué Naoko se ve más joven?

—Comenzamos a experimentar una reversión del envejecimiento desde que llegamos a Eraia —explicó ella—. ¿Recuerdan a Mario, el que nos recibió al entrar? Está aquí desde hace treinta años, cuando cayó a la laguna.

Max pensó en el alegre hombre. Parecía un muchacho de veinte años.

—El aire de Eraia, junto con la comida, retardan el envejecimiento de las células. Y la interacción de nuestras mentes con las biomáquinas, ese contacto con la energía de todas las cosas, es lo que nos mantiene así —finalizó Rysel.

—¿Cómo llegamos aquí? —preguntó Max.

—Los detectamos con los miniorbes de vigilancia y nuestro vórtice los atrapó. Es un remolino que controlamos y que los trajo directamente a nuestra Sala de Descompresión. Literalmente, la puerta de Eraia.

—¿Y dónde están los niños, Ellen y Mark? —continuó Max.

—Están perfectamente —dijo Rysel—. Los cuidamos muy bien.

—Sus padres deben estar destrozados —dijo Max, pensando en su propia hija—. ¿Cómo los trajeron aquí?

—Estaban en la orilla y cayeron —explicó Rysel—. Las bioesferas los salvaron de ahogarse cuando dos de los nuestros patrullaban.

—¿Qué es una bioesfera?

Naoko maniobró la consola y la pantalla se llenó de una proyección que mostraba



una esfera del tamaño de un hombre. Un eraiano se acercó como si fuera a atravesarla y la esfera lo engulló. Luego fue catapultada al exterior y se sumergió en las aguas.

—La bioesfera crea una burbuja de aire con un campo de fuerza que impide que la presión del agua te haga pedazos. Con ella puedes desplazarte dentro de la laguna y cuando ya no necesitas su protección, se desactiva automáticamente. Es más segura que el vórtice y no requiere mucha energía.

—Fascinante.

—Muchos niños llegaron aquí de ese modo. Nuestras esferas los absorben y protegen del agua, pero una vez que conocen Eraia, comprenderás que no podemos dejarlos regresar. A veces dejamos oír sus risas o nos mostramos, para alimentar la leyenda. En realidad eso es lo que nos protege, aunque con la hidroeléctrica todo ha comenzado a cambiar.

—Es el jodido país de Nunca Jamás —dijo Max—. ¿A qué se dedica toda esa gente? ¿A espiarnos?

—Básicamente a monitorear lo que ocurre en la superficie y esperar que los nuestros nos vengán a recoger para llevarnos a Eulion —dijo Rysel—. Hay personal que le da mantenimiento a la ciudad y otro que se encarga de los cultivos de algas. Tenemos computadoras humanas, entrenadas especialmente para procesar y analizar datos, exploradores, cosechadores, ingenieros y otras ocupaciones. La hidroeléctrica ha generado un problema. Hay mucha atención puesta en la laguna y algunos de nuestros equipos han comenzado a fallar. La cámara de descompresión tiene problemas en el techo, que gotea. Temo que tendremos que emigrar.

—Es suficiente información por hoy, Rysel —dijo Naoko—. Será mejor que nuestros invitados conozcan el resto de las instalaciones.

IX

Al día siguiente, Max insistió tanto en ver a los niños que Naoko lo condujo a la escuela. Era un edificio azul rodeado de jardines en que encontró a Ellen y Mark acompañados por una eariana que Naoko le presentó como Iodyen.

—Max viene de la superficie —dijo Naoko acentuando la última palabra—. Quiere saber cómo se encuentran Ellen y Mark.

Iodyen hizo una reverencia a Naoko y se volvió hacia Max.

—Bienvenido —lo saludó—. Aquí les enseñamos todo sobre Eraia y Eulion y también a operar nuestra tecnología. Es más fácil para los niños.

—Eso veo —comentó Max. El pequeño Mark visualizaba una película, manejando con soltura el panel de cristal. Ellen en cambio, se acercó corriendo a saludarlo.

—¡Tú eres como nosotros! —exclamó con júbilo—. ¿Vienes para llevarnos a casa?



—Temo que no, cariño —intervino Naoko antes de que Max pudiera responder—. El señor Hellson solo quería asegurarse de que estuvieran bien y de que aprendieran todo lo que les enseñamos aquí.

—¿Vienes de parte de papá? —preguntó la niña.

—Sí —mintió Max con un nudo en la garganta—. Se alegrará de saber que están bien. ¿Les gusta este lugar?

Mark se acercó y tomó la mano de su hermana. Ella lo abrazó.

—Estamos bien, pero queremos volver. Sobre todo Mark. Estamos aprendiendo todo para que nos dejen volver...

—Es hora de la merienda —intervino Iodyen y Naoko condujo a Max fuera del edificio.

—Como has podido ver, están bien —comentó.

—Claro. Pero extrañan a sus padres y a ustedes no les costaría nada devolverlos a la «superficie», ¿verdad?

Ella lo hizo sentarse en una banca en el jardín y le explicó:

—Sí nos costaría. Estamos aquí de paso, y siempre debe haber cien personas en Eraia, porque fueron cien los que llegaron de Eulion y con la energía de cien eraianos es que se puede mantener la ciudad. Pero en ocasiones alguno muere y tenemos que reemplazarlo.

—El pago a las tinieblas...

—Es un modo de llamarlo. Aunque la mayoría de las veces devolvemos a la gente que salvamos de ahogarse y nunca pasan de la sala de descompresión.

—¿Y nosotros? ¿Tienes déficit de población y quieres reemplazarlos? —cuestionó Max con dureza.

—Ellen y Mark reemplazarán a Hellia y Kein, aunque nos pareció interesante tener a alguien con vuestros conocimientos en Eraia.

—¿Y qué harán con los «sobrantes»? ¿Eliminarlos?

Naoko suspiró.

—Max, entiendo que estés molesto. Pero aquí no eliminamos a nadie...

—Solo le lavan el cerebro. ¡Escúchate! Hablas como si fueras parte de ellos. ¿No echas de menos la superficie?

—A veces —fue la sincera respuesta—. Pero allá afuera todo es muy complicado con la Hermandad. Aquí me siento libre y segura.

—¿Es por los Primigenios? —susurró.

—Sí. Los earanianos saben de su existencia y también los vigilan. Y cuando



despierten, si es que lo hacen, prefiero estar de este lado.

—¿Van a retenernos aquí? —preguntó por fin.

Ella lo miró sorprendida.

—Nadie quiere abandonar Eraia. Solo dale una oportunidad.

X

Después de dos días de visitas, Max estaba impresionado. Los earianos habían desarrollado una sociedad sinérgica y funcional, sin los problemas que aquejaban a los terrícolas. Era como una empresa, donde cada uno tenía un trabajo que hacer y se monitoreaba su avance. Las decisiones las tomaban los Elegidos, que administraban Eraia con eficiencia por lo que se podía apreciar.

Incluso Sanders se veía relajado y feliz.

Max estaba a gusto, desde luego. Pero no quería quedarse.

Habló de eso con Bradford, y decidieron estar atentos a todo, para buscar un modo de escapar.

La mañana del tercer día, lo encontraron.

Desde la azotea de un edificio, vieron salir una bioesfera con un eariano dentro.

—¿Qué ese lugar? —preguntaron a Rysel, que solía acompañarlos mientras se «adaptaban».

—Es nuestra base de exploración. Aquí están nuestras bioesferas.

Desde entonces, Max estuvo vigilando el edificio hasta que vio cómo se abrían las puertas, básicamente con un panel de cristal similar a los que había en todas partes y que había aprendido a manejar en el *bungalow*.

Por la madrugada, puso en marcha su plan. A la una, se vistió con su ropa «terrestre» y caminó con sigilo hacia el *bungalow* donde se alojaban los niños y redujo a Iodyen mientras dormía. Despertó a Ellen y a Mark y les anunció entre susurros que volvían a casa y buscó en el armario la ropa que tenían los niños antes de caer al agua. Ellen lo abrazó con fuerza, ayudó a vestir a su adormilado hermano y lo tomó de la mano para salir corriendo en dirección al edificio de las bioesferas. No hizo preguntas innecesarias y Max la admiró por eso.

Llegaron a la una y media al depósito. Bradford y Sanders se le unirían en unos minutos, según lo que habían acordado.

Maniobró el panel de cristal y entró en el edificio, pero apenas lo hizo, los orbes de luz se encendieron.

—Maldición —gruñó.

—Tiene que decirles que se apaguen, con la mente —dijo Ellen.



—No hay tiempo —. La tomó de la mano y echó a correr antes de que alguien notara la luz.

Llegaron al primer nivel, donde estaba el almacén de esferas. Los orbes de luz se iban prendiendo conforme corrían, iluminando su camino.

Cuando llegaron al almacén, estaban agitados y sudorosos y Mark lloraba. Al poco rato, Bradford, igual de agitado, se le unió.

—¿Y Joel? —preguntó Max.

—Él no viene —respondió Bradford—. Estará más seguro aquí.

—¿Se lo has preguntado?

La mirada que le lanzó Bradford fue demasiado elocuente.

—¿Cómo iba a traerlo? Desde que supo sobre los Primigenios ha estado muy perturbado y si vuelve así, sabes perfectamente lo que le pasará.

Max asintió. Así eran las reglas. La Hermandad no toleraría un Iniciado inestable que no pudiera guardar sus secretos. Esos casos eran raros y se solucionaban con una rápida ejecución.

Los dos amigos intercambiaron una mirada de entendimiento. En lo que a ellos se refería, Joel había encontrado su país de Nunca Jamás.

Sin decir más, se acercó al panel que controlaba las bioesferas y comenzó a presionar las imágenes como había visto hacer a Rysel.

No hubo ningún resultado.

—Esto no funciona —dijo desalentado—. No lo entiendo. He hecho exactamente lo mismo que Rysel.

—Es porque no eres Rysel —. La voz de Naoko, que surgió de detrás de una columna, los sobresaltó—. Para las bioesferas usamos una bioidentidad. Solo pueden lanzarlas los que están registrados.

—¿Vas a delatarnos? —cuestionó Max con acritud, parándose delante de los niños para protegerlos.

—No es necesario. Los Elegidos ya lo saben —respondió Naoko—. Pocas cosas se les escapan.

—¿Quieres decir que... ?

—Lo saben. Y no van a impedirlo.

—Pero... ¿cómo?

—En Eraia siempre debe haber cien habitantes. Pocos quieren abandonarla voluntariamente y quienes lo hacen lo deben olvidar. Los enviaremos a la superficie en las esferas luego de que tomen una droga que borrará sus recuerdos. Despertarán



en la orilla de la laguna y no recordarán nada de lo que hay aquí.

—Me parece razonable —dijo Bradford—. Yo lo haré.

Se metió en la boca la cápsula que Naoko le tendió y se acercó a la bioesfera, que lo absorbió, rodeándolo de una capa traslúcida. Ella manipuló el panel y la esfera salió disparada por el túnel circular hacia arriba.

Max no se movió. Sujetaba los hombros de los silenciosos niños buscando darles seguridad.

—Se me dan bien las matemáticas. Y ciento tres menos cuatro es igual a noventa y nueve —pronunció.

—Es cierto —dijo Naoko—. Llegaron tres y se irán tres.

—Pero...

—Debes elegir, Maximilien. Uno de estos niños o tú.

Él sintió un nudo en la garganta. No podía negarles a esos niños el volver con sus padres. Pensó en Amélie, a quien no volvería a ver, en su pena cuando supiera que se había quedado huérfana.

—No puedo...

—Te facilitaré las cosas. Te necesitamos arriba. Queremos alguien que vigile desde la superficie y que sea confiable. Te hemos designado a ti.

—¿Quiénes?

—Los Elegidos.

—¿Por qué confían en mí? —entonces Max comprendió todos esos gestos de deferencia de los eraianos hacia Naoko—. ¡Tú eres una de ellos!

—Tienes razón. Y sé que llevas una carga muy pesada y que aún así no nos fallarás. Necesitamos un aliado como tú. Cuando los Primigenios despierten, sabrás de nosotros.

—Lo que me pides es imposible.

—Yo me quedaré —dijo claramente la vocecita de Ellen—. Estaré bien aquí, y cuando extrañe a papá y mamá, me alegraré pensando que Mark está con ellos.

—¡No! —exclamó Max—. ¡No puedes ser tan cruel! —demandó a Naoko.

Ellen abrazó a su hermano, que había comenzado a llorar otra vez.

—Tienes que ser valiente, Mark. El señor Hellson va a llevarte a casa.

Naoko extendió la mano y ella tomó la diminuta cápsula que había, para dársela a Mark.

—Trágala y cierra los ojos —pidió la niña, mientras lo empujaba hacia una de las



esferas—. Te quiero, hermanito.

La esfera absorbió al pequeño, y antes de que pudiera reaccionar, salió disparada.

—Ahora usted —pidió la niña—. Lo necesitamos arriba.

Naoko le tendió una cápsula roja.

—Tu cápsula es distinta —le explicó—. Solo te hará dormir, pero no borrará tus recuerdos.

Max vaciló, pero el recuerdo de Amélie, a quien no podía dejar sola, hizo que se decidiera. Cargaría con la culpa de haber dejado a Ellen en Eraia. Eso era mejor que dejar huérfana a su propia hija.

Abrazó a Ellen y con los ojos húmedos, tomó la cápsula y avanzó hacia la esfera.

No dijo «adiós». No quería algo tan definitivo.

La cápsula hizo efecto enseguida. Tuvo la sensación de desplazarse hacia arriba a gran velocidad, luego todo se hizo negro.

Solo entonces Ellen se permitió llorar.

XI

—¿Max? ¡Maximilien! —Abrió los ojos, atontado aún. Bradford lo estaba sacudiendo—. ¿Estás bien?

—Lo estoy. —Estaba helado y entumecido, tendido en la orilla de la laguna. Se sentó, frotándose los miembros.

—¿Qué nos pasó? Recuerdo que estábamos en la lancha... ¡Dios mío!

—¿Qué pasa?

—Tu cabello... tu cara...

Los recuerdos le llegaron a Max como una oleada y se estremeció. Bradford lo sujetaba por los hombros y al mirarlo a los ojos supo por qué estaba tan sorprendido.

Porque el propio Bradford se veía al menos diez años más joven.

—Eso no importa ahora. —Se puso de pie con sorprendente agilidad y escudriñó la orilla. A diez metros de ellos yacía un niño.

Max corrió hacia él. Estaba helado pero respiraba con normalidad. Lo estrechó con fuerza mientras Bradford llamaba a voces a Joel.

Era inútil. Max sabía que ya no volvería. Se había quedado en Eraia junto con Ellen. Aunque Bradford no lo recordara, él había elegido que Joel se quedara. Pero no tendría que vivir con eso gracias a la cápsula del olvido.



En cambio, Max sí recordaba. Había elegido que Ellen permaneciera en Eraia. Esa decisión era una carga más en su vida. Un sacrificio más.

Esa valiente niña había sido su pago a las tinieblas.

Aurora Seldon (Tacna) escribe cuentos y novelas desde 2002. Tiene varias novelas de ciencia ficción, misterio, sobrenatural, histórico y contemporáneo, y ha participado en *Ultravioletos: antología del cuento sádico en el Perú* y en la recopilación de microrrelatos *201*. En 2009 ganó el Primer Premio del Concurso Epicentro en Lima, Perú, con su relato *Caballo Negro*. Más información en su web: www.auroraseldon.com



ULTRAPOSAPOCALÍPTICA

por Jorge Ramos Cabezas

...Sin embargo, la máquina, la única con vida sobre el planeta, lamentablemente decidió volver atrás, muy atrás. Cogió un puñado de polvo y otro poco de aceites cósmicos, hizo un amasijo, creo figurines con él y sopló. Luego, decidió ser Dios.

Jorge Ramos Cabezas (Lima, 1982). Estudió Derecho y Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha publicado textos de crítica, cuentos y microrrelatos en distintas revistas del medio, así como en las antologías *Nido de cuervos. Cuentos peruanos de terror y suspenso*, de Carlos Saldivar (2011), *Circo de pulgas. Minificción peruana. Estudio y antología (1900-2011)*, de Rony Vásquez (2012), y *201*, de David Roas y José Donayre (2013). Artículos suyos aparecen en diversos libros de crítica especializada. Es editor de *Fix100. Revista hispanoamericana de ficción breve*. El texto incluido aquí fue publicado en *Plesiosaurio: primera revista de ficción breve peruana*, Año IV, n° 4, vol. 2, diciembre de 2011.



ARRIBA, LOS HOMBRES

por Arturo Mustango

La comandante Aspix, una vieja de piel tersa gracias al botox, sobradamente era para Octavia la más jodida de todas las comandantes, pero respetable, mandaba lo necesario para que las cosas funcionaran, y ahí, en el radiotelescopio de Jicamarca, las cosas tenían que funcionar.

—Se me van cuatro de ustedes, con equipo completo, repito, completo, e inspeccionan las juntas del radar cerca de la quebrada punto 600B. Hace una hora, Central de vuelo me ha informado de una estela caliente pasando a un kilómetro, puede tratarse de un animal, de basura espacial, un avión de carga o de una nave de hombres, necesitamos confirmación presencial. Chicas, con cuidado, ponen sus sensores, activan el cerco, graban y se largan. ¿Entendido? No quiero demoras, percances, incidentes o que las rapten, menos aún que las maten, no tenemos personal acá y esta es una estación muy importante para que se quede sin perritas. Corto. Fin de transmisión.

En la pantalla del cuarto de recreo pudo escucharla, su mirada grave no dejaba lugar a dudas, salvo para Besabella, una morena de Chíncha que siempre daba más problemas que el motor de la calefacción.

—Ahora yo tengo que ir a morirme de frío, cuando hay un montón de haraganas en los cuartos de computación, esta vieja me tiene ganas, seguro que quiere cambiar de amante, o quiere que me baje una nave y le traiga un hombre.

Octavia se limitó a una sonrisa, no intentó contestar porque sería una charla ociosa con la morena, además era bien problemática, seguro que si le daba pie, despotricaría contra toda la ascendencia de las jefas. Salió primera hacia el hangar, donde estaban las motos. Beta y Arilux las seguían.

Recordaba el último hombre que había visto, un rubio sucio, alto, musculado, parecía un cargador de cemento o un boxeador, se notaba que tenía unas piernas macizas pero algo delgadas en comparación con su cuerpo, dicen que era por la larga permanencia en el espacio. Ella estaba de vigilante junto con Arilux, la argentina guapa de ojos verdes, la que hablaba como payasa. Arilux le ofreció una botella de cerveza al hombre, éste se la aceptó y después le pidió un cigarro. Aquí en Sudamérica no se acostumbraba matar a los prisioneros, se los hacía trabajar en los desagües o se los intercambiaba por prisioneras. Por eso el hombre estaba tranquilo, no hablaba español, así que sólo se comunicaban por señas, para lo que daba además, ellas sólo tenían que vigilarlo unas tres horas hasta que lo trasladaran. Antes de que terminara su guardia, Arilux le pidió que saliera antes, le dio una caja de caramelos hechas por monjas de clausura. Para tu mamá, le dijo, te regalo preciosa. Le dio una mirada cómplice. Octavia no los quería, pero se los recibió, hizo un mohín y salió.



Arilux debió pensar que oportunidades así no se presentan así nomás.

Ahora, mientras se dirigían al sector 600B, Octavia pensaba en el hombre, ella nunca había tenido una relación sexual en todo el sentido de la palabra, a las guardias luego de su entrenamiento las obligaban a pasar una «graduación». Traían dos o tres prisioneros drogados, tiesos como momias, mediante un procedimiento especial endurecían sus penes y los dejaban así por horas, lo que durase la juerga. Las sargentos hacían que cada una de las graduadas se acostara con los hombres, filmaban todo, se emborrachaban, se peleaban entre ellas, todo terminaba en un linchamiento de las «momias». La graduación de Octavia tuvo como saldo uno de esos hombres muerto a dentelladas, desangrado, al final una de las graduadas, ya ebria, arrancó el pene del hombre con los dientes.

La comandante Aspix, quien servía en esa base, le dijo alguna vez que esos actos de crueldad, sadismo y barbarie eran necesarios. Las mujeres siempre fueron consideradas por los hombres como una subespecie inferior, no solo en fuerza física sino en potencia mental. Las cualidades más feroces y extremas fueron siempre atribuidas a ellos, los machos de la humanidad. Tanto el lenguaje como la adjudicación de los más altos valores morales no equilibraban la balanza en toda la historia del mundo. ¿Acaso no se vanagloriaban de sus héroes y científicos de toda la vida que habían construido la civilización? ¿Cuántas mujeres fueron inventoras, matemáticas, filósofas o heroínas? Eso era lo que ellos siempre se preguntaban. Hasta esos actos donde nos encontramos con nuestros reflejos salvajes eran necesarios revivirlos. Envenenarlos a todos en masa fue el primer gran acto de la historia de la humanidad. Toda la podredumbre que causaron sus cuerpos sirvió para apaciguar las emanaciones tóxicas que produjeron sus industrias y sus guerras. Ahora, los que quedaban en el espacio, en la Luna o en Marte, pugnaban por regresar, aunque sin mujeres pronto se extinguirían, no había condiciones apropiadas en sus naves espaciales para nacimientos de más hombres, no tenían los recursos del planeta madre, sus clonaciones no funcionaban, a duras penas producían copias quebradizas de sus cuerpos. Ellas en cambio tenían la suficiente esperma para producir más hijas, pronto las científicas perfeccionarían el proceso de clonación y ya no necesitarían de los prisioneros productores de esperma.

Octavia aceptaba el estado de cosas, a pesar de que sabía que hasta la misma comandante Aspix y varias jefas se servían de los prisioneros para satisfacerse, nunca cuestionaba el incumplimiento de la ley máxima. No fornicar jamás con un hombre. Sentía que las cosas habían cambiado de tal modo que ahora se copiaban la propia civilización antigua, la del Hombre, la de su corrupción, su oscuro estado en que lo escrito se velaba ante los que ejercían el poder.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Beta, ella era la que guiaba al grupo, su cabellera corta teñida de rojo se destacó entre los retazos de nieve de los cerros.

—Esperen, apaguen las motos, no encuentro 600B.



—Hay un derrumbe en este lado, nos hemos pasado, parece como si hubiera habido un terremoto pero sólo en este lugar.

—Control, aquí Beta, de patrulla de las 11, confirmen mi posición, no encuentro 600B.

—Hola, Beta, aquí control, están en 600B, justo encima de él.

Beta miró a todos desconcertada, se quitó las gafas, desmontó de la moto y se puso de cuclillas a revisar el suelo. Arilux y Besabella avanzaron un poco más en dirección hacia el cerro cercano a la quebrada y a la vía de motos. Luego, cuando no pudieron seguir la cuesta, bajaron de los vehículos, para trepar un trecho a pie, desde ahí encendieron las linternas de sus rifles.

Octavia se acercó a Beta, ella era un año mayor que ella, le gustaba, en cierta forma era como ella, solo preocupada por su trabajo, indiferente al ambiente de relax de todas las chicas, nunca la había visto con un prisionero, pero sí la vio una vez con su novia, solo una vez, porque al poco tiempo la mataron en una refriega con prisioneros que se habían escapado. Beta no demostró nunca pena, aunque Octavia sentía que nada más era una cubierta de alguien que optaba por acompañarse solo por las responsabilidades de su labor.

—¿Vamos a dejar los sensores instalados?

—Pues, a pesar de que no están los puntales del radar, creo que hay que dejarlos, ya es muy tarde para regresar con ingenieras. Alcánzame un clavo para plantar uno acá.

Octavia dejó su rifle, fue a la moto y sacó una barra de acero grande, lo iban a clavar en la tierra para sujetar un sensor. Iba a apuntarlo donde le señalaba Beta, pero los gritos de Besabella la alertaron, unas sombras las rodeaban rápidamente, eran ocho, iban armados, Besabella disparó.

Octavia no supo dónde había dejado el rifle, en medio de los tiros nada más pensó un segundo en este, su verdadero enfoque iba al miedo de caer raptada por hombres. Nunca, a pesar de que en entrenamiento se lo habían advertido, pensó estar en tal situación, atacada, llevada al espacio, fecundada, víctima de sus enemigos, quién sabe si antes de usarla para procrear se divertirían un poco con ella, un escarnio que había oído contar muchas veces, violaciones de mil soldados contra una chica. Realmente los hombres eran la parte abyecta del género humano, ni aun en sus últimas horas dejaban de lado sus grotescas conductas primitivas.

Así que mientras Besabella disparaba ráfaga tras ráfaga, Octavia pudo dejarse caer en una hondonada, luces rojas la buscaban para herirla con dardos somníferos, sentía las pisadas encima de ella, sus cercadores casi la tocaban con sus sucias manos, hablaban en inglés, creyó que sólo uno de ellos gritaba en castellano. En la oscuridad no sabía dónde estaba Beta, se lamentó por no escapar juntas, o quizás había sido ya capturada, además solo Besabella disparaba ¿Y Arilux? Cuando acabó de



resbalar por la hondonada, corrió hacia la quebrada, en esos cerros pelados no tenía oportunidad. Beta tenía la radio, si estaba fuera de combate la ayuda no llegaría a tiempo. Encima de ellos pudo ver una luz de mediana intensidad, era la nave de los hombres, un avión estratosférico, capaz de dar un salto y acoplarse con su estación. Al mismo tiempo, se asentaba suavemente en tierra mediante una multitud de propulsores silenciosos.

Octavia estaba perdida, los hombres se le acercaron, sus trajes oscuros de aviadores con los cascos impedían verles las caras que ella se imaginaba llena de deseos por mujeres, los disparos habían cesado, la nave tenía ahora unos brazos que acodaron la nave a la quebrada, una compuerta amplia se abrió, los hombres traían a una Beta quebrada entre ellos, la llevaban dos de ellos que regresaron por Besabella y Arilux, ambas se resistían, gritaban, pero estaban amarradas y poco podían hacer contra los empujones que les daban.

Una voz mecanizada se dirigió a ella:

—Sube.

Octavia tembló de miedo, sus captores ahora eran siluetas más grandes que ellas, sus negros cascos brillaban ante la luz de la nave. Uno de ellos le apuntó con una pistola eléctrica.

—Antes muerta.

Fue su contestación. Su movimiento rápido arrebató la pistola eléctrica de su atacante, no la pudo utilizar, antes un dardo somnífero hizo efecto.

Desnuda, en un camarote, podía ver su cuerpo ante los destellos de una cúpula de cristal, ésta dejaba ver las estrellas y parte del planeta Tierra. Cada una de sus extremidades estaba sujeta a agarraderas. A diez metros, en sendos camarotes, unas diez mujeres yacían en igual postura; no pudo reconocer a ninguna de sus compañeras. Cuando oyó pasos y ruido de conversación, Octavia sintió miedo. Se imaginó una decena de hombres sucios, sedientos de sexo, escarbando su cuerpo, rifándose sus entrañas entre sus babas lascivas. Ellos se acercaban, escuchó sus risas, sus pasos, cerró los ojos, ante cualquier oportunidad ella pelearía.

Primero sintió un pinchazo en un brazo, luego que le palpaban las piernas, sus músculos se tensaron, si pudiera dar una patada, si solo se acercaran un poco, tal vez podría morder a alguno, sintió que le introducían algo, no mucho, casi nada, escuchó que ya estaba lista e inseminada. Abrió los ojos, su mirada se encontró con algo inesperado, cinco mujeres con bata la examinaban, parecían médicas, ante su mirada interrogativa la que parecía jefe le habló con voz un tanto ronca:

—¿Sorprendida? Cada vez que capturamos una de ustedes no sé por qué piensan que van a ser fornicadas por una tropa de presidiarios asesinos. Cálmate, te cuentan muchas historias en la Tierra, solo queremos de ti un par de bebés, te dejaremos



tranquila, puedes vivir aquí o tal vez en dos años regreses a con tus amigas, aunque te diré que muchas como tú se quedan, se acostumbran...

Octavia parecía no comprender.

—Pero ustedes son mujeres ¿Trabajan aquí? ¿No regresan? ¿Dónde están los hombres?

La médica se inclinó, casi hablándole al oído. Sonrió al decir:

—Los pocos hombres con apariencia de tales son nuestros escasos guerreros, antiguas reliquias biológicas, no aptos para la vida espacial, nos sirven como fuerza de ataque, en tu caso fueron tus captores, aquí en el vacío interplanetario es mejor tener huesos flexibles, huesos estilizados y ser estéril por la radiación. El espacio es para las mujeres, la tierra para los primates y en eso se están convirtiendo las chicas de la Tierra. Aunque tú conservas tus formas delicadas.

Octavia la miró mejor, su cabello corto, sus ojos un poco grandes, sus suaves cejas arqueadas, maquillaje, adivinaba una piel suavísima. Se inquietó un poco cuando descubrió lo que era, aun así se sorprendió cuando ella terminó de hablar.

—Te soltaremos si nos prometes no agredirnos, acepta que ahora esperas un bebé para nosotros, te gustará vivir entre hombres, bueno, debería decir entre la nueva especie de hombres.

Octavia fue cubierta con una funda suave que le proporcionó algo de calor, ellos se alejaron y entonces vio su gráciles figuras, delgadas piernas y cierto contorno en las caderas. Pensó que estos hombres eran más coquetas que sus compañeras en la Tierra. Resignada a su suerte, se hundió en un sueño profundo recordando al hombre rubio que vio prisionero, y se preguntó si así sería su hijo.

Arturo Mustang (seudónimo de **Manuel Arturo Delgado Aguilar**), nació en 1973. Limeño criado en Amazonas, sin TV, rodeado desde muy temprana edad de historietas argentinas, minilibros Bruguera, los cuales trató de emular en sus cuadernos de primaria. Terminada la secundaria, fue a Lima, donde estudió la carrera técnica de computación e informática, luego se puso a trabajar en el área de sistemas de una empresa pesquera donde labora hasta hoy, en el ínterin ingresó a la Universidad Nacional Federico Villarreal, escuela de comunicaciones. Sus autores favoritos son: Philip Joseph Farmer, Poe, Clive Barker, Ciro Alegría, Hector Velarde, Sofocleto y Vargas Llosa.



PUTANDROIDES

por Carlos Echevarría

A

brió otro archivo y leyó el título: «Decreto Internacional 2134-45678: Sobre el uso de la serie AC-23. **Japan Robotics Inc.**».

Leyó el resumen que había elaborado el Departamento de Asuntos Internacionales en la primera página:

*El Departamento Mundial de Robótica declaró en desuso la serie AC-23, elaborada por **Japan Robotics Inc.**, después del incidente ocurrido en San Francisco el 12 de mayo de 2132, donde un robot de dicho modelo causó epilepsia fotosensitiva a un niño de nueve años cuando proyectaba imágenes con fines pedagógicos. Se han detectado en Lima ocho robots de dicha serie que continúan en operación, por lo que el ministerio debe revisar y retirar...*

Un sonido metálico interrumpió su lectura. El RDTI-89 había ingresado a su cubículo y estaba parado a su costado, esperando que le diese las órdenes. Era un viejo robot humanoide, encargado de repartir la comida en el Piso 12. No tenía piel ni ropa, era mucho más antiguo que los sofisticados robots que hacían ahora. El metal estaba oxidado y una de las luces, que representaba a un ojo, estaba quemada. El gobierno peruano jamás gastaría en un robot administrativo para una de las oficinas más olvidadas del sistema burocrático. El aparato, al ver que no le pedían nada, habló:

—¿Qué desea comer hoy, señor Suárez?

—Lárgate, chatarra —le respondió con desdén.

—¿Qué desea comer hoy, señor Suárez? —repitió el robot con el mismo tono. Como si no hubiera escuchado que lo habían echado.

Miró la hora. Era la una en punto, esta máquina lo haría perder tiempo.

—Dame una de las amarillas y desapareces.

El robot empezó a sonar, algunos metales se movían dentro, hasta que se detuvo y una píldora diminuta cayó al centro de su caja torácica. El RDTI-89 abrió una pequeña puerta, la extrajo con su mano derecha y se la alcanzó a Alonso.

—Ahora vete, máquina.

Al ver que había cumplido su labor, el robot se dio media vuelta y continuó su camino, rumbo al siguiente cubículo.

—¿Qué desea de comer hoy, señor? —se escuchó la voz metálica en el compartimiento de al lado.



Alonso abrió la mano y observó la pequeña píldora en su palma. Contenía vitaminas, minerales, proteínas... Todo lo que el cuerpo necesitaba para las próximas doce horas. Mejor dicho, todo lo que el gobierno necesitaba para que hiciera bien su trabajo, sin perder el tiempo en sentarse a almorzar ni en largos reposos mientras su sistema digestivo funcionase. Si le daba sueño, esa pequeña porquería lo despertaría con rapidez, para que el funcionario siguiese analizando la infinidad de documentos del día.

Abrió el segundo cajón de su escritorio y extrajo un pequeño frasco, donde reposaban unas veinte píldoras. Las había amarillas, azules, verdes y negras. Destapó el recipiente y colocó la del día de hoy. Aún estaba a la mitad. Cuando se llenase, lo llevaría al centro de Lima a venderlas en el mercado negro.

Guardó el frasco y sacó un táper de su maleta. Cogió de los lados una imagen proyectada sobre su escritorio y la empujó, dándose suficiente espacio para colocar su comida. Abrió el recipiente y se perdió unos segundos en aquel entrañable olor. Era un arroz con huevo frito, frío.

Miró con placer cómo su tenedor de plástico penetraba la espesa masa blanca. Esto es alimentarse, carajo. Pensó mientras masticaba los granos duros. Intento cortar un pedazo de la clara. Estaba duro y la aplastó sobre el arroz. Apenas le había hecho daño a la clara, que parecía de plástico.

—¿Te pones difícil, eh? —dijo sonriendo, mientras intentaba por segunda vez.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo?

Una voz chillona se escuchó en la entrada del cubículo, justo cuando atacaba con el cuchillo nuevamente. El susto hizo que empujara fuerte. El táper se volteó y todo el arroz cayó desperdigado sobre su pantalón, mientras el huevo dio a parar al lado de su zapato, partido en dos.

Ahí estaba Fiorella mirándolo furiosa, sus diminutos ojos se habían abierto y su mano arrugó el papel que tenía.

—¡Ven a mi oficina! —le gritó su jefa.

Alonso se paró resignado, no tenía ninguna excusa. La siguió por el pasillo decorado por cubículos blancos, pequeños cajones de esclavitud, donde la gente continuaba con su ineficiente labor y los abogados inventaban una innecesaria burocracia para crear su propio trabajo.

Doblaron a la izquierda y ella le abrió la puerta de su oficina. Ingresó y se sentó en una de las tres sillas que había frente al escritorio. Fiorella no se sentó, sino que se paró a su lado, apoyándose con una mano en la mesa y cruzando las piernas, poniendo la punta del zapato en la alfombra.

—Tienes un grave problema, Suárez. Crees que puedes hacer lo que quieres. ¡Es la tercera vez que te encuentro comiendo en tu escritorio! ¿Cuántas veces más se va



a repetir esto? El estado te paga con la plata de todos los peruanos para que trabajes, no para que te pongas a comer. Para algo se invierte en píldoras nutritivas, que tienen todo lo que necesitas.

Las palabras de Fiorella retumbaban por su cabeza y luego se esfumaban en sus pensamientos. ¿Cuánto tiempo más pasaría en esa oficina escuchándola? Si ni siquiera lo iba a despedir, era demasiado floja para buscar a otro funcionario que quisiera hacer un trabajo tan intrascendente.

—¿Crees que nunca te botarán de este trabajo, verdad? —continuaba aquella irritante voz pululando en el ambiente— Eres un problema en la oficina, estoy cansada de ti. Tu desgano contagia al personal. No te voy a despedir, pero te voy a cambiar de área...

En ese momento, Alonso prestó atención. ¿No más trabajo de oficina? ¿A dónde mierda podrían enviarlo?

—Vas a seguir con el trabajo de auditoría, pero en el campo. Te haré llegar el nombre de las empresas a las que tienes que visitar. Ahora, recoge tus cosas, no te quiero ver más por acá.

Alonso salió de la oficina sin decir ni una palabra, no había hablado desde que ella entró a su cubículo. ¿Trabajo de campo? ¿Visitar empresas? No sabía qué era peor, eso o estar sentado diez horas al día o caminando por las sucias calles de Lima, entre aquella nube de monóxido y la alfombra de basura. Se acercó a su antiguo lugar de trabajo y miró el huevo y el arroz en el suelo. Con mucha paciencia, recogió grano por grano y lo puso en el táper para comérselo luego.

Wilson, quien trabajaba a su costado, alzó la cabeza sobre su cubículo y miró a su alrededor. Comprobó que Fiorella no estuviera cerca y entró al pequeño cuadrado donde trabajaba Alonso. El joven vestía camisa a rayas y tenía un portafolio en la mano derecha.

—Putra madre... Te botaron —le dijo.

—No me han botado, pero ya no me vas a ver en esta oficina, me han reubicado a auditoría.

En eso, un nuevo robot apareció al lado de Wilson, el RU-16, y entró al cubículo.

—Señor Suarez, por favor, entrégueme su coster para extraer los archivos del Ministerio.

—No he sido despedido, me han cambiado de área. No tienen porqué extraer mis archivos.

—Señor Suarez, por favor entrégueme su coster para extraer los archivos del Ministerio —repetió la máquina como si Alonso no hubiera dicho nada. Había olvidado que estos robots no podían interactuar en una situación que se alejara del protocolo.



—Fiorella debe haber considerado que no necesitas los archivos que has estado trabajando —le dijo Wilson—. Seguro verás otros casos.

Fastidiado, Alonso le entregó a la máquina su pequeño aparato. Este servía para diversas funciones, desde una simple comunicación hasta para hacer los trabajos más complejos que una de las computadoras de antaño realizaba, lo único que tenía era unos pequeños agujeros que proyectaban pantallas. El RU-16 lo extrajo como si fuera una tarjeta y tras unos segundos se lo devolvió. Ya no tenía nada más que hacer ahí.

Ni siquiera le dieron tiempo de descanso, en la noche empezó su trabajo de campo: visitar un prostíbulo de la zona rosa de Lima, ubicada en el norte de la capital. Había llegado una nueva flota de la serie PT-69 y debía verificar que cumplieran todos los estándares de calidad.

Llegó a la famosa calle del placer y observó el edificio Magdalena, buenos recuerdos. Siguió avanzando y detuvo el autopropulsor frente a un edificio de tres pisos. El GPS indicó que ya había llegado al lugar. Una persona, que estaba parada en la puerta del edificio, ingresó rápidamente al local al reconocer el vehículo del ministerio.

Alonso bajó a la calle y la puerta de ala de gaviota se cerró mientras los propulsores inferiores, que emitían una luz azul, se apagaron.

Ingresó al edificio. La recepción era amplia, dos sillones estaban alineados junto a la pared. En uno de ellos estaba sentado un joven de unos dieciséis años, que observaba una pantalla semitransparente, donde debía estar eligiendo la genoide con el que tendría sexo esa noche.

Alonso se acercó al mostrador, donde atendía una chica de no más de veinte años, de abundante cabellera lacia y negra, que le llegaba hasta los senos. Hubiera sido genial que también estuviera como parte del paquete de servicios sexuales, pero al parecer solo atendía. La joven le preguntó:

—¿En qué puedo servirle, señor? ¿Desea ver la nueva serie que acaba de llegar? Las robots PT siempre son las mejores, y ha llegado el modelo 69, no se imagina lo que pueden hacer —le dijo sonriéndole con picardía. En ese momento salió del pasillo central una chica de unos treinta y cinco años, acompañada por un robot de dos metros de altura, moreno, de pelo rizado.

—Muchas gracias —le dijo ella a la chica del mostrador y le dio su tarjeta magnética, mientras el robot se metió a una sala contigua.

—Espero que haya tenido una agradable estancia aquí, vuelva pronto.

—Muy agradable, de hecho, lo haré —dijo la clienta, y salió del edificio.

—Como le decía —prosiguió Alonso—, vengo del Ministerio de Tecnología para



realizar labores de auditoría sobre la nueva flota que me acaba de mencionar.

—Ya veo... —dijo ella, mientras la sonrisa de su rostro desaparecía rápidamente.

Un señor bajo y calvo, de espeso bigote y elegante terno rojo, bajó por las escaleras.

—Kathy, espera un momento arriba, yo hablaré con el señor.

La chica asintió con la cabeza y se retiró. No te vayas, pensó Alonso mientras la miraba subir las escaleras.

—Usted debe ser del ministerio —le dijo el señor mientras le estrechaba la mano—. Mi nombre es Julio Alfaro, gerente de este local.

—Buenas noches —le dijo Alonso mientras le mostraba su identificación—. Estoy aquí para revisar el lote que ha llegado del modelo PT-69. Necesito ver que hayan pasado las revisiones técnicas y tengan todos los certificados.

—Claro, los certificados... —sonrió Julio—, venga aquí, por favor.

Lo guió por el pasadizo e ingresaron por la primera puerta de la izquierda. Allí había una habitación desocupada donde estaban cinco putandroides: una rubia, una morena, una asiática, una pelirroja y una negra. Todas esculturales, con diminutos vestidos de colores y altos tacos. La rubia le sonrió ni bien lo vio, la pelirroja le mandó un beso volado y le dijo:

—Hola, guapo. ¿Qué deseas hacer hoy?

Alonso se quedó atónito observando aquellas máquinas tan perfectas y bien hechas.

—Estás son las nuevas robots de la serie PT-69. De última generación, recién llegadas de Japón. Y no se imagina para todo lo que las han programado esos japoneses, eh... —rió Julio mientras acariciaba a una de ellas.

Nunca habría imaginado que eran tan reales, cuánto habían mejorado desde la última vez que estuvo con una putandroide, hace solo un año. Aunque una noche con una de estas debía costar demasiado.

—Me... me permite los certificados, por favor.

—Los certificados... claro... Respecto a ellos, tengo que decirle que están tardando...

Lo que imaginaba, este negocio no podía obtener esos robots de última tecnología por vía regular, debían costar una fortuna. Seguro los trajeron por contrabando. No tenía los certificados, claro, ¿para qué otra cosa lo había llevado a ver las máquinas a esa sala? ¡Y qué máquinas! Entendió de qué se trataba el asunto. Después de todo, podía aprovechar bien su nuevo puesto.

—Sabe bien lo importante que son los certificados para estos robots. Van a



recibir fluidos corporales. Una pequeña falla y...

—Lo sé, lo sé... —dijo Julio—. Mire usted, podemos hacer un pequeño acuerdo, algo sencillo que simplificaría las cosas.

—No le entiendo —le respondió haciéndose el tonto.

—Mientras llegan los certificados, usted podría tener una noche libre con la que desee. No sabe cuánto se puede divertir, pueden hacer todo lo que usted quiera. Y cuando digo todo, es todo... ¿Verdad, Magaly?

La negra sonrió y le acarició el brazo a Alonso. Luego abrió la boca y su lengua hizo un remolino sobre su eje; finalmente, se mojó los labios y le dio un beso en la mejilla.

Se estremeció, pero intentó no mostrar ningún signo de debilidad, podía conseguir aun más. Este pequeño pelado pendejo ya había programado a las PT-69 para que lo sedujeran, ¡y vaya de qué forma! ¿En dónde podría encontrar en la Tierra a una humana que mueva la lengua de esa forma? Y estaban programadas para dar placer, cada movimiento perfectamente realizado. Tenía que jugar bien sus cartas.

—Sabe que por este impase le podríamos cerrar el negocio, esto es serio.

—Vamos, señor. Me tomo muy en serio las disposiciones y procedimientos que dicta la ley. ¿No le gustan los modelos? Puedo traerle varones, también tengo los dobles, con cyberpene autoajustable. ¿Esos le gustarían?

—No, gracias, de ninguna manera. Me gustan estos modelos.

—Entonces le aumentaré la oferta, ¿desea tres días libres? Los puede tomar cuando usted pueda. Y tenga en cuenta que será quien las estrene, acaban de llegar a Lima.

Podía conseguir más, el pelado estaba desesperado, se mordía el labio y lo miraba expectante. Observó a las mujeres, vaya, qué noche podía tener. Tentaría algo más.

—Me parecen bien los tres días, pero con dos de las robots, a la vez y...

—Perfecto, señor...

—...que la noche de hoy esté Kathy, su recepcionista.

Julio se mostró sorprendido. No esperaba tal petición, creía que con las PT-69 sería suficiente.

—Pero Kathy no está en el catálogo. Podría traerle a otras chicas humanas también.

—Bueno, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que sabe que perderá si le cierran el local, confío en que usted podrá convencer a Kathy

—Vamos, ella solo es la recepcionista...



—Y dígame que me trate bien.

El pelado tragó saliva, sabía que iba en serio y que su dinero dependía de él. No necesitaba hacer más de una llamada para que clausurasen el edificio.

—Está bien, está bien. Espéreme aquí por favor.

Julio salió de la habitación, preocupado, seguramente pensando en cuánto tendría que ofrecerle a Kathy para que se acostara con él. Alonso se sentó en un sillón que estaba al otro extremo de la habitación. Observó a las PT. ¡Vaya! Cada músculo perfectamente diseñado, todo en su sitio. ¿A quiénes elegiría primero? ¿La rubia y la pelirroja? O tal vez mejor con la latina. No, la latina no, ya tenía a Kathy. Mejor la rubia y la asiática. Aunque, ese movimiento de lengua de la negra lo había dejado anonadado. Sabía que las otras también podían hacerlo, pero ya se había quedado con la imagen en la cabeza. Pasaban los minutos, ¿tanto demoraba el pelado? Seguro Kathy se había puesto difícil y no quería. Pero no se arrepentía de lo que había pedido, claro que no. Si la recepcionista no quería, qué más daba, por lo menos lo intentó. De todas formas, aceptaría hasta solo una noche con una de estas y no le pondría la multa, pero había que tantear. Sí, había negociado bien.

Después de más de quince minutos, se abrió la puerta. Era el pelado ¡y Kathy!

—Listo, señor, hemos llegado a un acuerdo —le dijo Julio. A su lado, la joven recepcionista sonreía tímidamente—. ¿Ya eligió cuál de las PT compartirán la noche con ustedes dos?

—La rubia y la negra —dijo con firmeza. Le había costado tomar la decisión, pero estaba convencido de que era la mejor.

—Kathy, lleva al señor a la habitación suite. Trátalo bien.

Después de todo, este sería el mejor día de su vida. ¡Gracias, Fiorella! Gorda de mierda, me botaste de la oficina para mandarme a un prostíbulo que había traído a las mejores putandroides del momento ¡y a hacer auditoría! Sabiendo lo poco que me importa si estos cumpliesen los estándares de calidad.

Siguió a la recepcionista mientras el pelado se quedó solo en la habitación, junto a las tres PT. Resignado, fue hacia cada una de ellas y las apagó, una a una, mientras pensaba en lo que le tuvo que ofrecer a Kathy para que aceptara. Duplicarle el sueldo y un bono de quinientos mil Intis. Se había puesto exquisita la huevona, como si no se acordara que cobraba cincuenta mil por noche cuando tenía trece. Ya me retiré del negocio, dijo la maldita galifarda.

Dejó a las robots en la sala y fue a la recepción. Había una cola de cinco clientes, todos queriendo estrenar a las nuevas PT-69. Fueron una buena inversión, después de todo. No podía perder todo ese dinero, tenía que aceptar las condiciones de Alonso, el tipo no estaba dispuesto a ceder. Terminó de atender a los cinco, y entraron dos más, vaya que esa noche estaba reventando el negocio. De un momento



a otro, escucho un fuerte grito en el quinto piso. ¡Era Kathy! ¿Qué había hecho ese degenerado? Ella volvió a gritar.

—¡Maldito hijo de puta!

Cogió la tarjeta magnética, dejó el mostrador y subió las escaleras a toda prisa. Cada piso que subía le parecía eterno, en tanto los gritos de su recepcionista seguían. Llegó al quinto piso y corrió hasta la habitación 325, abrió la puerta con la tarjeta y se quedó estupefacto con lo que observó: Kathy estaba acurrucada en una esquina de la habitación, fuera de sí, espantada con lo que había ocurrido en la cama. Ahí estaba Alonso muerto, desnudo y echando humo, con el miembro rostizado. La PT-69 rubia estaba a su lado, totalmente descompuesta, con las ropas desgarradas y quemada, mientras la morena bailaba desnuda sobre la mesa.

Carlos Adrián Echevarría Benito (Lima, 1990). Estudió en el Colegio de la Inmaculada y en la actualidad cursa el noveno ciclo de Economía en la Pontificia Universidad Católica del Perú. A los veintiún años publicó su ópera prima *El Planeta Olvidado I, La liberación*, la primera novela de una futura saga tetralógica de Ciencia Ficción. Su obra ha sido incluida en el plan lector escolar de 2013 de la editorial San Marcos y ha estado presente en el III Congreso de Escritores de Literatura Fantástica y Ciencia Ficción en Perú del 2012. En el 2014 publicará la segunda entrega de la saga.



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

por Aland Bisso

Los científicos terrestres desentrañaron toda la teoría de la mecánica cuántica en el 2085. Con ese conocimiento, en el 2114 se probó el primer prototipo de una máquina del tiempo. Los logros fueron efímeros y minúsculos pero ciertos. Ya no había paso atrás. Treinta años después el avance fue trascendental. Se inventó un dispositivo de alta sofisticación que permitía ver los sucesos ocurridos hasta once minutos atrás. Una nueva era se había iniciado. Así anduvieron las cosas durante muchos años. Una que otra catástrofe global atrasó el avance de la ciencia. Pero el tiempo pasa y los sueños se cumplen. La alta tecnología que se desarrolló durante la cuarta guerra mundial fue aprovechada con alto rédito durante el remanso de la paz: en el 2251, finalmente, salió a la luz una verdadera «máquina del tiempo». No era un túnel, módulo, cápsula ni nada parecido. Simplemente se dio con el paradero de la dimensión paralela donde se archiva todo lo que pasa. Un almacén de tamaño colosal (la describieron como de siete dimensiones) donde todo queda tal cual, imperecedero, en el milisegundo exacto que ocurre. Un mosaico de trillones de imágenes que ilustra paso a paso la historia del universo, además de todo el quehacer humano hasta en el mínimo detalle: la última pincelada de Leonardo en «La última cena», un bostezo de Juan Pablo I en una homilía, la lágrima que rodó por la mejilla de Vivien Leigh en «Lo que el viento se llevó», la sonrisa de Stalin cuando le estrechó la mano a Churchill, la mano alzada de Von Karajan antes de iniciar un «Requiem» de Verdi en la Scala de Milan, la decapitación de un esclavo angoleño, el gran tsunami del 2054, la entrega del Premio Nobel al inventor del módulo transfotónico, el primer paso del hombre en Marte...

Una distorsión en el espacio-tiempo, irresoluta para los científicos de aquel entonces, separaba el sonido de la imagen y la ponía en forma aleatoria en una subdimensión diferente a su imagen nativa, de modo que el griterío de un estadio de fútbol japonés se mezclaba con la melodía de la Séptima Sinfonía de Bruckner; un discurso de Roosevelt, una aria de Caruso y la entonación del himno nacional finlandés en una escuela primaria, se escuchaban en forma simultánea. Medio siglo después llegó la solución. La súpernanotecnología creó un microdispositivo capaz de filtrarse por todos los rincones del tiempo y lograr la captación de escenas tridimensionales con su audio correspondiente. Un éxito. El 2305 será recordado eternamente. Merelius Mijakunic, científico de una base espacial en la órbita de Júpiter, fue el gestor de tamaño logro. El pasado es inmodificable, pero puede verse, conocerse en detalle. Tengo la suerte de estar en el selecto grupo de expertos con acceso autorizado para escudriñar el pasado. La aventura es alucinante. El *Homo sapiens* no ha cambiado en los últimos 150 000 años. He visto pelear a un grupo de hombres primitivos que se disputaban un mamut muerto; el sacrificio de un centenar de esclavos en una pirámide Maya; una feroz batalla entre centuriones romanos y bárbaros burgundios; la



caza indiscriminada de felinos en una llanura africana; la crucifixión de miles de insurrectos en la Vía Apia; el exterminio genocida en cámaras de gas. Me llamó especial atención el accionar de un grupo subversivo en Uganda: mutilaban los senos de las madres para que sus bebés murieran de hambre; en cambio, en Camerún les mutilaban los senos a las niñas para que no las violen. Veo similitud con lo ocurrido en la tercera guerra mundial: un arma biológica utilizó un virus que bloqueaba el funcionamiento del lóbulo frontal, generando así una verdadera mutilación mental.

Antes de finalizar la última sesión he visto la elocuencia y elegancia de Platón frente a sus discípulos. El traductor simultáneo me ha permitido escuchar sus ideas sobre el hombre. Dijo que éramos una dualidad, una combinación de cuerpo y alma, una convivencia entre lo material y lo inmaterial, pero sin que una dependa de la otra. Sin embargo, en otra escena, he visto a Aristóteles hablar con aplomo y determinación. Dijo lo contrario, que cuerpo y alma son una sola sustancia que conforma al hombre, aunque es el alma lo que potencia o le da energía al cuerpo. No menos interesante me resultó la escena donde aparece Nietzsche, diciendo que el alma es una invención, un ente imaginario de la gente, que ayuda a fortalecer las creencias de la existencia de un dios o más específicamente de «Dios». Tal vez podamos desentrañar estos misterios de una vez por todas si termina con éxito el proyecto de fusión entre taquiones y bosones. Por añadidura, las especulaciones sobre los resultados del proyecto también han originado una conjetura que ya suena en la base científica de Ganimedes: el gran almacén del tiempo tiene otra dimensión perteneciente a un universo paralelo donde viene ocurriendo exactamente todo lo contrario. Tal vez un faraón egipcio abolió la esclavitud y en lugar de pirámides se construyeron grandes represas a favor del pueblo; Cristo fue salvado de la crucifixión; Hitler obtuvo la victoria; John F. Kennedy no fue asesinado y se convirtió en líder del Partido Republicano; la comunidad asiática perdió la cuarta guerra mundial...y, probablemente, yo no sea un científico de alto nivel sino, como quería mi padre, un cantante de coro en la colonia de Marte.

Cierre de transmisión.

Aland Bisso nació en febrero de 1958. Es médico egresado de la Universidad Mayor de San Marcos; además de diversas publicaciones médicas, en literatura ha publicado tres libros de cuentos: *Mal día para morir*, *Disecciones* y *Amores extraviados*, y una novela ciencia ficción *El llamado de Gea* en coautoría con Gonzalo Portals. En su blog *Letras en el éter* publica relatos cortos y breves ensayos o comentarios sobre política, cine y arte en general: <http://letraseneleter.bligoo.pe/>



INVERSIÓN

por Katherine Medina Rondón

Porque amar era cosa que debían hacer los hombres de buena voluntad, y porque hasta Jesús tuvo a su discípulo «amado».

El amanecer había levantado el telón y empezaba el drama. Los rayos solares allanaron la habitación con violencia y estacaron sus astilladas garras sobre los inocentes ojos de los amantes que eran descubiertos desnudos sobre la cama.

—Di...dis...discúlpeme usted... Sólo eso alcanzó a pronunciar antes de sentir sobre su cara el impacto de un enorme mazo dactilado que tuvo la cortesía de presentarlo con el suelo.

Como en todo país tercermundista habitado por australopitecos fanáticos de cualquier dogma, la asimilación ética no se había completado del todo, si nacías cholo, blanco, negro, verde o amarillo, no importaba tanto, podías ser de cualquier manera, vestir extravagantemente, tener al cabello largo o corto, si querías calvo o ponerte un arete en los testículos, pero lo que no podías ser era diferente sexualmente hablando.

Todas las noches, por los noticieros pasaban imágenes de partidarios de David Lynch masacrando parejas, pintando con brochas embarradas de sangre sobre las casas de los muertos arengas que mostraban la mayor ignorancia a la que puede llegar el supuesto ser que se ubica sobre las demás bestias.

Los padres de las víctimas eran los primeros en estar delante de las turbas, con garrotes en las manos, prestos a eliminar a esas aberraciones de la naturaleza. Los niños eran inyectados desde muy pequeños, odiando a todo aquel que demostrase un comportamiento inaceptable. El caso de esta mañana no era nada diferente.

El agresor, después de descargar su furia, salió apresurado a llamar a los vecinos y autoridades para proceder a matar a los jóvenes amantes. La ley sólo aprobaba la ejecución por mano propia; cuando los policías estaban presentes en dicho acto, se les permitía participar en el mismo. Los jóvenes sabían lo que les esperaba. Se vistieron con lo que pudieron y abandonaron su nido, ellos tenían unos amigos que eran iguales, seguramente allí podrían planear qué hacer luego, tal vez les prestarían dinero, tal vez podrían abandonar el país o mejor aún, el continente.

La turba se formó de inmediato, logrando que la pareja cambiara de planes y se dirigieran a una torrentera. La gente corría tras de ellos, como si fueran los pobladores de alguna ciudad sitiada en que la gente se moría de hambre y de pronto notaban que los sitiadores les han soltado dos gallinas gordas con las que podrían alejar un



poco a ese nuevo día de ayuno que los acechaba.

—¿Qué pasa? —preguntaban algunos de los transeúntes que veían correr al grupete.

—Perseguimos a una pareja de invertidos. —Entonces la gente se desembarazaba de lo que estuviesen haciendo para unirse a una causa en pro de la sociedad.

Ya en medio de una hediondez exagerada, los amantes sienten que su fin ha llegado; como en toda historia dramática de amor, los jóvenes habían alimentado sus sentimientos desde pequeños descubriéndolo una tarde, hace años, mientras sus padres salían de compras buscando no sé que para no sé quién.

El sol brillaba cristalino, como una araña colgada del techo de un teatro, la escena final se acercaba. Las ropas blancas de los prófugos reflejaban la claridad obsequiada, dándoles cierto aire angelical, un carácter de sagrados, de intocables; algo que los demás no podían observar. Los garrotes se acercaban más y más. Las ropas radiantemente blancas se ensuciaron con el jaleo, representando muy bien la conciencia humana. Seguramente después de asesinados, la gente, al ver el rojiblanco nacional se acordarían de su gloriosa banderita de mierda y les entrarían las ganas de entonarse un himno para coronar de la manera más perfecta el término de tan grato acto solemne.

En el último momento, antes de ser desterrados de la vida, él tomó las manos de ella y le susurro al oído que la amaba; en unas horas más se bajaría el telón y seguramente mañana habría un nuevo drama.

Katherine Geraldine Medina Rondón (Arequipa 1994). Estudió Artes Plásticas en la Escuela Superior Carlos Baca Flor sin continuar por legítimas negativas. Actualmente estudia Literatura y Lingüística en la Universidad Nacional de San Agustín donde vive día a día un intenso y tortuoso romance con la palabra. Ha publicado: *Murmullos y volantes* (2012) y *Amor en cuatro actos y otros cortejos* (2013). Obtuvo el tercer puesto en el género poesía en el concurso Jorge Eduardo Eielson (2012) y ha colaborado en diversas revistas tales como: *Pléyade*, *Castillos en aire*, *Apostasía*, *Destiempos modernos*, *La ira de Morfeo*, *Con nuestro Perú*, *Delirium Tremens*, *Redacción Popular*, *Letralia* y *Palabras Diversas*.



TIEMPO DE HUIR

por Gabriel Canessa

Los circuitos que llenan con sus mareas y su recorrido el cascarón gigantesco con que está construido este microcosmos naufragan por las cuerdas de esta máquina que, junto a su hermanas, no deja de disparar vapores al cielo mientras se eleva entre las nubes: colchones de algodón escarlata llenos de óxido y smog. Este transbordador flota sobre la inmensidad de las montañas, explora los caminos del firmamento, por ahora y hasta que decida despegar al espacio exterior que es donde pertenece en realidad. Su tripulación se arremolina frente a las ventanas a la espera de la embestida del asteroide, saben que en instantes asomará cruzando la atmósfera una bola de fuego que los dioses han enviado para completar su ruina definitiva. La humanidad espera en vilo, nosotros flotamos fuera de la zona roja, la zona de riesgo en la que todo será arrasado y donde las olas de los mares se levantarán en crestas diabólicas sepultando y ahogando kilómetros enteros de superficie habitada; todo cuanto somos y hemos sido desaparecerá bajo el brillo de ese pedazo de estrella, de ese trozo de roca que los tragará con la expansión de sus megatones galopantes.

Somos ratas en el vasto laberinto, buscando el queso que nos degollará, que nos romperá el pescuezo al tocarlo, al primer contacto y la vida se escapará de nuestras venas y el mundo será nuevo en cuestión de unos cuantos siglos.

La noche brilla y el mundo tiene planeado desaparecer a lo grande, entre grandes fiestas y comparsas, con el mismo ruido que los detractores de Noé celebraron la lluvia que caía sobre sus cabezas, con la misma algarabía con que los vecinos de Sodoma adoraban el brillo que se formaba en el cielo y se hacía cada vez más grande hasta envolverlos con su calor infinito, con las centelleantes llamas que el cielo traía en retribución a su pecado.

Ahora mismo nos encontramos igual, sólo que en posición de ventaja respecto a los que esperan allá abajo que no tienen idea de cómo el fuego acabará con ellos, mientras nosotros lo único que haremos será contemplar cómo se achicharran y sabremos por fin cómo les fue a los dinosaurios aquel día de hace setenta y cinco millones de años.

Somos la obra maestra de la entropía, hemos evolucionado para potenciarla, nuestros cuerpos y lo que hacemos con ellos son una oda al desperdicio termodinámico: nuestras tres comidas diarias, la domesticación agrícola y animal, el Nilo sacado de su cauce, la hegemonía del cereal y las papas, el planeta tomado de las riendas sujetas a los tajos abiertos que horadan su superficie.

Un sistema frágil con el cerebro más poderoso, una bacteria en mi estómago y el núcleo de mi reactor orgánico se sobrecalienta, me inutiliza, fiebre la llamamos. Ni siquiera puedo mantener una rata en el estómago durante unas semanas e ir convir-



tiéndola en energía de a pocos, como las víboras; mi mano sobre el cristal de la nave, la panorámica de lo que en unas horas desaparecerá, basta el contacto con el cristal frío para que mi palma se vuelva loca por calentarlo, la huella que queda en el vidrio es el entrópico atisbo de mi inminente desintegración. El tránsito metastático de las células desenfrenadas que se reproducen en los cuerpos de tres científicos de los doce que llevamos a bordo y tratamos de controlar con una química antineoplásica que no sabemos administrar sin matarlos en paralelo.

Ya está definida nuestra trayectoria, vamos a recoger agua en Europa, la luna de Júpiter, y seguir explorando hasta llegar a una tierra parecida a la nuestra, una tierra que podamos someter, que podamos depredar, en la que podamos, como en la anterior, estar en la punta de la pirámide alimenticia, sin competencia ni iguales que puedan sublevarse. Una Tierra que en unos cinco milenios o antes, podamos desecharla para recorrer el universo en busca de otra, tan apropiada como las dos anteriores. De qué otra manera podríamos sobrevivir, cuál es la otra opción a la extinción definitiva, si no corremos con lo mejor que tenemos y en número pequeño para poder alcanzar sin lastre regiones parecidas, cómo ha de prosperar la humanidad, cómo ha de trazar su camino sobre las estrellas, si no trabajamos juntos desde estas naves en lograr lo que hace siglos hemos estado imaginando: encontrar una casa tan cómoda como la nuestra; jamás saldriamos de nuestra precaria medianía y moriríamos quemados bajo las vigas de nuestro propio hogar. Así que volamos al éter, porque es más seguro, volamos para poder decir al contrario de los otros, que sí pudimos sobrevivir. Y lo seguiremos haciendo mientras encontremos un planeta del que podamos sacar provecho, hasta dejarlo en la cáscara, inservible y árido, porque somos una plaga, una plaga inteligente que ha descubierto cómo viajar a otros campos y destruir como langostas que no dejan nada a su paso, así también nosotros nos abalanzamos como una oscura nube sobre la superficie de otros mundos.

Tal vez esta misma tierra que consideramos nuestra propia cuna haya sido alguna vez abandonada por otros que dejaron de encontrar lo que esperaban encontrar, y la Tierra, tal cual la conocemos, sea un rebrote de aquel mundo que aquellos dejaron a la deriva. Mientras tanto, es nuestro turno de dejarla respirar, tal vez luego de mil generaciones los hijos de nuestra especie puedan repoblarla cuando vuelva a brillar en todo su verdor y azul espejo. Ahora solo nos queda partir, antes guardaremos silencio durante un minuto (en atención a las antiguas costumbres) por la muerte de la mayoría de nuestros congéneres que sucumben allá abajo sin posibilidad de redención. Víctimas de nuestra selección, víctimas de ellos mismos, víctimas de nuestros padres y de los padres de estos

Gabriel Canessa (Chimbote — Ancash, 1988). Escritor y comunicador. Escribe en el blog *Albañil de párrafos* pequeñas ficciones y ensayos para tener alguna presencia en el mundo virtual. Publicó en el blog *Escritores por escritores*. Trabaja con una máquina de escribir Olivetti Lettera, que compró en un remate, sobre hojas bond de colores para llevar cuenta de lo escrito. Ha dejado de fumar y toma hasta tres tazas de té mientras escribe.



MUDEZ PLANETARIA

por William Guillén Padilla

Aquel año, 2033 para ser exacto, sucedió algo extraño... no lo recuerdas porque aún no nacías.

Muy cerca del planeta pasó una estrella de colores difusos que, aún sin explicación racional, dejó a la humanidad sin la facultad de hablar.

Desde entonces ningún humano habla y, como puedes ver, ya nadie usa la boca más que para alimentarse.

Con ello nos llegó silencio y nostalgia, pero también tranquilidad.

Ahora solo los *robothum* hablan muy bajito, pero nadie les da importancia; porque el silencio de nuestras bocas es ahora la paz mundial que antes no tuvimos.

Tomado del libro *Historias heredadas*

William Guillén Padilla (Cajamarca, 1963). Ha publicado libros de poesía y narrativa. Ha presentado su trabajo literario en París, Nueva York, Buenos Aires, Lima y Guadalajara. Ha obtenido premios y distinciones en poesía, cuento, minificción y novela. Ha publicado: Poesía: *Soliloquios de Homo sapiens*, *Planetario Astral*, *Memoria del Yo Habitante*, *Haikus de Kokín*, *Náutica de Tolomeo*. Narrativa: *Los Escritos del Oidor*, *Lo que Yo Barman oí*, *Microcuentos* (antología), *Cuaderno de Almanaquero*, *Retorno en tiempo real y siete cuentos más*, *Actos & Relatos*, *77+7 nanocuentos*, *Mínimos de Kokín*, *Historias heredadas*, *Abraço Divino*, *100 Minis 7D* | *De fantasmas y entes afines*, *Zoomínimos*.



SON POCOS PERO SON

por Carlos de la Torre Paredes

*Llamarán a sus príncipes,
príncipes sin reino, y todos sus
grandes serán como nada.*

La Santa Biblia, Isaías 34:12

I

El día que aparecieron me había encontrado con Gulo y Baner por la mañana. Ese día no había nada más que hacer que jugar un rato a la guerra: no teníamos definido a qué bando pertenecía cada quién, eso era irrelevante; lo único importante era que teníamos que matarnos entre todos, como en una guerra.

Recuerdo claramente que Gulo nos convenció de ir a jugar frente al cabaret. Quería ver a las chicas de prendas ligeras cuando algún adulto abriera la puerta. Ese era uno de nuestros mayores pasatiempos, ver a la Mimi o a la Rucha, pero no a la vieja Lula, quien no terminaba de entender que había una edad para todo. Como en cualquier pueblo miserable, los tiempos realmente no importan y una anciana puede seguir vendiendo su cuerpo como si se tratase de una jovencita. Unas bromas recurrentes eran las de decir que La Lula era la madre de ese alguien, o que el padre de alguien se encamaba con la vieja; también nos ofrecíamos a pagar su debut con ella y cosas por el estilo. Una vez, la vieja se asustó cuando vio que le apuntábamos con nuestras armas; fue un susto que se convirtió en rabia y aseguró que le habíamos quitado años de vida... solíamos reír a carcajadas al recordarlo.

Y ese día lo recordábamos, nos reíamos de la cara de la vieja de mierda: se puso pálida, luego colorada, como si el sol no hubiera quemado lo suficiente su rostro, como si todavía tuviera la juventud y la piel necesarias para ruborizarse. Mientras jugábamos, esperábamos ansiosos que alguno de los viejos entrara por la puerta gigantesca del cabaret y nos dejara ver las tetas de alguna de las chicas. De pronto Baner dijo: *miren*. Y miramos. Nos topamos con tres sombras que se acercaban a lo lejos, distorsionadas por los rayos de sol que les caían encima, volviendo las figuras acuosas, como si se trataran de un espejismo. ¿Quién podría estar llegando? La última persona que llegó al pueblo lo había hecho hacía poco más de un año. En ese pueblo no había nada para nadie, nada que alguien quisiera; ya no.

Aun así las tres figuras continuaron avanzando ante la mirada atónita de quienes estábamos en la entrada del pueblo. No solo éramos nosotros, también estaba el doctor, quien se dirigía hacia el barbero, y nuestro maestro de escuela, que iba a su



«cita», probablemente con La Lula. Ninguno de nosotros se movía, los veíamos y no lo creíamos. Pero no eran un espejismo, eran reales y todos podíamos verlos. Cada vez más cerca, menos etéreos, menos acuosos. A cada paso que daban, parecían más y más de carne y hueso.

Nadie se movió hasta que llegaron.

Todos seguimos mirándolos estupefactos mientras caminaban por la calle principal del pueblo. Eran los hombres más grandes y sucios que había visto en mi vida. El jefe, o a quienes mis amigos y yo identificamos como el jefe, era un tipo no muy mayor, de tez clara, alto y fornido, pero no musculoso; llevaba una armadura negra de cuero laminado que reflejaba constantemente el sol en nuestros ojos, llevaba además algo que parecía un rifle en la espalda y dos pistolas de gran calibre a la cintura. Un gran rifle de francotirador era lo que cargaba en su espalda el anciano del grupo, quien vestía una armadura verde distinta a cualquier cosa que hubiera visto hasta ese entonces. El último de los hombres era el que más aterraba: era un tipo enorme, alto y musculoso, con rostro tosco y magullado, endurecido por el sol y decorado por tatuajes y distintas cicatrices. Cuando mi vista se topó con él, tuve que bajar la cabeza. Éste no vestía armadura, o por lo menos no era un traje completo, como con los otros dos; estaba casi desnudo, salvo por unas placas de metal sujetadas con correas que cubrían parte de su tórax, brazos y piernas.

Mientras caminaban, no miraban a nadie. No volteaban la cabeza. Avanzaban sin detenerse. Ningún rostro, ninguna expresión de alegría, cordialidad, emoción, miedo, terror, pánico... nada parecía poder frenarlos. Hasta que llegaron. Pararon a mitad del pueblo y buscaron con la vista. Observaron todo. «Sí, es un pueblo pequeño. Pero es mi hogar», recuerdo haber pensado al ver sus sonrisas que me parecieron burlescas. Era como si mi pueblo, como si mis amigos y yo les diéramos risa; como si fuesen mejores que nosotros. «Pero tal vez sí son mejores que nosotros», pensé, «por eso son capaces de recorrer los desiertos sin sentir miedo. Por eso son capaces de salir de un lugar para llegar a otro». ¿Serán mejores que nosotros?, les pregunte a los muchachos. Ninguno respondió, seguían absortos en la imagen de los foráneos que ya habían encontrado lo que buscaban y volvían sobre sus pasos; no sabíamos exactamente con qué intención.

Pronto lo descubrimos. Querían irse de putas.

Entraron al cabaret, encabezados por quien imaginábamos era su líder, y las puertas vaivén se abrieron y cerraron unas cuantas veces; las suficientes como para ver a las chicas desnudas. Yo alcancé a ver a la Rucha, lo recuerdo claramente. Hacía días que no conseguía ver nada más que borrachos dentro del lugar. Cuando las puertas se detuvieron, y fue imposible ver más, nos dijimos: *Bam, bam, ¡muere mierda!* Y seguimos jugando a la guerra como si se tratase de un día cualquiera.

No esperábamos que los Sádicos se molestaran. Es cierto que era su pueblo. Pero los foráneos no habían hecho nada; es más, cabía la posibilidad de que trajeran



alguna clase de mercancías para intercambiar. *No solo de lo que da la tierra vive el hombre*, me decía mi padre al final de ese día, bastante raro y trágico en muchos sentidos. Los Sádicos sintieron a estos foráneos como un peligro... O tal vez solo estaban fanfarroneando, demostrándose una vez más que este pueblo era suyo. Nunca lo supe, ni lo sabré. Solo recuerdo haber levantado la cabeza y ver cómo cuatro sádicos, todos los que vigilaban el pueblo, se reunían frente a la cantina, intercambiaban unas palabras, y entraban uno por uno, sin que las puertas pudieran hacer su clásico recorrido en vaivén, hasta que terminaron de ingresar, dejando ver parte del baile de La Lula. Aún no puedo quitarme esa asquerosa imagen de la cabeza.

La música se detuvo, el pianista paró de tocar y se escuchó que alguien vociferaba dentro del local. Un impulso de curiosidad nos llevó a mis amigos y a mí hasta la puerta del cabaret. Pronto se unieron a nosotros nuestro maestro de escuela, el doctor del pueblo y también el barbero que acababa de salir de su negocio luego de ver todo el espectáculo desde la privilegiada posición tras su gran vitrina. Fui yo quien empujó un poco la puerta para ver qué sucedía adentro. Uno de los sádicos, llamado Hank, tenía los brazos extendidos y miraba hacia el techo. Soltó una carcajada y vociferó:

—¡Entendieron! ¡Se largan!

—Jódete. Tomaremos una copa —respondió el líder de los foráneos.

—¿Te burlas de mí? ¡Pedazo de imbécil! Este pueblo es nuestro. ¡Entiendes, mierda! ¡Se largan ahora! —Hank estaba furioso; nunca, en todos estos años, nadie, ni el más imbécil de todos, se había atrevido a contestarle mal a ninguno de los sádicos.

—Niño, mejor lárgate —le dice el anciano a Hank, quien apretaba sus dientes generando ligeras convulsiones en su mandíbula: todo su rostro era una amalgama de expresiones de ira que nunca imaginé pudiera lograrse—. ¿Cuántos años tienes?, ¿veintiséis?, ¿treinta? No sabes lo que vale la vida. Mejor lárgate.

—¡Viejo de mierda...! —y desenfundó su revólver con una velocidad impresionante, pero no lo suficientemente rápido, pues el grandote que daba miedo ya había activado una de sus espadas de energía para cortar la mano de Hank, quien luego de un grito de dolor, recibió un disparo de alto calibre en el rostro. Los sesos se desperdigaron por todos lados.

Luego todo fue muy rápido, no sé qué pasó primero, qué después. De pronto el anciano estaba disparando su enorme rifle contra uno de los sádicos. El grandote se agachaba para esquivar los disparos de Lucho, otro de los sádicos, quien en instantes fue atravesado por una de las espadas de energía.

Quien nosotros considerábamos el líder había saltado de su asiento luego de dispararle a Hank para evitar una descarga de disparos de Roldán; el último sádico



en el pueblo. Una vez en el suelo, dio dos precisos disparos que terminaron por completo con ese último sádico.

Los tres foráneos no movieron más que sus cabezas. Observaron toda la cantina para cerciorarse que no había más personas hostiles. Lentamente empezaron a incorporarse. Los parroquianos se miraban unos a otros sin saber qué hacer; permanecían congelados en posiciones de lo más cómicas: empezando a levantarse, con las manos bien agarradas de los brazos de la silla para ayudarse, o con la cabeza volteada para ver lo que sucedía a sus espaldas, con cigarrillos consumiéndose tranquilamente en la comisura de algunos labios.

Todo había sido demasiado rápido, y si bien los extraños eran de por sí todo un acontecimiento, eso que acababa de ocurrir cambiaría drásticamente al pueblo. Los sádicos se molestarían. Si el pueblo no tomaba represalias contra los extraños, los sádicos nos acusarían de complicidad. No destruirían el pueblo, pero sí serían más drásticos; los tributos subirían, y solo luego de una sacrificada negociación volverían a lo cotidiano. El pueblo sufriría el castigo por aquello que un grupo de foráneos hizo... Los sádicos eran realmente sádicos, pero podían ser peores.

Los tres foráneos terminaron de incorporarse. Un cigarrillo cayó de una boca al suelo. El tiempo pareció volver a correr. Los hombres congelados continuaron con sus acciones: arrimaron sillas con los cuerpos, se acomodaron, dieron caladas a los cigarrillos, tomaron de a pocos o de un solo sorbo su licor.

Pese a todo, la calma era fúnebre, nadie decía nada, solo las caladas de cigarrillos y los sorbos de los vasos conseguían escucharse. Para ese entonces mis amigos y yo ya estábamos dentro del local. Nadie nos dijo nada, no reparaban en nosotros. Y la verdad, así nos dijeran que nos largásemos no hubiéramos escuchado, nos hubiese importado poco y sabíamos que no se darían el trabajo de botarnos. Los foráneos bebían a sorbos. Las prostitutas terminaban de subir corriendo las escaleras que llevaban a las habitaciones. Los comensales en las mesas intentaban despejar sus pensamientos y retornar a sus conversaciones. El cantinero seguía estupefacto. El alcalde se acercaba a los tres extraños con su sombrero en la mano y una sonrisa en el rostro. Cuando estuvo lo bastante cerca, estiró la mano de forma cortés, buscando que alguno de los extraños le devolviese el saludo; pero nada, los hombres no hicieron más que darle un prolongado vistazo; parecía que solo querían asegurarse de que no era peligroso; y siguieron bebiendo a sorbos. El alcalde se secó la frente con la manga del saco. Tenía un gesto de impresión. La mano le tembló débilmente. Su escaso cabello grisáceo estaba totalmente revuelto. Peinarse no era una preocupación cuando se solía llevar sombrero; pero ahora, que debía hablar con esos extraños –no como el «líder» del pueblo, sino como un poblador más que por cosas del destino terminó como vocero de un pueblo oprimido y subyugado por una banda de abusivos desde hacía ya bastantes años–, esa imagen desgarrada y desaliñada era justo lo que necesitaba para demostrarles su punto. «*Necesitamos su ayuda*». Con esas palabras empezó nuestra súplica.



—Ellos tienen armas —dijo el alcalde con voz temblorosa—, no son tantos, pero sus armas hacen la diferencia. Que no los confundan nuestros niños, esas armas — el alcalde nos señaló— son reliquias. Hace demasiado tiempo que en este pueblo solo tienen municiones los sádicos. Ustedes están bien armados. Ustedes pueden contra ellos. Les pagaremos. No tenemos mucho, pero les daremos lo poco que tenemos... Por favor, señores, tienen que ayudarnos.

Al notar que no había respuesta de parte de los foráneos, agregó:

—Señores, sean razonables, les ofrecemos lo poco que tenemos. Y me gustaría comentarles que ustedes han agravado nuestra situación: los sádicos vendrán a buscar a sus hombres... No tenemos mucho, lo sé, pero, por favor. Les daremos todo.

—Está bien —respondió quien nosotros considerábamos el líder, sin siquiera voltear para ver cómo, pese a sus nervios, el alcalde empezaba a alegrarse.

El alcalde dio la orden de revisar los cadáveres, retirar de aquellos cuerpos inútiles todo lo útil, entregar las armas y las balas a los foráneos, y luego desaparecerlos. Cuando empezaron a despojar a los muertos de sus pertenencias, nos sacaron de la cantina con la excusa de que ese no era un lugar para niños. Salimos bastante confundidos. Todo era realmente extraño, por lo menos para nosotros. No entendíamos por qué el alcalde se había parcializado con los extraños que mataron a los sádicos con quienes algunas chicas del pueblo se llevaban bastante bien... Es decir, ¿acaso los sádicos no eran más amigos nuestros que estos desconocidos? Recuerdo que Gulo dijo: *Los adultos son raros*. Y nos apuntó con el revólver que llevaba en las manos: *bam, bam, están muertos, perras*.

II

Continuamos jugando frente a la cantina. La verdad era que no queríamos perdernos nada. En el pueblo no solía suceder gran cosa, y la presencia de estos foráneos cambiaba rotundamente la situación. Algo pasaba, algo que no eran las viejas historias sobre la guerra o esos gastados cuentos de cómo nuestros ancestros se asentaron sobre estas tierras, donde pudieron cultivar distintos productos gracias al «súper fertilizante» con el que mejoraron el suelo, milagrosamente provisto de agua por un pozo subterráneo que generaba un pequeño oasis en el interminable desierto andino.

Poco a poco el pueblo creció. Pasamos de ser cincuenta a ciento cincuenta para ese entonces; luego de casi ciento cincuenta años sobreviviendo al martirio de la radiación generada por esos ancestros que tanto rememorábamos. Yo nunca conocí ese mundo mejor del que nos hablaban los ancianos, un mundo que, dicho sea de paso, ellos tampoco habían visto. Todo eran historias, sueños... miserables fantasías para seres miserables, y nosotros escuchábamos esas únicas historias, intentábamos soñar con ellas, recordar eso que llamaban árboles, de donde sacaban la madera con qué hacer los muebles y demás chucherías que aún sobreviven al desprecio del



tiempo. Nunca he visto un caballo o una llama, dicen que mejoraban la vida a las personas. En el pueblo nunca hubo autos, dicen que eran unas máquinas que te transportaban de un lugar a otro, una especie de tecnología muy avanzada que consistía en un objeto octogonal con esferas en la parte inferior como se aprecia en el registro que nos dejaron los antiguos.

Según lo que cuentan, las municiones se acabaron en los primeros años, cuando tuvimos que enfrentar a otros grupos de personas que intentaron apoderarse de nuestro oasis. Siempre pudimos contra los invasores, repeliéndolos. Incluso mucho tiempo luego de que se acabaron las balas, nuestros ancestros siguieron defendiendo este lugar como si se tratase de su vida misma; y en muchos sentidos lo era. Pero nuestros padres no hicieron lo mismo. Y los sádicos llegaron bien armados. Solo siendo diez en un principio, pudieron doblegar a todo el pueblo. Luego, algunos pueblerinos prefirieron pasarse a sus filas, para lo cual tuvieron que sufrir una iniciación.

Por ejemplo Roldán nació en el pueblo y fue recién a sus dieciocho años que decidió unirse a los sádicos. Casi no tengo imágenes de esa infancia tan precoz cuando conocí a un Roldán quinceañero y trabajador. Siempre que pienso en él lo recuerdo ya siendo un sádico. Le duró siete años la gracia, de los dieciocho a los veinticinco. Debo ser sincero, a Roldán le tenía afecto. Mi hermana tenía algo con él: un hijo; y por lo menos éste conmigo se portaba bastante bien, nunca me golpeó, ni escupió, ni pidió nada y mucho menos dejó que los sádicos me sodomizaran (como me enteré hacían con muchos de mis amigos).

Para cuando los extraños llegaron al pueblo, ya podían contarse veinticinco sádicos.

Los foráneos salieron del cabaret con un séquito que se hacía cada vez más enorme. Muchas personas habían salido de sus casas al escuchar los disparos. No entendían por qué los sádicos desperdiciarían municiones y se acercaban a ver qué había sucedido; quién o quiénes de los vecinos resultaron ser sus víctimas. Pero al toparse con esos tres foráneos que caminaban con la mirada fija, sin voltear, sin aparentar prestar atención al alcalde que les hablaba y hablaba con una alegría enérgica, se llenaron de una esperanza incomprensible; la misma que lo había invadido a él. Ahora que lo recuerdo, el alcalde parecía otro tipo. Tenía un semblante distinto al de siempre. Era como si su rostro hubiese vuelto a coger color, pese a la manía de mantenerse en lugares cerrados, como si su piel no se encontrara dura y rugosa, como si la radiación a él no lo hubiera afectado de una u otra manera. Parecía más joven. Parecía querer saltar de alegría. Seguía hablándole a los extraños con esa sonrisa que adquirió en el bar y que entonces parecía dominarlo.

Los foráneos caminaron con su séquito hasta la entrada de una casa, la más grande en el pueblo. Quien considerábamos el líder palpó la quincha, miró a sus compañeros, ambos movieron la cabeza en señal afirmativa. Empujó la puerta y



entró seguido por los otros dos forasteros y su séquito. Ahora el alcalde, que fue uno de los primeros en entrar, no entendía por qué los extraños nos llevaron a su propia casa; su rostro era de confusión, pero su alegría no podía ser superada por ninguna turbación ni por nada. Habían llegado las personas que librarían nuestro pueblo de esos sádicos que llevaban ya casi diez años maltratándonos y abusando de nosotros.

Los hombres caminaron inspeccionando todo, hasta la única habitación, con una gran cama de paja y una pequeña ventana hacia el exterior. Volvieron a recorrer la gran sala que constituía casi toda la casa, seguidos por todos quienes esperábamos que sucediera algo. El supuesto líder se acercó a una mesa llena de papeles y barrió con ellos utilizando el brazo. El alcalde tuvo una expresión de incomodidad y de inmediato se agachó a recoger los papeles. No esperaba que la bota del extraño se estampara contra su sien, haciéndolo caer al suelo lanzando un quejido de profundo dolor. El foráneo pisó la cabeza del alcalde y empezó a aplastarla contra el suelo. *«Esta es nuestra casa. ¿Entiendes? Si quieres que te ayudemos, trae comida, licor, seis mujeres y todas las herramientas que tengan».*

Solo una especie de gemido era lo que emitía el alcalde: era ese típico gemido de las criaturas atemorizadas. Aceptó, o eso parecía, pues el hombre le sacó el pie de encima. El alcalde empezó a levantarse y recibió ayuda de algunos de los espectadores. *Realmente los adultos son raros*, pensé, ¿qué más podía pensar?, ¿quién podría entender qué estaba sucediendo? El alcalde terminó de ponerse en pie, tapó su desgredado cabello con el sombrero que llevaba en la mano hacía ya buen rato, y se acercó al público que había invadido lo que fue su casa. *«Ya escucharon, seis mujeres tienen que quedarse».* Y las mujeres que estaban más adelante fueron empujadas por las demás, siendo tomadas de los brazos por hombres que solo cumplían con su labor y respondían a su instinto de supervivencia.

Gulo quedó pasmado cuando vio a su madre entre las seis captivas. Corrió a golpear a Tony, uno de los vecinos que empujaba a su madre, pero Richard lo detuvo. *«No te metas niño»*, fue lo que le dijo. Su madre había visto a su hijo correr, lo escuchaba gritar *«¡Mamá! No, mamá, no. ¡Por favor!»*. Y ambos arrancaron en llanto, algo bastante exagerado para la situación, ahora que lo pienso. La cuestión es que la madre adquirió fuerza sobrehumana y se libró de sus captores. Golpeó a Richard en la cara, con lo cual liberó a su hijo, y echó a correr hacia la puerta de la casa diciéndole que la siguiera. Gulo nos lanzó una mirada, estaba de más despedirse, sabía que tenía que seguir a su madre. No hubo tiempo de desearle suerte, no hubo tiempo para palabras de aliento. *¡El desierto no podrá con ustedes!*, siempre me lamenté no habérselo dicho en ese momento, antes de que empezara a correr, antes de que un disparo hiciera reventar parte del tórax de su madre, antes de que Gulo se detuviera a ver los despojos de lo que fue alguna vez el ser que le dio la vida, para luego llenarse de ira, una ira que lo llevó también a recibir un balazo. Cayó muerto con los ojos abiertos... y el pequeño cuerpo despedazado.

«Falta una mujer», esas fueron las palabras del supuesto líder mientras



enfundaba su enorme revolver.

Pronto otra mujer estaba siendo llevada a la fuerza hacia los foráneos, que veían con tranquilidad cómo las otras cinco mujeres eran atadas de brazos y piernas y llevadas hacia la única habitación de la que alguna vez fue la casa del alcalde.

Estaba claro que debíamos irnos, el show había terminado y el público dejaba el lugar, bastante más confundido y atemorizado de lo que entró. Pero nadie decía nada. Todos salimos de la casa con tranquilidad, como si tan solo nos hubiésemos tomado un tiempo para visitar a un vecino del pueblo, como si lo que acababa de ocurrir hubiese sido inevitable, como si todo guardara una lógica incomprensible para el niño que en ese entonces era. Así que, pese a todas las preguntas que me venían a la cabeza, preferí quedarme callado y caminar a casa. Banner también se encontraba confundido: podía notarlo en su mirada, y en su forma de andar que lo hacía parecer mareado. Recuerdo haberle preguntado: *¿Estás bien? «Hmmm»*, fue lo que me contestó, sin siquiera voltear a verme... Cuando pienso en ese día, me viene la idea de que Banner iba a llorar, pero se aguantaba. No sé si es tan solo una broma que me juega la memoria, recuerdo sus ojos inyectados, totalmente rojos, y él apretando los dientes para no derramar lágrimas.

No creo que Banner haya sentido pena por Gulo. Creo más bien que estaba aterrado. Era dos años menor que yo y nunca habíamos visto nada semejante... La verdad es que, pese a todo, nacimos en una época menos violenta que la de nuestros ancestros.

El tiempo nos convirtió en un pueblo pacífico. Para sobrevivir tuvimos que acostumbrarnos a la cordialidad y reciprocidad en el trabajo. Poco a poco fuimos desterrando la violencia de nosotros. Solo los ancianos tenían alguna verdadera noción de cómo se mataba a otro ser humano. Los sádicos fueron nuestro castigo por no estar preparados, por olvidar la naturaleza lasciva de los seres humanos, por olvidar cómo asesinar en menos de cien miserables años, y por culpa de nuestros abuelos, que pensaron que estábamos solos en el mundo. Bueno, ¿y cómo no pensarlo? Fueron casi sesenta años luego que el último grupo de personas intentó quitarnos lo poco que teníamos cuando llegaron los sádicos. ¿Quién se hubiera imaginado que también sobrevivieron? ¿Quién pensaría que serían capaces de llegar tan lejos y atravesar el yermo? ¿Cómo saber que aún se fabricaban balas en el mundo?

Me despedí de mi amigo con un apretón de manos y fui a casa. Mis padres, enterados de las noticias, estaban bastantes preocupados. *«Estúpidos sádicos, hicieron que los maten y ahora los demás querrán vengarse»*, dijo mi padre. Le expliqué con lujo de detalles todo lo que vi. Él asentía con la cabeza, dándome a entender que me escuchaba atentamente, parecía no cansarse de lo que le explicaba, parecía querer saber más y más. Pocas veces intervino utilizando la lógica para criticar el actuar de unos o de otros. Pero fui yo quien esa noche tuvo el honor de la



palabra en la mesa. Pues mi madre sirvió la comida mientras yo continuaba con la historia. Cuando terminé, ellos ni habían tocado sus platos, permanecían mirándome con rostro inexpresivo. Les pregunté: *¿qué pasa?*, ambos respondieron que nada, que solo estaban pensando, imaginándose la reacción de los sádicos cuando llegaran al pueblo. No me lo dijeron, aunque sus ojos sí: me pedían que al día siguiente no saliera, no hiciera nada fuera de casa.

Pero no supe entender su mutismo, no supe entender esa mirada de terror que ahora puedo relacionar muy bien con tantas otras cosas durante mi vida. Pues apenas salió el sol, yo me encontraba con el arma en ristre, buscando el escondite de Banner, quien de seguro se encontraba buscando el mío.

Doblé la esquina que daba a la calle principal y me topé de golpe con uno de los extraños. Era el supuesto líder y yo estaba apuntándole con un arma descargada. *«¿Qué haces, hijo?»*, me preguntó. *Juego a la guerra, señor*, le respondí. *«Sin balas no se puede jugar a la guerra, dame un rato tu arma»*, y el extraño abrió mi revolver para revisar su tambor, sacó una bala de su bolsillo y la introdujo con mucha paciencia. Cuando terminó, giró el tambor, se aseguró que la bala coincidiera con el cañón y me dio una mirada. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro. *Toma* y me la dio, *espero que te diviertas matando algún enemigo*. Se dio media vuelta y enrumbó hacia lo que había sido la casa del alcalde.

Aún no sé qué fue lo que me llevó a seguirlo. Pudo ser el sol brillando en su armadura, pudo ser el simple hecho de haberme regalado esa bala, creando así un vínculo de amistad. O tal vez quisiera pegarle en la nuca con el proyectil que puso en mi revolver. No lo sé. Sólo lo seguí, caminé tras él, como si se tratase de un amigo que me llevaba hacia su casa. Entró y yo lo seguí. Él no reparaba en mí o eso aparentaba. Se detuvo en mitad de la enorme sala de aquella que fue la casa del alcalde y tomó aire, lo hizo con mucha fuerza, aún puedo recordar el sonido de esa respiración exagerada. Sin voltear a verme se dirigió hacia la puerta que daba a la única habitación de la casa. La abrió, pero no entró; se mantuvo a un lado, con el brazo extendido sobre la puerta, solo miraba dentro de la habitación, algo sonaba raro –luego que la abrió pude sentir un sonido sistemático–, guardaba cierto ritmo y musicalidad, pero se sentía como golpes, como si algo estuviese siendo golpeado rítmicamente. No me miraba, aunque yo estaba seguro que él sabía que yo estaba ahí: era una invitación, me estaba diciendo que quería que viese dentro. Así que me acerqué despacio, no tenía idea exacta de con qué cosa me toparía. Un día antes tomaron a las mujeres, podrían haber estado haciendo cualquier cosa con ellas, y realmente sentí algo de miedo. Pero yo sabía muy bien que no podría salir corriendo, ese hubiese sido un error mortal. Fue en ese momento que me di cuenta: debía seguir avanzando, sin detenerme, sin cerrar los ojos, para ver cómo Banner, atado con los brazos a la espalda y amordazado con trapos en la boca, era violentamente penetrado por el grandote que daba miedo mientras el anciano se masturbaba sentado en una silla. Nunca olvidaré sus ojos, estaba espantado. Intentaba escapar,



mas era inútil. Sus delgadas piernas se retorcieron. Golpeaba al maldito, mas no le hacía nada. A cada intento de Banner por zafarse, la violencia con que lo sodomizaba era peor. Luego de buen rato noté a las mujeres colgadas de cabeza con las piernas abiertas, moviéndose mientras veían el espectáculo que se daba sobre la cama. Ahora que lo pienso, era impresionante ver cómo hicieron para que el techo no se les viniera encima.

«Ahora es el momento, está desprevenido. Cuando la gente tiene sexo está desprevenida. No hay mejor momento para matar que durante el sexo. Aprovecha. Gana de una vez tu juego. Hay cosas más importantes que hacer».

Sus palabras todavía retumban en mi cabeza. Aún creo que no debí entrar a esa casa, que fue mi error seguirlo. Luego que pasé esa puerta... ya no hubo marcha atrás. Tuve que acercarme a mi amigo, ver cómo le salían lágrimas de vergüenza o tal vez solo de dolor. Tuve que levantar mi revolver apuntando a su pequeña cabeza que se movía a voluntad del violador. Recuerdo que me entraron ganas de llorar. Sabía lo que estaba a punto de hacer. Él también lo sabía, sabía que no había marcha atrás desde el momento en que lo vi así. Quise decir *«Discúlpame»*, pero no lo dije, solo moví los labios. Estoy seguro que él entendió, pues cerró los ojos y los apretó fuerte. Esa fue mi señal para apretar el gatillo y volarle los sesos a mi viejo amigo.

Pero el grandote no abandonó el cuerpo, siguió divirtiéndose, como si mi amigo se tratase de una cucaracha a la que le puedes volar la cabeza sin afectar con eso su sistema motriz. El líder me dio unas palmadas en el hombro. *«Ve a la puerta, eres nuestro nuevo guardia, ¿ok? Ten, las necesitarás»*. Me dio balas. Ya era el nuevo vigilante de la casa que antes fue de nuestro alcalde. Y mientras ellos estuvieran ahí, tenía que servirles, todos en el pueblo debíamos hacerlo. Ese fue el trato: ustedes nos salvan de los sádicos y nosotros les damos *todo* lo que tenemos. Ya en pocos días aparecerían. Pronto buscarían a sus hombres y en ese momento todo eso que estaba pasando valdría la pena. Nada importaría, ni Gulo ni Banner ni las mujeres ni el alcalde. Solo importarían los foráneos y los sádicos. Se daría una batalla como las que nunca había imaginado ver; sería algo grandioso, veintiún sádicos contra tres foráneos. *«Será espectacular»*, me dije; realmente no me importaba quién ganara. Al parecer, a ambos bandos les caía bien y eso era suficiente para mí. Los adultos decidieron apostar por los extraños y hasta ahora mostraban cualidades suficientes como para terminar con los sádicos. Ellos eran los únicos que podían terminar con la dominación de mi pueblo y mi pueblo aprovechó la oportunidad. Tal como yo estaba haciendo en ese momento, *mis pininos*, saber lo que más me convenía, y lo que más me convenía era quedarme sentado en la entrada de la casa, cargar el revólver y tenerlo listo para terminar con cualquier intruso.

III

Pasaron dos días en los que llenamos cantidades de sacos con arena para crear barricadas por toda la calle principal.



Las cosas que fueron pidiendo los foráneos se hacían cada vez más extrañas. *Navajas, brochas, picos, piedras, ropa, aceites...* No solían matar a nadie, aunque sí se divertían bastante. No les importaba el sexo cuando eran pequeños. Pero exigían solo mujeres si eran mayores. Practicaban toda clase de torturas extrañas antes de sodomizar a sus víctimas. A las más agraciadas las desfiguraban y luego las enviaban al doctor del pueblo para que les suture las heridas. En esos dos días, fueron por lo menos seis mujeres las que llevé a rastras hasta el consultorio del doctor, quien me miraba con cierta rabia cuando embarraba el piso de su consultorio con sangre de *Dios sabe quién... ¡ya no tiene rostro!*

Pero fue esa noche la más dura de todas, la que me cambió para siempre la vida. Yo volvía del consultorio del doctor cuando vi que el grandote hacía entrar a mis padres a la casa que fue del alcalde. Me apresuré. Fue un impulso natural, creo. Pasé y vi cómo el supuesto jefe le hablaba a mis padres, que ya tenían trapos en la boca y empezaban a ser atados por el anciano. *Hijo, ven, saluda a tus padres*, me dijo el jefe. Yo sólo permanecí ahí, mirando. Luego de todo lo que había visto ya tenía una idea de lo que él esperaba que hiciera. Quería que matase a mis padres. Era demasiado. Pero no sabía qué hacer. Permanecí ahí, parado, con unas ganas de llorar como las que nunca había sentido. Estaba aterrorizado. Pero si yo les había servido bien.

—¿Por qué? ¿Acaso no les he servido bien? ¿Por qué mis padres?

—Hijo, es parte de volverse hombre. Hace cientos de años existió algo llamado psicología, y esta psicología encontraba el desarrollo del hombre en la eliminación física del padre y la realización sexual con la madre.

—¿Qué?

—Tienes que matar solo a tu padre. A tu madre te la follas.

—No...

—Hijo, sé razonable. Tú tienes madera para salir de esta pocilga, tú puedes enfrentarte al desierto y sobrevivir. Ellos no. Si quieres que sigamos de tu lado, tienes que hacerlo.

—No lo haré.

—Pequeño pedazo de mierda... —y desenfundó su revólver para volarme los sesos. Pero el anciano lo detuvo, lo tomó por el brazo y movió la cabeza rechazando, «*El chico nos servirá, tiene madera. Pero le falta ira. Hay que provocársela.*»

Sentaron a mi padre en una silla. El grandote prendió una de sus espadas de energía y empezó a lacerarlo. Yo lo miraba a los ojos, pero sus ojos no me respondían. No se quejaba. Parecía intentar transportarse a otro lugar donde no sentir el dolor, un lugar donde no supiera que su hijo no hacía nada más que quedarse mirando cómo terminaban con él. Me sentía culpable, me sentía un



cómplice de todo eso. *Mátalo o sufrirá*, dijo el supuesto jefe. Y el grandote cercenó los genitales de mi progenitor. Lanzó un llanto ahogado en los trapos que lo amordazaban. Tenía que matar a mi propio padre. No podría hacer más. No podía dejar que ellos continuaran con lo suyo, debía hacerles caso y terminar con la vida de mi padre para evitarle mayores sufrimientos y vergüenzas. Sí, hasta ahora siento vergüenza. No me justifica el decir que era un niño. Le disparé a mi padre justo en el pecho. La bala lo hizo caer con su silla, a la que permaneció atado hasta que terminó de morir. El anciano me felicitó y me dijo que era hora de volverme hombre follando a mi madre.

Le hice caso. Ellos me fueron guiando paso a paso. Participaron también del acto. Mi madre parecía ausente mientras los tres foráneos se divertían con nosotros. Cuando encontraba su mirada ella la desviaba, creo que no quería imaginar que su hijo fuera capaz de semejante barbaridad, semejante atentado contra la naturaleza. Pero eran los deseos de los protectores del pueblo, a quienes debíamos todo hasta el momento en que terminarían con los sádicos. Mi madre lo sabía, y por eso no prefería hacerse matar a que le pasara lo que le pasaba. Prefería ser parte de la fantasía mórbida de esos degenerados, por amor al pueblo, por amor a mí; para que sobreviviésemos. O por lo menos eso quiero creer. Pues los foráneos me aseguraban que no decía nada y miraba al vacío porque era su forma de demostrar placer. En ningún momento mi madre tuvo una expresión mientras abusábamos de ella. Murió cuando el grandote se excedió mientras la penetraba analmente con un artefacto de metal... Recuerdo haber eyaculado al momento que ella soltó agonizantes gemidos de dolor...

Esa casa se volvió un cementerio en pocos días. Y en esos pocos días yo me había convertido en todo un hombre. Había matado a mi padre y follado a mi madre. Había matado a mi amigo de infancia. Y ahora estaba listo para el desierto. Pero ellos me dijeron que debía esperar. Aún no era momento de salir. Me faltaba mucha preparación. Era apto, pero no estaba listo. Insistieron además en que primero debían terminar con los sádicos antes de cualquier determinación. Pues lo prometido era deuda, y ellos acordaron exterminarlos.

Era ya el cuarto día desde que los extraños llegaron y los sádicos aparecieron en el pueblo. Recuerdo haber visto a Paul caminando con desconfianza por la calle principal para entrar con mucha prisa al local del barbero. Pensé en correr a informarles a mis mentores... pero preferí acercarme a ver si lograba escuchar algo. No pude hacer mucho, pues Paul salió del local a los pocos segundos y continuó su rumbo, esta vez con revolver en mano. Mientras caminaba, sacó un extraño aparato de su casaca y dijo: «*Casa del alcalde. Tres, armados*». Y una voz rasposa y metálica proveniente del aparato le respondió: «*Copiado*». Y de pronto vi a más y más sádicos por la calle y en algunos techos. Todos estaban ahí. Sabían que algo complicado sucedía y no se arriesgarían a perder hombres de forma ridícula. Los sádicos se hacían señas con las manos, parecía que intentaban hacer el menor ruido posible.



Encontrarían a los foráneos desprevenidos y no sería complicado terminar con ellos. De a pocos la otrora casa del alcalde fue rodeada. Los francotiradores estaban en los techos, apuntando hacia las puertas y ventanas de la casa.

Karl, uno de los sádicos, se acercó a la puerta a buena velocidad, aunque sin hacer ruido; avanzó algo agachado para dar pasos cortos y no levantar tierra. Llegó hasta la puerta. Sacó una granada de una de las correas de su pecho, la activó, abrió la puerta un poco y soltó la granada dentro, cerró la puerta con violencia y tiró de ella con fuerza para que nadie pudiera salir. La espada de energía del grandote atravesó la madera, alcanzando el cuerpo de Karl, quien terminó en el suelo con una gran herida abierta en el pecho. La puerta se abrió y la granada salió disparada, explotando justo en la entrada de la casa, a la altura del convaleciente. Era una granada cegadora, pues nadie pudo ver por unos segundos. Cuando recuperé la vista, ya los foráneos se habían cargado a tres sádicos.

Los balazos venían desde todos lados; los techos y la calle principal estaban llenos de pistoleros. Algunos láseres también fueron disparados. Nunca imaginé que vería un arma láser en funcionamiento; los sádicos tenían buen armamento. Pero los foráneos se movían bastante bien, esquivaban las balas como si todo se tratase de un juego, saltaban y se escabullían tras una cosa u otra. Un sádico menos. Y sus compañeros seguían intentando darle a los foráneos. El supuesto líder estaba resguardado por unos sacos de arena. El anciano se encontraba dentro de la casa con su gran rifle esperando que alguna presa entrara en su rango visual. Y el grandote había corrido hasta uno de los balcones de la calle, desde donde empezó a lanzar cuchillos a los enemigos. Los sádicos también buscaron cubrirse y más de uno encontró buen refugio. Uno de estos lanzó una granada hacia la posición del líder, este evitó la explosión moviéndose mientras disparaba a quien se la había lanzado, pero sin atinarle, y nuevamente se cubrió tras una de las barricadas.

Todos en el pueblo estaban escondidos en sus casas. Nadie quería ser una víctima casual del enfrentamiento; hasta el alcalde buscó refugio en el cabaret: pude verlo desde donde me encontraba. Yo no me moví. Ya había pasado bastante sin que me sucediera absolutamente nada. No era momento para que me pasara algo malo. Eso era solo una pelea. Yo no tenía nada que ver en ella y por eso podía verla sin preocuparme por salir herido. Y así hice exactamente. Me dediqué ver todo con absoluta paciencia. Me senté en el sardinel de la calle y vi cómo los foráneos y los sádicos se enfrentaban en una batalla que parecía no tener fin. Uno a uno los sádicos caían; uno del techo, otro que se escondía tras los sacos de arena... Hasta que solo quedaron doce. Y la dinámica cambió. El líder abandonó su defensa. El anciano salió de la casa y se resguardó tras los sacos de arena, y el grandote saltó del balcón para caer a la calle principal y arremeter contra uno de los sádicos, partiéndolo en tres con sus dos espadas de energía. Solo quedaban once sádicos.

Por primera vez en todos esos días, vi al líder utilizar su rifle láser. Lo desenfundó de su bandolera y apuntó a uno de los sádicos que seguía disparando desde los



techos. Pude ver cómo aquel pobre infeliz, a quien no pude identificar, se consumió en un montón de cenizas que fueron rápidamente barridas por el viento. Ya solo quedaban diez y cada vez los foráneos más confiados avanzaban tomando nuevas posiciones. El líder buscó a uno que se ocultaba tras algunos sacos de arena y lo embistió mientras le disparaba con su revólver de gran calibre que hacía explotar cuerpos. Los pedazos de carne volaron lejos, hacia la cara de otro de los sádicos, quien de inmediato fue atacado por el grandote, que primero le cortó los brazos con un excelente movimiento de espadas para luego decapitarlo y patear la cabeza, la cual fue a golpear justo en la cabeza a otro de los sádicos que arremetía contra el anciano mientras este se disponía a volar en pedazos a uno que se encontraba en un techo: Tuvo tiempo de terminar con su primer objetivo para luego encargarse del que le venía encima.

Cada vez eran menos los disparos que se escuchaban, aunque eran igual de ruidosos. Con cada tiro retumbaba todo el pueblo, con cada tiro toda la soledad del desierto se estremecía y parecía mandar respuestas, parecía querer decirnos algo. Nadie le hacía caso. Todos estábamos esperando el desenlace. Ya estaba cerca. Ya solo quedaban seis sádicos y todo en el pueblo cambiaría. Nada volvería a ser lo mismo. No después de la llegada de los foráneos... Pronto seríamos libres nuevamente. Como cuando tenía tres años: ese tiempo que es más una sensación que recuerdos, cuando todos vivíamos en paz y la comida sobraba porque no había que entregársela a nadie, cuando no teníamos más preocupaciones que la cosecha; religiosamente programada gracias al fertilizante que usaron nuestros ancestros. Ya faltaba poco para eso. Para los nuevos tiempos. Y a mí me tocaría salir a recorrer el desierto con los extraños, tendría que salir del pueblo, pues ya había hecho demasiado como para quedarme. Entendí que era por eso que me trataron como me trataron, entendí que lo que buscaban era hacerme distinto a todos en el pueblo, querían que nadie pudiese verme como antes, que nadie recordara al niño que alguna vez fui y que odiaran a eso en lo que me habían convertido. Lo lograron.

Mi vida como la había conocido hasta ese entonces cambiaría drásticamente luego que el último de los sádicos estuviera muerto. Bueno, es cierto que mi vida ya había dado un giro por completo inesperado, pero cuando ya no existieran más sádicos, todo eso que había girado, todo lo retorcido y apretujado durante esos días, se soltaría y echaría a andar; lo haría con una fuerza aterradora, lo haría con la fuerza y tensión que generaban vueltas tras vueltas de ira y confusión. El desierto me esperaba y tenía que estar loco para ir en su encuentro. Estaba listo. Me sentía listo. Ahora solo quedaban cinco sádicos. La cabeza del sexto voló en cientos de pedazos embarrando parte de la gran vitrina del barbero.

Uno de los sádicos intentó huir corriendo, salió de su escondite para dar unos cuantos pasos antes que el grandote lo atravesara con una de sus espadas de energía. Ese quinto sádico demoró bastante en caer al suelo, parecía que el grandote se divertía haciéndolo agonizar, cuando de pronto una bala le impactó el brazo,



haciéndole soltar la espada. Su gruñido fue prolongado y profundo. El sádico que había atravesado cayó pesadamente al suelo. Volteó a mirar al culpable. El tirador se concentraba para darle entre las cejas, tenía que matarlo antes que... le volaran la cabeza. El anciano había visto la escena y no permitiría que ese tipo se saliera con la suya. ¿Herir a su compañero habría significado una ofensa acaso? Porque luego de eso el viejo salió de su escondite y saltó enfurecido sobre otro de los sádicos, que en ese preciso instante se levantaba para disparar contra el líder de los foráneos, aturdiéndolo solo a golpe de un culatazo de su rifle; una vez estuvo en el suelo, le hizo comer una bala depositándola directamente en su estómago. Alcancé a ver cómo las vísceras del moribundo se iban desparramando con lentitud mientras intentaba devolverlas con sus manos y sus piernas se movían instintivamente buscando acomodarse.

Ahora solo quedaban dos sádicos, y estaban guarnecidos juntos, resguardados tras unos sacos de arena. El grandote estaba herido y con mucha cautela y velocidad se dirigió a la otrora casa del alcalde para protegerse. El anciano y el líder avanzaron hacia la posición enemiga. Se movían con gran velocidad y agilidad, saltaban y se cubrían tras las barricadas con una pericia impresionante. Estaban cada vez más cerca de los sádicos, quienes al notar su inminente derrota, decidieron tirar las armas al suelo y salir de su escondite con los brazos en alto. Los foráneos se les acercaron, sonrientes. El líder disparó en los testículos a Juan y el viejo decapitó de un tiro a Cristian. Por fin había terminado. El trabajo estaba hecho. El pueblo era nuevamente libre de los sádicos: Todos los sacrificios habían valido la pena.

La gente salió de sus casas. Muchos se acercaron a los foráneos para abrazarlos y hasta los cargaron en hombros. Les improvisaron una canción y reunieron toda la comida que se pudo para entregársela. Esa noche la gente bailó y festejó junto con ellos. Todos se emborracharon. El alcalde, siempre con su sombrero, no paró de bailar en toda la noche, no paraba de decir que ese había sido un trabajo muy bien hecho, que habría que agradecer siempre a los foráneos por salvarlos de la opresión sádica. Esa madrugada el alcalde volvió a su casa y se instaló en su habitación. Todo había terminado. Los foráneos debían irse y tendrían que llevarme con ellos. Yo no era parte de ese pueblo, ya no más. Tenía que salir de ahí para encontrarme conmigo mismo, para ser alguien, para no confundirme entre los cobardes y miserables que conformaban mi pueblo.

Aquella madrugada no dormí. Permanecí despierto, ansioso por el desenlace. Esperaba que los foráneos llegaran a donde estaba yo y me dijeran: «*Ven, es hora de continuar nuestro camino*», pero eso nunca sucedió. Esperé en vano pues cuando los hombres terminaron de celebrar, volvieron a la casa del alcalde. Estaba amaneciendo cuando lo sacaron de su cama, lo llevaron a la puerta de la casa, lo tumbaron al suelo, le bajaron los pantalones y le metieron una botella de vidrio por el culo. El líder de los foráneos le explicó cómo serían los nuevos tributos, cuántas mujeres querían a la semana, cuántos niños...



El alcalde explotó en ira. Desde su patética posición, entre gemidos y llantos de dolor empezó a insultarlos. Los llamó «*animales, salvajes, malditos*». Les dijo que nuestro pueblo no saldría de una opresión para entrar en otra, que él no lo permitiría, dijo que todos lucharíamos para evitarlo... Un balazo terminó con sus ridículos sueños. Nadie dijo ni hizo nada por él. Todos dejamos que muriera sin siquiera protestar. Entonces el líder de los foráneos se acercó al cadáver del alcalde, tomó su sombrero que estaba a solo unos centímetros del cuerpo y lo sacudió contra su pierna. Miró un rato el sombrero. Dio dos pasos y se puso a mi lado, posó el sombrero en mi cabeza y me dijo: «*Queremos tres mujeres por semana; cuando queramos más, avisaremos. Ya sabes cómo es: si se portan bien regresan vivas. Además, necesitamos...*».

Yo no lo escuchaba, solo podía pensar en el interminable yermo que me tenía prisionero, y en cómo se extendía más y más con cada una de sus palabras.

Carlos de la Torre Paredes (Lima, 1988). Politólogo de profesión por la Universidad Nacional Federico Villarreal y maestrista en Gestión de políticas públicas en la misma universidad. El 2012 obtuvo una mención honrosa de la Cámara Peruana del Libro por la novela de ciencia ficción *Los viejos salvajes*. El 2013 publicó la novela *Campos de batalla*. El 2015 la novela *Cuando la sangre importa* y la reedición de *Los viejos salvajes*, esta vez como primer libro de la saga *Herederos del cosmos*.



LIBÉRENME

por Jorge Luis Obando



Libérenme», pensaba sin poder gritar, la máquina ordenadora le había cosido los labios, maquinilla infatigable que buscaba errores del pensamiento y veía formas simples pero efectivas de cancelarlos.

Le picaba la espalda, aplastado como estaba entre telas sucias y malolientes, pero tampoco podía rascarse, sus hermosas manos –que tocaban notas de piano sideral como también escribían arengas de protesta que enviaba secretamente a los mentalmails mas allegados– habían sido retiradas de su ser, y reemplazadas por unas manos grotescas, deformes, que se cerraban en dos ganchos de carne, simulando las tenazas de un calamar. Rascarse era inaugurar un nuevo sufrimiento, abrirse llagas que se pegaban a las telas mugrientas, resultando una explosión de malos olores y putrefacciones.

Quiso correr, avanzó unos centímetros, y cayó pesadamente al piso de tierra y aserrín, donde deambulaban arañas y gorgojos. Sus piernas, que usara para correr intentando huir en vano hacia la zona segura, aquella que era una leyenda ante todo y donde el poder de las máquinas quedaba anulado por un electromagnetismo natural, habían sido reemplazadas por unas piernecitas de bebé sietemesino. Pero con sus piernas reales, había llegado a aquel sitio. El lugar donde algunos habían llegado, aunque nadie conociera quién exactamente, y donde a pocos metros fue detenido al no poder evitar más el tirón mental que lo convertía en una nada, un guiñapo, una fruta caída, y que era la preparación para el cambio.

El cambio, o el proceso, hubiera preferido morir a descubrir en qué consistía, era tan horrible, eso es lo único que sabía, sabía además que la muerte estaba prohibida en Tierra 3, por lo que los humanos jamás morían, sus ojos se instalaban en las cámaras que resguardaban los confines del cielo ante ataques de los primeros terráqueos, moribundos de planeta que andaban en hordas piratas. Los cerebros alimentaban las enormes máquinas que daban vida a toda la vida artificial de la que los ciborgs reinaban. Los corazones se colocaban periódicamente, de esta manera Tierra 3, tierra de ciborgs, era una tierra de inmortales.

Pero él quiso morir y no lo dejaron, los ciborgs eran naturalmente fríos, perfectos en la preservación de la existencia. Para ellos, la humanidad natural era un conjunto de piezas.

Se acercó hacia donde adivinaba una luz, y sintió un calor que lo hizo retroceder, revolcarse en el piso que olía a vómitos, a orines, a plumas. Encerrado en su propio cuerpo, sin manos, sin piernas, y también sin globos oculares, con la boca cosida, solo pudo gemir, abrigarse en el aserrín, dormirse para no pensar más...

—Marx, nuestra feria es un éxito, todos pagan sus chelines por ver a la bestia del



pantano, véndemela, te doy esta bolsa de monedas y mi habitación del Soho —dijo Ferrini, sacudiéndose los bigotes nerviosamente.

—Imposible —rió Marx—, ese monstruo cayó del cielo, un rayo lo dejó en mi circo de freaks, entonces, mi estimado, es un regalo de Dios. ¡Cómo despojarme de mi querida bestia del pantano!

Los feriantes rieron y brindaron, para pasar a hablar ahora de mujeres.

Jorge Luis Obando (Lima, 1979). Estudió Literatura en la Universidad Nacional Federico Villarreal. Coeditor de la revista de ciencia ficción y fantasía *Argonautas*. Ha publicado relatos en diversos medios literarios. Dedicó su tiempo a la docencia y a la venta de coleccionables. En otro multiverso, es un castigador.



MENSAJERO DEL APOCALÍPSIS

por Carlos Enrique Saldivar

...Y he leído todas estas cosas en las revistas de ciencia ficción. Supongo que te refieres a cierta clase de atajo a través de una dimensión más elevada del espacio. Esto ya era viejo, en la época anterior a Einstein...

Arthur C. Clarke, *No habrá otro mañana.*

En la tenue vereda de una calle inmensa un hombre pudo descubrir la consternación más imprevisible y el dolor más incoherente. Su nombre era como una caricia de la brisa, su ser era la silueta desteñida de un amanecer prosaico. Aquel hombre, del cual hablamos, tenía un poder: decía que podía viajar a cualquier astro que él quisiera, aseguraba que podía platicar con ángeles que a menudo descendían del cielo y lo llevaban en viajes fantásticos a nuevos horizontes; sus sueños eran innumerables, pero nadie, absolutamente nadie le creía, nadie apoyaba sus afirmaciones, nadie se interesaba por lo que él dijera, es más, lo insultaban y vapuleaban, lo dejaban tirado en las veredas, borracho hasta más no poder, pues este hombre tenía muchos vicios irrefrenables, gustaba de la bebida más que ninguna otra cosa en el mundo, y no hay quien no hubiera afirmado alguna vez que este pobre y olvidado ser también había aspirado alguna sustancia alucinógena de vez en cuando.

Una vez este hombre dio un mensaje a todo el mundo, lo contó por las calles, los bares, los centros educativos, habló con el Ministerio Público y con las jefaturas centrales de policía, incluso pretendió salir en los medios de comunicación incluso, pero siempre era corrido a patadas, la botella de licor que llevaba en la mano izquierda no lo ayudaba mucho. ¡Pobre hombre! Daba pena el sólo verlo, gritando su mensaje. Yo tuve la mala, o quizá buena suerte, ya no lo sé, de escucharlo y me di cuenta de por qué la gente lo evitaba. Escuché sus palabras, estas más o menos decían así:

Ellos nos destruirán; los tharianos están aterrados por la manera en que contaminamos nuestro planeta, por cómo arruinamos nuestro ecosistema, han llegado a temernos, tienen miedo de que esta actitud nuestra tenga una repercusión más allá de nuestro globo afectando todo el sistema solar. En una semana exactamente acabarán con nosotros, será el fin, el Apocalipsis, estamos condenados, ellos nos exterminarán, lo sé, me dijeron que la vida en la Tierra se extinguirá. Tienen que avisar al gobierno, a la NASA, para que alerten a otros gobiernos y preparen una estrategia defensiva adecuada, deben informar a las grandes potencias del mundo. No entiendo por qué aquellas criaturas han decidido actuar



así, eran mis amigos, ellos nos han protegido siempre de amenazas provenientes del espacio exterior, pero a lo mejor ya no tenemos remedio, se han aburrido de nuestra estupidez; algunos nos salvaremos, yo me salvaré, ustedes también podrían salvarse, por favor, tomen estos tickets que ellos me han entregado para ustedes, los que tengan uno se salvarán...

En verdad este hombrecillo estaba mal de la cabeza, definitivamente había enloquecido, pero no era su culpa, la culpa la tenía la sociedad que siempre lo había condicionado al fracaso, también la tenía el Estado, que nunca le brindó una oportunidad, esa es mi opinión. Olvido decir que estaba intentando darle unos tickets a todo el mundo, los repartía en las escuelas, en universidades como la mía; al que pasaba por la calle le daba uno, parecía tener especial predilección por los niños, y estos se los recibían, ¡vaya que sí! No eran unos tickets tal como los conocemos, eran unas tirillas de un metal medio fosforescente que brillaba en la oscuridad, como yo comprobaría después. El hombre decía que cada quien tenía que escribir su nombre y los que tuvieran una de aquellas tirillas cerca de ellos se salvarían. Le recibí uno, no sin ciertas reticencias, porque me dio mucha lástima verlo así, tan triste, tan apenado. Soy un joven universitario de veintiún años, con una vida académica y profesional en ascenso, con una enamorada hermosa que me ama, con excelentes amigos que me aprecian, y con unos padres que valoran lo que hago. Díganme ustedes, ¿hubieran hecho caso de los delirios de un pobre hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, alcohólico, que sólo se dedicaba a esparcir tontería y media por las calles? Yo no tengo tiempo para eso, la humanidad sigue su curso a la velocidad del trueno, es difícil seguirle el ritmo, la tecnología avanza a pasos agigantados, estamos en Lima, Perú, en el año 2007, no tenemos tiempo para relajarnos, un ejemplo para sostener lo que digo: decían que el mundo se terminaría en el año 2000 y no fue así, luego que el final del globo llegaría un segundo antes del 2001 y no fue así, hubo una especie de laberinto, un psicosocial en el planeta entero, tantas idioteces, tantas supercherías, después de todas las satisfacciones que este mundo automatizado granjeaba a mi espíritu, ¿cómo iba a ceder a las insanias de un ser desafortunado? Sólo esperaba crecer y madurar para lograr una vida decorosa, para no ser como él. El hombre, en sus desajustes mentales, decía además que en la Tierra había muchos con igual misión que la suya, que el tiempo se acortaba para todos, que, por favor, recibieran los *tickets galácticos*, así los llamaba, que eran indispensables para sobrevivir. La última vez que lo vi en mi distrito habló acerca de un pase alternativo hacia un nuevo universo y hacia la inmortalidad, una entrada que no obedecía las leyes del espacio y el tiempo, que era la mejor creación de una sociedad súper desarrollada tecnológicamente, ¿Creen acaso que yo iba a creer en tamaña locura? Nunca en mi vida había oído tantos disparates juntos (bueno, la verdad sí oigo dislates todos los días y en todo lugar, sobre todo en televisión), estas palabras me causaron mucha risa y me dediqué a escribir acerca de ello, a veces me gusta escribir algunas anécdotas interesantes sobre lo que ocurre a mi alrededor.



Creo que tengo un espíritu poético y soñador, lástima que yo esté tan alienado. Empiezo mi relato de la siguiente manera:

En la tenue vereda de una calle inmensa un hombre pudo descubrir la consternación más imprevisible y el dolor más incoherente...

Y continúo... Luego me detengo... Un pensamiento.

Por otro lado, medito, ¿qué pasaría si de un momento a otro todo se detuviera? En realidad no somos nada ante la grandeza imponente del espacio, nuestras vidas parasitarias no le importan a nadie, nos quedaría solo resignarnos a aquello que nos tenga destinado un desastre cósmico. Hace algunos años, por ejemplo, nos alertaron del paso de un cometa muy cerca de la Tierra, de haber caído dicho bólido en medio de esta, yo no estaría en este momento contándoles esta historia, ni estarían ustedes tampoco leyéndola; es verdad, no somos nada, pero... estas solo son vaguedades, incoherencias de un espíritu joven e imaginativo. Les pido disculpas.

Hoy es el día, hoy es el fin, según las volátiles palabras de aquel hombre. Mi enamorada, la preciosa Julia, también recibió un ticket de ese sujeto, contesté una llamada telefónica suya hace un par de horas, me dijo que la última vez que vio al triste personaje este lloraba desesperadamente y gritaba, con una rabia sin precedentes, que nosotros mismos éramos los culpables, que nos merecíamos esto que nos iba a pasar, que conserváramos nuestros tickets galácticos. El lamentable hombrecillo fue finalmente enviado a un hospital psiquiátrico, al Larco Herrera, a la fuerza. Eso fue todo. «Te amo», me despedí de Julia, *me despedí*, no sé porque esa frase me hace estremecer. No sé porque me siento tan intranquilo, hoy es el día señalado, es de noche, la luna brilla con una fiera intensidad, no pasa nada fuera de lo ordinario, aquel hombre se ha equivocado, me río, ¿y acaso no era eso lo esperado? La humanidad podrá seguir su absurdo curso una vez más. Observo el extraño ticket, mi pase hacia la eternidad, lo sujeto entre mis manos, y éste parpadea, es verde fosforescente, es gris, es verde fosforescente, es gris, curioso, cambia de color, sin embargo no ocurre nada más, no me dejo impresionar. Tengo sueño, me iré a dormir, mañana será un día agitado, como siempre.

Me despierto, sigo en mi habitación, la luz entra por las ventanas, escucho una voz en mis sueños, me dice: «Nos interpretaron mal, no fuimos nosotros los que causamos el final, no teníamos intención de hacerlo, fueron los mismos hombres quienes lo provocaron con su insensatez. En un país del continente que ustedes llaman Europa desarrollaron la llamada *Madre de todas las bombas*, hace dos horas esta explotó acabando con la humanidad entera, la superficie de la Tierra ha quedado ahora similar a la superficie de vuestra luna. Nosotros previmos el desastre y teletransportamos a todos los que tenían su ticket galáctico, los tharianos tenemos un espacio para ustedes en nuestro mundo, el planeta Thar, pero tristemente éste es limitado, solo distribuimos seis millones de tickets en todo vuestro globo mediante algunos intermediarios seleccionados al azar, y los pases hacia nuestro mundo



alternativo ya han sido repartidos a tiempo y en su totalidad. ¡Buen trabajo, mensajeros!»

¡QUÉ!, grité, me levanté de mi cama, aquella voz era real, luego me pareció escuchar el llanto de Julia a lo lejos, pero a la vez muy cercana a mis pesados oídos. Volteé el rostro, la luz que provenía de mi ventana me cegaba, no pude resistirla, abrí la puerta de mi cuarto para salir al pasillo e ir a la habitación de mis padres, con el fin de hablar con ellos, de pedirles auxilio.

Fue cuando me di cuenta de que nunca más volvería a verlos.

Allí, tras la puerta, parado frente a mí, en mitad de la nada, se hallaba un asombroso ser azul, alargado, de casi dos metros de altura, cabezón, que extendía sus múltiples extremidades y me señalaba una especie de entrada flotando en el aire, junto a él. Con la mente me decía, con una apacible voz:

—Pasa por aquí, por favor, sobreviviente Franco Manuel, los demás te esperan.

De *Historias de ciencia ficción* (cuentos, 2008).

Carlos Enrique Saldivar (Lima, 1982). Director de la revista *Argonautas* y del fanzine *El Horla*. Miembro del comité editorial del fanzine *Agujero Negro*, publicaciones dedicadas a la literatura fantástica. Coordinador del fanzine *Minúsculo al Cubo*, dedicado a la ficción brevísima. Finalista en relato de los *Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011*. Finalista del *I Concurso de Microficciones* organizado por Abducidores de Textos. Finalista del *Primer concurso de cuento de terror de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft*. Ha publicado *Historias de ciencia ficción* (2008), *Horizontes de fantasía* (2010) (libros de cuentos), *El otro engendro* (2012) (relato), y *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011).